Based on the thrilling video game from BioWare and LucasArts

STAR WARS®

THE OLD REPUBLIC™

FATAL ALLIANCE

SEAN WILLIAMS

#1 *New York Times* bestselling author of *Star Wars: The Force Unleashed*

Todo lo que he visto confirma mis peores temores.

Tassaa Bareesh, una matriarca en el cartel del crimen Hutt, va a celebrar una subasta que está llamando la atención de toda la galaxia. Los representantes tanto de la República como del Imperio Sith están presentes, junto con un padawan Jedi enviado a investigar, una soldado marginada expulsado del Escuadrón Estrellanegra de la élite de la República, y un misterioso mandaloriano con una agenda privada. Pero el enviado de la República no es lo que parece, el delegado del Imperio es un despiadado aprendiz Sith, el padawan Jedi está decidido a hacer lo correcto y aterrorizado de no poder, la soldado espera redimir su reputación, y el mandaloriano está de alguna manera ingeniándoselas para mantenerse un paso por delante de todo el mundo.

Ninguna de estas personas —invitados o no— tiene la intención de participar en la subasta. En su lugar, planean robar el premio, que está encerrado en una bóveda impenetrable: dos trozos quemados de un crucero estelar que explotó, uno de las cuales puede ser la clave de las riquezas de todo un mundo.

Pero la verdad sobre el tesoro es peligrosa y mortal. Y al final, Sith y Jedi, República e Imperio, tienen que hacer algo que nunca han hecho antes, algo que todos los agentes del bien y el mal nunca podrían haberlos hecho hacer: unirse para detener una poderosa amenaza que podría destruir la galaxia…



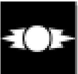


Alianza letal

Sean Williams



Título original: *The Old Republic: Fatal Alliance*
Autor: Sean Williams
Arte de portada: ATTIK
Publicación del original: julio 2010

3643 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: CiscoMT
Revisión: Satele88
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
11.03.14
Base LSW v2.1


DECLARACIÓN

Para Kevin y Rebecca: amigos, maestros, compañeros exploradores.



Gracias a Shelly. Frank. Daniel, y a ambos Robs por mostrarme el camino.

DRAMATIS PERSONAE

Dao Stryver; guerrero (Mandaloriano)
Darth Chratis; Lord Sith (humano)
Eldon Ax; aprendiz de Sith (humana)
Jet Nebula; capitán, Fuego de Auriga (humano)
Larin Moxla; soldado de la República (mujer kiffar)
Satele Shan; Gran Maestra Jedi (humana)
Shigar Konshi; Padawan Jedi (hombre kiffar)
Ula Vii; agente Imperial (hombre epicanthix)

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…



ESPACIO SALVAJE

El crucero estelar ligero parecía engañosamente insignificante contra el fondo de la galaxia. Para el ojo sagaz de un pirata, sin embargo, tenía varias cualidades deseables: ninguna marca Imperial o de la República; sólo un armamento y protección moderados; un compartimento de tripulación apenas lo suficientemente grande para albergar una docena de personas; sin escolta o navíos acompañándole.

—Es tu elección, Capitán —siseó una voz gutural en el oído de Jet Nebula—. Pero no tardes demasiado. Nuestro amigo ahí no va a estar sentado tranquilo para siempre.

El contrabandista que se llamaba a sí mismo «Jet Nebula» disfrutaba manteniendo a su primer oficial en ascuas. No albergaba ningún mal sentimiento sobre el motín dentro ni fuera de sí mismo. En el momento en que el Fuego de Auriga tropezó con algo realmente de valor, un intento de abordaje era inevitable. Había contratado a Shinqo sabiendo eso exactamente y apenas había perdido un minuto de sueño entonces. Tratar con escoria era parte de su trabajo.

No le gustaba la violencia sin sentido, aún así. El morro chato de un bláster hundiéndose contra el lateral de Jet era puro exceso.

—¿Bien? —le motivó Shinqo en rodés conforme pretendía titubear.

—Para el carro —dijo Jet en una protesta fingida—. Sólo les hemos contactado hace un minuto. Es demasiado pronto para conspirar otro salto.

—Simplemente no tomes ningún riesgo —dijo Shinqo, enfatizando su punto con otro golpe de bláster—. Y alégrate de que no queramos tu nave, también.

Algo pesado chirrió a la derecha de Jet. La forma cúbica de Chatarra surgió a la vista, abollado y polvoriento, fotorreceptores brillando. Jet agitó su cabeza minuciosamente, y el droide retrocedió fuera de la vista de nuevo.

—No me hagas pedírtelo dos veces —dijo Shinqo.

—Está bien, entonces. —Jet miró al asiento del capitán y golpeó el comunicador para activarlo—. Ya que lo pides tan amablemente, Jet verá quién son estos tíos antes de que les robemos lo que ocultan a sus espaldas.

Las luces en marcha del crucero estelar parpadeaban y titilaban contra la negrura. Sus sistemas aún se estaban asentando tras su repentino tirón desde el hiperespacio, pero Jet sabía con seguridad que el comunicador funcionaba ahora mismo. Todos los oídos a bordo estarían esforzándose por escuchar lo que la robusta nave colgando de su proa tenía que decir.

Había descubierto que las frases cortas, simples le habían servido lo suficientemente bien en el pasado:

—Estás apresada, preciosa mía. Prepárate para el abordaje.

—Negativo —llegó la respuesta inmediata. Hombre, brusco, y humano, lo más probable—. No reconocemos tu autoridad.

Esta era nueva.

—¿Quién en su sano juicio invertiría cualquier autoridad en los tipos como nosotros?

—Eres un corsario. Trabajas para la República.

—Ahora, eso simplemente no es cierto. —Ya no, en cualquier caso, pensó Jet—. Somos humildes estafadores de un grupo independiente, y ocurre que os habéis cruzado en nuestro camino. Someteos fácilmente, y cuidaré que mi primer oficial, hambriento de sangre, no os haga explotar de inmediato.

—Eso no va a pasar. Estamos en una misión diplomática.

—¿Para quién? ¿De dónde? Si me dieran un crédito por cada vez que alguien probó con esa frase no estarías hablando conmigo ahora.

Hubo una pausa larga.

—Está bien, entonces. ¿Qué te costaría dejarnos ir?

Jet miró a Shinqo, que estaba llamando a las armas. Los verdaderos empleadores de Shinqo eran los Hutts, y a veces un soborno era suficiente como botín, después de que los cárteles sacaran tajada.

El rodiano agitó su cabeza.

—Te estás quedando sin suerte, compañero —le dijo Jet a la persona al otro extremo del comunicador—. Mejor ventila esas escotillas de aire, chico listo. Vamos a entrar y no queremos arañar la mercancía más de lo que tengamos que hacerlo.

El crucero estelar no tenía nada que decir a eso.

Shinqo ladró por un comunicador conforme Jet hacía entrar en juego las subluces.

—Fekk, Gelss, preparaos para la acción.

Los dos sullustanos eran parte del equipo traicionero de Shinqo, y a Jet no le importaría que pagaran el precio por la prisa del motín. Jet tenía un fuerte sentimiento de que el crucero no iba a abandonar a la ligera. Sus líneas eran demasiado esbeltas, su casco demasiado pulido. El nombre a estribor —la única ID que llevaba— decía CINZIA en letras negras en negrita, recientemente adheridas. Eso mostraba orgullo.

No, los propietarios de esta nave no estarían por encima de ofrecer un soborno para continuar su camino, pero no darían la vuelta fácilmente. Pocos lo hacían, en estos días. Con el Imperio y la República todavía a la garganta el uno del otro, con sólo una declaración de llamar a sus riñas una guerra honesta, la gente se tomaba la ley por su propia mano. Había mucho que perder y muy poco que ganar en cada frente.

Tanto así para el Tratado de Coruscant. Y tanto así para evitar el derramamiento innecesario de sangre, pensó él, acordándose de Fekk y Gelss. Fuera roja o verde, la sangre era todo lo mismo. Cuanto menos se derramara junto a él, menor era el riesgo de que fuera la suya algún día.

—¿Qué les vamos a decir a nuestros jefes cuando llevemos el botín vacío?

—Ese no es mi problema —alardeó Shinqo—. En flimsi, tú todavía eres el capitán del Fuego de Auriga. Es tu trabajo buscar una excusa que la República crea. Yo me habré ido mucho antes de eso, con los créditos.

A decir verdad, entonces, el rodiano estaba planeando timar a Jet a ambas partes del trato. Eso lo cambiaba todo. Jet miró a Chatarra, que estaba en pie inocentemente enfrente de la entrada a la cabina de mandos. Nadie pasaría por él, si la presión acababa en empujón. Más importante, nadie saldría…

Apenas tenía el Fuego de Auriga cerca de la mitad de la distancia entre las dos naves cuando las dudas de Jet sobre el crucero estuvieron violentamente justificadas. Una dispersión de luces rojas bailó a través de los paneles de instrumentación; un timbre sonaba con dureza. Jet estudió el monitor durante menos de un segundo, asegurándose absolutamente de lo que estaba viendo, antes de alzar cada escudo a tope y golpear las subluces al máximo.

El Fuego de Auriga rodó de lado hacia el crucero y Shinqo pasmado retrocedió. Chatarra le cogió con destreza, girando el bláster fuera del agarre del rodiano conforme lo hacía. En el momento en que el crucero estelar, que debía haber sido su premio, explotó, mandando un estallido de pura luz blanca a través de cada monitor de visualización, pantalla, y escudo.

Jet había hecho más que hacer retroceder la nave. Había cubierto sus ojos, y ahora observaba cautelosamente a través de sus dedos a la instrumentación que había entrado en un completo caos. Apenas quedaba nada de lo que había sido el Cinzia. Golpes y clangs se registraban en el casco conforme pedacitos del crucero estelar salían disparados.

Shinqo estaba ladrando en su comunicador de nuevo, rápido en la recuperación, pero no lo suficientemente rápido para la mitad.

—¿Quién ha disparado? ¿Quién os ha ordenado disparar?

—Nadie lo ha hecho —dijo Jet—. La nave se voló a sí misma y si no hubiera captado el pico de neutrinos de la conducción antes de que llegara, estaríamos tostados también.

Shinqo le rodeó tal y como él lo había planeado todo el tiempo.

—Debería dispararte aquí mismo.

—¿Con qué, compañero? —Jet señaló con la cabeza a Chatarra, que le apuntaba con el propio bláster del rodiano a su pecho. Jet disfrutó la confusión que se mostraba desnuda en la cara verde, coriácea de su compañero—. Empecemos de nuevo, ¿vale? Ahora trabajamos para los Hutts. Lo pillo. Un maestro es tan bueno como cualquier otro, ya que la tajada es la misma. Pero todos cogemos partes iguales de esa tajada, ¿cierto? O le digo a la tripulación, quién va a llevarse el botín por la batalla que acaban de perder. No estarán contentos con que fueras a robarles a ellos. Y le digo a Chatarra aquí, quien necesita desesperadamente otro baño de aceite, que cierre su agarre sobre ese gatillo y te mande junto a la tripulación de esa nave, sea cual sea la vaga parte de la creación donde habiten ahora. ¿Lo pillas?

La aceptación sustituyó la ansiedad en la cara de Shinqo. Sus manos se alzaron.

—Aquí, ahora, Capitán, hay algún tipo de malentendido.

—Quizás te gustaría aclararlo, entonces.

—Seguro, seguro. Tú te llevarás tu parte. Todos lo haremos. Nunca tuve intención de que fuera de otra forma.

—¿Y la República?

—Lo prepararemos juntos, si quieres. No sería justo dejártelo todo a ti.

—Me alegro de escuchar eso, colega. —Jet asintió a Chatarra, que lanzó el bláster y se lo entregó de vuelta a su propietario—. Mientras sea capitán de esta nave, tal y como está escrito en plastifino, oculto en barabel, o como sea, espero cierto grado de civismo y propósito común. Mientras que tenga eso, vamos a llevarnos todos bien.

Se giró para encarar los instrumentos, confiado en que Chatarra detendría cualquier cosa inapropiada que pasara detrás de él. Y confiado también de que el rodiano era lo suficientemente listo para reconocer un compromiso cuando lo veía. A Jet no le importaba quién le pagara, igual que a los Hutts no le importaba quién les entregara su tesoro, mientras que fuera suyo. Todo lo que salía, por lo que entraba.

—Veamos lo que queda de nuestros pobres amigos de ahí fuera…

El campo de escombros se expandía rápido. Los sensores rastrearon los trozos más grandes, la mayoría de los cuales eran de tamaño humano o incluso mayores. Eso le sorprendió. Una explosión dirigida normalmente sólo dejaba escoria y polvo.

—Eso parece parte de la sección delantera —dijo Shinqo, inclinándose sobre Jet para señalar a la pantalla.

—No hay señales de vida.

—Sin testigos —dijo el rodiano satisfecho.

—Normalmente ese es nuestro trabajo —dijo Jet, aunque nunca había matado a una sola persona en todos sus años de pirateo; no después de que les hubiera robado, en cualquier caso. Había roto un par de corazones, seguro, y reventado un par de cabezas, pero nada peor—. No creo que lo hicieran por nosotros.

—¿Por qué lo hicieron, entonces?

Jet se encogió de hombros.

—Esa es la pregunta del billón de créditos.

Shinqo se acarició el mentón, haciendo un sonido áspero seco con las puntas de sus dedos. Ahora que la situación entre ellos se había resuelto, había vuelto a ser un compañero apropiado. Tenía los cimientos de uno bueno, cuando la avaricia no se metía en su camino, de otra forma Jet nunca le habría llevado en primer lugar.

—Tenían algo a bordo, algo que no querían que obtuviéramos.

—¿Algo de más valor que sus propias vidas? —Jet se giró para encontrar los ojos entrecerrados de Shinqo—. Eso suena bastante valioso para mí.

—Incluso en piezas, quizás.

—Exactamente lo que estaba pensando. —Jet señaló el asiento del copiloto—. Átate y toma control del rayo tractor. Veamos lo que podemos encontrar.

El Fuego de Auriga se acercó y empezó a registrar los restos de la nave cuyo viaje habían interceptado. Un sentimiento irritante perturbaba a Jet Nebula mientras lo hacía. Sentía como culpa, y se dijo a sí mismo que no se dejara llevar por ello. Había sido sólo un drama que su camino se hubiera cruzado con el suyo, y si, buena fortuna de estar respirando después de eso. Si su fortuna seguía en pie, todavía podía sacar provecho de su viaje al espacio profundo, y entonces, finalmente, podría contratar a una banda de escoria ligeramente más reputada y volver al contrabando de nuevo.

Algunos días eran mejores que otros. Quizás este era uno de ellos. Se dijo a sí mismo eso con toda la convicción que podía reunir, que era bastante para un hombre en su negocio.

¿Qué podría ir mal?



INTERESES ESTABLECIDOS

CAPÍTULO 1

Shigar Konshi siguió el sonido del fuego de bláster a través de los distritos antiguos de Coruscant. Nunca daba un traspiés, nunca se resbalaba, nunca perdía su camino, incluso a través de las carreteras que eran angostas y estaban abarrotadas con años de detritus que se habían acumulado lentamente de los niveles superiores. Cables y señales se balanceaban por encima, colgando tan bajo en sitios que Shigar estaba forzado a agacharse bajo ellos. Alto y esbelto, con un galón azul a cada mejilla, el aprendiz Jedi se movía grácilmente y con firmeza sorprendente para sus dieciocho años.

En el centro de su ser, sin embargo, echaba humo. La decisión del Maestro Nikil Nobil le había cortado profundamente al ser enviada por holograma desde el otro lado de la galaxia.

—El Alto Consejo no encuentra a Shigar Konshi preparado para las pruebas Jedi.

La decisión le había paralizado, pero Shigar sabía más que hablar. La última cosa que quería hacer era expresar la vergüenza y el resentimiento que sentía enfrente del Consejo.

—Dile por qué —dijo la Gran Maestra Satele Shan, en pie a su lado con las manos plegadas firmemente ante ella. Ella era una cabeza más baja que Shigar pero radiaba una sensación indómita de sí misma. Incluso vía holoproyector, hacía al Maestro Nobil, un inmenso thisspiasiano con su barba ceremonial completa, empequeñecerse incómodamente en su cola.

—Nosotros, es decir, el Consejo reconoce tu entrenamiento Padawan como incompleto.

Shigar se sonrojó.

—¿En qué sentido, Maestro Nobil?

Su maestra le silenció con una sutil, pero irresistible, codazo telepático.

—Está cerca de alcanzar la maestría completa —ella garantizó al Consejo—. Estoy segura de que sólo es cuestión de tiempo.

—Un Caballero Jedi es un Caballero Jedi en todos los aspectos —dijo el Maestro distante—. No hay excepciones, incluso para ti.

La Maestra Satele asintió su aceptación de la decisión. Shigar se mordió la lengua. Ella decía que creía en él, así que ¿por qué no denegaba la decisión? Ella no tenía que someterse ante el Consejo. Si no fuera su Padawan, ¿ella habría hablado bien de él entonces?

Sus sentimientos agitados no estaban tan bien ocultos como le habría gustado.

—Tu falta de autocontrol se revela a sí misma en varios sentidos —le dijo el Maestro Nobil en tono severo—. Toma tus recientes comentarios al Senador Vuub en cuanto a la política del Consejo de Administración de Recursos. Todos estamos de acuerdo en que el

manejo de la República de la actual crisis es menos que perfecta, pero cualquier cosa por debajo de la máxima disciplina política es imperdonable ahora mismo. ¿Lo entiendes?

Shigar inclinó su cabeza. Debería haber sabido que esa escurridiza neimoidiana estaba tras algo más que sólo su opinión cuando se acercó a él y le aduló con elogios. Cuando el Imperio invadió Coruscant, simplemente le había devuelto el mundo a la República a cambio de un gran número de concesiones territoriales en otro lugar. Desde entonces, las líneas de recursos habían estado tensas. Que Shigar tenía razón, y el CAR era un desastre irremediablemente corrupto, que ponía la vida de billones en riesgo de algo mucho peor que la inanición de la guerra, la enfermedad, la desilusión; simplemente no contaba en algunos círculos.

El rostro amenazador del Maestro Nobil se suavizó.

—Naturalmente estás decepcionado. Lo entiendo. Sé que la Gran Maestra ha hablado fuertemente a tu favor durante mucho tiempo. En todos los aspectos salvo éste hemos deferido en su juicio. Ella no puede influir en nuestra decisión combinada, pero ha captado nuestra atención. Estaremos observando tu progreso de cerca, con altas expectativas.

La holoconferencia terminó ahí, y Shigar sentía el mismo vacío conflictivo en las profundidades que el que tenía entonces. ¿No estaba preparado?

¿Altas expectativas? El Consejo estaba jugando un juego con él —o así se sentía— batiéndole hacia atrás y hacia delante como un felinx en una jaula. ¿Sería alguna vez libre para seguir su propio camino?

La Maestra Satele entendía sus sentimientos mejor de lo que él lo hacía.

—Ve a dar un paseo —le había dicho, poniendo una mano en cada hombro y sosteniendo la mirada lo suficientemente larga para asegurarse de que entendía sus intenciones. Le estaba dando una oportunidad de enfriarse, no librándose de él—. Necesito hablar con el Comandante Supremo Stantorrs de todos modos. Nos veremos luego en el Claustro de Unión.

—Sí, Maestra.

Y así estaba él, caminando e inquieto. En algún lugar de su interior, sabía él, tenía que estar la fuerza para alzarse sobre su abatimiento temporal, la disciplina para sacar las últimas fibras de su talento en un diseño unificado. Pero en esta ocasión, sus instintos le estaban llevando lejos de la tranquilidad, no hacia ella.

El sonido del fuego de bláster crecía delante de él.

Shigar se detuvo en un callejón que apestaba como a desechos de woodoo. Una luz parpadeante resplandecía irregularmente encendida y apagada en el nivel superior, mostrando basura y podredumbre en una liberación indeseada. Un antiguo droide miraba con ojos rojos parpadeantes desde un nicho sucio, dedos oxidados reuniendo protectoramente cables y servos de vuelta a su placa del pecho abierta. La guerra fría con el Imperio estaba llegando más lejos de este callejón y su infeliz residente, pero los efectos se sentían intensamente. Si quería estar enfadado con el estado de la República, no podía haber elegido un mejor lugar para ello.

Los disparos se intensificaron. Su mano alcanzó la empuñadura de su sable láser.

No hay emoción, se dijo a sí mismo. Sólo hay paz.

¿Pero cómo podía haber paz sin justicia? ¿Qué sabía de esto el Consejo Jedi, sentado cómodamente en su nuevo Templo en Tython?

El sonido de gritos le sacó de su trance contemplativo. Entre un latido del corazón y el siguiente se había ido, el fuego esmeralda de su sable láser prolongándose un breve instante tras él, brillante en la penumbra.

* * *

Larin Moxla se detuvo para apretar la cinta del abdomen de su armadura. La miserable cosa seguía aflojándose, y ella no quería correr ningún riesgo. Hasta que los justicars llegaran, ella era la única cosa en pie entre los gánsteres del Sol Negro y los residentes relativamente inocentes de Gnawer's Roost. Sonaba como si la mitad de ellos ya hubieran sido disparados en pedazos.

Satisfecha de que no se expusiera nada demasiado vulnerable, echó un vistazo fuera de la cobertura y alzó su rifle corto modificado. Ilegal en Coruscant excepto para los comandos de élite de las fuerzas especiales, presentaba una poderosa vista de francotirador, que había entrenado en el refugio del Sol Negro. La entrada principal estaba desierta, y no había signos de guardias en los tejados. Eso era inesperado. Todavía llegaba el fuego de bláster de dentro del edificio fortificado. ¿Podía ser una trampa de algún tipo?

Deseando como siempre haber tenido un respaldo, bajó el rifle y alzó su cabeza con casco para una visión completa. Nadie le lanzó un tiro al azar. Nadie la había visto siquiera. La única gente que podía ver eran locales corriendo para cubrirse. Pero para la conmoción que venía de dentro, la calle podría haber estado completamente desierta.

Trampa o no trampa, decidió acercarse. Agitándose levemente, e ignorando los sitios donde su armadura de segunda mano le rozaba, Larin se apuró bajando rapidamente de cobertura a cobertura hasta que estaba justo a unos metros de la entrada frontal. El fuego de armas era atronador ahora, y los gritos llegaban con él. Ella trató de identificar las armas. Pistolas bláster y rifles de varias fabricaciones diferentes; al menos un cañón montado al suelo; dos o tres vibrosierras; y por debajo de todo eso, un sonido diferente. Un rugido, como de gases sobrecalentados saliendo a propulsión violentamente a través de una boquilla.

Un lanzallamas.

Ninguna banda de las que hubiera escuchado usaba el fuego. El riesgo del fuego dispersándose por todas partes era demasiado alto. Sólo alguien de fuera emplearía un arma como esa. Sólo alguien a quien lo le importara el daño que dejara tras su estela.

Algo explotó en una habitación superior, mandando una lluvia de ladrillos y polvo a la calle. Larin se agachó instintivamente, pero el muro se mantuvo. Si hubiera colapsado, habría sido enterrada bajo metros de escombros.

Su mano izquierda quería hacer la cuenta atrás, y ella le dejó. Se sentiría mal de otro modo.

—Moviéndome en tres… dos… uno…

El silencio cayó.

Ella se congeló. Era como si alguien le hubiera dado a un interruptor. Un minuto, nueve tipos de caos se habían estado desenvolviendo dentro del edificio. Ahora no había nada.

Ella se guardó la mano, olvidando la cuenta atrás. No iba a ir a ninguna parte hasta que supiera que acababa de pasar y quién estaba involucrado.

Algo colapsó dentro del edificio. Larin agarró su rifle más firmemente. Los pasos crujían hacia la entrada. Un juego de pies: eso era todo.

Ella se levantó para tener una vista completa de la entrada, se colocó de lado para reducir el objetivo que ella hacía, y dirigió su rifle a la entrada oscurecida.

Los pasos se acercaban… sin prisa, confiados, pesados. Muy pesados.

En el momento en que vio movimiento en la entrada, gritó con una voz firme, «Quieto ahí».

Los pies en botas asumieron una posición parada. Las canillas con armadura en gris metálico y verde.

—Muévete lentamente adelante, hacia la luz.

El propietario de las piernas dio un paso, entonces dos, revelando a un Mandaloriano tan alto que su cabeza con casco rozaba la parte superior de la puerta.

—Eso es lo suficientemente lejos.

—¿Para qué?

Larin mantuvo la indiferencia en la cara de esa voz dura, inhumana, aunque era difícil. Había visto a los Mandalorianos en acción antes, y sabía qué débil y desgraciadamente equipada estaba, para tratar con uno ahora.

—Para que me digas lo que estabas haciendo ahí.

La cabeza cubierta se inclinó ligeramente.

—Estaba buscando información.

—¿Entonces eres un caza recompensas?

—¿Importa lo que soy?

—Importa cuando te metes con mi gente.

—No pareces un miembro del sindicato del Sol Negro.

—No he dicho que lo fuera.

—No has dicho que no lo fueras, tampoco. —La figura masiva se elevó ligeramente, encontrando un nuevo equilibrio—. Estoy buscando información sobre una mujer llamada Lema Xandret.

—Nunca he oído de ella.

—¿Estás segura de eso?

—Pensaba que era yo la que hacía las preguntas aquí.

—Pensabas mal.

El Mandaloriano elevó un brazo para apuntarle. Una trampilla en su manga se abrió, revelando el lanzallamas que había escuchado antes en acción. Ella reguló su agarre y trató desesperadamente de recordar dónde estaban los puntos débiles en las armaduras Mandalorianas, si los había…

—No —dijo una voz imponente a su izquierda.

Larin miró automáticamente y vio a un hombre joven en túnicas en pie con una mano alzada en la señal universal de parar.

La visión de él, bajó su guardia momentáneamente.

Una porción de llamas poderosas rugieron hacia ella. Se agachó y éstas chamuscaron el aire a apenas milímetros sobre su cabeza.

Ella liberó una ronda que rebotó sin dañar la placa pectoral del Mandaloriano y rodó para cubrirse. Era difícil decir qué le sorprendió más: un Jedi en las entrañas profundas de Coruscant, o el hecho de que llevara los tatuajes faciales de un nativo kiffu, como ella.

* * *

Shigar asimiló la confrontación con una mirada. Nunca había luchado contra un Mandaloriano antes, pero había sido instruido cuidadosamente en el arte por su Maestra. Eran peligrosos, muy peligrosos, y él casi tenía segundos pensamientos sobre hacerse cargo de este. Incluso juntos, él y una soldado de aspecto maltrecho apenas serían suficientes.

Entonces las llamas trazaron un arco sobre la cabeza de la soldado, y sus instintos se pusieron al mando. La soldado se agachó por cobertura con una velocidad admirable. Shigar se lanzó adelante, sable láser alzado para cortar la red que inevitablemente se dirigía hacia él. El gemido del jetpack del traje ahogaba el siseo enfadado de la espada de Shigar conforme se liberaba de un corte. Antes de que el Mandaloriano hubiera ganado apenas un metro de altura, Shigar se empujó con la Fuerza a un lado hacia el edificio junto a él, apartándose de la ventilación exhausta del jet.

Con un gruñido, el Mandaloriano aterrizó pesadamente en ambos pies y disparó dos dardos en una rápida sucesión, ambos dirigidos a la cara de Shigar. Shigar los reflejó ambos y se acercó, bailando ligeramente sobre sus pies. Desde una distancia, estaba en desventaja. Los Mandalorianos eran expertos en el armamento a distancia, y harían lo que fuera para evitar el combate mano a mano excepto en uno de sus infames pozos de gladiadores. Si podía acercarse lo suficiente para golpear —con la soldado manteniendo un fuego de cobertura distractor— sólo tenía que tener suerte…

Un cohete explotó sobre su cabeza, entonces otro. No estaban dirigidos a él, sino a los niveles superiores de la ciudad. Los escombros llovían sobre él, forzándole a proteger su cabeza. El Mandaloriano tomó ventaja de esta leve distracción para hundirse bajo su guardia y agarrarle fuerte por la garganta. La confusión de Shigar era completa… ¡pero si se suponía que los Mandalorianos no luchan a corto alcance! Entonces él se encontró

volando literalmente por el aire, arrojado por la vasta fuerza física de su asaltante contra un muro.

Aterrizó sobre ambos pies, aturdido pero recuperándose rápidamente, y se preparó para otro ataque.

El Mandaloriano corrió tres largos pasos a su derecha, saltando una… dos… tres veces en montones de basura y desde ahí hacia un tejado. Más cohetes trazaban un arco hacia arriba, desgarrando las columnas de ferrocreto de un monorraíl. Finas agujas de metal se retorcieron y cayeron hacia Shigar y la soldado. Sólo con el mayor esfuerzo de la Fuerza que Shigar pudo invocar, fue capaz de reflejarlas hacia el suelo alrededor de ellos, donde se anclaron rápidamente, temblando.

—¡Se está escapando!

El grito de la soldado fue seguido de otra explosión. Una granada que fue arrojada tras el Mandaloriano escapando, destruyó gran parte del tejado delante de él e hizo que un enorme hongo negro se elevara sobre el aire. Shigar se sumergió con cautela a través de él, esperando una emboscada, pero encontró el área despejada al otro lado. Se giró por completo, desvaneciendo el humo con un empujón.

El Mandaloriano se había ido. Arriba, abajo, a los lados… no había forma de decir qué dirección había escogido para huir. Shigar alcanzó a través de la Fuerza. Su corazón todavía martilleaba, pero su respiración era regular y superficial. No sentía nada.

La soldado se volvió visible a través del humo sólo a unos pasos de distancia, moviéndose adelante en una flexión cautelosa. Ella se irguió y plantó sus pies a cierta distancia. El morro de su rifle le apuntaba, y por un momento Shigar pensó que realmente dispararía.

—Le he perdido —dijo él, admitiendo descontento su fracaso.

—No ha sido tu culpa —dijo ella, bajando el rifle—. Hicimos lo que pudimos.

—¿De dónde ha salido? —preguntó él.

—Pensé que sólo era la típica disputa del Sol Negro —dijo ella, señalando al edificio destruido—. Entonces él salió.

—¿Por qué te atacó?

—Eso me intriga. Quizás asumió que era un justicar.

—¿No lo eres?

—No. No me gustan sus métodos. Y estarán aquí pronto, así que deberías salir de aquí antes de que decidan que eres responsable de todo esto.

Era una buena advertencia, reconoció para sí mismo. La milicia sedienta de sangre que controlaba los niveles inferiores era una ley en sí misma, una que no te tomaba a la ligera las incursiones en su territorio.

—Veamos qué ha pasado aquí, primero —dijo él, moviéndose hacia la entrada ennegrecida de humo con el sable láser preparado.

—¿Por qué? No es tu problema.

Shigar no contestó a eso. Lo que fuera que estaba pasando aquí, ninguno de ellos podía simplemente apartarse de ello. Percibió que ella debería estar aliviada de no dirigirse al edificio sola.

Juntos exploraron las ruinas humeantes, destrozadas. Armas y cuerpos descansaban los unos junto a los otros en iguales proporciones. Claramente, los habitantes habían cogido las armas contra el intruso, y en respuesta todos ellos habían muerto. Eso era espeluznante, pero no sorprendente. Los Mandalorianos no desaprobaban a los ilegales per se, pero no se tomaban bien ser disparados por ellos.

En la planta superior, Shigar se detuvo, percibiendo algo con vida entre la carnicería. Él alzó una mano, advirtiendo a la soldado que procediera más lentamente, sólo en el caso de que alguien pensara que estaban llegando para acabar el trabajo. Ella se deslizó suavemente por delante de él, imprudente del peligro y con su arma preparada. Él la siguió sin sonido en su marcha, sus sentidos cosquilleando.

Encontraron un único superviviente acurrucado en una caja destrozada, un nautolano con quemaduras de bláster por gran parte de uno de sus lados y una herida de dardo en su cuello, descansando sobre un charco de su propia sangre. La sangre estaba saliendo rápidamente. Él miró arriba conforme Shigar se inclinaba sobre él para comprobar sus heridas. Donde Shigar no podía hacer un torniquete podía cauterizarlo, pero tenía que moverse rápido para tener alguna oportunidad.

—Dao Stryver. —La voz del nautolano era un gruñido gutural, no podía evitarlo por el daño a su garganta—. Surgió de la nada.

—¿El Mandaloriano? —dijo la soldado—. ¿Es de quién estás hablando?

El nautolano asintió.

—Dao Striver. Quería lo que teníamos. No se lo daríamos.

La soldado se sacó el casco. Era sorprendentemente joven, con pelo oscuro corto, una mandíbula fuerte, y los ojos tan verdes como el sable láser de Shigar. Lo más asombroso eran las distintivas marcas del Clan Moxla tatuadas a lo largo de sus mejillas sucias.

—¿Qué teníais, exactamente? —presionó al nautoano.

Los ojos del nautolano se enroscaron sobre su cabeza.

—Cinzia —tosió él, esparciendo sangre oscura sobre la parte frontal de su armadura—. Cinzia.

—¿Y eso es…? —preguntó ella, inclinándose cerca conforme su respiración fallaba—. Aguanta; la ayuda está en camino; ¡sólo aguanta!

Shigar se inclinó hacia atrás. No había nada que pudiera hacer, no sin un medpac apropiado. El nautolano había dicho sus últimas palabras.

—Lo siento —dijo él.

—No tienes por qué sentirlo —dijo ella, mirando abajo a sus manos—. Él era un miembro del Sol Negro, probablemente un asesino.

—¿Eso lo hace malvado? La escasez de comida debió haberlo hecho, o de medicinas para su familia, o miles de otras cosas.

—Las malas decisiones no hacen a las malas personas. Cierto. ¿Pero qué más podemos hacer para llegar aquí abajo? A veces tienes que parar, incluso si no ya puedes saber quiénes son los tíos malos.

Una mirada desesperadamente fatigada cruzó su cara entonces, y Shigar pensó que la entendía un poco mejor. La justicia era importante, y así lo era la manera en que la gente la defendía, incluso si eso significaba luchar solo algunas veces.

—Me llamo Shigar. —Dijo él en una voz calmada.

—Encantada de conocerte, Shigar —dijo ella, iluminada—. Y gracias. Probablemente me has salvado la vida ahí atrás.

—No puedo llevarme el mérito de eso. Estoy seguro de que no nos consideraba a ninguno de los dos oponentes dignos.

—O quizás averiguó que no sabíamos nada de lo que estaba buscando en el refugio. Lema Xandret: ese es el nombre que usó conmigo. ¿Lo has escuchado alguna vez?

—No. Ni Cinzia, tampoco.

Ella se alzó sobre sus pies en un movimiento y apoyó su rifle en su hombro.

—Larin, de todos modos.

Su agarre era sorprendentemente fuerte.

—Nuestros clanes fueron enemigos una vez —dijo Shigar.

—La historia antigua es el último de nuestros problemas. Será mejor que nos movamos antes de que los justicars lleguen aquí.

Él miró a su alrededor, al nautolano, los otros cuerpos, y el edificio derrumbado. Dao Stryver. Lema Xandret. Cinzia.

—Voy a hablar con mi Maestra —dijo él—. Ella debería saber que hay un Mandaloriano causando problemas en Coruscant.

—Está bien —dijo ella, alzando su casco—. Tú lideras el camino.

—¿Vas a venir conmigo?

—Nunca confíes en un konshi. Eso es lo que mi madre decía siempre. Y si vamos a detener una guerra entre Dao Stryver y el Sol Negro, tenemos que hacerlo bien. ¿Correcto?

Él apenas percibió su sonrisa antes de que desapareciera tras el casco.

—Correcto —dijo él.



Eldon Ax se lamía sus heridas de camino a Dromund Kaas.

El daño a su cuerpo era en su mayoría fácilmente tratable. Muchos de los cortes y cuchilladas las dejó cicatrizar naturalmente, creyendo tal y como su Maestro le había enseñado que una lección rápidamente olvidada es una lección pobremente aprendida. El resto se las trató con la ayuda del medkit construido en la cabina de mandos de su interceptor, evitando los analgésicos y los anestésicos por completo. No era el dolor lo que le preocupaba. Eso era bueno para ella, también.

El daño hecho a su confianza tomaría mucho más tiempo en sanar… sin mencionar sus expectativas de avance. Darth Chratis vería eso. No importaba que su récord en misiones en solitario hubiera sido perfecto hasta ésta. No importaba cómo de bien hubiera sido premiada por la Academia Sith. Todo lo que importaba era el éxito.

El interceptor retrocedió hacia el espacio real y la capital de sombrío rostro del Imperio, Ciudad Kaas, surgió a la vista.

—Te mataré Dao Stryver —juró Eldon Ax— o moriré intentándolo.

* * *

El parte fue tan mal como ella temía.

—Háblame de tu misión —le había ordenado su Maestro en tono entrecortado desde su cámara de meditación. Ax había sido admitida en su presencia antes de que sus rituales matutinos se completaran, y ella sabía bien cómo le molestaba eso.

Ella se inclinó e hizo como le ordenó. Su Maestro distribuía órdenes con un deseo inquebrantable de probar su voluntad de obedecer. Ella había aprendido a no desafiarle de inmediato, incluso cuando estaba haciendo lo que podía por ocultarle su fracaso.

Fue durante su misión que el Mandaloriano le había encontrado. Y fue este encuentro el que hizo lo que pudo por ocultarselo a su Maestro, en la medida en que fuera posible.

—Cuéntame más —dijo Darth Chratis, alzándose lentamente fuera de su sarcófago. Para concentrarse más eficientemente, pasaba al menos una hora al día en un armazón similar a un ataúd que no dejaba pasar la luz ni el aire, forzándole a depender únicamente de sus propias energías para sobrevivir—. No has explicado suficientemente los motivos de tu fracaso.

Ella no podía leer su estado de humor. Su cara era un desastre de arrugas profundas y fisuras desde las cuales, dos ojos de color rojo sangre observaban el mundo. Sus labios, finos como un cuchillo, estaban torcidos en una mueca perpetua. Ocasionalmente, una lengua tan pálida, que era casi transparente, aparecía para probar el aire.

—No le mentiré, Maestro —dijo ella, arrodillándose ante él—. Mientras me infiltraba en una célula enemiga, mi identidad fue revelada y fui forzada a defenderme a mí misma.

—¿Revelada? —Los labios sin sangre se torcieron—. No percibo el hedor repugnante de los Jedi sobre ti.

—No, Maestro. Fui expuesta por otro cuya gente fue una vez aliada en nuestra guerra contra la República.

Esa era la jugada que había trazado, volver la culpa del incidente de vuelta a la persona que lo había causado.

—Entonces. —Darth Chratis caminó libremente por los confines de su sarcófago. Las suelas de sus pies hacían un sonido como hojas secas al ser aplastadas—. Un Mandaloriano.

—Sí, Maestro.

—¿Luchaste contra él?

—Sí, Maestro.

—Y él te derrotó.

Esta no era una pregunta, pero exigía una respuesta.

—Es cierto, Maestro.

—Sin embargo aún estás aquí. ¿Por qué es eso?

Darth Chratis se irguió directamente ante ella ahora. Una garra atrofiada alcanzó a tocar su barbilla. Sus uñas de los dedos eran como cristales antiguos, frías y afiladas contra su piel. Él olía a muerte.

Ella miró arriba hacia su imponente rostro y no vio nada ahí salvo la implacable demanda de la verdad.

—No había venido a luchar contra mí —dijo ella—. Eso creo, aunque no tiene sentido. Me llamó por mi nombre. Sabía lo que soy. Me hizo preguntas para las que no conocía respuesta.

—¿Él te interrogó? —Eso provocó un ceño fruncido—. El Emperador no estará complacido si revelas alguno de sus secretos.

—Preferiría una muerte prolongada a sus manos, Maestro. —Su respuesta era completamente sincera. Había sido una Sith en entrenamiento toda su vida. El Imperio era tan parte de ella como su sable láser. No lo traicionaría ante una manada de mercenarios orgullosos que trabajaban junto al Imperio cuando les convenía.

¿Pero cómo transmitir la verdad de esto a su Maestro cuando estaba ahí, en ese punto crítico, en que su historia se hacía pedazos?

—No me preguntó nada del Imperio —dijo Ax a su Maestro, recordando la escena con rigurosa claridad. Su asaltante la había desarmado y atrapado con una red resistente a todos sus esfuerzos por escapar. Un dardo la paralizó, dejándole sólo la habilidad de hablar—. No me torturó. Únicamente fui herida en autodefensa.

Ella alzó sus brazos para mostrarle a Darth Chratis las heridas que portaba.

Él las contempló sin ningún signo de aprobación.

—Estás mintiendo —dijo él con desdén preparado—. ¿Esperas que crea que un Mandaloriano cazó a una aprendiz de Sith, la interrogó, no le preguntó nada sobre el Imperio, y entonces la dejó con vida después de eso?

—Si estuviera mintiendo, Maestro, me aseguraría de hacerlo de forma más verosímil.

—Entonces te has vuelto trastornada. ¿De qué otra forma puedo explicarlo?

Ax bajó su cabeza. No había nada más que pudiera decir.

Darth Chratis caminó por el nártex angular en el que dirigía sus audiencias. Expuestas en los muros a su alrededor estaban las reliquias de sus muchas victorias, incluyendo empuñaduras de sable láser bifurcadas y reliquias Jedi destrozadas. Estaban ausentes los tributos a sus muchos enemigos Sith. Aunque Darth Chratis no se había ganado el miedo y el respeto de sus iguales simplemente venciéndoles, no se jactaba de aquellos a los que había apartado a la fuerza de su camino. Su reputación era suficiente.

Sólo uno de cada tres aprendices que le servía, sobrevivía a su entrenamiento. Eldon Ax se preguntaba sin respiración si le había llegado la hora de unirse a aquellos que habían fallado. Su vida había sido demasiado corta —¡sólo diecisiete años!—, pero ella no alzaría una mano para defenderse, si su Maestro elegía terminarla ahora. No tendría sentido. Él podía abatirla tan fácilmente como se mata a una mosca.

Darth Chratis se detuvo, se giró para encararla de nuevo.

—Si este Mandaloriano tuyo no te preguntó por los planes del Emperador, ¿qué te preguntó?

En su momento, las preguntas la habían desconcertado. Todavía la desconcertaban ahora.

—Estaba buscando a una mujer —dijo ella—. Mencionó una nave. Los nombres no me decían nada.

—¿Qué nombres, exactamente?

—Lema Xandret. El Cinzia.

De repente su Maestro estaba en pie sobre ella de nuevo. Ella resolló. Él no hizo ningún sonido en absoluto. El agarre frío, fuerte de la Fuerza estaba de nuevo en su garganta, tirando de ella irresistiblemente hacia arriba hasta que estuvo de pie sobre la punta de sus dedos.

—Di esos nombres de nuevo —siseó él.

Ella torcer la mirada lejos de la suya.

—L-Lema Xandret. El Cinzia. ¿Sabe lo que significan, Maestro?

Él la dejó ir y se giró. Con dos rápidos gestos, la ruina de su cuerpo estaba envuelta de cabeza a pies en una capa larga, ondulante, tan negra como su alma, y su mano derecha agarraba un báculo largo, con la punta afilada.

—No más preguntas —dijo él—. Vamos.

Con pasos largos, abandonó la habitación.

Eldon Ax tomó una respiración larga, estremeciéndose, y se apresuró a seguir a su Maestro.

* * *

Los datos Imperiales de clasificación y almacenaje era una industria en crecimiento en Dromund Kaas, no obstante una que se mantenía cuidadosamente fuera de la vista. Vastas torres de rascacielos invertidas perforaban en las profundidades del suelo fértil de la jungla, sepultando siglos de múltiples registros redundantes cuidados por decenas de miles de esclavos. Recintos extensos se diseminaban alrededor de las entradas, manteniendo la máxima seguridad posible. A uno de esos recintos llevó Darth Chratis a Eldon Ax.

No le ofreció ni una palabra de explicación a través del largo vuelo en lanzadera desde Ciudad Kaas, y ella permaneció en silencio con algo similar al alivio. Al menos él no le estaba reprendiendo. Su misión había sido un completo fracaso. Había tenido que acceder ilegalmente al espaciopuerto y salir del planeta no sin antes ejecutar una búsqueda a través de los registros de aterrizaje de los días recientes. Ahí encontró una referencia al Mandaloriano. Él tuvo la temeridad de viajar bajo lo que parecía ser su nombre real: Dao Stryver.

Una vez más ella renovó la promesa de verle humillado como lo había sido ella, sin importar cuánto tiempo llevara. Quizás la muerte era demasiado buena para él. Una rápida, en cualquier caso.

Darth Chratis incautó una cámara privada de acceso de datos setenta plantas bajo la superficie del mundo, una equipada con un holoproyector gigante, y ordenó que los dos no fueran interrumpidos. Ax le siguió obedientemente tras él, con su desconcierto en aumento. Ni una sola vez en sus años de entrenamiento él había mostrado ningún interés en este aspecto de gobierno Imperial. Contables interestelares era su término despectivo para aquellos que preferían el servicio en las minas de datos antes que a una persecución más directa de poder. Ella fue a sentarse en el lugar del requeridor, pero él la hizo a un lado con un gesto de manos.

—Quédate ahí —dijo él, señalando a una posición directamente enfrente de la pantalla y tomando el asiento él mismo.

Con movimientos bruscos, angulares, empezó a introducir las solicitudes. Esto, al igual que cualquier otra cosa, la convenció de que los eventos ciertamente estaban dando un giro extraño.

Menús y diagramas iban y venían en la pantalla gigante. Ax lo encontraba difícil de seguir, pero percibió que su Maestro la estaba llevando a través de la estructura vasta y complicada que eran los registros Imperiales hasta una localización en particular.

—Esto —dijo él, tecleando el teclado con rotundidad—, es la base de datos de reclutamiento.

Una larga lista de nombres apareció en la pantalla, moviéndose demasiado rápido como para leerla.

—Cada persona que ha entrado en la Academia Sith está en esta lista —él continuó—. Sus nombres, orígenes, linajes y sus destinos, también, son relevantes. El Consejo

Oscuro usa estos datos para organizar coincidencias y para anticipar el potencial de su prole. La fortuna de numerosas familias recae sobre la naturaleza de estos datos. Está por lo tanto protegida. Ax. Es muy segura.

Ella indicó su entendimiento, hasta ahí.

—Estoy ahí —dijo ella.

—Por supuesto que lo estás, al igual que yo. Mira lo que ocurre cuando introduzco Lema Xandret.

Una nueva ventana apareció, mostrando la cara de una mujer. De características redondeadas, rubia, ojos sagaces. No le decía nada a Ax. El espacio debajo de la imagen estaba lleno de palabras remarcadas en un rojo urgente. Al final de la lista de entradas había dos líneas en negrita.

Asesinato solicitado.

Archivo incompleto: objetivo fugado.

Ax frunció el ceño.

—Entonces… ¿ella era una traidora? ¿Una espía de la República?

—Peor que eso. Mantuvimos menos registros de los Jedi de lo que lo hacemos en gente como esta. —Darth Chratis se giró en el asiento para encararla—. Dime, mi aprendiz, qué ocurre cuando un Sith es reclutado.

—El niño es apartado de su familia y llevado a la Academia. Donde su vida comienza de nuevo, al servicio del Emperador y del Consejo Oscuro; como la mía lo hizo.

—Exactamente. Es un gran honor para una familia cuando un niño es elegido, particularmente si su linaje no ha sido tan honrado antes. La mayoría de los padres están complacidos, y deberían estarlo.

—Y aquellos que no lo están son ejecutados —dijo ella—. ¿Fue Lema Xandret una de ellos?

Una sonrisa cadavérica brevemente animó el paisaje marchito de la cara de Darth Chratis.

—Exactamente. Ella era algo corriente; una constructora de droides, creo. Sí, exactamente eso. De una larga línea de constructores de droides corrientes, sin rastros de sensibilidad a la Fuerza. Ella produjo un niño con el potencial de ser un Sith, y por lo tanto el niño tenía que irse.

El Maestro de Ax no mostraba diversión a menudo. A ella le perturbaba más que su ira.

—El archivo dice objetivo fugado —dijo ella.

—Primero ella trató de ocultar al niño; un florecimiento tardío, quien ella temía que no sobreviviera a su entrenamiento en Korriban. Cuando eso falló y se llevaron al niño, ella corrió con el resto de la familia del niño; tíos, tías, primos, cualquiera en riesgo de represalias; y nunca se ha escuchado de ellos desde entonces.

—Hasta ahora.

—De la boca de un Mandaloriano —dijo Darth Chratis—, a tus oídos.

—¿Por qué yo? —dijo ella, percibiendo que su Maestro la estaba estudiando de cerca. Porque mi familia trató de ocultarme, ¿también?

—Quizás.

—Lo que yo era antes de encontraros no es importante —le aseguró a él—. No tengo problemas en cuanto al destino de mi familia.

—Ciertamente. Te entrené bien. —De nuevo esa sonrisa disecada—. Quizás demasiado bien. —Él se inclinó más cerca.

—Mira aquí, Ax. A mis ojos.

Ella lo hizo, y el horror rojo de su mirada llenó la suya.

—El bloqueo es fuerte —dijo él, y era como si las palabras vinieran del interior de su cabeza—. Está en pie entre tú y la verdad. Yo lo libero. Yo te libero, Ax. Eres libre de saber la verdad sobre tu pasado.

Ella se quedó pasmada como si la hubieran golpeado, pero ninguna fuerza física la había tocado. Una detonación silenciosa había tenido lugar en su mente, una carga en profundidad en lo profundo de su consciencia. Algo se revolvía allí. Algo extraño e insospechado.

Ax miró arriba a la imagen del holoproyector.

Lema Xandret le devolvió la mirada con los ojos vacíos.

—Ella era tu madre, Ax —dijo su Maestro—. ¿Eso contesta a tu pregunta?

Aturdida, Ax supuso que lo hacía. Pero al mismo tiempo planteaba muchas más.

* * *

Darth Chratis usó el holoproyector de la cámara para dirigir una audiencia segura con el Ministro de Inteligencia. Ax nunca se había encontrado con el ministro antes, ni lo había visto en ningún tipo de comunicación, pero la inmensa confianza que su Maestro mostró permitiéndole quedarse en la habitación estaba perdida por completo en ella. Su cabeza todavía sonaba por la liberación del condicionamiento de su Maestro. No por lo que eso revelaba, sino por la poca diferencia que hacía para ella.

La falta de sensibilidad para la Fuerza de su familia había sido la única cosa de la que había estado segura sobre su vida antes de convertirse en Sith. Había asumido que su familia había sido asesinada, pero eso nunca le preocupó. Ella con seguridad nunca se había preocupado por ello, y no le habría preocupado ahora si no fuera por una cosa.

El bloqueo fue eliminado. Los recuerdos debían haber estado fluyendo de vuelta sobre Lema Xandret y su temprana vida.

Pero no había nada. Con bloqueo o sin bloqueo, no quedaba nada. Lema Xandret continuaba siendo una completa extraña.

Con la mitad de su mente, atendió a la conversación que su Maestro estaba teniendo con el ministro.

—Eso es por qué el Mandaloriano buscaba interrogar a la chica. Ella es un rastro potencial.

—¿Un rastro hacia Xandret?

—¿A qué otra conclusión podemos llegar? Ella debe estar viva; en la misma vía de escape de la que huyó para evadir la ejecución, asumo.

—¿Qué podrían querer los Mandalorianos de ella?

—No lo sé, y el hecho de que no lo sepamos hace que sea vital que la encontremos primero.

—¿Como una cuestión de principios, Darth Chratis, o de seguridad Imperial?

—Los dos a menudo son inseparables, Ministro, creo que lo averiguarás.

El hombre en la pantalla parecía incómodo. El suyo era el mayor rango que una persona mundana podía alcanzar en el cuerpo de inteligencia del Imperio, aunque para un Lord Sith era considerado fundamentalmente inferior. Debía ser reacio a admitir que una única fabricante de droides perdida requería su atención, incluso una que trató de ocultar a una niña sensible a la Fuerza de los Sith, pero la desobediencia era inconcebible.

Entonces un pensamiento le golpeó, y la mirada de conflicto de su cara se aligeró.

—Me pregunto —musitó él, tocando su mentón con un dígito largo—. Justo ayer, llegó un informe de nuestro informador en el Senado de la República. Los Hutts dicen tener sus manos sobre algo valioso, y creen que el Senado querría pujar por ello. Contra nosotros. He buscado comunicados diplomáticos y he averiguado que hemos recibido exactamente la misma oferta, pero insinuada en términos opuestos, por supuesto. Normalmente desecharía tal abordaje como algo que no merece atención, pero el hecho de que venga de dos fuentes tan ampliamente diferentes le aporta cierto credencial. Y ahora esto.

—No logro ver la conexión con los Hutts. Son unos mentirosos compulsivos.

—Sin duda. Pero versa, Darth Chratis, aquí es donde se pone interesante. La nave de la que los Hutts clamaban haber obtenido su misterioso, ah, artefacto, datos, lo que sea; esa nave se llamaba el Cinzia. Y según veo en el archivo al que has accedido ese es el nombre de nacimiento de la chica.

Darth Chratis asintió.

—Debe haber una conexión.

—¿Que la nave se llamara como la hija de Lema Xandret y un Mandaloriano esté preguntando por ambos? Eso creo.

—Pero no nos es de mucha ayuda sin saber qué es lo que los Hutts están subastando.

Eso le arrebató algo del triunfo en la expresión del ministro.

—Conseguiré esa información de inmediato, Darth Chratis.

—Confío en que lo harás, Ministro, siendo una cuestión de principios.

La audiencia a larga distancia terminó con una muestra de estática.

Le llevó a Eldon Ax casi un minuto darse cuenta. Las frases desconectadas llenaban su cabeza como pájaros, buscando algún sitio donde posarse.

… un rastro potencial…

… llamada como la hija de Lema Xandret…

… el nombre de nacimiento de la chica…

Sólo se le ocurría entonces que el nombre que pensaba que era el suyo no era nada sino una versión de las iniciales de su madre.

¿Qué has estado haciendo estos últimos quince años. Madre?

—Dime lo que recuerdes, Ax.

—No quiero recordar, Maestro.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene nada que ver con quien soy ahora. Así que ¿y qué si Lema Xandret era mi madre? Si me la encontrara mañana, probablemente no la reconocería. Nunca la he conocido, nunca la he necesitado.

—Bueno, la necesitas ahora, Ax; o al menos, necesitas sus recuerdos.

Su Maestro se acercó tanto, que podía sentir el frío mortal de su aliento.

—Parece que el saber de Lema Xandret y sus fabricantes de droides perdidos es importante para los Mandalorianos. Eso significa que es importante para el Imperio, también, porque lo que fortalece a otros nos debilita a nosotros. Todo lo que puedas recordar sobre el paradero de tu madre puede ser crucial. Por lo tanto te sugiero que lo intentes con fuerza. Para compensarte, pondré el bloqueo en su sitio después, así que los recuerdos desaparecerán de nuevo, como si nunca hubieran existido.

—Está bien, Maestro —dijo ella, aunque su cabeza dolía al pensar. ¿Qué pasaba si no llegaba nada? ¿Qué si algo lo hacía?— Lo intentaré.

—Harás más que intentarlo —le dijo Darth Chratis con su escalofriante rotundidad—. En diez horas estándar espero estar en pie ante el Consejo Oscuro contigo a mi lado. Si me decepcionas, ambos sufriremos.



En un buen día, Ula Vii no quería hablar con nadie. Él sólo escuchaba. Eso era en lo que él era bueno. En su tiempo libre, se sentaría en su cuarto y repetiría las grabaciones de la semana, escaneando conversaciones enteras buscando algo importante. Las cosas importantes pasaban todo el tiempo en Coruscant, por supuesto, pero aislar objetos de gran significancia era una parte crítica de su trabajo, y le gustaba pensar que era bueno en ello. Ula era un informador Imperial en el Senado de la República. Llevaba esa responsabilidad con orgullo.

En un mal día, era empujado a salir de las sombras e ir hacia la luz: el problema con interpretar un papel era que a veces Ula tenía que interpretarlo realmente. Como un asistente sénior del Comandante Supremo Stantorrs, Ula a menudo era llamado para tomar notas, llevar a cabo investigaciones, y ofrecer consejo. Todo esto le colocaba en una posición única para ayudar al Imperio en su misión de recobrar la galaxia, pero al mismo tiempo era forzado a realizar dos trabajos exigentes a la vez. En los días malos, su cabeza le dolía tanto que se sentía como si se fuera a agrietar hasta abrirse, esparciendo todos sus secretos por el suelo.

El día que escuchó sobre Cinzia fue un muy mal día ciertamente.

El Comandante Supremo había tenido una mañana ocupada: innumerables visitantes, solicitantes sin fin, el eterno zumbido de su comunicador. Ula no sabía cómo lo soportaba. Entonces llegó la solicitud de la Gran Maestra Satele Shan para una audiencia, lanzando el organigrama del Comandante Supremo fuera por completo de un trancazo.

—¿Puedes quitarla? —le preguntó Stantorrs a su secretaria, con una mirada que señalaba molestia. Cuanto más ocupaba Ula su rol, mejor tenía un entendimiento de las expresiones de los aliens, incluso los duros sin nariz, de cabeza de luna como este.

—Estuvo aquí hace sólo una hora. Dice que es importante.

—Está bien, está bien. Hazla pasar.

Ula nunca había conocido formalmente a la Gran Maestra Jedi antes. Consideraba a los Jedi con sospecha y desagrado, y no sólo porque eran los enemigos del Imperio.

Ella caminó hacia la oficina palaciega y le ofreció al Comandante Supremo una reverencia de respeto. Con una cara finamente huesuda y el pelo con mechones grises, no era una mujer alta, pero la posición que ocupaba en la jerarquía de la República era considerable.

Stantorrs se puso en pie y ofreció una reverencia que parecía mucho más leve en comparación a la de ella. Como Ula, él no aprobaba a los Jedi, pero sus motivos no tenían nada que ver con la filosofía. Muchos en la República ponían la culpa del ascenso del Imperio firmemente sobre los hombros del Consejo Jedi. El Tratado de Coruscant había

arrancado a la capital galáctica del control del Emperador una vez más, pero sólo a un gran coste para la República y sus aliados, y una terrible pérdida de prestigio. La retirada del Consejo a Tython no había ayudado.

—¿Cómo puedo ayudarle, Maestra Shan? —preguntó él en un brusco básico.

—He recibido un informe de mi Padawan de un posible cazarrecompensas suelto en el distrito antiguo —dijo en tono mesurado—. Causando disturbios entre las clases criminales, aparentemente.

—Ese es un asunto menor. ¿Por qué me lo traes a mí?

—Tus instrucciones son restaurar la seguridad en Coruscant. Además, el cazarrecompensas es un Mandaloriano.

Ula no necesitaba leer las mentes para saber lo que Stantorrs estaba pensando ahora. Un bloqueo Mandaloriano de la Vía de comercio Hydiana en las últimas décadas de la Gran Guerra había deteriorado la República y estuvo muy cerca de llevarla a la ruina. Desde su derrota, Mandalore había perdido a muchos de sus invasores en las luchas de los pozos de gladiadores en Geonosis, pero Ula no era la única persona en Coruscant que sabía que los operativos Imperiales habían estado detrás de la acción anti-República, y que todavía estaba buscando batalla. Si estaba considerando hacer un movimiento sobre el mismo Coruscant, debía ser dirigido de inmediato.

—¿Qué puedes decirme de él?

—Su nombre es Dao Stryver. Está buscando información sobre una mujer, Lema Xandret, y algo llamado Cinzia.

Los oídos de Ula se aguzaron con el último nombre. Lo había escuchado recientemente. ¿Dónde exactamente?

El Comandante Supremo estaba realizando la misma búsqueda mental.

—Un informe —musitó él, golpeando sus largos dedos sobre el escritorio—. Algo del SIS, estoy seguro. Quizás deberías preguntarles a ellos sobre eso.

Una sombra de la verdadera autoridad de la Gran Maestra Satele Shan apareció en su voz.

—Voy a contactar con Tython de inmediato en relación con nuestras anteriores discusiones. El General Gaza me impresionó sobre la urgencia y el secretismo del asunto. No puedo permitir ser retrasada más aún.

La piel cerosa de Stantorrs se volvió de un morado profundo. No le gustaba que usaran las propias políticas de la República contra él. Ula esperó una pérdida momentánea de control, que algo se colara sobre la naturaleza de aquellos encuentros anteriores. Por más que se esforzara, no podía aprender nada de ellos, aunque estaba seguro de que eran de grave importancia para sus Maestros en Dromund Kaas.

Desafortunadamente el autocontrol de Stantorrs era rival para su temperamento.

—No tengo tiempo para investigar cada disturbio menor. —El Comandante Supremo se enojó—. ¡Ula! Échale un vistazo, ¿lo harás?

Ula saltó ante la mención de su nombre.

—¿Señor?

—Haz un seguimiento de este incidente para la Maestra Shan. Infórmanos a ambos cuando encuentres algo. Si encuentras algo.

Eso último fue dirigido a la Gran Maestra con una generosa cantidad de sentimientos enfermizos.

—Por supuesto, señor —dijo Ula, esperando que la concesión fuera simplemente un ardid para alejar a la Gran Maestra de Stantorrs.

—Gracias, Ula, Comandante Supremo. Estoy muy agradecida.

Con eso, Satele Shan se fue de la habitación, observada con resentimiento por Stantorrs y su personal. Cada departamento en la República estaba estresado y falto de personal. La última cosa que nadie quería era a los Jedi metiendo sus narices, encontrando fallos, y trayendo más trabajo.

El trabajo de Ula no era sembrar el disentimiento, aunque a veces deseara que lo fuera. El disentimiento prácticamente se sembraba solo en la maldita Coruscant, donde el cielo era del mismo gris pesado como sus calles de peatones y las marcas de la guerra todavía cicatrizando en su cara artificial.

El Comandante Supremo volvió a su asiento con un suspiro profundo.

—Está bien, Ula. Será mejor que empieces.

—Pero señor —dijo Ula— seguro que no se refería, pensé…

—No, será mejor que hagamos exactamente lo que digo, sólo en caso de que resulte ser importante. No hay que dejar nada a un lado cuando los Mandalorianos están involucrados. Si esa chusma de alborotadores está ayudando al Imperio a hacer otro movimiento sobre Coruscant, necesitamos saberlo. Pero no pierdas mucho tiempo en eso, ¿eh? El resto de la galaxia no esperará.

Ula inclinó su cabeza en obediencia frustrada. Estaba consternado porque la petición menor de la Gran Maestra le apartara de la presencia del Comandante Supremo. ¿Cómo iba a reunir la inteligencia que necesitaba ahora? Esta misión sin sentido podía costarle datos valiosos.

No tenía sentido discutir, y quizás era beneficioso aceptarlo, también. Los Mandalorianos no eran ningún tipo de chusma: sus vastos números de clanes individuales, cada uno disponible para contratar al mejor postor, añadían una potente fuerza de batalla capaz de elevar la balanza de poder en una batalla importante, como la República ya había aprendido a un gran coste. El Imperio le había dado a los Mandalorianos los medios de volver a la galaxia y cobrar venganza de sus enemigos, pero no había lealtad entre ambos bandos. Con la firma del Tratado de Coruscant, el Emperador y Mandalore habían separado sus caminos.

Merecía la pena perseguir su rastro, se dijo a sí mismo, incluso si una hora o dos de investigación probaban que alguien había estado cazando sombras y los negocios volvían a la normalidad después.

Estaría fuera del personaje, también, hacer otra cosa. Ula Vii, el funcionario dispuesto, siempre hacía lo que le decían. Así era como se había ganado ese acceso íntimo a los asuntos del Comandante Supremo. Con una reverencia brusca, se suavizó la

ya impecable parte frontal de su uniforme conforme abandonaba la oficina, y se dirigía a los cuarteles principales de su homólogo en la República.

* * *

Los sistemas de información estratégica no anunciaban sus oficinas en el Complejo Heorem, pero cualquiera con cualquier antigüedad en la administración sabía dónde estaban. Ula había tenido motivos para visitarlos sólo una vez antes, mientras cubría un Agente Cifrado, y había conseguido evitarlos desde entonces. La compañía de otros operativos de inteligencia le molestaban, no importaba de qué bando fueran. Eran todos de la misma estirpe, más o menos: observantes, de pensamiento rápido, acostumbrados a ver —o imaginar— engaños por todo su alrededor. Criaturas de pocas palabras, que daban bien poco, y sus ojos eran tan afilado como las agujas de un droide interrogador.

Ula enmascaró su nerviosismo tras una fachada de calma conforme entraba en el atrio espacioso, cultivado. La secretaria le sonrió cálidamente.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—Ula Vii, consejero del Comandante Supremo Stantorrs.

Su huella de voz fue comprobada, naturalmente, pero modestamente. La secretaria le indicó con la mano que pasara. Se encontraba en una sala de conferencias con un Ithoriano ilegible, posiblemente mujer, vestida en unas túnicas sencillas y negras, sin nombres ni insignias.

—Eres un Epicanthix —dijo ella sin rodeos por ambas bocas.

Como inicio de una conversación, ésta era desconcertante. La mayoría de la gente no lograba darse cuenta de que no era completamente humano. Rehusó darle la ventaja.

—El Comandante Supremo Stantorrs solicita información —dijo él.

—¿Por qué no sigue los canales habituales?

—Necesitamos una respuesta rápida —dijo él, pensando: Así puedo volver a mi verdadero trabajo. A ambos.

—Pregunta —dijo ella.

Él le dio el nombre del Mandaloriano, y los otros nombres asociados al caso.

La ithoriana sacó un panel de datos de debajo de sus túnicas y lo tecleó con un dedo largo, fino. Aparte de ese dígito, ninguna parte de su cuerpo se movió. Ula esperó sin ninguna señal aparente de impaciencia, preguntándose cómo respiraba la criatura.

—Una nave registrada a nombre de un Dao Stryver aterrizó en Coruscant hace dos días estándar —dijo ella finalmente—. Se fue hace una hora.

—¿Cuál era el nombre y clase de la nave?

—Primera Sangre, un Kuat D-Siete modificado.

—¿Destino?

—Desconocido.

—Háblame de Lema Xandret.

—No tenemos registros de ese nombre.

—¿Nada en absoluto?

—Una vez —dijo ella— la información fluía libremente a través de la galaxia, fluyendo y refluyendo tan de inmediato como la luz misma. Nos enorgullecíamos de la facilidad con la que sabíamos todas las cosas. Cuando el Imperio llegó, crearon una sombra sobre la República, y el constante brillo de conocimientos fue destruido. Mucho de lo que podríamos saber llega lentamente, e incompleto. Nuestra tarea es tanto reconstruir como reunir.

—Eso es un no, entonces —dijo Ula de forma impertinente. Estaba muy al tanto del estado de la información en la galaxia, y no quería que el Imperio fuera culpado por ello. Desde su punto de vista, la República nunca lo había tenido bien, y sólo el establecimiento del gobierno Imperial permitiría el flujo bueno y correcto de datos a todo el mundo.

Él no estaba llegando demasiado lejos con el alien, pero le quedaba una pregunta.

—¿Qué hay del tercer nombre: Cinzia?

—Tenemos tres apariciones: dos del Senado y uno de una red aliada de espías. Ambos apuntan a la misma fuente.

Más espías, pensó Ula a disgusto. Odiaba esa palabra.

—¿Quiénes son los Senadores?

—Bimmisaari del sector Halla y Sneeve del sector Kastolar.

—¿Puedes decirme sus fuentes?

—En seguida. No hay advertencias de seguridad adjuntas a este tema. —La ithoriana tecleó de nuevo—. Ambos Senadores y la red de espías informan de una subasta inusual en el espacio Hutt. Se ha llamado a la oferta.

—¿Dónde encaja el nombre de Cinzia?

—Parece ser un navío de algún tipo.

—¿Algo más?

—La especulación varía entre los tres grupos. No puedo ofrecerte hechos sólidos.

Ula pensó rápido para sí mismo. Así que Dao Stryver era real, y el Cinzia, también. Pero ¿qué estaba haciendo el uno en Coruscant mientras el otro estaba en espacio Hutt? ¿Cómo podía la avaricia de una especie de criminales malignos conectarlos?

—Gracias —dijo él—. Nos has ayudado algo.

La ithoriana caminó con él de vuelta al atrio y le dejó allí. La secretaria saludó con alegría conforme se iba. Una capa de sudor cubría a Ula de cabeza a pies. Podía haber ido mucho peor, se dijo a sí mismo, si ellos hubieran sabido quién era él en realidad…

Ula tenía un contacto en la oficina del Senador bimmisaariano. Había solicitado una cita por su comunicador mientras caminaba. Con suerte, esperaba él, toda esta cosa se aclararía antes de acabar el día y la vida volvería a la normalidad.

* * *

—Oh, sé exactamente de lo que hablas —sopló Hunet L'Beck sobre un frasco de cerveza tradicional. Él había insistido en encontrarse para comer, y Ula había encontrado imposible hacerle cambiar de opinión. A Ula no le gustaba comer en público. Era una de las cosas que prefería guardarse para sí mismo, sin preocuparse de lo que pensara la otra gente.

—Vamos, entonces —dijo él, moviendo restos de habichuelas yot fritas alrededor de su plato—. Dímelo todo.

L'Beck había acabado de comer hacía mucho tiempo e iba ya por su segundo tarro. Eso lo hacía incluso más locuaz de lo normal, lo cual no era algo malo. Ula necesitaba que hablara.

—Las oficinas del Senador en Bimmisaari recibieron un comunicado de Tassaa Bareesh hace siete días. ¿Sabes quién es?

—Un miembro del Cártel Bareesh, supongo.

—Sólo la cabeza, la matriarca. Ella tiene lazos cercanos al Imperio, así que mantenemos un ojo en ella tanto como podemos. No hay nada que podamos hacer con el contrabando, pero la esclavitud abierta es algo con lo que intentamos tener mano dura.

Ula asintió. El sector hogar de Bimmisaari lindaba directamente con el espacio Hutt, así que el comportamiento de los cárteles podría tener un enorme efecto desestabilizante en la economía local.

—Continúa.

—El comunicado era una puja en realidad, y una muy poco sutil. Bareesh estaba intentando captar nuestro interés en algo que uno de sus piratas había encontrado en el Borde Exterior. Información, aparentemente, y un artefacto inespecífico. Ella no dijo de dónde había venido, exactamente; de camino pasando por Rinn, era la única pista que daba. No le prestamos mucha atención al principio, naturalmente.

—¿Por qué naturalmente?

—Bueno, recibimos docenas de ofertas de los Hutts cada día. La mayoría son fraudes. Algunas son trampas. Están todas llenas de mentiras. No tan diferentes de las que recibimos del Consejo de Dirección de Recursos, pero al menos esos se suponen que están de nuestra parte. —L'Beck brindó por su cínica ocurrencia y pidió otra bebida.

—Así que ignorasteis el comunicado —apuntó Ula.

—Y eso normalmente habría sido el final de ello. Excepto porque llegó otro, y entonces otro, cada uno añadiendo un poco a la historia hasta que finalmente tuvimos que prestar atención. Era una campaña bastante inteligente, en realidad. No lo habríamos aceptado si hubiera llegado todo de una vez, pero distribuida poco a poco, dejando que cada pieza del puzle se colocara en su sitio antes de ofrecernos la siguiente, finalmente fue suficiente para conseguir que hasta el Senador en persona estuviera interesado.

—¿En qué, exactamente?

—Los Hutts encontraron una nave. El Cinzia. Había algo en su interior, aparentemente, un artefacto que intentaban vender, pero esa no era la cosa más importante. Lo que realmente lo hace interesante es de dónde venía la nave.

Ula estaba cansado de jugar a juegos.

—Sólo dime, ¿lo harás?

—No puedo. Esa información es lo que los Hutts están vendiendo. —L'Beck se inclinó hacia delante—. Hemos intentado generar interés en el Senado. El apoyo se disemina para una respuesta oficial, pero no lo suficientemente rápido. La subasta es en unos pocos días, y me temo que nos la perderemos. —La voz de L'Beck se bajó hasta que apenas era audible sobre el ruido de fondo—. ¿Cómo te gustaría ser el que entregue a la República un mundo previamente desconocido, rico en recursos, listo para ser tomado?

Ula mantuvo su expresión neutral. De modo que de eso iba el escándalo. Los nuevos mundos no eran especialmente difíciles de encontrar, pero cualquier cosa inmersa en minerales o biosfera estaba ferozmente disputada entre el Imperio y la República. Si los Hutts habían tropezado con la localización de un mundo así, había ciertamente una oportunidad real de aprovecharse del conocimiento.

—¿Estáis seguros de que es real, no otra estafa? —preguntó a L'Beck.

—Tan seguros como podemos estarlo —dijo L'Beck ligeramente, tomando su tercer tarro del camarero y mamándose un trago importante—. El Canciller Supremo Janarus autorizaría un equipo de pujas de Bimmisaari, estoy seguro, si pudiéramos hablar con él. ¿Crees que puedes ayudar?

Y ahí estaba, la súplica de asistencia en apoyar a los políticos. El sector Halla quería no sólo ser los que trajeran un nuevo mundo a la atención de la República, sino acceder también a los fondos del Canciller. Un pequeño porcentaje sería retirado de la suma para cubrir los gastos administrativos, sin duda proveyendo más cerveza para aquellos como Hunet L'Beck y su clase. Por lo tanto la República se condenaba a sí misma, y todo ello afirmaba ser representativo.

Ula suprimió su revulsión ideológica.

—Se lo llevaré a la atención del Comandante Supremo Stantorrs —dijo él. Y era la verdad. No tenía elección ahora. Si volvía sin nada, y dos días después la información alcanzaba a los oídos del Canciller Supremo de otras fuentes, se vería mermado a los ojos de Stantorrs. Mantener ese contacto era primordial.

Pero eso no le detendría de dispersar la información en otros sitios primero.

—Te debo una —dijo L'Beck conforme Ula pagaba la cuenta y cogía su vuelta. Esa era la mejor forma de dejar a un informador: en deuda con uno. Los fondos de Ula, como los de la República, no eran sin límites, pero contenían suficientes créditos para engrasar el camino para la dominación Imperial, sólo un poco.

* * *

Existían muchas maneras de conseguir transmisiones secretas de Coruscant. Uno podía almacenar una antena en un edificio en desuso y emitir cuando los satélites oficiales estuvieran fuera del rango. Uno podía pagar a un ser inferior para que llevara un registro de la órbita, para desde ahí mandar el mensaje aún más lejos por métodos más ordinarios.

Uno podía emplear un código de tal complejidad barroca que la transmisión pareciera capas de ruido sobre ruido, sin ninguna característica en especial.

Ula creía que la mejor forma de levantar sospechar era ir demasiado lejos fuera de su camino para evitarlo. Así que su método preferido de contactar con sus superiores era situar una llamada a Panatha, su planeta de nacimiento, dejar un mensaje para su madre, y esperar a que la respuesta le llegara. De esa forma el ardor de la culpa era traspasado a otro lugar. Era mucho más fácil no darle importancia a recibir una comunicación ilícita, una posiblemente fuera de lugar, que la acusación de hacer una.

Después de decirle al Comandante Supremo que estaba metido en el caso, fue inmediatamente a sus cuartos austeros y mandó dos señales. Ula vivía en las Cumbres Manarai, cerca de su trabajo en el Distrito del Senado mientras que al mismo tiempo lo suficientemente cerca de las Instalaciones de Atraque del Puerto Este para tener una vía de escape rápida si la necesitaba. Tenía provisiones de documentos, créditos y armas en varias localizaciones entre su hogar y el espaciopuerto. También tenía un apartamento secundario, poco más que un armario, en realidad, en caso de que necesitara algún sitio donde esconderse por un tiempo. Él no era alguien que corriera riesgos. La ilusión de inocencia de la que se había envuelto a sí mismo podía ser demasiado fácilmente disipada. Lo había visto ocurrir antes. Un fallo era todo lo que se necesitaba…

El pitido de su comunicador le hizo salir del ensueño nervioso en el que había estado la última hora. La llamada estaba en camino, en respuesta a la primera de sus señales. Se preparó a sí mismo para enderezar su uniforme por doceava vez y tomar posición enfrente de su holoproyector. Esta era la parte de su trabajo que menos le gustaba.

Una imagen fantasmal apareció ante él, parpadeando azul con estática. Había poco más que un rastro de la cara, y la voz era tanto sin género como sin especie. Ula no tenía ni idea de con quién hablaba en la distante Dromund Kaas.

—Informa —dijo Observador Tres.

Ula resumió todo lo que había averiguado en tan pocas palabras como le fuera posible: Una nave de un mundo rico en recursos no afiliado en el Borde Exterior ha sido capturada por los Hutts, quienes ofrecían información sobre ella al mayor postor. Esa misma nave fue objeto de una búsqueda por un Mandaloriano, Dao Stryver. Otro nombre, Lema Xandret, estaba implicado. Los orígenes de la nave eran desconocidos, así como su cargamento, el objeto misterioso al que L'Beck había aludido. Ambos iban a subastarse.

Cuando terminó, la línea ruidosa crujió y burbujeó por casi medio minuto antes de que Observador Tres respondiera.

—Muy bien. Este es un asunto que le interesa al ministro. Mantén un ojo cerca e informa de cómo se desarrolla.

—Sí, señor.

—Despachado.

La transmisión finalizó, y Ula se hundió de alivio. Por todo lo que sabía, Observador Tres era una persona perfectamente normal, sólo otro funcionario como él, pero había algo en esa voz vacía que le hizo sentirse totalmente indigno. Suficientemente malo era

que él no fuera del todo humano, sino peor aún que eso. Se sentía sucio, impuro, vil, sin ningún motivo.

Observador Tres le hizo sentir como lo hacía cuando hablaba con un Sith.

Su comunicador zumbó de nuevo. Se preparó a sí mismo de nuevo, con motivos muy diferentes para estar nervioso. Mientras que la última llamada había llegado a través de canales perfectamente oficiales desde el Ministerio de Inteligencia, esta tenía un propósito diferente, y albergaba riesgos para sí mismo.

Esta vez, cuando el holoproyector se removió, reveló una imagen perfectamente clara de una mujer que todavía golpeaba a Ula al parecer por completo demasiado joven para el rol que interpretaba en la administración Imperial.

—Hola, Ula. Qué bien volver a oír de ti. ¿A qué debo el placer?

Ula tragó. La sonrisa de Shullis Khamarr parecía perfectamente sincera, y Ula no tenía motivos para creerlo de otro modo. La actual Ministra de Logística era de la misma edad que él y compartía su creencia pasional de que el Imperio era una fuerza civilizadora para tener en cuenta. Habían discutido de este tema en profundidad durante un vuelo en lanzadera desde Dromund Kaas, la única vez que visitó el mundo capital del Imperio. Había estado atendiendo una sesión informativa para miembros que no habían calificado para ser Agentes Cifrados pero todavía eran considerados útiles para el cuerpo de inteligencia; ella estaba en camino de ser ascendida a teniente. Desde entonces, su ascenso había sido meteórico, mientras que él permanecía esencialmente en ninguna parte.

—Tengo algo para ti —le dijo a ella—. Un mundo listo para la anexión, descubierto por los Hutts.

—Ya he escuchado acerca de esto —dijo ella—. Nadie sabe dónde está, y no lo sabremos hasta que paguemos. ¿Tienes algo que añadir, Ula?

Él se desinfló levemente. Así que no había sido el primero en informar.

—Todavía no, Ministra. Pero estoy en buen sitio para hacer un seguimiento y espero saber más pronto.

—Eso sería beneficioso para todos nosotros, Ula —dijo ella con otra sonrisa—. ¿Por qué me llamaste por esto?

—Porque es la oportunidad que hemos estado esperando —dijo él, sintiendo su pulso golpeando en su cuello. Este era un territorio tan peligroso ahora como siempre había sido—. No necesitamos fanáticos que dominen una galaxia. Sólo necesitamos el gobierno y la administración apropiados. Reglas, leyes, disciplina. Cuando ves a aquellos lunáticos provocando el caos en los mundos de ahí fuera; tanto Jedi como Sith; tengo que preguntar qué beneficio traen. —Él utilizó sus propias palabras deliberadamente—. No habría una guerra sin ellos suscitando las cosas.

—Recuerdo eso, Ula —dijo ella con una paciencia que cortaba a través de él como un sable láser—. Entiendo tus puntos de vista, pero no hay nada que pueda hacer…

—Todo lo que necesitamos es sólo un mundo, un mundo fuerte capaz de defenderse a sí mismo, en el cual los ciudadanos Imperiales pudieran prosperar sin miedo ni opresión.

—El mundo del que has oído pertenece por derecho al Emperador. No puedo reclamarlo para mí misma.

—¡Pero ahora eres la Ministra de Logística! La burocracia Imperial entera es tuya.

Ella lo despreció levemente, como siempre lo hacía.

—Es del Emperador, como debe ser. Yo soy su instrumento, y no traicionaré su confianza…

—Nunca te pediría que lo hicieras.

—Lo sé, Ula. Eres tan leal como yo lo soy, y tus intenciones son buenas, pero me temo que lo que pides es imposible.

Se dolía de nunca llevar su amistad demasiado lejos, pero era incapaz de ocultar su decepción.

—¿Qué hará que cambies de opinión, Ministra?

—Cuando tengas la localización del mundo, habla conmigo de nuevo.

Él sabía demasiado bien que traicionar a la República mientras al mismo tiempo trataba de convencer a una ministra sénior de aumentar la influencia de la gente corriente en sus relaciones con la clase gobernante Sith podía traer su mundo entero en ruinas.

—Gracias, Ministra —dijo él—. Muy amable por satisfacerme.

—No es amabilidad, Ula, ni satisfacción. Debes llamarme en cualquier momento.

Ella finalizó la transmisión, y esta vez Ula no se hundió. Él ya se sentía completamente desinflado, insignificante incluso aunque Observador Tres describiera que su misión era de interés para el Emperador en persona. Se sentía como un grano de arena golpeado por poderosas corrientes oceánicas. No importaba en qué costa aterrizara, las olas le golpeaban más fuerte que nunca.

Mantén un ojo cerca e informa de cómo se desarrolla.

Eso podía hacerlo. Exhausto por su día de hablar, archivó un informe escrito para el Comandante Supremo Stantorrs. Entonces se desvistió y se acostó en su dura cama y esperó al amanecer.



Larin Moxla estaba en pie en los Jardines del Senado, en un paso abarrotado alineado de bancos. Era por la tarde temprano, y el cielo estaba lleno de luces. Se sentía incómodamente expuesta, y fue golpeada por lo que se había acostumbrado a los distritos antiguos. Sólo habían pasado unos meses desde que la habían expulsado del Escuadrón Estrellanegra, y ya el cielo neblinoso de los niveles superiores le parecía demasiado grande, la gente demasiado refinada, los droides demasiado limpios, y los edificios demasiado nuevos. Dale un año, pensó ella, y ella sería completamente uno con la escoria de la sociedad.

Su sentimiento de alienación sólo fue confirmado cuando un cuarteto de oficiales de Seguridad del Senado caminaron por su lado, tres hombres twi'lek, zabrak, y humano y una mujer nikto baja y fornida. Los OSS captaron su mirada y se aproximaron.

—¿Te has perdido? —murmuró el twi'lek—. Parece como si te hubieran tirado de espaldas a un sarlacc.

—Dos veces. —Parloteó la mujer nikto, no de forma amable.

Larin quería alejarse. Estaban hablándole de soldado a soldado, usando tonos familiares, de broma, pero su corazón no estaba en ello.

—Gracias, tíos —dijo ella—. Estoy bien, y no me quedaré aquí por mucho tiempo. —Ella estaba esperando a que Shigar volviera de hablar con Satele Shan, y esto era por lo que ella había dicho que se deberían encontrar.

—No te preocupes —dijo el humano con un guiño— sólo intenta no asustar a nadie.

—Espera —dijo el Zabrak, echándole un vistazo. ¿Te conozco?

—No lo creo —dijo ella.

—Sí, te conozco —dijo él—. Eres Moxla Tóxica, la Kiffar que se chivó del Sargento Donbar.

Larin sintió la sangre subiendo a su cabeza.

—Eso no es asunto tuyo.

—Oh, ¿sí? Tengo un primo en las Fuerzas especiales que no estaría de acuerdo —dijo el Zabrak, justo en su cara.

Ella mantuvo su mirada, aligerando la urgencia de retirarse, o darle un cabezazo de una embestida rápida y sólida que debía cortar su frente hasta el hueso con sus cuernos, pero que con seguridad le dejaría helado.

Pero entonces, probablemente tendría cargada una pelea para tratar a continuación. Los jardines estaban llenos de testigos, bien, honorables testigos que no dormían en un almacén abandonado y lavaban a mano sus ropas de los restos de desechos.

—Afloja, Ses —dijo el twi'lek al zabrak—. Te has vuelto a tomar demasiadas fizzbrews en la comida.

—¿Cuándo has escuchado sobre tu primo, en cualquier caso? —añadió la mujer nikto, cogiéndole del brazo y alejándole con firmeza—. La última vez que oí de él, te debía dinero.

El humano le lanzó a Larin una mirada de disculpa conforme el trío llevaba a su amigo borracho lejos, pero no antes de que él pudiera gritar sobre su hombro:

—Repta de vuelta a tu agujero, Moxla Tóxica. ¡No queremos a los de tu clase aquí arriba!

Larin observó al zabrak irse con su cara ardiendo. ¿Cómo pudo ese patán entrar en los OSS, y además conocer a alguien en las Fuerzas Especiales? No parecía posible.

Pero mezclado con su furia había un sentimiento de vergüenza profunda. Sí, se había chivado de su oficial comandante. Sí, estaba fingiendo ser una soldado en un disfraz pobremente fabricado. Pero nada le vino a la ligera. Tenía sus motivos.

Larin se giró para encarar al distante Templo Jedi. Abandonado en ruinas y sellado desde el saqueo de Coruscant, era una presencia ominosa, sombría contra las luces de las carreteras aéreas y los rascacielos. Como el destino, siempre presente.

***

Shigar esperó durante cinco minutos antes de que su Maestra apareciera como de la nada justo a su lado. Nunca la escuchaba llegar, pero había aprendido a al menos no quedarse estupefacto como en los primeros días de su aprendizaje. Eso, suponía él, era el corazón de su lección particular: algunas cosas nunca se podían anticipar, pero él podía controlar la forma en la que reaccionaba a ellas.

Ellos se quedaron en pie por un momento en los claustros vacíos, mirando arriba al cilindro inminente, plateado que era el Centro de Justicia Galáctica. Sus luces ardían brillantes, y nunca parpadeaban ni una vez.

—Has puesto algo en movimiento, Shigar —dijo ella.

—¿Ve eso en el futuro, Maestra? —La premonición de la Gran Maestra Satele Shan era legendaria, y nunca se equivocaba.

Ella agitó su cabeza.

—Esta vez no. He recibido esto hace un momento del Comandante Supremo Stantorrs.

Ella le pasó a Shigar un panel de datos, y él leyó el paquete de información desplegado allí dos veces. Contenía todo lo descubierto sobre Dao Stryver, Lema Xandret, y el Cinzia en las horas previas. Alguien había estado ocupado, pensó él.

—Los Hutts con certeza reconocen una oportunidad cuando la ven —dijo él, enrollando los nuevos datos alrededor de todo lo que ya había averiguado sobre el Mandaloriano, el Sol Negro, y el ataque a Larin Moxla.

—El Cinzia da a Tassaa Bareesh dos juegos por el precio de uno —dijo su Maestra—. Para las administraciones de la República y el Imperio, la preocupación primaria es el origen de la nave. De dónde vino importa mucho más que su propósito o lo que contenía. Todos sabemos que la República está desesperada por recursos, y cualquier mundo nuevo ayudará a su causa. No es necesario decir que el Comandante Supremo Stantorrs perseguirá este asunto con mayor profundidad, en ese único terreno.

Desde el punto de vista del Consejo Jedi, sin embargo, la situación es precisamente la inversa. Los Hutts están subastando más que sólo información: está el cargamento de la nave por considerar, también. El objeto que están vendiendo presumiblemente tiene algún valor reconocible, pero todavía no sabemos lo que es. Podría ser cualquier cosa. No podemos ignorar la posibilidad de que hayan tropezado con algo crítico para la Orden Jedi; un artefacto, quizás, o un arma. Se habla de muchos en registros antiguos pero todavía son inexplicables; sólo uno puede marcar la diferencia en la guerra contra el Emperador.

—Podría albergar un artefacto Sith —dijo él sabiendo bastante bien que las fuerzas del enemigo tenían sus propios arsenales, tan antiguos como los de la Orden Jedi.

—Eso también es una posibilidad. Debemos, por lo tanto, hacer lo que esté en nuestro poder para asegurarnos de que esta cosa que tienen los Hutts; sea lo que sea; no caiga en malas manos.

—Ya está en malas manos —dijo él.

—Eso es verdad, pero Tassaa Bareesh sólo reconoce un bando: el suyo. No temo que use este hallazgo directamente contra nosotros. Aún así, necesitamos saber más sobre él, y pronto. Ahí es donde entras tú, Shigar.

Shigar estudió la cara de su Maestra. Había sentido que la conversación era más que una charla ociosa, pero no había esperado tener un rol activo en la situación.

—Haré cualquier cosa que desee, Maestra.

—Irás a la corte de Tassaa Bareesh y descubrirás todo lo que puedas sobre el Cinzia y sus contenidos. Vas a viajar de incógnito para minimizar nuestro interés aparente en la venta. Me informarás directamente de lo que encuentres, y yo decidiré lo que hacer con esa información. Te irás esta tarde.

Su voz era brusca y de verdad, contradiciendo la significancia de sus palabras. Esta era una tarea mayor, cortando a través del grueso de un complejo nudo político. Si fracasara, resultaría muy mal para la Orden Jedi, y quizás entorpecería al completo los esfuerzos de la guerra. La responsabilidad era considerable.

Llegando tan pronto tras su decepción de esa mañana, sin embargo, era imposible silenciar una voz molesta, dubitativa.

—¿Está segura de que soy la elección correcta? —preguntó él, arrastrando las palabras como si fueran de plomo—. Después de todo, el Consejo cree que no soy apto para las pruebas. Debe haber alguien mejor cualificado que pueda hacer esto por vosotros.

—¿Me estás diciendo que no quieres ir, Shigar? ¿Que no estás preparado?

Él inclinó su cabeza para ocultar su orgullo e inseguridad mezclados.

—Confío en su juicio, Maestra, mejor que en el mío.

—Bien, porque creo que mi razonamiento es sólido. Tu rostro es desconocido en Hutta; lo tendrás por lo tanto más fácil para pasar desapercibido. Y tengo fe en ti. Recuérdalo. Estoy segura de que este es el camino trazado para ti.

—¡Entonces has visto algo!

Él trató de leer su expresión en las luces parpadeantes de la ciudad. Ella podía haber estado entretenida, preocupada, o completamente en blanco. Era difícil de decir. Quizás las tres a la vez.

Él se juró a sí mismo que sería su orgullo.

—¿Qué hay de la situación aquí; las bandas, la pobreza?

—Esa es la responsabilidad de las autoridades locales —dijo ella, fijándole con una mirada firme—. Están haciendo lo que pueden.

Él oyó la advertencia en su voz. El rol de los Jedi en la galaxia les llevó al exterior, a Tython; se lo habían dicho muchas veces antes, los muchos problemas sociales de la República no deberían ser los suyos, incluso si esta vez estaban involucrados los Mandalorianos. Hasta que Mandalore se declarara enemigo particular de alguien, podía ser considerado más o menos neutral.

—Sí, Maestra.

—Ve ahora. Hay una lanzadera esperándote.

Shigar hizo una reverencia y fue alejándose caminando.

—Sé amable, Shigar —añadió su Maestra—. Algunos caminos son más duros que por los que tú has estado.

Cuando él se giró, Satele Shan se había ido, desvanecida en la noche como si nunca hubiera estado del todo allí.

* * *

Con alivio, Larin vio a Shigar caminando a través del paso hacia ella. Él se había ido por menos de media hora, pero se sentía mucho más largo que eso. Tras el encuentro con los Oficiales de Seguridad del Senado, no había hablado con nadie y evitó captar la mirada de nadie, sintiéndose más fuera de lugar que nunca. Cuando él volvió, ella se lo prometió a sí misma, y cuando él hubiera acabado de asegurarle que había hablado con su Maestra sobre la situación de allí abajo y que ella haría algo sobre ello, Larin se podría desvanecer abajo en su agujero de nuevo, justo como el zabrak le había aconsejado.

No era que pensara que el zabrak tenía razón. Al contrario.

Ella simplemente no sabía dónde encajar ya ahí arriba. Al menos tenía algo que hacer en los distritos antiguos. Incluso desde su despido, se había propuesto a sí misma proteger a los débiles y a los privados de derechos civiles, aquellos que incluso los justicars ignoraban, tanto como sus escasos recursos se lo permitieran. Al contrario que

los justicars, ella estaba más interesada en algo más importante que el territorio, y si eso significaba trabajar sola, así sería.

—¿Cómo fue? —preguntó a Shigar cuando él la alcanzó.

—Bien. Creo.

—¿Estás seguro de eso?

Ella no le conocía lo suficientemente bien para ser capaz de decir qué le perturbaba, pero no se veía ni remotamente contento. Su frente estaba seria, y los galones azules de sus mejillas estaban torcidos sin forma por los músculos de debajo. Quizás la confirmación que había estado esperando no iba a llegar después de todo.

—Tengo que ir a un sitio —dijo él—. ¿Caminarás conmigo, parte del camino?

—Seguro. ¿Dónde vamos?

—Puerto Este.

—Pensé que acababas de llegar a Coruscant.

—Es cierto. —Él la miró, como sorprendido de que ella lo hubiera recordado—. He estado viajando toda mi vida desde que la Maestra Satele me llevó con ella, de todas formas.

Ellos caminaron a paso ligero a través de la noche templada. Una brisa ligera corría sus dedos a través de su pelo corto, y ella recordó una cosa buena de vivir en la parte superior: el clima. La última vez que algo le había llovido encima fue cuando una tubería de aguas residuales estalló dos niveles por encima.

—No he visto a otro Kiffar en años —dijo ella para romper el silencio. ¿Estuviste en Kiffu durante la Anexión?

—No. El Maestro Tengrove, el Vigilante Jedi de ese sector, me encontró el año antes. Estaba en Dantooine cuando pasó, ayudando a mi Maestra a excavar a través de algunas ruinas.

—¿Encontraste algo interesante?

—No lo recuerdo. —Él la miró de nuevo—. ¿Qué hay de ti? La Anexión, quiero decir.

—Estuve allí, aunque no lo recuerdo con claridad. Era demasiado joven. Mis padres me metieron en una lanzadera y me llevaron fuera del mundo antes de que llegara la peor parte. La lanzadera me llevó a Abregado-rae, donde una familia local me adoptó. Ya habían tomado a un montón de niños tras el Tratado de Coruscant, pero siempre había hueco para otro. Era una casa de locos.

—¿Qué les pasó a tus padres?

—Murieron en la prisión en Kiffex.

—Lo siento —dijo él.

—No lo sientas. Eso sólo es más historia antigua. ¿Qué hay de los tuyos?

—Muertos, también; de un accidente del sellado de vacío en una lanzadera Fresiana, aunque, nada que ver con la Anexión.

Caminaron en silencio por un rato de nuevo, él mirando fijamente adelante y ella abajo a sus pies con botas. Ella sentía la habitual mezcla de alivio y melancolía cuando

surgía el tema del sacrificio de sus padres. Ella no lo había sabido en el momento, pero había averiguado después cuánto les había costado su escapada milagrosa. Con las naves de guerra Imperiales abarrotando su planeta hogar, debían haber sobornado a un armero Imperial para supervisar la lanzadera de escape, además del piloto de la lanzadera y ¿quién sabe cuántos guardias del espaciopuerto? Lo habían dado todo, sólo por salvarla.

¿Y cómo se lo había pagado?

—Tengo que ir a Hutta —dijo finalmente.

—Uno de los cárteles ha descubierto algo. Necesito averiguar qué es.

—¿Está relacionado con ese Mandaloriano?

—Eso parece. Pero ahora está fuera de Coruscant y no os molestará de nuevo.

—¿Estás seguro de que no volverá?

—Tan seguro como puedo estarlo.

—Bueno, eso es algo —dijo ella con más satisfacción de la que realmente sentía. Ahora había cumplido todo lo que se había propuesto hacer ese día, podía retirarse razonablemente a su santuario en los distritos antiguos y volver a hacer lo que mejor hacía. El problema era, que no estaba del todo preparada para dejar libre a Shigar Konshi. Le recordaba lo que era que te asignaran una nueva misión: objetivos, recursos, restricciones, límites. Echaba de menos los días en los que todo estaba afiladamente definido e inequívoco.

—¿Has estado antes en Hutta? —le preguntó.

—No. No en la superficie.

—Es vil y peligroso. Estuve allí en una operación encubierta hace dos años. Estuvimos muy cerca de no poder volver a salir.

—¿Has hecho trabajo encubierto?

—Más de lo que me gustaría pensar. —Ella no le había contado sobre las fuerzas especiales y los Estrellasnegras. Hasta donde Shigar sabía, ella era sólo una soldado normal, tomándose un descanso temporal de su deber.

—¿Qué hay sobre colarse? —le preguntó él, visiblemente seduciéndola—. ¿Te enseñaron ese tipo de cosas, también?

—Lo básico. Aprendí mucho más de una chica llamada Kixi cuando llegué aquí. Ahora puedo hacerlo hasta dormida.

—Y estás familiarizada con algunas de las bandas más duras que controlan el submundo. Incluso pasarías por uno de ellos, con un pequeño lavado.

—Hey, cuidado. —Ella le lanzó un puñetazo a su hombro, el cual él esquivó con una facilidad sorprendente.

Él paró de caminar, no estaba bromeando del todo, y ellos se quedaron encarados el uno al otro.

—Podrías venir conmigo —dijo él, como si la idea se le acabara de ocurrir—. A Hutta, quiero decir.

—Pensé que nunca me lo pedirías —dijo ella.

Él no se rió.

—Lo digo en serio. Acabas de dar a entender que necesito un guía allí, y puedo utilizar esa ayuda con seguridad. Es un gran trabajo.

—¿Me contarás lo que estaríamos buscando? No me gusta que me lleven a ciegas, nunca.

—Ni siquiera yo sé lo que es. No todavía. Sé tan poco como tú.

—Bien… —Ella pretendió pensar en ello, aunque ya había pensado su respuesta mientras él le había estado preguntando sobre sus cualificaciones en las operaciones encubiertas, justo como él había estado queriendo preguntarle desde que acabó de hablar con su Maestra. Eso era lo que había tenido problemas en escupir todo el tiempo. Ella podía verlo perfectamente ahora. No quería preguntárselo directamente por miedo a que se pusiera a la defensiva. Y quizás se imaginó que ella no quería preguntarle por miedo a parecer desesperada. De esta forma, parecía que habían tenido la idea juntos. Nadie necesitaba ser rescatado. Eran un equipo.

Su transparencia tanto la entretenía como la hacía sentirse más cálida hacia él. No tenía opción si no de ir a Hutta, sólo para salvarle de lo que le estaba esperando allí. Con seguridad, los Sith eran un trabajo duro, pero los Hutts se lo comerían vivo si lo capturaban en su estado.

—Está bien —dijo ella— pero con una condición.

—¿Cuál es?

—Deja de pensar que me estás haciendo un favor.

Él se sonrojó.

—Está bien.

—Y me tienes que comprar una comida apropiada. He estado viviendo de concentrados durante semanas.

—Eso son dos favores.

—Piensa en este último como una buena dirección de tropas. No quieres que pierda la concentración durante el trabajo, ¿no?

—Supongo que no. —Él sonrió de una forma que le hacía parecer incluso más joven de lo que era—. Vamos, Moxla. No vamos a llegar más cerca estando aquí parados.

Ella saludó de manera efusiva.

Caminaron hacia la noche, y en tres zancadas sus pasos habían caído de forma inconsciente en el tiempo.



Negro sobre negro, y una pista de acero brillante.

Los doce Lords del Consejo Oscuro del Emperador miraban a Eldon Ax y su Maestro con la fuerza combinada de una avalancha glacial.

—… y así como ven, mis señores —concluyó Darth Chratis— cómo esta situación puede ser fomentada por la aplicación de la acción rápida y apropiada: la gente apropiada en el lugar apropiado en el momento apropiado. Mi aprendiz y yo somos esa gente. El lugar es Hutta. El momento de golpear es ahora mismo.

Estaban en pie en una sección hundida del suelo, rodeados por el Consejo Oscuro. Doce rostros monstruosos miraban abajo hacia ellos… algunos expuestos y llenos de cicatrices, otros ocultos por máscaras; todos radiando frío y odio constante. Estos eran los confidentes del Emperador, sus más preciados sirvientes. Sólo ellos veían su rostro, y ahora estaban viendo el de Ax.

Ella sintió el miedo de su Maestro por primera vez, y eso la estremecía.

—Ahórranos la retórica, Darth Chratis —dijo uno de los Lords Oscuros, un ser que una vez debió ser una mujer pero cuya cara ahora era poco más que un esqueleto asexuado—. No nos moveremos por charlas.

—¿Qué es exactamente lo que quieres? —añadió otro, su voz un estilete agudo entonado saliendo de una máscara de hierro sin decoraciones—. Dinos tus planes.

—Mi aprendiz se infiltrará en la corte de Tassaa Bareesh —dijo Darth Chratis—, para robar la información de los Hutts. Yo esperaré fuera del mundo. Cuando ella haya tenido éxito, procederé a la localización de la colonia y empezaré su anexión, para la gloria continuada del Imperio.

Él hizo una reverencia baja, y Ax estaba llena de desprecio.

—Un plan simple —dijo otro de los Lords Oscuros. Darth Howl tenía sus dientes afilados hasta las puntas, y su cara estaba rasgada por patrones aleatorios de líneas rectas—. Admiro su sinceridad. Nosotros no negociamos con criminales.

—Tassaa Bareesh ha sido de utilidad para nosotros —dijo otro—. No sería sabio enfadarla.

—Mi aprendiz será prudente. —Les aseguró Darth Chratis—. Ella les es desconocida. No la detectarán.

—Y la anexión en sí misma. ¿Cómo la facilitarás? No puedes tener suficientes recursos propios para capturar un mundo entero.

—No, mis señores. Requeriré al menos una división para aplastar cualquier resistencia.

—¿Una división entera? —murmullos secos circulaban alrededor del círculo de los Lords Oscuros—. Pides demasiado.

—¿Esperas una resistencia significante?

—Sí, Darth Howl. —Aquí el Maestro de Ax vaciló. El único punto al que le había quitado importancia durante su resumen estaba al fin siendo arrastrado a la vista—. La colonia fue fundada por fugitivos del Imperio.

—¿Qué tipo de fugitivos?

Él subrayó todo lo que había descubierto sobre Lema Xandret mientras que el Consejo escuchaba en un silencio frío. Cuando él describió la conexión entre Xandret y Ax, todos los ojos se volvieron hacia ella. Ella hizo lo que pudo por devolverles la mirada, aunque eso le causaba dolor físico en la parte trasera de sus cuencas oculares. Era como encontrar la mirada de un agujero negro.

—El Mandaloriano dejó a la hija de los fugitivos con vida —dijo Darth Howl cuando la explicación terminó—. ¿Puedes estar seguro de que no hay conexión entre ellos?

La he examinado a conciencia. Ella no siente ninguna simpatía por aquellos a los que buscamos.

—¿Qué dices tú, chica? Dime lo que recuerdas sobre tu madre.

Ax forzó a su lengua a que se descongelara. Le habían hablado a ella, así que debía contestar. Así es como funcionaba.

—No recuerdo nada, mi señor. Esto es tanto una maldición como una bendición.

—Explica.

—Mi falta de memoria significa que no puedo ofrecer ninguna pista sobre los asuntos de los fugitivos. Eso es una maldición, porque sería más simple evitar tratar con los Hutts al completo. Pero si recordara, mis sentimientos con seguridad estarían nublados, y tendríais razón al desconfiar de mí. Os ofrezco mi seguridad en que soy leal, y que se puede tratar con los Hutts.

Ella sintió una presión en su mente, como si una montaña estuviera apoyada sobre ella.

—Eres confiada. —Dijo Darth Howl—. Quizás demasiado confiada. Pero no estás mintiendo.

—Gracias, mi señor. —Ella se inclinó en profundidad.

—Eso no significa, sin embargo, que podamos confiar en ti.

Ella se irguió.

—Si pudiera dirigirme al Consejo una vez más, hay algo que deseo decir.

—Habla —le ordenó Darth Howl.

Darth Chratis le disparó una mirada de advertencia, pero ella le ignoró.

—Esta misión es primordial, y no sólo por el mundo que tratamos de ganar. Hay algo que mi Maestro no ha discutido con ustedes, y concierne a las acciones del Mandaloriano, Dao Stryver. Su maestro fue una vez un aliado del Imperio, pero en los años recientes Mandalore ha sido distante, amenazante incluso. Aún así este sabía mi historia, sabía de mi conexión biológica con Lema Xandret, sabía dónde encontrarme. Sabía todas estas

cosas; ¿cómo? Creo que encontrarlo y obtener una respuesta a esta pregunta es crítico para la seguridad del Imperio.

Eso provocó otra ronda de susurros. ¿Un espía Mandaloriano en la administración Imperial? Impensable; aunque potencialmente desastroso si era verdad. Podía señalar la vuelta de los ojos hostiles Mandalorianos hacia el Imperio. Cadenas enteras de comandos necesitarían ser escrutados. Se requerirían purgas. Rodarían cabezas, quizás incluso la de la Ministra de Inteligencia. El tumulto podría ser tremendo.

Darth Chratis la miró con sus labios tan apretados que debía estar haciendo diamantes con sus dientes.

Entonces, inesperadamente, Darth Howl empezó a reír. Era un sonido horrible, lleno de bilis y podredumbre y crueldad, y apuñaló la tensión como una daga. Hizo eco a través de la cámara del Consejo como el sonido del cristal rompiéndose, trayendo a todos los demás al silencio.

—Eldon Ax —dijo él, cuando su júbilo maligno pasó—, tú no me engañas.

La sangre en las venas de Ax se heló.

—Le juro, mi señor…

—No interrumpas. —El comando de mantenerla a raya retrocedió con el poder al completo de la Fuerza—. Conozco una mentirosa cuando la veo.

Ax no podía moverse. Ella sólo podía mirar con horror, preguntándose qué había ido mal.

—Hablas de infiltrados en el Imperio, de infiltración Mandaloriana —su acusación continuó—. Pero te veo con claridad, Eldon Ax. Sé qué se remueve en ti, lo que ocultarías de todos nosotros. Siento tu odio por el Mandaloriano y el deseo de venganza. Sé que esta misión no tiene nada que ver con el Imperio. Es todo para probar que Dao Stryver cometió un error al despacharte sin haberte matado. Ansías sentar las tablas con él, derrotarle esta vez, y entonces matarle. Eso es todo lo que deseas. Lo que llena tu corazón.

Una sonrisa de hielo se esparció por la cara de Darth Howl.

Ella se preparó para recibir el castigo que merecía.

En su lugar él dijo:

—Lo apruebo.

La mano invisible sujetando a Ax de pies a cabeza se relajó.

—¿Mi señor?

—Me has demostrado que eres una verdadera sirviente del lado oscuro, Eldon Ax. Respaldo tus planes, y aconsejo a mis compañeros del Consejo que hagan lo mismo.

El alivio se deslizó a través de Ax. Llegando tan pronto tras su certeza de que iba a morir, le hizo sentirse delirante.

—Gracias, mi señor.

Darth Howl alzó una mano pidiendo silencio.

—Sólo tengo una cosa que aclarar.

El Maestro de Ax miró hacia él.

—¿Sí, mi señor?

—El asunto entre manos no es la seguridad del Imperio. Hay docenas de fuentes de las que Dao Stryver pudo haber sabido de la herencia de la chica, incluyendo, y sin que sea olvidada, la propia madre de la chica.

El asunto no es ni siquiera el mundo que esperas traernos, aunque naturalmente sería un beneficio significante para nuestros preparativos para la guerra. No, Darth Chratis, el asunto es el desafío. Hace quince años, Lema Xandret se alzó contra los Sith y escapó al castigo que era suyo por derecho. Ahora llega esta oportunidad de corregir ese descuido. Debemos asumirlo para demostrar a todos que nuestra fuerza sólo ha incrementado, y que nunca perdonamos.

El Consejo aplaudió su dictamen con un murmullo de aprobación. Algunos ojos miraban al holoproyector del centro de la habitación, como si incluso con la ausencia de la imagen del Emperador fuera suficiente para inspirar respeto y miedo.

Darth Chratis hizo una reverencia baja.

—Tenéis mi palabra, mis señores, de que se hará un ejemplo de la clase rebelde de la chica. Sus nombres serás expugnados de la historia, excepto como un ejemplo para aquellos que nos desafíen.

Darth Howl no miró a Darth Chratis. Su mirada permanecía firmemente fija en Ax.

—Lo entiendo —le dijo Ax. Y lo hacía. Esta era una prueba de lealtad tanto como una misión para castigar a los traidores olvidados. Ser un Sith no era sólo sentir odio y rabia; era encontrar una forma de focalizar esos sentimientos hacia conseguir la maestría. Ax dijo que había olvidado a su madre y que no le guardaba ningún afecto, pero cuando Lema Xandret se irguiera ante ella y llegara el momento de propiciarle su castigo justo, ¿podría Ax ser la que se lo administrara?

Ella juró que podría. No había afecto en sus huesos por nadie. Ni siquiera por su Maestro.

Ella permaneció en un silencio obediente mientras Darth Chratis confirmaba los detalles de su plan. El Imperio les proveería con media división de comandos tal y como él veía justo. Ellos esperarían las palabras de Ax en Hutta antes de moverse hasta su destino final. Un enviado Imperial sería mandado para proveer cobertura a Ax, pero esa persona no jugaría un rol significante en el asunto. Él o ella simplemente aseguraría a Tassaa Bareesh que el Emperador no estaba sospechosamente desinteresado en la subasta de su posesión.

—Tus ambiciones son planas para nosotros, Darth Chratis —le dijo Darth Howl—. Danos este mundo, y serás recompensado.

Con una última, prolongada reverencia, Darth Chratis abandonó el Consejo, y su aprendiz le siguió respetuosamente a dos pasos por detrás.

Sólo cuando estaban en la lanzadera se volvió hacia ella. Su esbelta vara chasqueó a un extremo y el otro se retrajo, formando los travesaños y empuñadura de su sable láser rojo sangre. Apuntó a su cara, deteniéndose justo cerca de su piel, y ella se quedó helada.

—Me sorprendiste ahí dentro —dijo él en una voz engañosamente calmada—. No vuelvas a sorprenderme.

Ella no dijo: eres un imbécil. Lo manejaste todo mal. Si me hubieras dejado hablar contigo antes, en lugar de enfurecerte por mi incapacidad de recordar nada, podría habértelo contado por adelantado. En lugar de traicionarte, te he salvado, y a nuestro plan, de ser desechado de mano.

—No lo haré, Maestro —fue todo lo que dijo.

Satisfecho con su conformidad, Darth Chratis desactivó su sable láser y se alejó. Una tregua, pensó ella, por ahora. Con un gruñido, él volvió a conducir el viaje desde Korriban de vuelta a Dromund Kaas; y de allí a Hutta, y la consecución de todos sus sueños.



—Los Hutts han creado bastante revuelo —dijo el Comandante Supremo Stantorrs, inclinándose atrás en su silla y golpeando con un dedo en su escritorio—. He recibido cuatro consultas Senatoriales a lo largo de la noche, y espero más durante el día. Tanto si esta subasta es una estafa como si no, tenemos que hacer algo al respecto ahora.

Ula dijo:

—No podemos dejar que nos vean con las manos cruzadas, señor. —Obediencia y seguridad: eso es todo lo que el Comandante Supremo quería de sus asistentes. Una verdadera meritocracia, sin embargo, habría demandado mucho más de sus ciudadanos.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Stantorrs—. Cuanto cada mundo en la República, desde los asentamientos fronterizos hasta el mismo Núcleo, está llorando por la pobreza, dejar que una posible fuente de recursos se nos escape entre los dedos sería un desastre de relaciones públicas, por no mencionar un revés a la seguridad galáctica.

—Cuando los Mandalorianos están involucrados —dijo otro asistente—, es seguramente un asunto de seguridad.

—En efecto. Y eso es por lo que he decidido perseguir esto, públicamente y políticamente, para asegurarnos de que no pueda volverse contra nosotros más tarde.

El ritmo marcial del golpeteo del Comandante Supremo puso a Ula al límite. Dale un descanso, quería gritarles. Es una cortina de humo, una distracción del asunto real; ¡la guerra fría que estáis perdiendo! Los Hutts están explotando y alimentando vuestra paranoia al mismo tiempo. ¿No veis lo ingenuos que os hace parecer esto?

Estaba tan furioso en su diálogo interno que casi no escuchó las siguientes palabras del Comandante Supremo.

—Por eso es por lo que he decidido mandarte a ti, Ula, a Hutta como un enviado oficial de la República.

Los pensamientos de Ula golpearon el control de carreteras de ese dictamen y provocó una colisión múltiple en cinco carreteras aéreas.

—¿Usted-qué, señor?

—Necesito alguien que lo investigue y, si es necesario, negocie en nuestro beneficio. No alguien sénior; no queremos que los Hutts piensen que estamos demasiado interesados; y no alguien de la milicia, tampoco, ya que es un asunto político. Necesitamos a alguien informado y dedicado, y los informes que archivaste la última noche indican que no eres nada si no ambos. Ula, te quiero en la primera lanzadera disponible.

Los otros asistentes le miraron con una envidia patente conforme Ula trataba de buscar una salida de la situación.

—Estoy halagado, señor, pero…

—Tus portafolios ya están llenos, lo sé, pero no hay nada que no puedas delegar. Y si es de la seguridad de lo que te preocupas, he reservado un servicio completo. No podemos permitirnos perder a alguien con tus habilidades, Ula.

Ula tragó. Stantorrs había derribado sus dos principales objeciones en poco más que un suspiro. Mientras que estaba, en efecto, contento de que el Comandante Supremo le tuviera tal confianza, ¿qué utilidad tenía él como informador en el sector incorrecto de la galaxia? Necesitaba estar aquí, en la oficina, no haciendo el idiota con sucios Hutts y potencialmente acercándose al fuego.

Las guerras de bandas habían llevado a Stantorrs a escuchar sobre que el Cinzia sería sólo una escaramuza menor si el hogar de la nave era tan valioso como los Hutts decían que era. De eso Ula estaba seguro, y él era un informador, no un soldado, por un motivo. Le gustaba luchar tan poco como le gustaba ser el centro de atención. Simplemente él no fue entrenado para ese tipo de cosas.

Parecía no haber forma de escapar de ello, así que, él aceptó con todo el honor que podía exhibir.

—Excelente. Sé que puedo confiar en ti, Ula. Fuera del registro, espero que mantengas un ojo de lince sobre los Jedi, por supuesto. Satele Shan dice que no tomará una acción oficial, pero no confío en ella. Conoces a los grandes jugadores, ¿no? Si ves a uno de ellos, me lo haces saber.

Ula asintió.

—Lo hare, señor.

—Y si hay alguna base sólida para lo que aclaman los Hutts, informa inmediatamente. Tendré una flota a la espera de órdenes para ofrecer al mundo protección contra el Imperio.

—Sí, señor. —Como cualquiera con tablas políticas, Ula sabía que «protección» era algo que muchos mundos simplemente no querían, por miedo a que los llamados protectores saquearan sus recursos naturales y talentos. También, la mera presencia de un crucero de la República, dejar sólo a un Jedi, seguramente atraería la cólera de los Sith, que podían ser incluso peores—. ¿Qué, si no es nada?

—Entonces no perdemos nada, y tú vienes a mantener tu ascenso. —Stantorrs se levantó y alzó su mano—. Te estoy ascendiendo a asistente sénior, de efecto inmediato, y designándote como un enviado en acción al Cártel Bareesh. Enhorabuena, Ula.

Ula agitó la mano del Comandante Supremo pero apenas se percató del apretón de soldado de los fuertes dedos duros. Paralizado de cabeza a pies, apenas podía aceptar lo que acababa de pasar. Lo mejor que podía hacer era averiguar alguna forma de aprovecharse de ello.

Conforme sus actuales compañeros se empujaban para darle la enhorabuena, se dio cuenta de que eso le ponía en una posición ideal para asegurarse de que la República no ganaba la oferta de los Hutts. Podría quitarle importancia a cualquier información que

descubriera; incluso interferir activamente en la subasta, si llegaba a eso. Lo que fuera que los Hutts tenían, la República no tendría acceso a ello.

Y luego estaba la flota de la República que esperaba los resultados de su investigación. Si podía mandarles a una misión infructuosa hacia un sector vacío de la galaxia, podría ayudar al Imperio de una docena de formas tangibles. Que el Comandante Supremo de las fuerzas militares de la República y parte del senado fueran absorbidos al desarrollo de este drama también era útil. Lo que había empezado como una curiosidad menor podía acabar jugando un rol decisivo en el conflicto, si tenía cuidado.

—¿Cuándo quiere que me marche, señor?

—De inmediato. Tu servicio de seguridad te está esperando.

—Gracias, señor.

Ula se tragó su nerviosismo, hizo sus despedidas, y salió de la habitación.

* * *

No llegó muy lejos. En el vestíbulo fuera de la suite de oficinas del Comandante Supremo, un escuadrón de seis soldados le esperaba. Llevaban elegantes trajes de uniforme y le saludaron al verle.

—Sargento Robann Potannin —se presentó el soldado líder—. Somos su escolta, Enviado Vii.

Potannin era moreno y musculado, y aunque era tan alto como Ula, sobresalía como desde una gran altura.

—Gracias. Sargento Potannin. Estaré agradecido por su protección en Hutta. ¿Cuál es el acuerdo? ¿Debemos encontrarnos en el espaciopuerto apropiado cuando la lanzadera esté preparada?

—La lanzadera sale en una hora, señor.

—Entonces será mejor que me ponga en movimiento, ¿no?

Él se movió por el pasillo, y el escuadrón se colocó en formación a su alrededor. Él se detenía, y ellos se detenían, también.

—¿Adónde vais? —le preguntó a Potannin.

—A escoltarle a los Suministros Diplomáticos, señor.

—No es allí donde voy. Necesito llegar a mi apartamento para preparar mi maleta, y estoy seguro de que puedo hacerlo solo.

—Negativo, señor. Todas las necesidades de fuera del mundo son provistas por los Suministros Diplomáticos.

—Pero mi ropa…

—No es necesaria, señor. La vestimenta ceremonial está siendo confeccionada a su medida mientras hablamos.

Ula nunca había visto este lado de la administración de la República en marcha. Era sorprendente, e irritantemente, eficiente.

—Tengo un voorpak de mascota —dijo él, improvisando salvajemente—. Si lo dejo solo, morirá.

—No tiene de qué preocuparse, señor. Provéanos una llave y haré que cuiden de él.

—No, no. No es necesario. —Ula pasó una mano por su pelo.

Tanto hacer la maleta como su mascota imaginaria eran coberturas para su intención real. Quería mandar un mensaje desde su apartamento a sus maestros Imperiales, informándoles del desarrollo repentino. De otra forma se preocuparían por su silencio.

Afortunadamente, se había preparado para cada contingencia.

Sacando su comunicador de su bolsillo, dijo:

—Llamaré a una vecina. Ella cuidará de él. Dame un momento.

Él caminó una corta distancia desde Potannin y realizó una llamada rápida. La vecina era imaginaria, también, pero el número era real. Llevaba a un servicio de mensajes automáticos que era comprobado regularmente por la red de agentes de Observador Tres en Coruscant. Después del tono, grabó su nombre y pidió dos platos de un menú inexistente. El nombre del primer plato contenía nueve sílabas, el segundo trece, y aquellos números permitían que el mensaje real de Ula fuera descifrado de un conjunto de frases que cada operativo Imperial conocía de corazón: había experimentado una interrupción no planeada y restablecería contacto tan pronto como le fuera posible.

Al menos vía contestador de voz su mensaje abreviado llegaría. ¿Quién sabe cuándo encontraría una oportunidad para mandar otro?

Ese pensamiento disparó una nueva ola de inquietud. Ya era suficientemente malo estar en el punto de mira, pero ser cortado completamente de su cadena de comandos era aún peor. Podía sentir sus manos empezando a temblar, y para ocultarlo las metió con su comunicador en los bolsillos.

—Está bien —dijo él, volviéndose al atento Sargento Potannin y luciendo la sonrisa más brillante que pudiera sacar—. Soy todo vuestro.

Suavemente se colocaron en formación a su alrededor, ellos marcharon con él para que fuera equipado para su nuevo rol.



HUTTA



La gloriosa joya del sistema Y'Toub se alzaba como un cuerpo ensangrentado del mar sin fondo del espacio. Shigar entornó los ojos al mirarlo, contento por primera vez de que no hubieran encontrado un transporte más opulento. La sala de pasajeros del Oportunidad Seda Roja estaba sucia, y sus vistas apenas contaban como translúcidas, pero la mugre encajaba con las vistas. Hutta parecía cada milímetro tan repugnante como sugería su reputación, verde mohosa y marrón como un fruto dejado a madurar demasiado tiempo, repleto de la podredumbre de su interior.

Larin se sentó junto a él, y sus hombros se juntaban cada vez que el carguero se agitaba bajo ellos. Su cara estaba oculta bajo el casco de su armadura cada vez menos reglamentaria, pero él podía decir, por la rigidez de su columna, que estaba prestando mucha atención a todos a su alrededor. Los droides y seres inferiores que viajaban con ellos lo justificaban. A esas alturas ya había habido dos peleas a cuchillo, varios juegos de dejarik amañados, numerosas disputas sobre el resultado de la última Gran Caza, y un vigoroso coro, en un dialecto del que Shigar nunca había escuchado antes, que parecía que iba a durar para siempre.

Buscando calmar sus nervios, cerró sus ojos y se concentró en un fragmento de forma extraña de plastoide en su mano derecha que había cogido de las calles de Coruscant mientras esperaban a subir a bordo de su lanzadera. Nada de él le era familiar, así que no había forma de que su mente consciente pudiera averiguar sus orígenes o propósitos. Determinando si nada o todo eso era donde su habilidad psicométrica supuestamente le había llevado.

Cerca de uno de cada cien Kiffar nacían con este particular talento de la Fuerza, descifrando el origen y la historia de objetos con sólo tocarlos. El de Shigar iba y venía pese a cada esfuerzo suyo, y era esta pérdida de control lo que le había sacado al menos parcialmente el Consejo Jedi cuando llegó el momento de permitir sus pruebas. Multitud de Caballeros Jedi no tenían habilidades psicométricas de ningún tipo, pero todos se suponía que conocían íntimamente sus propias fuerzas y debilidades. Un talento descontrolado de cualquier tipo era inaceptable.

Shigar se concentró en su respiración y dejó que la Fuerza fluyera fuertemente a través de él. La vibración del carguero y la charla de sus pasajeros se desvaneció. Sólo sentía la forma compleja del objeto en su palma, y examinó la forma en la que se situaba en el universo sin recurrir a sus sentidos habituales. ¿Era viejo o nuevo? ¿Venía de cerca o de lejos? ¿Era precioso o desechable? ¿Lo habían soltado deliberadamente o sin cuidado? ¿Fue producido en masa o hecho a mano? ¿Había miles de esas cosas en la galaxia, o ésta era la única que nunca había existido?

Medio sentía que las impresiones iban y venían. Vio la cara de una mujer; una mujer humana, con ojos marrones amplios y una cicatriz distintiva en su barbilla. Persiguió esa esencia mental tan lejos como iba, pero nada más le llegaba. Lo dejó ir, y se dio cuenta entonces de que había visto a esa mujer en los distritos antiguos, mientras caminaba por su rabia por la decisión del Consejo. Había estado vendiendo arañarachas asadas a un abyssiano con un ojo. Su mente había sacado su cara en desesperación. No tenía nada que ver con el trozo de plastoide.

Un Caballero Jedi es un Caballero Jedi en todos los aspectos, le había dicho el Maestro Nobil. Hasta que controlara su talento, sería difícil que se dijera que tenía control sobre sí mismo. En ese aspecto no tenía defensa.

Frustrado, abrió sus ojos y puso el trozo de nuevo en su bolsillo. Tenía unos cuantos bolsillos ahora, principalmente bajo su pecho y en la parte frontal de sus muslos. Añadieron varios kilos a su masa corporal y tintineaban cuando caminaba. La textura y el corte poco familiares de su disfraz eran cortesía de un mercado de Klatooine, donde él y Larin habían abordado al Oportunidad Seda Roja hacia Hutta. Todavía se estaba acostumbrando a él.

A través de la vista mugrienta, la quinta luna nauseabunda del mundo, Nar Shaddaa, se escabullía.

Casi estamos, se dijo Shigar a sí mismo.

—Eres un poco pequeña para ser una cazarrecompensas, ¿no? —un contrabandista con seis dedos le preguntó a Larin.

Ella giró su cabeza una fracción mínima.

—¿Y qué? Tú eres un poco demasiado feo para ser humano. —Su voz fue endurecida artificialmente por el vocodificador añadido para potenciar su disfraz.

El contrabandista sólo se rió.

—No me intimidas, chica. Perdí mi nave jugando al pazaak en un antro que pertenecía a Fa'athra. Voy a pedirle que me la devuelva, por la bondad de su corazón. ¿Qué piensas de eso?

El Hutt llamado Fa'athra era ampliamente conocido como el más cruel y el más sádico de todos.

—Pienso que eso te hace estúpido además de feo.

El contrabandista se rió de nuevo, su cara abriéndose como una herida para exponer una variedad confusa de dientes irregulares. Shigar estaba preparado para intervenir si el intercambio se volvía violento, pero el contrabandista parecía satisfecho con la respuesta de Larin.

—Dile a tu amigo de ahí —dijo el contrabandista, inclinándose cerca— que si realmente quiere hacerse pasar por un corredor de rancors, tendrá que rasparse un poco el pellejo. Esos tíos tienen una esperanza de vida de menos de cinco minutos. No duras más que eso sin algún tipo de daño.

Él se giró para discutir con alguien más, dejando que Shigar y Larin intercambiaran una mirada rápida.

—Me pondré la máscara cuando aterricemos —le susurró Shigar. No quiso en Klatooine, disgustándole la apariencia grotesca que le daba y el hedor a cuero pobremente encurtido—. Puedes decir te lo dije entonces.

Ella sólo asintió. Él se alegraba de no poder ver su expresión.

* * *

El espaciopuerto de Bilbousa estaba abarrotado con cada clase de especie pensante y modelos de droide del que Larin había escuchado. El aire estaba cargado de especias y un denso batiburrillo de lenguas. Conforme el Oportunidad Seda Roja devolvía sus pasajeros con ninguna pretensión de cortesía, se mezclaron con la corriente fangosa de la vida como le convenía a su personaje: presionando, empujando, pidiendo paso, o simplemente quedándose quietos y esperando una apertura.

Shigar, ahora ataviado con el rostro gruñón de un corredor de rancors, se mezclaba perfectamente.

Negociaron la presión tan grácilmente como era posible y alquilaron un saltador para llevarles a Gebroila, la ciudad más cercana al palacio de Tassaa Bareesh. No había necesidad de pasar a través de la seguridad o cambiar de moneda. Todas las formas de créditos eran aceptadas en Hutta. Tras comprobar que el chip de Shigar no era falso, el conductor evocii les llevó temerariamente a la corriente sin fin del tráfico, provocando una docena de salvados por un pelo en potencia. Larin mantuvo sus ojos y su atención en el interior del taxi. Su misión era lo suficientemente peligrosa sin preocuparse por las amenazas del día a día.

El viaje a Gebroila era uno largo, y se sintió aún más largo. La biosfera húmeda de Hutta estaba envenenada por milenios de abusos industriales, haciendo que fuera peligroso hasta respirar allí. Aquellas pocas especies que sobrevivieron a la conquista del mundo de los Hutts habían mutado más allá del reconocimiento. Algunos, como el robusto quimiolagarto, habían evolucionado con la habilidad de tomar sustento de los compuestos que matarían a un animal normal. Otros desarrollaron defensas químicas perfectamente elaboradas y costosas, o ocupaban aquellos pocos nichos que no estaban saturados de contaminantes. Tales nichos estaban enérgicamente disputados, haciendo de sus habitantes algunos de los más sanguinarios de la galaxia.

Los propios Hutts eran un ejemplo óptimo de la evolución en acción. Corpulentos y similares a babosas, sus ancestros debían haber sido presas fáciles en sus mundos de origen. Pero la catástrofe ambiental les había forzado a volverse más fuertes en varios sentidos a la vez, desarrollando músculos sorprendentemente poderosos bajo todas sus lorzas, y mentes a juego con ellos. Eran los habitantes originales del nicho y ahora formaban parte de la cima de la cadena alimenticia.

Larin viajaba en silencio, le era muy familiar de su tiempo en las fuerzas especiales con largos periodos en los que nada pasaba. Le habría gustado hacer planes para su llegada a Gebroila, pero Shigar estaba en silencio, atrapado en sus propios pensamientos.

Ella le dejó estar y reflexionó el asunto ella misma. La seguridad alrededor del palacio estaba claro que sería firme, y no habían sido capaces de comprar las ID adecuadas para entrar. En una cultura de mentiras y falsedades, demostrar la autenticidad apropiada iba a ser difícil; a no ser que encontraran una entrada trasera que no estuviera vigilada desde una docena de ángulos a la vez. De algún modo, no pensaba que fuera a ser tan fácil.

* * *

El palacio era tan grande como la ciudad vecina. Shigar estaba tanto intimidado como calmado por su inmensidad en extensión. Sería más fácil ocultarse tras una de esas paredes ornamentadas, entre los miles de sirvientes, penitentes, y otros enemigos que convergían donde se concentraba el dinero. Al mismo tiempo, habría ojos por todas partes. No podían permitirse un solo traspiés.

Shigar pagó al conductor del saltador y añadió una propina sustanciosa. El conductor era un esclavo unido por cadenas al vehículo que manejaba. Los evocii habían sido una vez dueños de Hutta, pero ahora eran el escalón más bajo de su sociedad oportunista. Innumerables generaciones de endogamia les había reducido a especies pálidas, enfermizas. Sólo fuera de las ciudades permanecía su espíritu luchador, en la forma de tribus rebeldes cuyo vigor no les causaba a los Hutts un fin de los problemas.

La expresión del conductor permanentemente adolorida pero plácida, no cambió conforme se alejó con el saltador del patio delantero del palacio y aceleró.

—¿Ahora qué? —preguntó Larin.

—Vamos dentro.

—¿Así de simple?

—Así de simple.

Él lideró el camino hacia una gran elevación de escaleras; su primera prueba de la imposición de Tassaa Bareesh a sus huéspedes. Ella nunca subiría por ese obstáculo por sí misma. Sin duda tenía equipos de portadores de camillas o trineos propulsores para llevarla donde ella deseara. Forzando a los visitantes a hacer lo que ella no haría, antes de que ni siquiera entraran a sus dominios, y sufrieran por ello, ella automáticamente les colocaba en un nivel social inferior.

Larin estaba en forma. No rompió el paso conforme trepaban bruscamente al nivel de la guardia, sobrepasando a varios otros grupos a lo largo del camino. Había tres entradas con bases de armas montadas en cada una. Shigar escogió la de más hacia la izquierda aleatoriamente. Cuatro guardias gamorreanos en armadura les esperaban, dos fuera y dos dentro. Sus ojos profundos le confería a cada ser que se aproximaba la misma cantidad de sospecha. Tras ellos, uno de los grupos que habían sobrepasado fue forzado a retroceder bajando las escaleras, gritando con dolor.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo así? —le preguntó ella.

—Esta es la parte fácil —le dijo él—. Observa.

Los guardias cruzaron las vibrohachas conforme se aproximaban. Shigar se detuvo obedientemente y les dijo en voz calmada.

—No necesitáis ver nuestros documentos. Tenemos la autorización requerida.

Las hachas se apartaron, permitiéndoles pasar.

—Dos menos —crujió el vocodificador de Larin.

Shigar repitió el truco mental al otro lado de la entrada. De nuevo las hachas se apartaron y ellos caminaron a través de ellas. Una puerta más arriba, un grupo ruidoso de ortolanos hicieron lo mismo, pero con IDs oficiales.

—No parezcas tan engreído —le dijo Larin—. Puedo verlo incluso a través de tu máscara.

Un droide de protocolo plateado caminó hacia fuera enfrente de ellos, seguido de un par de droides guardia TT-2G con ojos de insecto.

—Por aquí, por favor. El sobrecargo Droog asignará vuestros cuartos conforme a vuestras necesidades.

—Está bien —dijo Larin—. Sabemos el camino.

—Si nos permite verificar sus IDs —dijo el droide más insistentemente—. El sobrecargo Droog se asegurará de que sean acomodados apropiadamente.

—De verdad, no necesitas molestarte.

—No es molestia, honrados huéspedes. Debéis permitirnos mostraros la hospitalidad apropiada.

Un fuerte énfasis en la palabra debéis provocó que Shigar mirara arriba. Las bases de armas en el lado interior de la pared les habían seguido para apuntarles. Los gamorreanos claramente no eran las únicas barreras para entrar en el castillo de Tassaa Bareesh.

—Por supuesto —dijo Shigar al droide, suprimiendo la más leve señal de preocupación en su voz—. No queremos montar un escándalo.

El droide le hizo una reverencia y les llevó a un escritorio, detrás del cual se sentaba un Hutt de aspecto enfermizo con profundas bolsas bajo sus ojos. Estaba ocupado con los ortolanos ruidosos, que parecían haber extraviado uno de sus pasaportes. Esto era otro contratiempo. Los Hutts eran inmunes a todas las formas de persuasión Jedi, así que eso no iba a funcionar esta vez. Shigar pensaba frenéticamente. Luchar camino adentro no era una opción, dados los emplazamientos y la necesitad de secreto. Tampoco lo era luchar camino afuera, ya que había la misma cantidad de armas por ese camino. Si no pensaba en algo más rápidamente, serían atrapados.

Finalmente, el sobrecargo saludó a los peripleens e indicó a Shigar y Larin que se aproximaran.

—Kimwil Kinz y Mer Corrucle —dijo él, dándole al Hutt los nombres falsos que había conseguido durante el viaje hacia Hutta. Ahuecando sus manos sobre su chip de créditos, lo deslizó sobre el escritorio como si fueran algún tipo de documentación oficial. Indicando a las espaldas de los ortolanos, desapareciendo en una piña en el propio palacio, añadió—. Estamos con ellos.

Los ojos cansados del Hutt le miraron con una mezcla de hostilidad y desdén. No había forma de saber qué camino tomaría. ¿Era automáticamente leal a Tassaa Bareesh, quien lo había colocado en esa posición de responsabilidad, o estaba lo suficientemente aburrido o borracho de su poco poder propio para aceptar la oportunidad que Shigar le presentaba? El contenido del chip de créditos era considerable; representaba todo lo que le habían dado para llevar a cabo su misión. Si lo cogía, sería un dinero bien invertido.

El sobrecargo alzó el chip y lo insertó en los pliegues de su cuerpo.

—Será mejor que os deis prisa —resonó en huttés—. Se van sin vosotros.

Shigar se llevó a Larin aparte, sintiéndose expuesto bajo los emplazamientos y lleno de aversión por los Hutts y la corrupción que abrazaban tan predispuestos. Lo más probable, es que el sobrecargo les traicionaría en minutos tras dejarles pasar, pero si sólo podía salir de su línea directa de visión, él y Larin podrían desaparecer entre la muchedumbre del palacio para no volver a ser vistos.

Caminaron veinticinco pasos sin interferencias. Hacia la primera entrada disponible, se giró a la izquierda, entonces inmediatamente a la izquierda de nuevo. Cuando no sonó ningún sonido de persecución tras ellos, dejó escapar el aliento que había estado conteniendo entre sus dientes.

Larin lo escuchó.

—Eso fue como lo planeaste, ¿no?

—Precisamente —dijo con un falso ánimo—. No estabas preocupada, ¿no?

—Ni por un segundo. —Ella agitó su cabeza—. Encontremos cualquier lugar tranquilo fuera del camino. Necesitamos cambiar nuestra apariencia.

Ellos se apretaron contra un nicho y Shigar agradecido se quitó la máscara y una gran cantidad de su armadura de cuero de cabalgar rancors, dejándole sólo con los pantalones, botas, y un chaleco apretado negro en su parte superior. Se sintió un 50 por ciento más ligero y estaba agradecido por volver a sentirse libre de usar sus brazos. Larin se quitó el casco y lo ancló asegurado a su cinturón, entonces depuso la capa que había estado llevando y se la dio a él para cubrir sus hombros expuestos. Sacudiendo polvo en sus mejillas y frentes, ella hizo lo que pudo para hacerles parecer tan sucios como todo el mundo que habían visto.

Shigar ya se sentía suficientemente sucio tal y como era, y no sólo por el aire estancado, apestoso de Hutta. Estaban dentro, y el primer obstáculo real de la misión estaba detrás de ellos. Ahora podrían continuar con el descubrimiento de lo que Tassaa Bareesh había encontrado en el Cinzia.

Dejando el resto de su disfraz enterrado bien fuera de la vista, se movieron hacia los salones del palacio, manteniendo sus oídos y ojos bien abiertos en espera de sorpresas.



En la parte trasera del palacio, donde un peñasco fuertemente fortificado proveía de un escudo natural contra francotiradores y ataques de misiles, había un espaciopuerto privado lo suficientemente grande para una docena de transportes suborbitales. Seis de los embarcaderos estaban ya llenos cuando el enviado Imperial se aproximó a tierra. Ninguna estaba registrada por la República. Una parecía de corsario, protuberante y maltrecha, y extensamente ennegrecida a lo largo de un lateral como por una explosión poderosa.

—Bien —dijo Darth Chratis cuando Ax comunicó esa inteligencia—. Tenemos la ventaja sobre la República, al menos. ¿Alguna señal de Stryver?

—Ninguna todavía, Maestro.

—Mantén tus sentidos alerta por su presencia, pero recuerda tu posición. Tu deseo de venganza es secundario ante las órdenes del Consejo Oscuro. Cúmplelas primero, y entonces podrás actuar libremente. Necesitamos saber qué había dentro del Cinzia.

—Sí, Maestro —dijo ella con obediencia aparente. En su corazón juró que tomaría cualquier oportunidad que surgiera, tanto si Darth Chratis lo aprobaba como si no.

La lanzadera descendió con un sutil golpe. Ax habría ido mejor por su propia dirección, en su propio interceptor, pero su nuevo rol la forzó a aceptar ciertos compromisos. Se desató y se movió adelante para encontrarse con el enviado: Ia Nirvin, un hombre hosco, capaz, que entendía demasiado bien que su rol en los eventos venideros era ceremonial. Sus credenciales eran genuinas, y la línea de crédito que tenía accedía directamente a la tesorería Imperial. Estaba, sin embargo, bajo la orden expresa de no hacer ninguna puja a no ser que Eldon Ax fallara en su misión.

—Por aquí, Enviado —dijo ella, guiándole a la rampa de salida trasera. Un comité de bienvenida ya se había reunido fuera. Nirvin ajustó su uniforme, esperó hasta que la escolta se pusiera junto a él, entonces salió de la lanzadera.

Ax llegó al fin, caminando confiadamente por la rampa. Los servicios de seguridad que rodeaban al grupo de bienvenida se dieron cuenta de ella instantáneamente. Estaba vestida enteramente de negro, como convenía a un emisario de los Sith, y la empuñadura de su sable láser colgaba abiertamente a su lado. Los servicios de seguridad dudosamente le gustaban. El Enviado Nirvin llegó con la completa autoridad de la burocracia Imperial, ¿pero quién llevaba el poder real? ¿Era ella guardaespaldas o titiritera?

Un houk enorme se aproximó a ella.

—Su arma, por favor.

Ax desenganchó su sable láser, lo encendió, y sin decir ni una palabra eliminó la cabeza del houk.

Cuatro houks más se movieron adelante para forzar el asunto.

—No hay necesidad de tal hostilidad sin fundamento —dijo el Enviado Nirvin, presionando sin temor entre ella y los guardias—. Viene en son de paz como mi consejera en cuestiones esotéricas. Dejad pasar el asunto, o me temo que debemos dar media vuelta ahora mismo.

Sus palabras se dirigían al comité de bienvenida, no a ella, y ella se alegraba de ello. No le importaba cuántos houks tuviera que matar para hacerles entender a los sirvientes de los Hutts que no iba a renunciar a su sable láser bajo ninguna circunstancia.

El grupo de bienvenida deliberó en susurros apresurados, entonces asintieron la aceptación de la situación. Sin embargo, Ax esperó hasta que los houks se retiraran antes de desactivar su espada y relajar su posición defensiva.

—Encantada de hacer negocios con ustedes, caballeros —dijo ella, siguiendo al enviado y a su séquito hacia el palacio.

* * *

—Tassaa Bareesh ofrece a sus distinguidos huéspedes la más cordial bienvenida y les desea una estancia de provecho en su humilde morada.

Difícilmente humilde, pensó Ax, echando un ojo en la decoración estridente de la habitación del trono. Lo que no estaba bañado en oro estaba incrustado con joyas o envuelto de seda. No menos de cien funcionarios de la corte se habían reunido para dar la bienvenida al modesto contingente Imperial, y ella no tenía dudas de que la multitud era un intento deliberado de impresionar.

El droide traductor, un larguirucho A-1DO «cabezacono», hizo lo que pudo para seguir con la charla retumbante de su señora.

—Tassaa Bareesh invita a sus distinguidos huéspedes a tomar pleno uso de las instalaciones del palacio antes de proceder con el programa oficial. Tenemos una buena variedad de baños, restaurantes, salones de baile, pozos de pelea…

—Preferiríamos continuar —interrumpió el Enviado Nirvin en una voz contenida pero firme— con todos los apropiados agradecimientos y gratitud, por supuesto.

En lugar de parecer ofendida, Tassaa Bareesh sonrió con una amplia sonrisa, lasciva. La matriarca Hutt era impresionantemente grande, despatarrada como una babosa con sus manos con dedos pequeños descansando en su abultada tripa. Las joyas brillaban desde numerosos collares y anillos, y la seda adornaba sus inclinados hombros, pero nada podía ocultar la repulsión de su piel, que era verde y grasienta como la espalda de un reptil del pantano. La matriarca retumbó brevemente, entonces alcanzó un tentempié. Se contoneó y retorció sin sentido antes de soltarlo hacia las cavernosas fauces y morir en un crujido.

—Tassaa Bareesh entiende sus deseos urgentes de proceder con los negocios —dijo el traductor—. ¿Os gustaría ver la mercancía?

—Por favor.

La matriarca Hutt ladró una orden. Desde la multitud de observadores dio un paso un twi'lek alto, enjoyado, que hizo una reverencia y dijo:

—Me llamo Yeama. Seré vuestro guía.

Nirvin se inclinó en respuesta.

—Si la mercancía cubre nuestras necesidades desearíamos ofrecer un precio de inmediato.

—Por supuesto —dijo Yeama—. Pero me temo que tenemos otro grupo que va a llegar en breve. No podríamos llegar a ningún acuerdo hasta que tengan oportunidad de ver lo que habéis visto.

—¿Cuándo esperan al otro grupo?

—Hoy, creo.

—¿De la República?

—No puedo revelar su identidad.

—¿Puede decirme cuántos otros grupos hay interesados?

Yeama sonrió sólo con sus labios.

—Por aquí, por favor.

La expresión del Enviado Nirvin era amarga, pero hizo lo que le dijeron. El twi'lek le llevó a él y a su séquito fuera de la sala del trono. Formaron una procesión estridente, con Yeama y Nirvin en cabeza, acompañados por un soldado Bareesh por cada guardaespaldas Imperial. Ax se puso al final, contenta de estar en movimiento de nuevo. Ella toleraba la diplomacia más que disfrutar de ella.

Junto a Ax estaba el houk más grande que había visto. Seguía sus pasos paso a paso, con una expresión impasible.

Conforme abandonó la habitación, Ax vio una figura modesta a su espalda. Un humano de estatura media, llevaba ropas prácticas que habían visto mejores tiempos. Su pelo con aspecto grisáceo como si le hubieran arrastrado de la cama unos momentos antes. En una calle en cualquier otro lugar de la galaxia, Ax lo habría ignorado como algo rutinario, pero en el palacio de Bareesh era el único que no iba con ropas elegantes. En pie directamente tras él había un droide de combate cuadrado que parecía aún más maltrecho que él.

Él vio a Ax mirarle y apartó la mirada, como aburrido.

Ella volvió los ojos hacia delante y siguió al enviado.

* * *

Yeama les llevó a través de un laberinto de pasillos, cada cual más opulento que el anterior. Si Ax hubiera tenido algún interés en las pinturas, esculturas, y tapicerías; o incluso sólo en el valor de tales cosas; estaba segura de que habría estado impresionada. En su lugar, mientras memorizaba cuidadosamente la ruta, mantuvo sus ojos abiertos por información táctica: cuántos guardias se situaban en cada intersección, qué áreas estaban

cubiertas con cámaras de seguridad, dónde estaban situadas las puertas de explosión, ocultas o no.

Como era de esperar, rápidamente concluyó que el palacio era una fortaleza envuelta en papel de plata. Los Hutts amaban su lujo, pero amaban más sus vidas. Tassaa Bareesh no había ascendido hasta la cabeza de un cártel Hutt simplemente organizando las fiestas más grandes. Sabía cuidarse las espaldas, también.

Había puntos débiles en cada servicio de seguridad, aún así. Ax estaba segura de que podría llegar a la matriarca si lo necesitaba. Afortunadamente para Tassaa Bareesh, su misión simplemente era robar.

Yeama llevó al séquito combinado a pararse en una gran habitación circular bajo una cúpula distinguida por una lámpara de araña hecha de miles de piezas de cristal barroco curvado. Sólo había dos entradas a esta habitación: por la que acababan de pasar, con unas gruesas puertas armadas que actualmente estaban abiertas bajo una enorme estatua de piedra de Tassaa Bareesh en persona, y la otra delante de ellos, con un par de puertas a juego, por lo tanto formando un cierre sellado de seguridad. Yeama dio un par de palmas, y las puertas detrás de ellos golpearon al cerrarse. Ax mantuvo su mano en la empuñadura de su sable láser, aun sabiendo que Tassaa Bareesh no podía ser tan estúpida para planear una emboscada, y percibió con aprobación que los guardaespaldas del enviado se acercaban a él a su alrededor.

Un golpe seco y un ruido sordo vinieron de la entrada del lado opuesto de la habitación. Se deslizaron al abrirse, revelando una antecámara placenteramente desprovista de decoración. Muros, suelo, y techo eran uniformes, de un blanco impecable. Había espacio suficiente para todos con facilidad conforme se alinearon tras Yeama. La antecámara podía haber albergado a más de cincuenta humanos.

Cuatro puertas acorazadas circulares se abrían a la antecámara, cada cual, más de cuatro metros de grandes. Pequeños portales de transpariacero pero muy gruesos en el centro permitían el acceso visual a los contenidos. Sólo uno de esos portales parecía estar abierto. Era a esa puerta acorazada donde Yeama les llevaba.

—Aquí al fin, Enviado Nirvin, está el premio que se le ha prometido. Pero permitidme primero describir cómo llegó a nuestras manos.

Nirvin miró a través del portal, frunció el ceño, y se volvió hacia Yeama.

—Hazlo —ladró él.

Ax estaba demasiado lejos para ver. Ella ansiaba empujar a través de ellos y ver por sí misma, pero por el momento debía estar satisfecha con sólo palabras.

—Algunas cosas de las que voy a decir es desconocido fuera de esta habitación. —Dijo Yeama—. El resto no lo es. Hace dos semanas, uno de nuestros afiliados detuvo una nave en las profundidades del Espacio Salvaje.

Afiliados, asumió Ax, era el término diplomático para «pirata». Y detuvo seguramente significaba «interceptado y abordado bajo las armas».

—Era un encuentro de rutina, pero pronto hubo un sorprendente giro.

—¿Sorprendente cómo? —preguntó Nirvin.

—Aquí está la conversación que tuvo lugar entre nuestro afiliado y el navío.

Una grabación de audio llenó la antecámara, rica en respiraciones, estática, y crujidos de comunicación. Un par de cliqueos sugerían que había sido editada, pero el ambiente sonaba auténtico.

—Prepárate para el abordaje.

Ese era el afiliado, supuso Ax: experimentado, pragmático, con un filo de tensión que contradecía la descripción del twi'lek del encuentro como «rutinario».

—Negativo. No reconocemos vuestra autoridad.

Ese era el Cinzia, asumió Ax; y aquí un extraño sentimiento recorrió su columna. El que hablaba era un hombre y sonaba imposiblemente distante. ¿Había conocido a su madre? ¿Estaba relacionado con ella?

Ella se forzó en concentrarse en el resto de la conversación.

—Eres un corsario. Trabajas para la República.

—Ahora, eso simplemente no es cierto.

—Estamos en una misión diplomática.

—¿Para quién? ¿De dónde?

Hubo una pausa larga, llena de estática.

—Está bien, entonces. ¿Qué te costaría dejarnos ir?

—Te estás quedando sin suerte, compañero. Mejor ventila esas escotillas de aire, chico listo. Vamos a entrar.

La grabación terminó con una explosión de ruido blanco que hizo al enviado saltar.

—¿Qué era eso? —preguntó él.

—Una explosión —dijo Yeama—. La nave a la que nuestro afiliado se aproximó poseía un motor iónico de un diseño que no nos es familiar. Eso fue lo que explotó, llevándose a la nave y a todos con ella.

Era como si el twi'lek estuviera leyendo los pensamientos de Ax, él añadió:

—Creemos que las células de energía del motor fueron detonadas deliberadamente.

—¿Se hicieron volar a ellos mismos?

—Sí, Enviado Nirvin. Antes que ser abordados, escogieron destruir su nave y todo su contenido. Desafortunadamente para ellos, la destrucción no fue completa. Fragmentos significantes sobrevivieron. Lo que ve ante usted son dos objetos recuperados de los detritus. El primero es el ordenador de navegación del Cinzia, que contiene las coordenadas de su origen. El segundo es más misterioso. ¿Podréis averiguarlo?

El enviado echó un vistazo a través del grueso portal de transpariacero una segunda vez. Frunció el ceño una vez más.

—Nunca he visto algo como eso.

—Sentimos exactamente lo mismo —dijo Yeama.

De nuevo, Ax resistió el impulso de abrirse camino a empujones para ver por sí misma.

—Esto es todo lo que podemos contaros. —Yeama cruzó sus manos sobre su abdomen—. Hemos detectado señales de maquinaria en la capa externa, la cual está

construida con una aleación de dos metales extremadamente raros, lutetio y prometio. Así que es una construcción de algún tipo, y una de un considerable valor material por sí misma. Por otra parte, hay también un componente biológico, cuya naturaleza hemos sido incapaces de desentrañar. Está indudablemente presente, sabemos que está ahí dentro, pero no podemos examinar la fuente de la lectura de más cerca sin penetrar físicamente la carcasa. Hacerlo, por supuesto, reduciría el valor del objeto, así que se lo dejaremos al comprador definitivo.

—¿Podemos acercarnos más?

—La combinación de la puerta acorazada es por lo que vais a pujar, Enviado Nirvin. Hasta que la hayáis comprado, las puertas permanecerán cerradas.

El enviado asintió en entendimiento, pero su ceño permanecía intacto. Alejándose de la ventana, finalmente hizo un gesto a Ax para que se acercara.

—Échale un vistazo —dijo él—. A ver lo que puedes averiguar.

Aunque le irritaba recibir órdenes de la marioneta administrativa, Ax hizo lo que le decía, echándole un vistazo con una curiosidad intensa en lo que descansaba dentro de la cámara acorazada. Finalmente, pudo ver de qué iba todo el escándalo.

El ordenador de navegación era fácilmente identificable, pese a ello había sido retorcido y parcialmente fundido por la explosión que había destruido la nave a su alrededor. Era un modelo manual, inesperadamente pequeño, que parecía más un comunicador de un satélite robusto que el corazón del sistema de navegación de una nave estelar. Presumiblemente tenía una huella de voz, pero esas provisiones de seguridad podían ser fácilmente evadidas por un filtro con talento. Ax sólo podía tomar la palabra de Yeama de si todavía funcionaba o no. Descansaba en una caja de transpariacero en un plinto de cristal a la izquierda del centro de la habitación, y era observado de cerca por los numerosos sensores situados en las paredes de duracero de la caja acorazada, suelo, y techo.

Asentado en el suelo a su derecha estaba el segundo objeto. Nirvin tenía razón: no encajaba con ningún diseño estético que hubiera encontrado antes. Era bajito, como un droide utilitario T3, pero sin piernas o interfaces ambientales visibles. Su cuerpo era tubular y descansaba alineado con el suelo de la caja acorazada. No había marcas aparte de una serie de ondas como branquias hacia su mitad. Su cabeza era levemente convexa, como si hubiera sido presionada desde arriba, y parte de él estaba chamuscado de negro. El color natural de su carcasa parecía ser plateado. Sin escrituras, sin símbolos, sin ningún tipo de marcas identificadoras.

Ax no sabía qué era, tampoco, pero no lo dijo tan de inmediato. Tomando la oportunidad de inspeccionar el interior de la caja acorazada con más detalle, memorizó las posiciones de los sensores, estimó la fuerza de los muros, y midió la distancia de cada objeto desde la puerta, sólo en el caso de que tuviera que actuar en la oscuridad. Sería mucho mejor, por supuesto, obtener el premio una vez estuviera fuera de la caja acorazada y llevárselo lejos de todos estos impedimentos, pero estaría preparada para cualquier cosa.

—Podría ser un bioreactor —dijo ella al enviado, devolviéndole el control de la ventana.

—¿Agentes de plaga, quizás?

—Difícil de decir sin abrirlo.

—Exacto. —Nirvin se giró hacia Yeama. ¿Esto es todo lo que tienes para mostrarnos?

—¿Todo? —El twi'lek mostró sus dientes. Estaban tan afilados como las puntas de sus lekku—. Os escoltaré a una sala de espera, donde podéis examinar los datos relacionados con nuestro hallazgo en perfecta comodidad.

—Muy bien. —Nirvin indicó que Yeama debía liderar el camino.

Ax fue detrás de ellos, con su enorme sombra houk a su lado. Los objetos de la caja acorazada no le decían nada como aprendiz de Sith o como la descendiente biológica de Lema Xandret. El bioreactor de plagas, si es que lo era, no le provocaba ningún recuerdo en absoluto.

La escasa información que le habían dado le decía poco más. Que el objeto estuviera hecho de una aleación de metales extremadamente raros auguraba bien para los sueños de su Maestro de darle al Emperador un nuevo mundo rico, pero no significaba nada por sí mismo. Con la tripulación del Cinzia muerta, no había pistas que seguir, tampoco, a no ser que pudiera descubrir algo que ha sido oculto por los Hutts; como un superviviente, quizás, u otra pista de los orígenes de la nave. A ella no le extrañaría que Tassaa Bareesh subastara sólo la mitad de lo que habían encontrado mientras que se guardara algo extra en reserva, para vender al grupo perdedor de la subasta.

Yeama les llevó fuera de la antecámara y de vuelta a la cámara sellada de seguridad, donde las puertas pesadas rodaron de nuevo. Desde ahí, Yeama les llevó por un nuevo grupo de pasillos lujosos en dirección a la indudablemente igual de lujosa sala de espera.

Ax hizo su trabajo para ir a otra parte. Confundiendo a su escolta houk con un truco mental bien puesto, ella se deslizó fuera del grupo y se desvaneció en las sombras.



Ula resistió la charla de bienvenida de Tassaa Bareesh con desdén disfrazado de enfermedad. La cordialidad y el beneficio hacían compañeros de cama de poca confianza, particularmente cuando la honestidad y la ética eran invitadas, también. Cuando su huésped le prometió un surtido de instalaciones incluyendo mejoras químicas e incluso formas más dudosas de entretenimiento, hizo todo lo que pudo para no escupir para sacarse el mal sabor de boca.

—Creo que podemos prescindir de todo eso —dijo él—. ¿Por qué no simplemente vamos al negocio?

La sonrisa como una hendidura de Tassaa Bareesh se hizo aún más grande, si era posible.

Su droide de protocolo de cabeza puntiaguda aseguró a Ula que Tassaa Bareesh lo entendía perfectamente.

Ella señaló con la mano adelante a un subordinado, un twi'lek de aspecto lascivo, que tomó las negociaciones desde ese punto. El twi'lek prometió que pronto verían el legado del Cinzia. Conforme Ula era llevado desde la sala del trono, él miró a un hombre de aspecto desaliñado inclinándose contra la pared trasera con una mirada en blanco en su cara y un droide naranja maltrecho cerca de su hombro. El tedio del hombre tenía un aire fabricado, y fue eso lo que captó la mirada de Ula.

—¿Quién era ese compañero de ahí atrás? —preguntó a su guía.

—¿Qué compañero? —Yeama ni siquiera miró sobre su hombro.

Ula lo describió, sin ganas de abandonar el asunto. Ser un buen informador significaba no dar nada por sentado y darse cuenta de todos los detalles.

—Pelo grisáceo, nariz prominente, ojos marrones; con un droide viejo.

—Oh, nadie en particular —le aseguró el twi'lek—. Un piloto cuya nave está actualmente amarrada aquí. Tiene el favor de mi señora, y por lo tanto acceso al palacio.

—¿Cómo se llama?

—Jet Nebula, Enviado Vii. No habrás oído hablar de él.

Eso era verdad. Ni siquiera le sonaba como un nombre real. Pero no era lo suficientemente idiota para creer en la palabra de Yeama. Los Hutts y sus sirvientes eran mentirosos naturales. Como él.

Él archivó el nombre lejos en su memoria.

* * *

Yeama le llevó a través de varias ridículas medidas de seguridad para introducirle en la causa de todo este jaleo. Un ordenador de navegación y un trozo maltrecho de chatarra espacial; todo parecía un comedero de cabeza total hasta donde podía decir, aunque eso en sí mismo era un alivio. Si la farsa no llegaba a ser nada, pronto terminaría. Sin embargo, atendió con cuidado a los detalles e hizo las preguntas que se esperaban de él.

—¿Sin supervivientes, has dicho? —preguntó tras escuchar las últimas transmisiones del Cinzia—. ¿Cómo puedo estar seguro de que vuestro afiliado no los asesinó y elaboró esta loca historia para cubrir los hechos?

—El destino de los pasajeros es irrelevante para nosotros —contestó Yeama—. No mentiríamos para ahorraros vuestra sensibilidad.

Eso Ula lo creyó por completo, y revivió la rabia moral que había sentido al estar en la corte de un Hutt. Las tácticas de soborno de Tassaa Bareesh sólo confirmaban su baja opinión de su tipo y sus esperanzas de que se desharían, de alguna forma. Los Hutts estaban caminando sobre una línea muy fina. Cuanto más valiosos fueran los objetos que subastaban, más podrían cargarse obviamente; ¿pero cuánto pasaría hasta que otro grupo entrara y se los llevara?

Él se preguntaba si cada bando tenía tales contingencias en el lugar.

El Comandante Supremo Stantorrs obviamente lo sospechaba, con respecto a los Jedi, y no había habido oportunidad de preguntarle a Observador Tres si el Emperador había mandado a alguien aparte de a un enviado oficial. Un Agente Cifrado, quizás, capaz de muchas más proezas que un mero informador como él mismo. Ula había visto una lanzadera Imperial en el muelle en la parte trasera del palacio, así que sabía que no era el único enviado al que Bareesh había entretenido ese día.

Se le ocurrió por el camino que el enviado Imperial no sabría que el enviado de la República era realmente un traidor sin intención de ganar la subasta para sus llamados maestros. Si tan sólo pudiera encontrar alguna forma de comunicar ese mensaje, le ahorraría al Emperador un gran trato de problemas y gastos…

Yeama estaba hablando de nuevo.

—La subasta tendrá lugar mañana, con todos los grupos presentes. Pujaréis por la combinación de esta caja acorazada. La seguridad de todos los grupos es nuestra principal preocupación, así que el proceso será anónimo. Os llevaré a vuestros aposentos seguros ahora, y debéis examinar los datos allí durante la noche.

—Si los postores son anónimos —dijo Ula, viendo su oportunidad de mandar un mensaje al enviado Imperial escabulléndose de él—. ¿Cómo sabremos si las pujas son genuinas?

—¿Cómo ciertamente? —dijo Yeama, con una sonrisa de conocimiento—. Les advierto que pujen de manera justa, así podéis estar seguros de que la apuesta ganadora refleja el verdadero valor del premio.

Ladrones y mentirosos y racionalistas económicos, pensó Ula conforme Yeama le llevaba al embarazoso centro de recepción exuberante. Al caos con todos ellos.

* * *

Analizar los datos le llevó la mayor parte de una hora. El Cinzia mostrado en las grabaciones tomadas por el pirata de Bareesh era un crucero estelar ligero de un diseño poco familiar, pero el ojo aguzado de Ula detectó rastros de un chasis Imperial bajo un casco renovado. Podría haber sido un antiguo modelo de clase S, despellejado y reconstruido desde adentro hacia afuera. Los motores tenían una firma similar, aunque sus emisiones habían sido confundidas de alguna forma. Fragmentos del casco recogidos tras la explosión mostraban altas proporciones de metales raros; similares a aquellos del objeto asentado en la caja acorazada de Tassaa Bareesh. Nada sobre la nave le daba alguna pista de su origen.

Un mundo rico en metales exóticos sería un premio ciertamente, Ula pensó mientras registraba los datos por pistas. Quizás su viaje no había sido por nada después de todo. Tales sustancias raras eran el pilar de muchas industrias, desde comunicaciones hasta la guerra. La escasez ya había retrasado muchos proyectos cruciales para la expansión del Imperio, incluyendo algunos tan secretos que él sólo había escuchado de ellos a través de los informes emitidos al Comandante Supremo Stantorrs por espías de la República. Su propio bando no confiaba en que él lo supiera.

—Es todo un juego —musitó para sí mismo, empujando el holovídeo lejos de él en frustración.

—¿Hay algún problema con algo, Enviado? —preguntó Potannin, en pie, atento a la entrada de su suite.

—Oh, nada, Sargento —dijo él—. Sólo estoy cansado.

—¿Le gustaría retirarse? Tiene una selección de camas…

—No creo que duerma esta noche.

—Ha recibido varias invitaciones de otros grupos en el palacio, señor. Si alguno le interesa, podría hacer los preparativos.

—¿Eso sería seguro?

La cara angular de Potannin emitió una seguridad confiada.

—Podría aventurarme a adivinar, señor, que mientras los Hutts pretendan aprovecharse de nosotros, estaremos en el mejor lugar de la galaxia.

—Cierto. —Ula pensó por un momento—. Está bien, entonces. Déjame ver la lista.

Él la escaneó rápidamente, pasando por alto los embajadores menores, ambiciosos jefes criminales, y varios seres cuyas intenciones eran aún menos honorables. Un nombre captó su atención.

—Jet Nebula, ese piloto con nombre ridículo que estaba corriendo libremente por el palacio. ¿Qué quiere de mí?

—No podría decirlo, señor. Pero le ha invitado a una bebida en la cantina llamada el Pozo de Veneno.

—Suena desagradable.

—¿Debo rechazarlas todas, señor?

—Sí. No, espera. —Había habido algo raro en la actitud descontenta de Jet Nebula, y su situación en la sala de bienvenida. Si de verdad estuviera tan aburrido, ¿por qué se pondría a sí mismo en una posición desde la cual podía estudiar a todo el mundo en la habitación?

—Dile a Nebula que le veré en media hora.

—Sí, señor.

Ula escogió un refresco al azar y cambió sus túnicas por algo más prudente. Lo que los de Suministros Diplomáticos le habían proveído le hacía sentir como un payaso. Y además, no quería destacar. Si iba a descubrir quién era realmente este Jet Nebula; o por lo menos, lo que sabía; lo haría vestido apropiadamente.

Antes de que abandonara el refresco, cogió el bláster compacto ofrecido que había empacado y lo deslizó en su bolsillo del pecho. Sólo por si acaso.

* * *

La cantina era tan mala como había anticipado, con seres inferiores aliens y humanos en grupos de dos y tres sobre jarras de cerveza marrón de aspecto denso. Un complejo rugido de frecuencias cambiantes inundaba el espacio, representado por un quinteto de bith; Ula sólo podía asumir que consideraban el ruido que hacían música.

Intercambió una mirada con Potannin, que colocaba su mirada en ambas entradas y ponía a los tres soldados restantes en puntos estratégicos alrededor de la cantina. Su mera presencia causó que algunos patrocinadores cogieran sus bebidas y se tambalearan hacia otro lado.

Jet Nebula ocupaba una esquina oscura, recostado a lo largo de un diván bajo, acolchado, con su cabeza apuntando atrás y su droide maltrecho irguiéndose protectoramente a sus pies. El vaso enfrente de él estaba vacío. Conforme Ula se aproximó, la cabeza de Jet se alzó y se fijó en él con la misma mirada que había estado usando antes ese día.

—Bonitos trapos —dijo él.

Ula sintió que su cara se enrojecía. La idea de «sensato» de los de Suministros Diplomáticos resultaba en un uniforme de tipo militar morado, con hombreras sin sentido e insignias en cada superficie disponible. Le había quitado las baratijas, pero no había nada que pudiera hacer por el color salvo poner una capa gris sobre sus hombros y esperar lo mejor.

—Querías hablar conmigo —dijo él, cortando directo al grano.

—Eso depende, colega. ¿Vas a pedir?

—¿Eso es todo lo que quieres; una bebida gratis?

—¿Y qué si lo es? Un hombre tiene que tomar lo que encuentra, es mi línea de trabajo.

—¿Cuál es?

—¿No lo puedes adivinar? Se necesita un farsante para reconocer a un farsante.

Un frío helado corrió por la columna de Ula. ¿Qué estaba diciendo Jet? ¿Qué sabía que Ula era un informador? ¿Iba a hacerle chantaje por dinero; o peor?

Jet sonrió y se rascó perezosamente el mentón.

—Todas estas preguntas me han dado sed. ¿Qué tal si mandas a tu hombre a comprarnos una ronda de Núcleos de Reactor y charlamos como caballeros apropiados?

Ula no tenía opción si no aceptar. En el peor caso de que Jet supiera algo, no quería que lo revelara enfrente de su servicio de seguridad.

Ula dio la orden, y el droide se tambaleó tras Potannin. Se sentó, ignorando la debilidad repentina en sus rodillas.

—¿Qué es lo que quieres?

—Ya te lo he dicho, y ya me lo estás proporcionando.

—No estoy hablando de alcohol. Sé más explícito.

—Si no puedes imaginarlo, entonces no me eres de utilidad.

—¿A qué te refieres? —Ula sintió su indignación creciendo, pero antes de que pudiera volverse insolente en su contra, algo se le ocurrió—. Espera un minuto. Yeama dijo que tenías el favor de Tassaa Bareesh. ¿Qué estás haciendo aquí abajo gorroneándome bebidas?

Jet no dijo nada.

Ula examinó todo lo que sabía sobre Jet, y encontró un puñado de hechos previamente desconectados tomando una sorprendente nueva configuración en su mente.

—Esa es tu nave en el muelle —dijo él—, la que tiene el daño de la explosión. Has pedido una bebida de contrabandistas. Dijiste farsante por lo que tú haces, no yo.

—«Todos los políticos son mentirosos» —dijo él—, por citar al Canciller Janarus.

Ula no se rió de la paradoja.

—Eres el pirata que encontró el Cinzia.

—Prefiero capitán del carguero —dijo Jet—, pero soy ese compañero. —Él ejecutó una reverencia burlona desde su encorvada posición en el diván—. Los Hutts no olvidan quienes son sus amigos.

—No pareces estar disfrutándolo.

—¿Hay algún motivo para hacerlo? Mi nave está incautada, y no puedo dejar el palacio. Estoy en el paraíso.

Ula se inclinó más cerca y susurró sobre la mesa.

—¿Es de eso de lo que querías hablar conmigo? Si es así, no tengo la autoridad para…

Jet hizo un gesto con la mano para silenciarle. Potannin había vuelto con las bebidas. Eran de aspecto grande, turbio, y peligroso. Jet alzó la suya, sopló la chispeante espuma, y brindó por la República.

Ula hizo eco del brindis y tomó un sorbo. El fuego eléctrico ardía como una carretera aérea bajo su garganta y provocó una lenta detonación en su estómago.

—¿Está usted bien, señor? —preguntó Potannin.

—Sí, Sargento —dijo él—. Déjanos por el momento. Pero quédate cerca… Por si necesito un médico…

—Sí, señor.

El servicio de seguridad se movió respetuosamente fuera del alcance del oído.

—¿No es a lo que estás acostumbrado? —dijo Jet con una sonrisa astuta.

Ula normalmente no bebía del todo, pero no iba a admitirlo.

—Puedo hablar con mi superior, si quieres organizar una extracción, pero…

—No es por eso por lo que te he invitado aquí. Simplemente creo que alguien debería saber lo que realmente le pasó al Cinzia en el Espacio Salvaje aquel día.

La curiosidad de Ula se incitó con eso.

—Ya he escuchado la grabación y he visto los datos. ¿Me estás diciendo que hay más?

—Mucho más. Bebe y escucha.

Entonces comenzó un relato largo e inconexo sobre rivalidad y traición entre contrabandistas. Ula prestó atención de cerca al principio. Jet había sido peor que un contrabandista: había sido un corsario contratado por la República para peinar los límites de la galaxia interior en busca de equipamiento militar que mereciera ser robado para asistir a la causa de la República. Esto era interesante por dos motivos. Confirmaba los informes sugiriendo que la República en efecto empleaba estas tácticas vergonzosas. También mostraba cuán fácilmente los objetos de la subasta podrían haber caído directamente en posesión de la República. La intervención de los Hutts, por una vez, había dado la ventaja al Imperio.

Ula se sintió algo incómodo por eso. Creía que la sociedad civilizada nunca permitiría que tal decadencia y corrupción prosperaran. Que la República comerciara con los de la clase de Tassaa Bareesh era una evidencia, si la necesitaba, de la incapacidad de su enemigo de gobernar; ¿pero qué decía eso del Imperio si permitía que se aprovecharan por medios similares?

Conforme Jet continuó hablando, la atención de Ula comenzó a dispersarse. ¿A quién le importaba el envidioso Shinqo y si a él le habían permitido abandonar el palacio o no? ¿Qué importaba si Jet Nebula se sentía pobremente utilizado por sus nuevos maestros, que no tenían intención de compartir el gigantesco beneficio que iban a obtener de la subasta con alguien más? ¿Por qué estaba gastando su tiempo en tal despliegue de autocompasión, concentrado en sí mismo?

Trago a trago, Ula encontró su camino a través de la bebida. Jet no parecía tocar la suya demasiado, y eso le desconcertaba, distantemente. En el momento en que el contrabandista terminó de describir el triste fin del Cinzia, la visión de Ula estaba empezando a ponerse borrosa.

—Dilo de nuevo —dijo él, encontrando extrañamente difícil mantener sus codos plantados en la mesa—. Algo sobre diplomomo; ah, diplomáticos.

—Estaban en una misión diplomática. Les pregunté para quién, y no contestaron. ¿No te hace preguntarte? Tanto la República como el Imperio están pujando por la

información sobre de dónde vino esa gente y qué llevaban. Si la tripulación del Cinzia no venía a hablar con ninguno de vosotros, ¿con quién iban a hablar?

Ese era un punto interesante. Ula lo archivó para pensar en ello después, cuando el suelo dejara de bambolearse.

—Entonces está la explosión.

—¿Qué pasa con la explosión?

—Bueno, fue un poco exagerado, ¿no? Pero al mismo tiempo, no fue muy efectivo. Pensarías que si querían realmente dejar las cosas claras, si les hubiera importado lo suficiente como para matarse a sí mismo, se habrían apartado de su camino para hacerlo bien.

—Pensarías eso. Lo harías —estuvo de acuerdo Ula—. ¿Pero y si discutieron? ¿Y si no todo el mundo quería ser detonado? Yo no lo querría.

—Ese es un buen punto. Enviado Vii —dijo Jet—. No había pensado en eso.

Ula estaba desarrollando un fuerte gusto por Jet Nebula, pese al hecho de que parecía haberle crecido una cabeza extra.

—¿Otra ronda?

—Espera —dijo el contrabandista, sentándose recto de repente—. Algo no va bien.

Ula miró alrededor. Se había vuelto muy silencioso sin que él se diera cuenta. La banda zelosiana ya no estaba haciendo más ruido. Los clientes habituales de la cantina se habían desplomado sobre sus mesas. Algunos de ellos estaban realmente roncando en sus bebidas. Incluso el camarero estaba desparramado sobre el mostrador, sacudiéndose ligeramente.

Conforme observaba, el Sargento Potannin se hundió hacia delante y cayó en peso muerto al suelo.

Eso no podía estar bien, pensó Ula. ¿Desde cuándo alguien en un servicio de seguridad se emborrachaba?

—¡Gas Obah! —Jet se puso en pie con un bláster en su mano—. ¡Chatarra!

El droide maltrecho llegó instantáneamente al lado del contrabandista, sus fotorreceptores brillando resplandecientes.

—Bien. Vigila la puerta. Yo voy a…

Un crujido agudo vino de detrás de él. El droide se tambaleó, envuelto en rayos azules brillantes de energía. Un ruido chillón vino de su interior. Se quedó helado, un rayo de restricción proyectándose de un lateral de su cabeza.

—No te muevas, Nebula —gritó una voz modificada por vocodificador a la derecha de Ula.

Ula se giró a tiempo de ver una sección del techo venirse abajo. La cabeza y los hombros de un Mandaloriano proyectados desde el agujero. El rifle que llevaba estaba apuntando directamente al pecho de Jet.

—Quédate donde estás, Enviado Vii. Esto no te incumbe. Baja el bláster, Nebula; ahora.

El contrabandista obedeció.

—Si querías colarte, todo lo que tenías que hacer era pedirlo.

Con una voltereta elegantemente muscular, el Mandaloriano aterrizó de pie en el suelo bajo él.

—Tu droide se recuperará. Al igual que los transeúntes. Usé el gas suficiente para noquearlos, nada más.

—Afortunadamente estábamos bebiendo Núcleos de Reactor —dijo Jet—. ¿Por qué crees que los contrabandistas las piden tanto? Saben horrible, pero te proporcionan inmunidad a todo tipo…

—Suficiente charla —dijo el Mandaloriano, indicando con el final del rifle que Jet debía salir de debajo de la mesa.

—¿Nos dirás al menos quién eres? —preguntó el contrabandista.

—Yo lo sé —dijo Ula, aunque todavía estaba luchando para pensar a través de la bebida narcótica—. Eres Dao Stryver. ¿Qué es lo que quieres con Lema Xandret, exactamente?

La atención del Mandaloriano se giró directamente hacia él, y de repente Ula se sintió completamente sobrio.

—Tú, también —dijo Stryver, balanceando el rifle—. Ambos vendréis conmigo.

—¿O qué? —preguntó Jet.

—No queréis saber «o qué». En marcha.

Demasiado tarde Ula recordó el arma escondida en su bolsillo. Se tambaleó sobre sus pies y fue empujado a punta de bláster desde la cantina. Jet Nebula con la cara gris a su lado.

CAPÍTULO 10

La vista de un casco distintivamente redondeado, de barbilla baja hizo que Larin se detuviera. Con un gesto de manos urgente para indicar a Shigar que se cubriera, ella retrocedió hacia un pasillo abarrotado y se quedó allí hasta que el Mandaloriano pasó con seguridad.

Una segunda mirada le dijo que no era Dao Stryver. La armadura de este era plateada y azul, no gris y verde, y Stryver era tanto más alto como más enorme. La gente se apartaba de su camino.

Ella agarró a un transeúnte al azar.

—¿Quién era ese? —preguntó, señalando al casco alejándose.

—Sólo es Akshae Shanka —dijo el evocii apocado, como si ella fuera idiota—. Aléjate de él, si sabes lo que es bueno para ti. Ha venido por segunda vez en dos Grandes Cazas separadas.

—Y apuesto a que eso no ha mejorado su humor —musitó Larin conforme el esclavo se escabullía. Mientras que los Mandalorianos esperaban a la siguiente gran guerra para estallar, se entretenían con combates rituales entre ellos mismos, atrayendo a cualquiera suficientemente imbécil para mostrar interés en sus juegos de ascensión violentos. Eran peligrosos e impredecibles en todo salvo por una cosa: habiendo vuelto a la galaxia tras la Gran Guerra, no iban a escabullirse de nuevo pronto.

Larin esperó un minuto entero para asegurarse de que Shanka no volvía, entonces se movió atrás hacia el flujo de la rama principal e indicó a Shigar que le siguiera.

Estaban siguiendo información recogida de uno de los chefs del palacio. Dos visitantes de alta seguridad; los enviados de la República y del Imperio, supusieron Larin y Shigar, estaban hospedados en una de las alas lujosas en lo profundo del corazón de la estructura llena de rincones. Era difícil llegar a aquellas partes del palacio, pero habían sabido de un hueco que conectaba las rutas de servicio subyacentes; como aquella que estaban siguiendo en ese momento; y las bases de alta seguridad. Llegar de una a la otra iba a tomar tiempo, pero ello no demostraba ser especialmente difícil.

Larin lideró el camino, siguiendo el mapa que había memorizado y manteniendo sus ojos firmemente hacia delante. Shigar estaba siguiéndole los talones, en alguna parte; ella estaba segura de eso, aunque no podía verlo. Él caminaba tan ligeramente como un cisne alderaaniano y se desvanecía entre la multitud como una ráfaga de humo. Cuando ella se detuvo en la siguiente unión para comprobar su rumbo, él simplemente aparecía junto a ella, como de la nada.

—Casi estamos —dijo él—. Yo me pondré al frente para el siguiente tramo.

—Está bien —dijo ella—. Pero he estado pensando: ¿por qué vamos por este camino en primer lugar? ¿No debería ser nuestra prioridad la caja acorazada?

—Lo sería, si supiéramos donde está. Cuando alcancemos a uno de los enviados, entonces tendremos nuestro guía. Sabemos que ambos lo han visto. Preguntar a la gente adecuada siempre es mejor que preguntar al azar.

Ella estaba de corazón de acuerdo con eso. Habían aprendido un montón mezclándose con el personal esclavizado del palacio, pero cada parte importante de la información que habían reunido venía con una riqueza de banalidad despreciable. Separar lo uno de lo otro había llevado más tiempo del que les hubiera gustado a ninguno de los dos.

—Después de ti —dijo ella, señalando con la mano por delante de ella. Era su turno de seguirle desde detrás ahora. Un par de personas caminando lado a lado siempre atraía más atención que individuos en una multitud. Rodeados de siervos y sirvientes, se mezclaron, pasaron por ellos, y fueron instantáneamente olvidados. Eso era algo que nunca habría logrado Akshae Shanka.

* * *

Alcanzaron la entrada al hueco subterráneo sin incidentes. Ahí, Larin puso la zancadilla a un gamorreano que pasaba hacia un pesado evocii cargado, y durante la distracción resultante Shigar activó su sable láser y cortó a través del enorme cerrojo de seguridad de la puerta. Las bisagras oxidadas gruñían mientras él giraba las puertas para abrirlas; nadie se dio cuenta sobre los gritos y recriminaciones. La discusión apenas estaba alcanzando su punto de auge cuando Larin se deslizó tras él. Juntos tiraron de la masiva puerta para cerrarla.

Era mucho más silencioso el otro lado, y más oscuro, también. Shigar cogió aliento profundamente, contento de estar fuera de la presión multiespecie y la pobreza que soportaban. Él había visto los lujos espléndidos en aquellos en la cima de la pirámide social en Hutta. Sabía qué privilegios disfrutaban. Todo a su alrededor era el precio, en inmundicia y miseria sensible.

Que el vientre de Coruscant fuera exactamente lo mismo le dio cierta pausa en culpar a los Hutts. Quizás simplemente era la naturaleza de las cosas. Quizás la reprimenda del Maestro Nobil fue bien merecida. ¿Cómo podía la Orden Jedi cambiar algo que ha resistido por milenios? No era el deber del Consejo, no cuando los lobos del Emperador estaban ladrando a la garganta de la galaxia.

Una luz amarilla tenue brilló en vida.

—Recto hacia delante, entonces a la izquierda, ¿no era así?

La voz de Larin hacía eco sibilantemente en las millas de tubería de metal delante de ellos. A la luz de la linterna utilitaria de su rifle bláster, él alzó un dedo hacia sus labios y asintió. Ella puso los ojos en blanco y dijo:

—No hay nadie aquí abajo. Eso nos han dicho.

Él agitó su cabeza e indicó que era su turno de liderar. Sería mejor no tomar riesgos, pensó él.

Larin se movió a grandes zancadas cuidadosas a través del túnel. La tubería estaba seca y vacía, y fácilmente lo suficientemente larga para que ellos se pusieran de pie. Podían haber corrido lado a lado si hubieran querido. Ocasionalmente el techo estaba interrumpido por tuberías y grupos de cables, forzándoles a agacharse, y en dos ocasiones tuvieron que saltar sobre un hueco, pero aparte de eso no hubo interrupciones.

Ellos alcanzaron la intersección en quince minutos. Conforme Larin se aproximó, Shigar alcanzó su hombro. Con un agarre firme, tiró de ella para que parara.

Ella le miró inquisitivamente. Él puso una mano sobre la lámpara del rifle extinguiendo la luz.

Todo fue negro por un momento; entonces un brillo leve apareció. El sonido débil de movimiento hacía eco a su alrededor. Había alguien en el túnel, justo al girar la esquina.

Shigar se movió adelante, sin apenas atreverse a respirar. A través de la Fuerza, percibió tres organismos en grupo, pero no podía identificar claramente sus intenciones. Si estaban al acecho, ¿por qué la luz? Si no era una trampa, ¿por qué el silencio?

Él sacó su cabeza por la esquina. Tres grandes figuras con cuernos, se erguían en un grupo alrededor de una lámpara, mirando hacia el techo y rascándose sus cabezas. Eran claramente hortek, lo cual explicaba el por qué no estaban hablando: eran telepáticos. Además, los gruesos uniformes de trabajo que llevaban y las herramientas desperdigadas a sus pies explicaban lo que estaban haciendo en los túneles. Eran un equipo de mantenimiento, y por lo tanto perfectamente inocentes.

Shigar se tomó un momento para tranquilizar a Larin, entonces cerró sus ojos. Sus poderes telepáticos eran como mucho modestos, pero habían sido mejorados por la Gran Maestra al punto de que ella podía expresarle conceptos simples sin hablar. Los hortek eran receptivos a los pensamientos externos y vulnerables a la persuasión de la Fuerza. Si Shigar podía combinar los dos, podía librarse de ellos fácilmente.

Él encontró la concentración requerida con una facilidad sorprendente. La práctica de camino a Hutta le había hecho bien. En unos momentos, los hortek cogieron sus herramientas y se fueron.

—Esa ha sido buena —susurró Larin cuando el sonido de las pisadas pesadas se desvaneció. Ella se apresuró alrededor de la esquina y conectó la luz en su configuración más baja.

—Se vuelve más duro de aquí en adelante —dijo Shigar, desanclando la empuñadura de su sable láser—. No nos pongamos complacientes.

—Hey, mira esto. —Larin tenía la luz apuntando al techo, donde los hortek habían estado trabajando. Algo había explotado a través del muro de metal del hueco, derritiéndolo. Varias hebras plateadas colgaban hacia abajo como hilo de red. Larin sopló suavemente en uno de ellos. Se balanceó con rigidez de lado a lado—. Esto parecen alambres.

—No puede ser —dijo Shigar—. Se está alargando.

Larin apuntó la luz al fondo de la hebra. Su terminación se estaba extendiendo visiblemente hacia abajo.

—Creciendo —dijo ella—, ¿o extrudiendo?

—No importa, en cualquier caso —dijo él—. Lo que esté pasando allí arriba no es asunto nuestro.

—En un palacio Hutt —dijo ella—, llamaría a eso una filosofía salvavidas.

* * *

El primer dron de seguridad que encontraron era una esfera de metal que cayó zumbando de una chimenea, haciendo brotar armas conforme llegaba. Larin lo derribó de un tiro, superando a Shigar por apenas un milisegundo.

Ella sopló el humo imaginario de su bláster.

—Tendrás que hacerlo mejor que eso para derrotar, uh, derrotarme.

Ella casi dijo para derrotar a los Estrellasnegras, pero lo captó a tiempo. No quería que él se preguntara qué hacía una de los comandos de élite de la República merodeando con él en las entrañas de la fortaleza de Tassaa Bareesh. Sólo pensar en contar esa historia perforaba su confianza. Todavía, lo que estaban haciendo le hacía sentirse como en los viejos tiempos, y el estado mental era sorprendentemente fácil para hacerle caer. La impetuosidad, la fanfarronada, y la beligerancia; junto con el correr alrededor de sitios oscuros y disparando a cosas.

—Permanece alerta —dijo Shigar—. Habrá más de esos.

—Nací en alerta —dijo ella, sin estar dispuesta a abandonar el sentimiento de los viejos tiempos todavía.

El segundo dron de seguridad zumbó desde un túnel lateral, haciendo brillar sus luces y emitiendo una advertencia de quedarse quietos. Shigar cogió a este, arponeándole por la mitad con el filo de su sable láser.

—No tan rápida esta vez, ¿no?

Ella sonrió.

Se movieron con cautela. Los drones eran un peligro, pero su presencia significaba que estaban acercándose a su objetivo. Las alas de lujo estaban casi tan fuertemente protegidas como el dormitorio de Tassaa Bareesh.

El hueco empezó a ramificarse y a retroceder sobre sí mismo. Shigar los llevó certeramente; esperaba ella; conforme los drones convergían sobre ellos como moscas molineras. Sus tiempos de reacción mejoraban con la práctica hasta que los drones apenas tenían tiempo de aparecer antes de ser destruidos.

Entonces un dron tres veces más grande que los otros zumbó bajando el hueco hacia ellos, disparando rápidamente. Shigar giró su sable láser como un escudo, reflejando su propio fuego de vuelta a él. Haciendo un gesto con su mano, hizo caer parte del techo y aplastó al dron bajo los escombros.

—No queremos hacer eso demasiado a menudo —dijo él cuando se aclaró el polvo.

—La gente se va a dar cuenta cuando el suelo se desplome bajo ellos.

Ellos cogieron su camino sobre la pila de mampostería caída.

—Por aquí arriba —dijo Shigar, espiando algo por delante.

Ella le siguió de cerca detrás de él. Había una escalera situada firmemente en la pared que conducía hacia un hueco vertical.

—¿Estás seguro de que es ésta? —preguntó ella.

—Todo lo seguro que pueda estarlo. —Él comprobó el peso de sus peldaños. Aguantaban sin problemas—. Iré primero.

—No mates nada hasta que yo llegue —dijo ella.

* * *

El hueco llevaba a una base llena de barriles de aceite enterrados bajo dos centímetros de caparazones de insectos y polvo. Parecía como si no hubieran sido tocados por décadas. Shigar se movió ligeramente a través de ellos, sin apenas dejar una huella. Larin estaba cerca igual de sigilosa, y tenía un buen ángulo de tiro con ese rifle corto suyo. Varias veces se había sentido tentado de preguntarle por qué había estado gastando su tiempo en los distritos antiguos de Coruscant, pero no quería fisgonear. Tras la charla, ella estaba con los labios apretados. Si había algo que él necesitara saber, ella se lo diría finalmente, estaba seguro.

Sé amable, le había dicho la Maestra Satele. Había pensado cuidadosamente en esa orden. Tenía que aplicarse a Larin, la mujer joven que ya había rescatado una vez, del Mandaloriano. ¿Era amabilidad, aún así, ser arrastrado de tu hogar y que te lanzaran de cabeza en mitad de la guerra de otra persona? Algunos habrían pensado que no. Pero él percibía en Larin un desarraigo corrosivo que podía envenenarla si no era contraatacado. En Coruscant ella sólo era otra persona privada de derechos atrapada por los disturbios por comida, alzamientos separatistas, y corrupción. Lo que necesitaba era dirección, un propósito. Él podía darle todo eso, temporalmente, si ella lo quería.

La base de barriles les llevó a una puerta que había sido soldada. Su sable láser pronto se encargó de ese obstáculo. Entraron por unas escaleras angostas, mohosas que les llevaban arriba, nivel a nivel, hasta un sótano que estaba actualmente en desuso. Un equipo de evocii estaba ocupado descargando cajas de alimentos delicados en una extensa habitación fría. Estaban demasiado ocupados para darse cuenta de las figuras fugaces que pasaban corriendo por ellos, hacia las cocinas.

Larin encontró un armario, y Shigar atrajo a una esclava relativamente bien vestida tras ellos.

—Somos huéspedes de tu señora —le dijo Shigar, alentando su aceptación de la mentira mediante un suave empujón de la Fuerza—. Obviamente, nos hemos perdido.

—Está muy lejos de la sala del trono, señor.

—¿Sabes dónde están hospedados los dos enviados?

—Sí, señor. Trabajo en el servicio de lavandería y me llaman frecuentemente para atender esas áreas.

—Te alegrará recordarnos cómo llegar allí.

La evocii les dio una descripción detallada de las dos suites. Estaban prácticamente lado a lado, con las entradas encarando en direcciones opuestas. La suite que pertenecía al Enviado Vii de la República estaba más cerca.

—¿Has oído alguna vez de ese compañero Vii? —Le preguntó Larin aparte.

Shigar tenía que confesar que no lo había oído.

—La política es asunto de mi Maestra.

—Debería ser asunto de todos.

—Entre tú y yo, estoy completamente de acuerdo.

Shigar interrumpió a la esclava, que había descendido a unos detalles ridículos en sus esfuerzos por ayudar.

—Nos darás los códigos de acceso para las áreas aseguradas también, en caso de que nos hayamos olvidado de ellas.

—Sí, señor, pero no las de las propias suites. No sé cuáles son. Los guardias pueden ayudarle con eso cuando llegue allí, espero. ¿Ellos le conocerán, por supuesto…?

—Por supuesto —le aseguró Shigar—. No necesitas preocuparte por eso.

—No, señor. No necesito preocuparme por eso.

La evocii obedientemente les dio todo lo que sabía, y Shigar lo integró en su memoria.

—Antes de que te vayas —le dijo a ella—. Quiero que sepas que no es seguro estar aquí hoy. Encuentra algún sitio donde esconderte, y permanece allí hasta que el follón se acabe. No quieres salir herida.

—No quiero salir herida.

—Eso está bien.

La esclava abandonó el armario y se apresuró a obedecer sus órdenes.

—¿Preparada? —le preguntó a Larin.

—Nací preparada.

—Ya has dicho esa.

—¿Lo he hecho? Bueno, será mejor que me digas dónde disparar antes de que me avergüence más a mí misma.

Ellos se apresuraron a salir del armario y corrieron a través de los pasillos bien señalizados. Era un cambio placentero no estar pateando el polvo y corriendo a través de telarañas. En su lugar había vasijas y estatuas frágiles alineadas en los pasillos, y Shigar tuvo un gran cuidado de no dañar nada innecesariamente. Alguien había hecho esas cosas. La preservación de la cultura estaba entre las muchas misiones de los Jedi.

Llegaron al punto de control que había descrito la esclava evocii. Cinco centinelas houk protegían la entrada a los cuartos de los huéspedes de la República. Eran más de los que se esperaban. Larin le echó un vistazo a la situación, y comunicó su estrategia a

Shigar con una serie de gestos de manos bruscos, concisos. Él asintió, contento de seguirla.

Ella rodó fuera de cobertura y salió sobre sus rodillas, disparando a los hombros de dos de los houks. Ellos se cayeron hacia atrás. Shigar saltó pasándola, usando su espada para defender a ambos. Un tercer houk cayó, golpeado por un rayo de su propia arma, reflejado hacia él por el sable láser de Shigar. Quedaban dos. Larin se llevó una quemadura cercana de uno de ellos y contraatacó con dos disparos al pecho. Shigar cortó el brazo del que quedaba.

Él se irguió tranquilo en una postura defensiva en el humo rizado, preparado para golpear de nuevo si alguno de los caídos tan solo se retorcía. Larin se movió ligeramente a su lado, sin estar herida por el golpe cercano que había fallado, aunque su hombro ahora presumía de tener un nuevo parche carbonizado.

—No te alarmes —dijo ella con satisfacción—. Los tenemos a todos a la vez.

—La puerta estará cerrada. Mira a ver si puedes atravesarla sin activar nada.

Ella se arrodilló en la cerradura y se quitó el casco mientras mantenía un ojo puesto por si pasaba alguien. Un arroyo de herramientas de precisión surgió de la trampilla del muslo izquierdo de su armadura. Shigar iba a preguntar cuánto iba a tardar cuando ella se guardó las herramientas, se puso en pie, y tocó el panel de acceso.

La puerta se deslizó al abrirse, sorprendiendo a dos houks al otro lado. Shigar reflejó su fuego de bláster mientras Larin limpiamente trataba con ellos. Entonces se apresuraron hacia la suite y cerraron la puerta tras ellos.

La escena que les esperaba era del todo inesperada.

Un twi’lek vestido con colores llamativos estaba de pie sobre los cuerpos de un servicio de seguridad de la República. Alcanzó un comunicador, pero Shigar lo sacudió de su agarre con un rápido tirón de la Fuerza.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Larin con tono tajante, imponente—. ¿Qué has hecho con el enviado?

—¿Yo? —el twi’lek parecía mortalmente insultado—. Estas criaturas fueron heridas sin que hiciera nada. Fueron encontrados así, drogados, en una cantina. El enviado ha desaparecido.

Larin presionó la boca de su rifle bajo el mentón del twi’lek.

—Estás mintiendo.

—¡El enviado es un huésped de honor, invitado aquí únicamente por negocios! ¡No le deseamos ningún mal!

—Él tiene razón —dijo Shigar.

—Eso no significa que tenga que gustarme. —Ella revirtió el rifle y aporreó al twi’lek en la cabeza. Cayó como una piedra—. Quédate aquí mientras compruebo tu historia.

Shigar cerró la puerta tras ellos y la cerró con llave de nuevo. Larin tiró de uno de los guardaespaldas caídos hacia un catre y ligeramente abofeteó su cara.

—Tiene pulso. Eso es un principio.

Antes de que pudiera hacer algún daño serio al hombre, Shigar llegó para ayudar, bajando la cabeza del guardaespaldas en un cojín antes de tratar de despertarle.

Una mano permaneció en el cojín. La otra tocaba la frente del guardaespaldas. Concentrándose, Shigar empujó el flujo de la Fuerza a través de su cuerpo, alentando su despertar.

El guardaespaldas se retorció y abrió sus ojos alarmado. Hubo un sonido desgarrador conforme todas las púas de su cuero cabelludo se dispararon. El cojín las absorbió todas.

—Siento haberte asustado —dijo Shigar con voz calmada—. Has sido drogado. Mi nombre es Shigar Konshi. Esta es Larin Moxla. La Gran Maestra Satele Shan nos mandó para ayudaros. —Eso no era del todo cierto, pero serviría como explicación.

El hombre le apartó y se levantó. Pasó su mano por su cuero cabelludo y se aclaró la garganta.

—Mis disculpas por atacaros. Soy el Sargento Potannin. ¿Dónde está el Enviado Vii?

—No lo sabemos —dijo Larin—. Esperábamos que pudieras decírnoslo.

Potannin agitó su cabeza.

—Debemos haber sido emboscados. El Enviado Vii estaba hablando con un hombre que trabaja para los Hutts. Su nombre es Jet Nebula. Y había alguien más; un Mandaloriano.

—¿Qué Mandaloriano? —preguntó Larin, inclinándose más cerca—. ¿Tienes un nombre?

—No lo recuerdo. —Miró a Larin y Shigar a modo de súplica—. Tenemos que encontrar al enviado.

Shigar asintió. Un Dao Stryver activo en Hutta sería una complicación inesperada, pero no era necesariamente un desastre. La misión primaria todavía podría continuar.

—Está bien —dijo él—. Tú y Larin buscad al enviado. Si el twi'lek está diciendo la verdad, los Hutts os ayudarán.

—¿Y tú? —preguntó Larin.

—Voy a comprobar la caja acorazada. Lo que no podáis saber del enviado, lo averiguaré allí. Sargento Potannin, ¿me darás la dirección?

Potannin le dio una descripción comprensiva de la ruta desde la suite de lujo hasta la caja acorazada, a través de una cámara sellada de seguridad. Shigar lo registró en su memoria.

—¿Viste lo que había dentro?

—Hay un ordenador de navegación del Cinzia y un artefacto que el Enviado Vii no pudo identificar. Hecho con un metal raro. —Potannin parecía pesaroso—. Lo siento, pero es todo lo que sé.

—No importa. —Shigar deseó que Potannin hubiera sabido más. Las antiguas reliquias Sith y Jedi podían ser a veces identificadas por sus marcas—. Le echaré un vistazo por mí mismo, a ver si puedo averiguarlo.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto solo? —le preguntó Larin antes de que se fuera.

—Tengo mi comunicador —dijo él—. Os llamaré si me meto en problemas.

—Será mejor que lo hagas. Ella tocó su brazo brevemente, y entonces lo apartó. —Te veo luego, en cualquier caso.

Shigar dejó que ella y el Sargento Potannin despertaran a los otros. Con el sable láser preparado, retrocedió hacia los flujos y reflujos del palacio de Tassaa Bareesh y contó las intersecciones, una cada vez.



La voz de Darth Chratis llegaba levemente a través de los miles de kilómetros separándole de su aprendiz.

—¿Has visto algún Jedi en el grupo del enviado de la República?

—Ninguno en absoluto, Maestro. —Ax podía oír la decepción en su propia voz. Había estado buscando luchar contra algo más desafiante que los ineptos guardias del palacio—. Si están aquí, están manteniendo un perfil muy bajo.

—Está claro, entonces, que planean robar el artefacto antes que nosotros. De otro modo serían visibles. Tus órdenes no han cambiado. Debes moverte rápido para asegurarte de que llegas primero.

—Será difícil, Maestro. Las puertas son gigantescas, y seguro que tienen alarmas…

—Ese es tu problema. Fállame y tendrás que informar tú misma al Consejo.

La línea cliqueó al cortarse, y Ax sonrió en la oscuridad. Darth Chratis era tan transparente como el cristal. Si ella tenía éxito, él planeaba llevarse el mérito; si fallaba, la culpa sería de ella. Pero algo de la mancha inevitablemente se le pegaría si ella fallaba, deteniendo sus planes de avance. Era entretenido, por lo tanto, mantenerle nervioso. Eso le hacía impredecible.

Apenas habían pasado tres minutos desde que había puesto las cargas. Eran viejas, restos de una expedición minera que había abandonado sus herramientas en uno de los tres almacenes del palacio, pero había cogido suficientes como para hacer volar un pequeño trozo de una colina. Si los temporizadores funcionaban apropiadamente, los guardias de Tassaa Bareesh pronto tendrían algo para ocupar su atención.

Mientras tanto, ella tenía que reptar. Los planos de las cajas acorazadas extraídos del ordenador central del palacio mostraban que eran estructuras independientes con sus propios suministros de energía y de aire. Rodeando todas las extensas cajas de duracero había un metro de espacio libre, lleno de trampas de cable láser. Si algo pasaba por las trampas de cable y simultáneamente tocaba una caja y una pared, se formaría un circuito, haciendo sonar una alarma lo suficientemente alta para despertar al Emperador mismo en Dromund Kaas.

Los planos también mostraban que la caja acorazada se mantenía en el sitio por una serie de propulsores, alimentados por bobinas de inducción en la base de una cuna de ferrocreto. El ferrocreto era relativamente fácil de cortar con un sable láser. Ax agusanaba a través de los diminutos espacios reptantes hacia una posición directamente bajo una de las esquinas de la caja acorazada que contenía los restos del Cinzia. Los planos del cableado no mostraban cables en ese punto. Todo lo que tendría que hacer era esperar a la distracción, trazar su camino hacia arriba, desconectar las trampas de cable, y

trepar sobre el huego. En una hora, esperaba estar tocando el exterior de la caja acorazada con sus dedos desnudos. Desde aquí, ella podría seguirlo de oídas.

Reptó como una rata a través de espacios que eran apenas lo suficientemente grandes para que pudiera respirar, doblándose de formas extrañas alrededor de las esquinas agudas y avanzando lentamente con los pulgares de los pies y los dedos de las manos. Sostuvo su sable láser por delante de ella, preparada para cortar a través de cualquier obstáculo serio. El aire era escaso con el polvo y el humo. Parpadeaba frecuentemente para aclararse los ojos.

Un boom subsónico llegó a través de la mampostería que le rodeaba, seguido rápidamente de otro. Ella contuvo el aliento conforme el palacio vibraba, y presionó hacia afuera con la Fuerza, sólo en caso de que algo pesado cayera sobre ella. Una serie de booms más pequeños reverberaron cuando las cargas activaron una reacción en cadena en el reactor primario del palacio, como ella esperaba que hubieran hecho. Ella imaginó a los Hutts y a sus esclavos apresurándose a averiguar qué había pasado. Lo hicieran o no, no le importaba. Ni le importaba tampoco si el reactor secundario restauraba la energía de inmediato. La caja acorazada era autosuficiente. Mantener a sus anfitriones distraídos era su objetivo primario.

Otro minuto de reptar le llevó al sitio donde necesitaba estar. El espacio de gateo era lo suficientemente amplio para que ella se acuclillara, y lo hizo, sosteniendo el pomo de su sable láser ante ella. Cerrando sus ojos, lo encendió y elevó la espada lentamente hacia el techo sobre ella. El ferrocreto burbujeó y siseó, motas hirientes golpeaban su piel. Cuando la empuñadura se alineó con el propio techo, se detuvo y cerró sus ojos.

El poder del lado oscuro fluía a través de ella, elevando la temperatura del ferrocreto a incandescente. Ella respiró ligeramente por su nariz, sin importarle quemarse. Un brillo rojo la rodeó, radiando de la superficie arriba sobre ella. Ella mantuvo su concentración, formando una burbuja autoprotectora sobre ella conforme el ferrocreto se fundía y empezaba a gotear.

La burbuja se alzó suavemente a través de la lava, llevándola sin mucho esfuerzo al espacio bajo la base de la caja acorazada. Cuando la burbuja abordó la cima del ferrocreto fundido, bajó su sable láser y abrió sus ojos. Por el brillo rojo, vio la caja acorazada de duracero a través de la cima de la burbuja y un enredo de cables que era parte de la estructura del ferrocreto a su alrededor. Permanecieron enredados conforme la lava se enfriaba. Ni uno de los cables se había cortado, así que en teoría no debería haber sonado ninguna alarma.

Casi estaba.

Sólo quedaban las trampas de cable. Ella alzó su cabeza con cuidado fuera de la burbuja refrigerada, pero no vio ninguna señal de láseres por ninguna parte. Deberían ser claramente visibles en todo el humo, pero ninguna línea brillante saltaba a su vista.

Intrigada, puso sus manos enguantadas en el borde aún cálido de la burbuja y se alzó de cuerpo entero para ver.

No había alarmas. Ninguna aparte de aquellas causadas por sus explosiones, en cualquier caso. Contra toda expectativa, el sistema de seguridad externo parecía haber sido deshabilitado.

¿Podía ser posible que los Jedi le hubieran derrotado en coger el premio?

Ella se agachó en el espacio bajo la caja acorazada, cerca de uno de los propulsores que aguantaban la estructura masiva sobre su cabeza, y reactivó su sable láser. Por su rojizo brillo, pudo ver las lentes del sistema de láseres mirándola ciegamente. No habían sido interferidos con nada, al menos. Ella se levantó y tocó la base de la caja acorazada. No hubo pasos ni ningún otro movimiento obvio del interior. Eso era otra señal positiva.

Un detalle inesperado le dio más motivos para ser cuidadosa. La sección media de la caja acorazada había sido conectada físicamente a la cuna mediante una serie de cables plateados. Ella se acercó a ellos, con cuidado de no romperlos. Su propósito era desconocido, como lo era la forma en que habían evitado que sonara el segundo sistema de alarmas. Tan pronto como la caja acorazada hubiera sido penetrada, todos en el palacio de Tassaa Bareesh deberían haberlo sabido.

Algo inesperado estaba pasando, y a ella no le gustaba.

Ax desactivó su sable láser y se sentó de piernas cruzadas en el ferrocreto caliente. Si alguien desactivaba los propulsores, ella podría ser aplastada como un bicho. Anulando ese pensamiento lo mejor que pudo, hizo salir su percepción en el espacio a su alrededor, buscando señales de cualquier cosa fuera de lugar.

La caja acorazada, lo primero de todo, estaba deshabitada, aparte del más leve destello de actividad biológica dentro del artefacto anómalo recuperado del Cinzia. Ella tomó la oportunidad de examinarlo por su cuenta, y sintió un raro escalofrío bajándole por la espalda. ¿Qué había ahí dentro? Las diminutas señales de vida estaban agrupadas en cuatro grupos, pero no se sentían como mentes, exactamente. Y algo sobre ellos hacía que sus instintos alzaran la guardia.

Mi madre hizo esto, no podía evitar pensar. Mi madre, que debería estar muerta.

Sacando todas las especulaciones sobre ese tema firmemente de su mente, Ax examinó la antecámara y las otras tres cajas acorazadas, después. Era posible, aunque extremadamente improbable, que un ladrón completamente independiente hubiera puesto su punto de mira en algo de una de las otras cajas acorazadas, apagando la suya en el proceso. Un rápido escaneo probó que esa teoría era falsa. No había nadie allí del todo.

Casi abandonó aquí, reprendiéndose por exagerar. La distracción que había creado no duraría por siempre. Y no quería que el Maestro Chratis se preocupara demasiado. Parte del motivo de decirle que la misión sería difícil era sorprenderle cuando lo recuperara rápidamente. El pensamiento la llenó de satisfacción anticipada.

Antes de alzarse, echó un vistazo mental a través de la cámara sellada de fuera de la antecámara.

Su cara se retorció con un ceño fruncido inmediato. ¡Jedi! Ella reconocería ese hedor mental sin humor e inhibido en cualquier parte. Un único espécimen había sobrepasado las alarmas y atravesado los cierres de las puertas externas. Eso era un trabajo

impresionante, pero no se estaba moviendo lo suficientemente rápido. Ella podría acortar el camino bajo la caja acorazada y subir por la antecámara antes de que abriera la puerta interior. Y entonces, cuando lo hiciera, él tendría un montón más de lo que esperaba.

Sonriendo, se movió de estar con las piernas cruzadas a agacharse, y empezó a derretir su camino a través de la última barrera que quedaba entre ella y su enemigo.



Dao Stryver usó una red densa, adhesiva, sacada de una boquilla de su muñeca izquierda para atar a Ula y Jet en sus asientos. El comedor al que les había llevado estaba vacío, conteniendo sólo sillas y una mesa, pero a juego con el palacio del Tassaa Bareesh eran finos ejemplos de materiales y un diseño precioso, y por lo tanto demasiado robustos para que los prisioneros los rompieran.

La cabeza de Ula le dolía con los efectos secundarios del Núcleo de Reactor, pero se dio cuenta de un brillo metálico revelado cuando Stryver soldó la puerta al cerrarla. Duracero, probablemente, también a juego con el palacio de un Hutt. Todo tipo de celebridades criminales conscientes de la seguridad debían haber comido en esta habitación. Y muerto aquí, posiblemente.

Ula comprobó las ataduras y las encontró inmovibles. Sus dedos se estaban adormeciendo.

—Sabes cómo me llamo —dijo el Mandaloriano, en pie sobre él—. ¿Cómo?

Tratando sin éxito de suprimir un tartamudeo, Ula describió el informe recibido por el Comandante Supremo Stantorrs de la Gran Maestra Satele Shan. Ahí fue donde el Mandaloriano fue identificado por primera vez para él. No tenía reparos en revelar la extensión de la sabiduría de la República, ya que eso aseguraría a Stryver lo poco que se había descubierto sobre él o sobre Lema Xandret.

—¿Me desatarás ahora? —le preguntó Ula.

—El único motivo por el que aún estás vivo es porque no hay honor en matarte; ni ventaja, tampoco. —El Mandaloriano se alzó enorme sobre él—. Eso podría cambiar fácilmente.

Ula recurrió a su control y cerró la boca.

Jet estaba sentado en la silla junto a Ula, mirando imperturbable a su captor.

—Supongo que me conoces de algo —dijo él—. ¿Arruiné la reputación de tu hermana? Si es así, me temo que ella era bastante fácil de olvidar.

Striver no cedió a su provocación.

—Capitán Nebula, me han dicho que eras tú el que habló con la tripulación del Cinzia.

—¿Quién dijo eso?

—Un compañero de tripulación tuyo llamado Shinqo.

—Él diría cualquier cosa para apartar tu bláster de su cara.

—Precisamente mi estimación. ¿Lo que me dijo es cierto?

—¿Cómo sabes que soy diferente a él?

—Yo seré el que lo juzgue.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Qué es tan importante como para recorrer media galaxia para averiguarlo?

—Sólo contesta a mis preguntas, Nebula. ¿Qué te dijeron?

—¿Quieres decir «qué» o «cuánto»?

Ula no entendía por qué Jet estaba haciendo las cosas más difíciles de lo que tenían que ser.

—He escuchado la grabación —dijo Ula—. No le dijeron nada.

El Mandaloriano se giró hacia él.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

—Que estaban en una misión diplomática y no querían ser abordados.

—¿Mencionaron algún nombre?

—Ninguno.

—¿Podría haber sido editada la grabación?

—Supongo que podría, pero…

—Cállate. —Stryver se volvió a girar hacia Jet. ¿El nombre de Lema Xandret te dice algo?

—Si es tu hermana…

La boca del bláster de Stryver se enterró en la garganta de Jet.

—No juegues conmigo. Era una fabricante Imperial de droides que desapareció hace quince años estándar. ¿Fue mencionado su nombre por alguien a bordo de la nave?

—No —dijo Jet—. Y no hubo supervivientes, si crees que estaba a bordo. Shinqo te dijo eso, estoy seguro.

—Me dijo que hubo restos y que se los disteis a los Hutts.

—¿Por qué haría algo así?

El boom amortiguado de una explosión golpeó el suelo, haciendo que Ula saltara. El polvo llovía desde el techo. Stryver apuntó su rifle a la puerta, preparado para disparar a cualquiera que la atravesara, pero la explosión venía de mucho más lejos. Una segunda rápidamente siguió a la primera, y las luces parpadearon. En la distancia, las alarmas empezaron a sonar.

—El palacio está bajo ataque —dijo el Mandaloriano—. No hay tiempo para prevaricaciones. Si sabes qué sobrevivió a la explosión, debes decírmelo.

Había algo en la voz del Mandaloriano, una urgencia en aumento que hizo a Ula hablar más que sólo de autoconservación.

—Lo he visto —dijo él—. Está en una caja acorazada no muy lejos de aquí.

—¿Qué es?

—Hay dos cosas, y ambas están a la venta. El ordenador de navegación del Cinzia…

—¿Intacto?

—Eso me han dicho.

—¿Y el otro objeto?

—No sé lo que es.

—Descríbelo.

—Plateado, tubular, sobre un metro de alto… fabricado con metales raros y algún tipo de componente orgánico. Sin insignias. ¿Sabes lo que es?

El Mandaloriano jugueteó con su armadura y proyectó un diminuto holovídeo de los terrenos del palacio. Hay siete cajas acorazadas de máxima seguridad en el enclave de Tassaa Bareesh. Dime cuál contiene esos dos objetos.

—¿Por qué? —Preguntó Jet—. Sólo es chatarra especial.

—Tú no crees que sea así —dijo el Mandaloriano.

—Vendería cualquier cosa, o lo intentaría.

—Si sueltas mi mano —dijo Ula— te mostraré qué caja acorazada es.

—Tú no vas tras este planeta misterioso también, ¿no? —le preguntó Jet, poniendo en blanco sus ojos conforme Stryver aflojaba la red que ataba la mano izquierda de Ula—. A no ser que; ¡ah! Sí. A no ser que quieras el ordenador de navegación por un motivo completamente diferente.

Stryver le ignore.

—Señala —dijo él, sosteniendo el holovídeo hacia Ula.

—Acércalo un poco más. Ese de ahí, creo.

Conforme el Mandaloriano estudiaba el plano, Ula deslizó su mano en su bolsillo y sacó el bláster oculto.

Se escuchó a sí mismo hablar con calma y sin miedo, como si estuviera fuera de su propio cuerpo, observando lo que pasaba.

—Suelta mi otra mano —dijo, apuntando el bláster al estómago de Stryver—. Preferiría que habláramos como iguales.

Stryver empujó el holovídeo hacia los ojos de Ula, cegándole. Ula apretó el gatillo, pero Stryver era demasiado rápido. Con un balanceo de su otro brazo, golpeó el bláster. El único disparo descargó sin daños contra el techo.

—Buen intento. —Jet se rió conforme Stryver reataba la mano de Ula a la silla—. Nunca has tratado con esta clase antes, ¿no?

Ula estaba teniendo problemas en verle la gracia. El miedo había llegado chocando contra él. Sus ojos estaban todavía deslumbrados, y su mano parecía que estuviera rota.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Los Mandalorianos no creen que tengan iguales.

* * *

Larin se coló en otra capa del programa de seguridad del palacio y condujo otra búsqueda. El nombre de Dao Stryver todavía aparecía sólo una vez: su nave, el Primera Sangre, estaba amarrada en el espaciopuerto privado del palacio. Mentalmente, se pateó a sí misma por perderse algo tan obvio como eso, pero no perdió ningún tiempo en ello. La arquitectura de los programas de seguridad del palacio era aún más barroca que el propio palacio. Incluso si hubiera pensado en buscar el nombre del Mandaloriano, había una posibilidad de que no hubiera aparecido la primera vez.

—¿Algo? —preguntó el Sargento Potannin, que estaba echando un vistazo preocupado sobre su hombro.

Ella agitó su cabeza. Las búsquedas del nombre de Ula Vii tampoco le habían mostrado nada.

—Me estás bloqueando la luz. —Potannin estaba tratando de ayudar, pero no era Shigar—. Vocearé si encuentro algo.

Tirando de otro algoritmo de desencriptación de su repertorio, Larin probó con otra ruta.

Tras ellos, el twi'lek, Yeama, entró en la suite del enviado perdido y esbozó una reverencia. El golpe de su frente permanecía en un rojo brillante sobre el verde de su piel.

—Mi señora ofrece sus profundas disculpas. La caza de los secuestradores y de aquellos que atacaron a sus centinelas empezará de inmediato.

Larin cifró la vista del holoproyector para que Yeama no pudiera ver lo que estaba haciendo en la infraestructura de seguridad de su señora.

—Tenéis un Mandaloriano suelto por el palacio —dijo ella—, ¿y no lo sabíais?

—Él es uno de muchos. No les gusta ser vistos de demasiado cerca.

—Ahora sabes por qué. Quizás lo pensareis dos veces sobre el tipo de escoria con el que tratáis.

Yeama se tensó.

—¿Y tú eres…?

—¿Importa quién soy? Os estoy ayudando a encontrar al enviado. ¿Qué estáis haciendo vosotros?

El twi'lek se volvió de un color poco saludable, incluso para su especie.

—Todo lo que está en nuestro poder, naturalmente…

—Bien, entonces ve a ello. Nosotros estamos ocupados aquí.

Yeama se retiró y Larin descifró la vista a la que estaba mirando.

—Hay toda otra capa aquí abajo —musitó ella, maravillada ante la complejidad del sistema. O había evolucionado pieza por pieza, como si cada nuevo desarrollo añadía un nivel extra a lo que ya estaba allí, o había sido diseñado por el ingeniero de software más paranoico de la galaxia.

Todavía no había suerte con Dao Stryver, de todos modos. Y Enviado Vii no producía ni una señal. Si ambos hombres se estaban moviendo por el palacio, ninguno de los patrones de reconocimiento del sistema de seguridad les estaba rastreando.

Larin estaba empezando a desesperarse. Este era el único trabajo que tenía que hacer, mientras que Shigar atendía al resto de la misión, y ella estaba fallando. Probarse a sí misma capaz no era la cuestión; sabía que lo era, o lo había sido, al menos, o de otro modo nunca habría estado en las fuerzas especiales. Marcar un tanto en el tablón era la cosa principal, después de tanto tiempo en el banquillo.

En desesperación, probó «Jet Nebula».

Instantáneamente un resultado apareció. No sólo una localización, si no una etiqueta codificada que reconoció como una llamada de ayuda de un contrabandista.

—Tengo algo. —Potannin se apresuró hacia ella—. Dijiste que el Enviado Vii estaba con ese personaje Nebula, ¿no? Bien, le he encontrado, al menos.

Potanning golpeó sus manos y sonrió sin humor.

—Buen trabajo, Larin.

Él se giró hacia el escuadrón de escoltas y parloteó una serie de órdenes. La mitad se quedaría; la otra mitad iría con él. Larin tuvo que luchar contra el reflejo de obedecer. Si siguiera enlistada en los Estrellasnegras, Potannin sería superior a ella.

—Voy con vosotros —le dijo conforme su grupo se reunía, comprobando las armas y la armadura ligera.

Él asintió.

—Iba a pedírtelo, Larin. Gracias.

—Ni lo menciones, Sarge.

—Toma nota, y lidera el camino.

Su cara estaba ardiendo conforme se apresuraron a través de los pasillos, el eco de sus pies embotados les precedía, haciendo que la multitud se apartara. Eso le era demasiado familiar, ella se dijo a sí misma; demasiado familiar. No podía permitirse pensar que estaba de vuelta en el redil. Si averiguaban quién era, se volverían contra ella, justo como lo habían hecho los matones en Coruscant. Mejor permanecer apartada, por el bien del futuro.

Casi habían alcanzado la situación en su holopad cuando una explosión agitó el suelo bajo ellos, seguida por otra poco después. Ella llamó al alto, preguntándose si estaban caminando hacia una trampa, pero las explosiones no venían de cerca. Las luces parpadearon por un segundo, entonces brillaron. Los generadores del palacio, imaginó; dañados o por sabotaje o por accidente.

Los habitantes del palacio se apresuraron a encontrar refugio. No gritaron o entraron en pánico. Simplemente se reunían con sus pertenencias y sus seres queridos e iban a otro lugar. Esas cosas no eran poco comunes en Hutta, percibió Larin.

—Casi estamos —dijo ella, señalando con la mano para que el escuadrón siguiera adelante. Ella se movía más cuidadosamente conforme se aproximaban a la localización marcada. Sólo porque alguien hubiera volado la planta de energía no significaba que hubiera una trampa delante.

La cuadrícula del mapa se correlacionaba con una cocina de tamaño industrial pero bastante vacía. Larin retrocedió y dejó que Potannin liderara el camino. Su escuadrón se dispersó silenciosamente para comprobar cualquier espacio oculto, comunicándose únicamente por gestos. Estaban bien entrenados y eran eficientes, aunque no encontraron nada salvo un droide maltrecho que se había refugiado del jaleo. Tras escanearle por municiones, le dejaron solo. Volvió a la esquina donde había estado merodeando, observándoles en silencio.

—No hay señal del Enviado Vii —dijo Potannin, diciendo lo obvio—. ¿Estás segura de que es la localización correcta?

—Soy positiva. La marca decía que Nebula estaba aquí y en algún tipo de peligro.

—Debía haber estado aquí en algún momento, para dejar esa pista, pero ahora ha sido llevado a otra parte.

—No hay evidencias de lucha…

Una perturbación distrajo a Larin de la búsqueda. El droide había caminado fuera de su esquina y estaba gesticulando salvajemente.

—Que alguien haga callar a esa cosa, ¿vale? —ladró Potannin.

—No, espera. —Larin se aproximó, mirando de cerca cada movimiento que hacía—. Reconozco las señales que está dando. Son de la guerra civil. Está diciendo… —Ella buscó en su memoria para una traducción correcta. Había pasado mucho tiempo desde que dio La Historia y Usos de los Lenguajes Militares durante su entrenamiento de las fuerzas especiales—. Está diciendo que él dejó la marca para que nosotros la encontráramos. No nosotros específicamente, si no cualquiera que pudiera ayudarle. Refuerzos. Siguió a su Maestro; Nebula, supongo; vía transpondedor de algún tipo, probablemente oculto en las ropas de Nebula o en su cuerpo. Está tratando de organizar un rescate, pero… pero carece de los recursos para completar el objetivo de su misión.

El droide asintió, y ella se dirigió a él directamente. ¿Quién ha capturado a Nebula? ¿Un Mandaloriano?

La respuesta fue un sí.

No me extraña, pensó Larin, el droide había estado buscando refuerzos.

—¿Nebula es el único prisionero?

La respuesta fue un no.

—¿Sabes dónde están?

Un enfático sí. El droide llevó a Larin alrededor de la esquina, donde había raspado un mapa detallado en la pared de metal. Ella reconoció el lugar de sus propios datos. Era un comedor a menos de una docena de metros.

—Creo que podemos ayudarnos el uno al otro —le dijo al droide, que asintió solemnemente—. Armas preparadas —le dijo al escuadrón—. Este Mandaloriano es grande y peligroso. Si lo tenéis a tiro, disparad. Pero cuidado con los prisioneros. No podemos permitirnos dañar al enviado.

El droide le dio unos golpecitos firmes en su hombro con un dedo cuadrado, de metal.

—O a Nebula —añadió Larin.

Quitaron sus seguros y fueron a su alrededor. Sólo cuando estaban en movimiento, con el droide liderando el camino, se dio cuenta de que ella había dado las órdenes, no Potannin, quien había obedecido con el resto de su escuadrón. Eso le hacía sentir al mismo tiempo culpable y contenta, aunque técnicamente, suponía, no tenía rango ahora, lo que significaba que no tenía superiores por los que preocuparse. Este era el pensamiento al que se aferró conforme corría para enfrentarse a Dao Stryver por segunda vez.

* * *

Era el turno de Ula de tener el rifle del Mandaloriano apoyado sobre su mentón. Él arqueó su espalda lo que pudo mientras llegaba, pero el cañón le seguía, enterrándose profundamente en su garganta. Estaba tan cerca de Stryver ahora que podía escuchar el zumbido de la cantidad de mecanismos de su traje, incluso un siseo de aire a través de su respirador conforme el Mandaloriano cogía aliento para hablar.

—Contesta a esta pregunta con mucho cuidado, Enviado Vii —dijo Stryver.

Ula asintió. Tras su solitario acto de desafío, no tenía intención de hacer otra cosa aparte de lo que le pedían. Su vista todavía chispeaba por el efecto deslumbrador del holoproyector empujado contra su cara.

—Lo haré.

—Señalaste una localización en el mapa. ¿Era la caja acorazada que indicaste la correcta?

—Sí.

—¿Contiene los restos recuperados del Cinzia?

—Sí. —Él asintió tan vigorosamente como pudo para convencer a Stryver de su sinceridad.

La presión del rifle cedió. Ula se lanzó hacia delante, el pecho pesado. No se había dado cuenta de que había dejado de respirar.

—¿Y tú? —preguntó Stryver a Jet—. ¿Tienes alguna otra pregunta?

—¿Qué?, ¿yo? —El contrabandista observó el arma de cerca. Estaba apuntando directamente a su pecho—. Sólo una. ¿Ahora qué? No puedo evitar comentar que te has sellado aquí dentro con nosotros…

Algo golpeó contra la puerta sellada. Stryver y sus dos cautivos se giraron para mirarla. El golpe llegó de nuevo, y una leve voz gritando:

—¡Abre!

El Mandaloriano se giró y se entretuvo con su traje, guardando su rifle y presionando botones con rápidos movimientos practicados.

—Puedo asegurarte —dijo Ula— que tengo poco valor como rehén.

Stryver no dijo nada. Conforme una línea roja brillante empezó a incidir por la puerta reforzada, el Mandaloriano se alejó de ellos y miró arriba. Un gemido creciente llegaba de su pack en la espalda.

—Te sugiero que cierres los ojos —dijo Jet, girando su cabeza hacia Ula y escudándose lo mejor que pudo con su hombro.

Hubo un destello de luz. Humo y escombros llenaban el aire. El gemido se convirtió en rugido, y en ese momento la puerta reventó.

Ula mantuvo sus párpados cerrados en una nube de partículas punzantes. Escuchó gritos y fuego de bláster, y sintió cuerpos moviéndose rápidamente a su alrededor. Algo chocó contra él, y sintió manos enguantadas trabajando en sus ataduras.

—Todo saldrá bien, señor —dijo una voz familiar—. Te tenemos cubierto ahora.

¡Potannin! Ula podía haber llorado.

Cuando abrió sus ojos, el humo se había aclarado junto con las chispas del holoproyector, y Dao Stryver no estaba en ningún lugar a la vista. Dos miembros de la escolta de Ula montaban guardia sobre la puerta, mientras que dos más buscaban entre los restos. El droide que Stryver había deshabilitado estaba liberando a Jet. Una soldado en una desaliñada armadura blanca estaba mirando por un agujero gigante en el techo, su rifle preparado.

Stryver nunca había tenido intención de salir por la puerta, entendió Ula. Su plan siempre había sido ir por arriba.

La soldado desaliñada se giró hacia él.

—¿Qué te dijo Stryver? ¿Te dijo lo que estaba buscando?

—Ha ido a buscar el ordenador de navegación —dijo Jet, frotándose el polvo de sus ojos.

—¿Por qué? ¿Van los Mandalorianos tras lo mismo que nosotros?

—No creo que sea la única razón. El ordenador de navegación no sólo mostraría el origen de la nave, ¿no? Mostraría también su destino previsto.

El casco del soldado se inclinó ligeramente.

—¿Qué diferencia hay para cualquiera?

—No para cualquiera, imagino. Sólo para él.

La soldado asintió.

—¿Eres Nebula o el enviado?

—Llámame Jet.

Ula se pasmó ante sus pies, libre al fin de la red pegajosa del Mandaloriano.

—Ula Vii, a tu servicio. Gracias, a todos, por rescatarnos. A ambos.

—Es nuestro deber, señor —dijo Potannin con un saludo brusco.

—Yo —añadió la soldado—. Estoy aquí sólo por la diversión.

Con eso, ella se quitó el casco, revelando a la mujer más hermosa que Ula Vii había visto nunca.



Bajo una enorme estatua de Tassaa Bareesh, Shigar selló la puerta externa tras él, usando la Fuerza para ayudar a los hidráulicos que había dañado a atravesarla. Reconoció este tipo de habitación; la puerta interior no se abriría hasta que la exterior se cerrara. Cruzó la expansión circular de la cámara sellada de seguridad, percibiendo, pero sin distraerse, el leve tintineo de la lámpara de araña de cristal arriba. El aire apestaba a humo, lo cual era raro. Las misteriosas explosiones habían sido distantes, y asumía que el sistema de aire acondicionado de la caja acorazada era completamente independiente.

Sus sentidos hormiguearon. Moviéndose lento y en silencio, se aproximó a la puerta interior.

Estaba abierta.

Había una cosa que podía decir sobre los Hutts: cuando se trataba de proteger sus pertenencias, no escatimaban. La puerta era una pieza maravillosa de maquinaria, con herramientas precisas para medidas muy precisas. No aguantaría a un Jedi y su sable láser, pero mantendría a una horda de ladrones de cajas fuertes ocupados durante un mes, y fácilmente aguantaría una pequeña explosión nuclear.

Con seguridad no se abriría sola.

Shigar desactivó su sable láser y permaneció tranquilo por un minuto.

Su respiración lenta, poco profunda y los latidos regulares de su corazón era todo lo que podía escuchar. Si hubiera alguien al otro lado de la puerta, estarían siendo tan silenciosos como él.

Sacando una mano, tiró de la manilla de la puerta. Estaba tan bien equilibrada que se balanceó suavemente hacia un lado, revelando la antecámara que había estado buscando. Las cuatro puertas de cajas acorazadas eran exactamente como el Sargento Potannin las había descrito. Ninguna de ellas había sido interferida. Detrás de una de ellas estaban los misteriosos restos que habían consumido a tanta gente.

En el centro de la habitación, un pozo negro había sido quemado en el suelo, marcando su blanqueza impecable. De ahí era de donde venía el humo. Se aproximó con cuidado y miró abajo. Alguien había quemado su camino hacia la habitación desde debajo, presuntamente para robar los contenidos de la caja acorazada. ¿Pero cómo habían evitado activar ninguna alarma? ¿Y dónde estaban ahora?

Miró alrededor. La antecámara estaba vacía. No había ningún sitio donde ocultarse. Ninguna de las cajas acorazadas parecía haber sido alteradas. Las cuatro puertas estaban selladas. No había otra salida, excepto volviendo por el agujero, o…

Una pequeña parte de su espalda le dolía. Se giró para encarar la puerta por la que había pasado. La seguridad le llenaba. Activando su sable láser, caminó hacia la habitación sellada.

—No pareces un Jedi, pero con seguridad hueles como uno. —Con un golpe tintineante, una chica delgada vestida de negro cayó de la lámpara de araña. Su pelo se agitaba en gruesas rastas rojas como los tentáculos de una cosa viva—. Apestas a represión. ¡Veamos lo que podemos hacer para cambiarlo!

La chica activó un sable láser brillante carmesí.

Shigar no le devolvió su sonrisa sedienta de sangre. Mantuvo el latido regular de su corazón, alzó su sable láser en respuesta, y adoptó una postura preparada.

Ella fue hacia él con una tormenta de golpes, los pies moviéndose ligeramente por el suelo, casi bailando, la espada, balanceándose como una hélice. Sus armas chocaron con un sonido eléctrico furioso. Él la igualó movimiento a movimiento, pero hacerlo le ponía a prueba dolorosamente. Cada bloqueo le sacudía como un golpe de martillo. Su oponente era pequeña, pero era fuerte, y sus ojos estaban llenos de odio. El lado oscuro fluía a través de ella en poderosas olas.

Ella le hizo retroceder hacia la puerta interior de la habitación y, con un barrido telequinético, la golpeó para cerrarla detrás de él.

—No tienes adonde huir ahora, Jedi —se regodeó ella—. ¿Por qué no dejas de luchar a la defensiva y me enseñas lo que tienes? Voy a matarte de todos modos, pero hagamos de esto algo deportivo al menos.

Shigar la ignoró. Él sabía que algunos Sith usaban los ataques verbales junto a los físicos, para desalentar a sus oponentes, pero no caería víctima de tal ardid. Ni permitiría que el miedo o la rabia dictaminaran la forma en que luchaba. Su Maestra le había entrenado bien. Sabía cómo ceñirse a un Sith; y era de la misma forma que lucharía contra cualquiera. La clave era cometer menos errores que tu oponente, y coger cada oportunidad que se presentara. El elemento sorpresa podía marcar la diferencia entre una batalla interminable y una pronta victoria decisiva.

Sonriendo con calma, se enfrentó a la chica gruñona y sacó su mano izquierda.

* * *

Ax escuchó el sonido del cristal tintineando tras ella y se agachó apenas a tiempo. Cientos de diminutos fragmentos corrían hacia ella, desgarrados de la lámpara de araña por el poder de la mente del Jedi y se lanzaban hacia el punto exacto donde ella permanecía. Una segunda oleada le siguió conforme rodaba y volteaba, empujándose con sus manos y aterrizando de pie a medio camino por la habitación. Recuperando su pose, se envolvió en un escudo telequinético y apartó los fragmentos. Sólo un puñado lo atravesó, uno cortando su brazo y otro haciendo un tajo sangriento sobre su ojo izquierdo. Parpadeó para quitarse la sangre, deleitándose en la agudeza del dolor.

El Jedi alto, delgado, venía hacia ella, la espada verde escorzada por un golpe fuerte, apuñalando dirigido a su abdomen. Ella lo apartó a un lado, sólo para encontrar que el movimiento era una finta. Él dirigió una patada a su rodilla derecha y sacó la espada barriendo hacia su cabeza. Con un jadeo, cogió la patada por la espinilla y se salvó de la decapitación sólo reduciendo el agarre de su empuñadura a una mano. Sus sables láser se encontraban a sólo centímetros de su piel.

Se quedaron ahí por un momento, la espada de él presionando hacia la cara de ella, su pierna izquierda doblada tras ella, en una posición difícil para usar su peso contra él. Era físicamente más fuerte que ella, y no estaba por encima de tomar ventaja de ello. Un empujón sólido y su espada estaría haciendo arder más que el aire.

Él era más fuerte, pero ella era más inteligente. Hacer ondular su capa sobre su cara y garganta tomó apenas más energía telequinética de lo que hacía pensar en ello, y el movimiento tuvo el efecto que necesitaba. Cogido por sorpresa, él retrocedió, aferrándose al tejido ondulante. Ella retrocedió sólo lo suficiente para recuperar su posición de pies y equilibrarse antes de moverse de nuevo, mientras que él estaba cegado.

Incluso sin el uso de sus ojos, él todavía la igualaba. Anticipaba sus movimientos y los bloqueaba con una mano. Su otra mano rasgaba la capa, luchando contra sus pliegues estranguladores. Cuando finalmente la apartó, se enfrentó a ella a dos manos de nuevo, labios fruncidos y hombros desnudos, y ella supo que el juego ya había empezado.

Lucharon hacia atrás y adelante a lo largo de la habitación, cortando y bloqueando y brincando y corriendo, usando paredes, suelo, y techo como plataformas de lanzamiento para cada nuevo ataque. El cristal crujía bajo sus pies y se arremolinaba a su alrededor en arroyos distractores, potencialmente cegadores. Él era bueno; ella tenía que admitirlo a regañadientes; pero ella era buena también, y luchó contra cada límite de sus habilidades. Su misión no iba a acabar aquí, ensartada en el sable láser de un Jedi. Si Darth Chratis iba a plantarse ante el Consejo Oscuro y admitir que había fallado, ella iba a estar allí para verlo.

El final llegó inesperadamente para ambos. Ella había dejado de escuchar el sonido de las alarmas y de las réplicas distantes de su sabotaje, pero permanecía alerta ante todo en su ambiente, sólo en caso de que su compañero de lucha intentara algo nuevo. Cuando un ruido llegó del otro lado de la puerta interna de la cámara sellada, ella, al principio, lo desechó como un ardid para distraerla. Había sellado el túnel de ferrocreto tras ella, así que nadie podía estar llegando por ese camino, y no había otra entrada a la caja acorazada.

El sonido llegó de nuevo; un golpe metálico amortiguado; y esta vez vio la reacción del Jedi ante él. Él estaba distraído, también. Sus ojos se desviaban hacia la puerta interior sellada.

En ese instante ella golpeó.

Su habilidad para producir relámpagos Sith no se había desarrollado del todo todavía, y no se atrevía a esperar que pudiera abrumar a cualquiera con entrenamiento Jedi, pero lo usó de todas formas, golpeando a su oponente con todo lo que tenía. Él lo recibió mal,

como si no estuviera acostumbrado a enfrentar tales ataques; y se le ocurrió sólo entonces que él era un aprendiz como ella. Como ella, podía ser la primera vez que había enfrentado a su enemigo solo. A diferencia de ella, él no viviría para aprender de la experiencia.

Él se tambaleó atrás, su carne torturada y humeante. Ella mantuvo la sobrecarga lo que pudo, y continuó con dos golpes rápidos a su abdomen y garganta. Él apenas los bloqueó, balanceando con una mano, manteniendo su otra mano sobre sus ojos como si la luz le hubiera cegado. Emocionada por su debilidad, Ax arremetió otra y otra vez, llevándole atrás hasta que golpeó la pared. Él se deslizó hacía abajo por ella, la espada alzada ineficientemente para bloquear el golpe mortal.

Su comunicador graznó.

—Shigar, cuidado. Stryver va para allá. ¡Va tras el ordenador de navegación!

El triunfo se convirtió en odio consumido. ¡Dao Stryver; aquí!

Era su turno de ser sorprendida.

Con una patada rápida, el Jedi, Shigar, golpeó el sable láser de su mano. Se le escabulló, la espada parpadeando y desactivándose automáticamente. Ella se tambaleó hacia atrás, desarmada, y se puso sobre sus pies, los ojos inyectados en sangre y llena de determinación. No odio. No rabia. Ella ni siquiera tenía la satisfacción de esa pequeña Victoria.

Ella corrió hacia atrás, tirando con la Fuerza de su empuñadura caída hacia ella incluso aunque supiera que no podría llegar a tiempo. El Jedi la siguió, conduciéndola hacia la puerta exterior.

Cuando la puerta irrumpió tras ella, no necesitaba mirar para ver quién estaba allí. Sintió su presencia tan intensamente como una daga en su espalda.

Dao Stryver.

Atrapada entre un aprendiz Jedi y un Mandaloriano que ya la había derrotado una vez, todo lo que podía hacer era golpear el botón de activación y esperar un milagro.

CAPÍTULO 14

Larin estaba a mitad de camino hacia la caja acorazada cuando Yeama la interceptó. Él estaba en el pasillo desierto de delante con sus manos alzadas en la señal universal de alto. Ella le habría empujado para pasar si no hubiera estado reforzado por cinco weequay y una docena de gamorreanos con hachas.

—Veo que el enviado perdido ha vuelto —dijo él, asimilando el grupo tras ella con ojos rojos apenados—. El pirata, también. Mi señora estará complacida.

Larin no tenía tiempo de discutir la situación. El pensamiento de Shigar enfrentándose a Dao Stryver solo, la llenaba de urgencia. Ya debía ser demasiado tarde. Sus intentos de detenerle en el comunicador no habían producido nada salvo el silencio en respuesta.

—Dale las gracias por su preocupación —dijo ella—. Estamos devolviendo al enviado a su cuarto ahora.

—¿Lo estáis haciendo? Excelente. Debéis haber oído la, ah, perturbación ocasional de la última hora. No hay nada de qué preocuparse, os lo aseguro, pero sería aconsejable que permanecierais en el ala de alta seguridad hasta que se os diga lo contrario.

—Suena como si estuvierais bajo ataque, colega —dijo Jet—. ¿Al fin ha hecho Fa'athra su movimiento?

El twi'lek sonrió tenso.

—Tenemos muchos objetos de gran valor almacenados en el palacio, así que los ataque no son poco comunes.

—No viene de fuera —dijo Larin, volviéndose impaciente—. Es el Mandaloriano del que os advertí antes. Está tras el ordenador de navegación del Cinzia.

—Imposible. No se ha activado ninguna alarma en ese sector del palacio.

—Eso va a cambiar, y pronto.

Alzando su rifle, fue a continuar con su camino.

—No tan rápido. El twi'lek dio un paso a un lado para bloquear su camino. El weequay le respaldó. Vais en dirección incorrecta. Los cuartos de los enviados están por ahí.

—¿De verdad? Es fácil perderse por aquí.

—No creo que os hayáis perdido del todo. Creo que sabéis exactamente a donde vais. —El twi'lek ahora ya no estaba sonriendo—. Tú no eres una visitante registrada en este palacio. El secuestro fue una distracción, dándote tiempo de ir a hacer tu verdadero trabajo. Encontramos el rastro que dejaste en nuestros sistemas de seguridad. El sabotaje es otra distracción. ¿Cuál es tu asunto ahora? ¿Estáis todos juntos, o sólo sois colaboradores oportunistas?

Su mirada fría se deslizó al grupo ante él.

A Larin no le gustaba a dónde iba esto.

—Mira —dijo ella—, no estamos planeando robar vuestras cosas preciosas. Pero alguien más lo está haciendo, y estamos tratando de detenerlos. Hablo en serio. Dao Stryver entrará y saldrá antes de que lleguemos allí si no te apartas de mi camino ahora mismo. No me hagas obligarte.

El twi’lek no se encogió ante su ultimátum.

—¿Admites que os dirigíais a la caja acorazada?

—Eso es lo que acabo de decirte.

—¿Y aún así insistes en que tus motivos son puros?

—Tan puros como siempre lo serán.

—¿Entonces no te importará si aconsejo al enviado Imperial que se encuentre con nosotros allí?

—¡Lo que sea! Sólo ponte en marcha; es todo lo que te pido.

Yeama señaló a su séquito, que se puso alrededor de ella y sus compañeros. Una vez que el camino se despejó, ella puso un paso brusco mientras Yeama gruñía en su twi’leki nativo por un comunicador.

Tras él, el enviado de la República hacía un despliegue sostenido de fanfarronería.

—Reniego de la implicación —dijo él—, de que esto sea una conspiración de cualquier tipo. En todo caso, soy yo el que debería sospechar. Soy el que ha sido secuestrado y al que han neutralizado a su escolta. He sido aprisionado y torturado; ¡bajo el techo de una anfitriona cuyo sirviente me llama criminal! Tendrás suerte si nos plantamos del todo por esta actuación vergonzosa tuya.

Yeama le ignoró, y lo mismo hizo Larin. Todavía nada de Shigar.

—No hay alarmas —le dijo al twi’lek—. Y en medio de todo este jaleo, también. ¿Esto no te resulta raro?

Yeama la miró por tres segundos enteros. Su única respuesta fue acelerar el paso y empezar a ladrar órdenes por su comunicador de nuevo.

* * *

Ula mantuvo su diatriba lo suficiente para asegurarse de que se había captado su punto. Ni siquiera era su punto. Estaba interpretando al enviado leal a la República en una situación difícil. ¿No era eso lo que uno debía hacer?

Ula no lo sabía. Estaba a años luz fuera de su profundidad y dirigiéndose aún más lejos con cada minuto. Deseaba que realmente fueran a sus cuartos seguros en lugar de correr de cabeza hacia el peligro. Todo lo que le detuvo de preguntar por ser exento de la acción que se avecinaba, era el pensamiento de cómo Larin Moxla reaccionaría ante su cobardía. Ella no parecía del tipo que toleraba nada por el estilo.

No podía quitar sus ojos de ella. Todo sobre ella; desde su armadura apaleada hasta los tatuajes negros en sus mejillas; le cautivó.

—Ni se te ocurra siquiera pensarlo.

Ula miró a Jet. También estaba mirando a la mujer excepcional que había salido de la nada para liderar a su grupo desparejado.

—¿A qué te refieres?

—No es lo suficientemente buena para ti, y viceversa.

Ula se sonrojó. No tenía ni idea que su instantánea fascinación por ella era tan obvia.

—¿De qué estás hablando? —dijo él, bajando su voz de forma que nadie pudiera escuchar—. Sabes de ella tanto como yo.

—Y sé que lo está fingiendo. Y esa es la única cosa que los dos tenéis en común.

De nuevo ese astuto indicio de que Jet sabía que Ula era más de lo que decía ser. O menos, a juzgar por su tono de voz.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente?

—¿Yo? Nada. Sólo estoy dando conversación.

Eso rápidamente se volvió difícil. Sus pasos se aceleraban a cada minuto. Pronto estarían al trote junto a Potannin y el servicio de seguridad, con weequay andando a zancada largar junto a ellos y gamorreanos tambaleándose detrás. Más personal de seguridad del palacio se unió a ellos, niktos y houks principalmente, formando una caravana sin fin que se dirigía a las cajas acorazadas. Era difícil ver lo que había delante tras el twi'lek y Larin, pero parecía como si hubiera más guardias esperándoles. Y más que eso, además.

En la entrada de la cámara sellada había una escena de demolición total. Los muros habían caído; el techo había colapsado. Toneladas de piedra y ferrocreto reforzado descansaban entre ellos y su objetivo. Los esclavos evocii y los guardias de seguridad recogieron los escombros, metiéndose en el camino del otro en su apuro por aclarar el camino. Órdenes conflictivas destellaban atrás y adelante. Yeama se apresuró hacia el desastre, tratando de imponer orden en vano.

—Esto es ultrajante —anunció una voz arrogante sobre el barullo. Era un hombre alto, de nariz larga en uniforme Imperial, abriéndose paso con el hombro hacia el séquito de la República—. Si has tenido algo que ver en este asunto fraudulento…

—Tenemos tanto que perder como vosotros. —Espetó Ula, deseando que pudiera llevar aparte a su compañero Imperial y revelarle el rol secreto que estaba desempeñando. No había necesidad de discutir salvo por guardar las apariencias—. Y estamos igual a ciegas.

Del otro lado de los escombros llegó una explosión, un crujido y un temblor del suelo. Ula puso sus manos sobre sus oídos y retrocedió. Dos enormes droides excavadores se abrían paso con los hombros para abrirse camino a través del desastre.

—Quédate aquí —le ordenó Larin, y él estuvo feliz, por el momento, de obedecer. Ella se unió a Yeama en el trabajo de los elevadores de peso, claramente determinada a estar entre los primeros dentro. El twi'lek no la desengaño de su intención. Una vez más, Ula admiró su confianza. ¿Qué Korriban quería decir Jet Nebula con que ella era una farsante también?

Un grito se alzó. La barrera fue abierta. Una nube de humo y polvo se arremolinó sobre aquellos que estaban unidos. El sonido del combate llegó a ellos, fiero y dirigido.

Larin gritó algo sobre su hombro.

—¿Qué ha dicho? —Preguntó Ula a Jet.

—Algo sobre un Sith. No lo he cogido todo.

Ula miró al enviado Imperial, quién evitaba cuidadosamente la mirada de todo el mundo.

Yeama hizo un gesto con la mano pidiendo refuerzos. Una línea de weequay se movió hacia dentro, seguida de Potannin y su opuesto en el lado Imperial. Hubo más confusión conforme las tres columnas trataron de apretarse a través del espacio para una. Ula perdió de vista a Larin, y alzó la cabeza por una mejor vista.

—¿Por qué no te acercas? —preguntó Jet.

—Yo, ah, no creo que sea seguro. ¿Y tú?

—Creo que todo es relativo, ahora mismo.

Avergonzado, Ula se dirigió hacia el agujero abriéndose. Jet le siguió, dejando a su droide a vigilar la entrada. Viendo a Ula entrar, el enviado Imperial le siguió, sin querer quedarse fuera. El túnel a través de los escombros estaba abarrotado de gente. Lo que descansaba en el final de él no estaba claro a través del humo y el polvo. El fuego de bláster ejercía extrañas luces en la niebla, y Ula escuchó distintivamente el sonido del jet-pack del Mandaloriano. Encima de eso se raspaba el zumbido volátil de sables láser.

Pasaron por un trozo de metal retorcido que una vez debía haber sido la puerta exterior de la cámara sellada. El olor a ozono era abrumador.

—¡Abajo, señor! —gritó Potannin al verle.

Ula se dejó llevar a una posición relativamente refugiada tras un muro de escombros. Desde allí todavía no podría ver la acción, pero podía ver la parte trasera del casco de Larin. Ella estaba agachada junto a Yeama, mirando por su rifle. Su voz se volvió clara a través del sonido de la batalla.

—Todavía no hay alarmas, ¿eh?

Ula no escuchó la respuesta del twi'lek.

Una explosión masiva hizo caer la mayor parte del techo, diáfanamente ruidosa. Ula puso su espalda junto al escudo de piedra y se cubrió los oídos con las manos. Las cenizas y los escombros llovían en él en grandes oleadas. Cerró sus ojos con fuerza.

Cuando hizo una tentativa de quitar sus manos, un silencio sorprendente había caído. Todo lo que podía ver era gente empujándose por la posición, tan pálidos como fantasmas. Los escombros continuaban cayendo del techo. Junto a él, Jet lentamente movió su cabeza hacia arriba para ver lo que estaba pasando.

Su expresión cambió a una de asombro.

—¿Qué brix es eso?

Antes de que Ula pudiera mirar por sí mismo, una voz habló, femenina y llena de ira.

—No reconocemos vuestra autoridad.

Un escalofrío le recorrió. Había escuchado esa frase antes.



Shigar se irguió en una esquina del triángulo equilátero, con la joven Sith y Dao Stryver ocupando las otras. El Mandaloriano vaciló, claramente sorprendido de verlos a ambos.

—Qué pequeña es la galaxia —reflexionó Shigar.

—¿Tú lo conoces, también? —La fachada hostil de la Sith crujió sólo por un instante.

—Ambos deberíais haberlo dejado estar —dijo el Mandaloriano—. Esto no os incumbe.

—Estabas asesinando a gente en Coruscant —dijo Shigar—. Por supuesto que me incumbe.

—Mantente alejado de esto —gruñó la Sith—. ¡Es mío!

—Ya te he derrotado una vez —dijo Stryver—. Ser asesinada no honrará las acciones de tu madre.

La joven mujer se convirtió en una sombra de un rojo más brillante que su pelo.

El Mandaloriano alzó su brazo izquierdo y la abrasó con su lanzallamas.

Shigar se agachó y rodó, preguntándose sobre la escena que acababa de ocurrir. El destino les había llevado a los tres al mismo lugar al mismo tiempo. Estaban todos tras la misma cosa; lo que fuera que hubiera dentro de la caja acorazada; y tenían un pequeño margen antes de que los Hutts se dieran cuenta de lo que estaba pasando y trajeran a todo el peso de las fuerzas de seguridad del palacio hacia ellos. Stryver quería moverse rápidamente y decisivamente. Aún así se había parado a hablar con la chica Sith. ¿Por qué?

Estaba claro que toda la charla sobre su madre había sido un ardid para distraerla. Su ira estaba totalmente inflamada ahora, lo que podría hacerla más fuerte, si sobrevivía los siguientes segundos. Shigar barajó varias opciones. Retirarse hacia la caja acorazada y dejarles a lo suyo era una, pero sólo había una salida desde esa posición, lo que significaba que tendría que enfrentarse finalmente a Stryver. Y el Mandaloriano le había superado también. Mejor luchar ahora, cuando al menos había una oportunidad de que la Sith sirviera de distracción.

Las llamas rugían tras la silueta dando volteretas de la chica. Shigar llegó a Stryver desde el lado opuesto, balanceando su sable láser para darle un golpe devastador en el hombro. Stryver alzó su brazo para bloquearlo, y la espada de Shigar patinó sobre la poderosa armadura del Mandaloriano, dejando una marca burbujeante pero sin penetrar. Una trampilla en el pack de Stryver se abrió y un bastón aturdidor plegable llegó a su mano. Shigar llegó para otro golpe, y el bastón aturdidor le apuñaló en el pecho, haciéndole volar desde los pies.

Al otro lado de Stryver, la Sith corría de las llamas, sable láser alzado y odio ardiendo en sus ojos. Su salto le llevó sobre el cohete mortífero del lanzallamas y fue a tiempo de darle un golpe arponeado al casco abovedado del Mandaloriano. Él se agachó con una velocidad asombrosa para alguien tan grande y la golpeó con el bastón aturdidor. Ella cortó el golpe por la mitad, le pateó para desequilibrarlo, y volvió con otro tajo.

Shigar estaba de nuevo en pie, dando vueltas para tomar a Stryver cuando surgiera la oportunidad. De nuevo el lanzallamas ardió, pero el elemento sorpresa se había perdido. La chica Sith fácilmente evadió las llamas. En su lugar Stryver lanzó una red eléctrica hacia ella. Ella esquivó sus barbitúricos perforantes y trató de aturdirle con un relámpago. Su traje aislado se llevó la carga y la llevó al suelo, ennegreciéndolo y abollándolo. Shigar aprovechó la oportunidad de empujar con la Fuerza a Stryver de rodillas, pero el Mandaloriano era tan sólido como una montaña, y tenía otras armas que aún no había revelado.

De una trampilla estrecha, Stryver produjo una pistola corta y gruesa. La apuntó a Shigar y disparó una única vez. Shigar esquivó pero no tan rápido como para que los bordes del disparo fallaran por completo. Fue lanzado como una hoja contra la pared y se deslizó hacia el suelo, temporalmente aturdido.

* * *

Stryver volvió el arma hacia Ax, quien esquivó más efectivamente de lo que lo había hecho el Jedi lento de reflejos. Ella había reconocido el arma instantáneamente y sabía lo peligrosa que era. Los disruptores eran ilegales en cada parte civilizada de la galaxia. No estaba sorprendida de ver uno en Hutta, en las manos enguantadas de un Mandaloriano.

Ax también sabía que los disruptores de mano eran efectivos sólo a corta distancia y que podían realizar apenas un puñado de disparos. Si Stryver seguía disparando y fallando, el arma pronto quedaría inservible. Así que se mantuvo en movimiento alrededor de su enemigo, prácticamente corriendo por las paredes de la cámara sellada ennegrecida por la batalla, provocándole, lanzándole cristales rotos en sus juntas. Dos veces, falló por poco, e incluso los bordes del rayo mandaron generaban poderosas oleadas aturdidoras a través de su carne. Sólo su ira le mantenía en movimiento. Usó el dolor para alimentar el lado oscuro.

La tercera vez que disparó en su pequeño baile, el quinto disparo en total, ella apenas sintió sus efectos secundarios. La carga del arma estaba muriendo. Sonriendo con triunfo, convirtió su carrera en círculos en un lanzamiento de cabeza. Era la hora de llevar de nuevo la batalla hacia él.

Él encontró su ataque con una vibroespada dirigida a la garganta. Ella gritó, tratando de dirigir su espada a través de su armadura con todas las fuerzas de sus músculos y poder de voluntad combinados. Su espada zumbante estaba tan cerca que quemaba su piel, soltando un fino espray de sangre, pero todavía no había abandonado. El

Mandaloriano estaba retrocediendo en sus pies por su ataque. Esta era la mejor oportunidad que jamás había tenido.

Su jet-pack se activó con un gemido. De repente se estaban moviendo, tirados hacia arriba como elevados por un titiritero gigante. Cogida por sorpresa, Ax perdió su agarre y cayó. Stryver se alzó sobre ella en los fieros tubos de escape de sus jets gemelos. Ella rodó para evitar su intenso calor y cubrió sus ojos del brillo.

Stryver se detuvo cuando alcanzó el hueco de la cúpula que una vez sostenía la lámpara de araña tintineante, y flotó ahí, tecleando comandos en sus sistemas de armas. Ax tuvo el suficiente tiempo para darse cuenta de que él tenía ahora la ventaja de la altura antes de que una fuerte mano agarrara su pecho y la arrastrara a un lado.

Un arroyo de misiles golpeó el suelo, exactamente donde ella había estado. El Jedi la había salvado, y ella se soltó de él, incluso aunque sintiera una punzada de gratitud. ¡Seguro que no lo había hecho por la pura bondad de su corazón! No, se dijo a sí misma. Él sabía que no podía derrotar a Stryver por sí solo. Era o salvarla o ser el siguiente en morir.

Los misiles de conmoción les hicieron volar a ella y al Jedi hacia la puerta interna de la cámara sellada de seguridad. Se separaron para evitar otra ronda, que golpeó la puerta hacia la antecámara, exponiendo las cuatro puertas de las cajas acorazadas y el agujero por el que Ax había entrado. Ella tuvo medio instante para darse cuenta de que una de las puertas de la caja acorazada estaba brillando con un brillo rojo, entonces una lluvia de fuego de bláster llegó de una parte completamente diferente de la habitación y se dio cuenta de que alguien más se había unido a la fiesta. Los Hutts, supuestamente, se habían dado cuenta de que su tesoro estaba en riesgo.

Antes de que pudiera tomar ventaja del cambio en el campo de batalla, el Jedi se lanzo hacia Stryver, reflejando los misiles conforme llegaba. Los misiles explotaron en el techo, haciendo caer grandes trozos de mampostería sobre ellos tres. Un enorme trozo golpeó al Mandaloriano, haciéndole caer de su punto superior de ventaja. Ax esquivó una losa lo suficientemente grande para aplastar a un bantha y buscó su origen en el aire de repente denso con el polvo. Figuras sombrías bailaban a su alrededor; weequay borlados, oficiales en uniformes Imperiales, gamorreanos, y más; pero Stryver no estaba en ningún sitio a la vista entre ellos. Además un sorprendente silencio había caído o sus oídos estaban saturados por las recientes explosiones.

La luz roja se desplegó a lo largo del campo de batalla, luego se apagó. Sólo la luz, no los golpes. Ax parpadeó y se giró para encontrar la fuente, recordando conforme lo hacía la puerta de la caja acorazada brillando. No era un golpe al azar del sistema de armas del Mandaloriano, como inicialmente supuso. Estaba claro ahora que la puerta se había derretido por completo, liberando los preciosos contenidos de la caja acorazada por todas las esquinas.

Nadie estaba entrando a la caja acorazada, sin embargo. Eso era inmediatamente aparente por las manchas de metal derretido del suelo de la antecámara. Era, más bien, desde la otra parte.

* * *

Shigar se acercó, zigzagueando entre los recién llegado a la batalla. Habían provocado una inesperada pero muy agradecida distracción, aunque ahora se preocupaba por el peligro al que se estaban enfrentando. Stryver estaba abajo pero no derrotado, y el Mandaloriano había acabado con una célula entera del sindicato del Sol Negro en Coruscant con una sola mano. Shigar, con su cabeza todavía dando vueltas por el casi fallo del disruptor, sabía que Dao Stryver no se detendría ante nada para conseguir sus metas en Hutta, si tenía que hacerlo.

De momento, aún así, sus ojos estaban en la caja acorazada. Las medidas de seguridad de los Hutts habían fallado. Alguien había derretido la puerta y ganado acceso al interior. Shigar se preguntó si habían llegado desde el suelo de la caja acorazada, tal y como la Sith lo había intentado. Pero si era así, ¿por qué no marcharse por ahí? ¿Por qué pasar por el problema de derretir otra salida?

El charco de metal derretido que antes fue una puerta desprendía una contraluz en la figura que caminaba fuera de la caja acorazada. No se parecía a ningún tipo de ser que Shigar hubiera visto antes. Era de dos metros de alto y parecía al principio ser un bípedo normal, con brazos y piernas delgados de igual longitud. Entonces desplegó otro par de brazos unidos a su abdomen, espaciados de igual forma entre sus hombros y caderas. No tenía semejanza, sin embargo, a las especies insectiles como los geonosianos o los killik. Su cuerpo era un hexágono perfecto, estirado en vertical. No había cabeza. Órganos sensoriales negros punteaban el cuerpo central como los ojos de un arácnido, brillando a la luz. Aparte de aquellos órganos, su piel era como la plata. Él no podría decir si era una criatura en un traje ambiental o algún tipo de construcción.

Con pasos certeros atravesó el charco de metal derretido con los pies que eran duplicados de sus manos. Se giró 180 grados, revelando una espalda que era idéntica al frente. Entonces alcanzó los escombros de la puerta interior, se detuvo allí y giró ligeramente, asimilando la cámara sellada de seguridad y los seres que contenía: El Mandaloriano, el Padawan Jedi, los guardias del palacio, el twi'lek, y la Sith.

—¡No reconocemos vuestra autoridad! —gritó, soltándose suavemente hacia una nueva postura. El cuerpo se volvió un hexágono regular en lugar de uno estirado, torso casi rectangular, y sus piernas se doblaron agachándose. Sus cuatro brazos se desplegaron para apuntar a diferentes partes de la habitación.

Shigar instintivamente apretó su agarre en su sable láser. Carecía de la habilidad de visión de la Maestra Satele, pero cada célula de su cuerpo gritaba en alarma. Quien fuera o lo que fuera que era eso había roto hacia dentro de la caja acorazada de los Hutts, y no iba a alejarse caminando en silencio.

Las manos de la criatura escupieron dardos de fuego azul que rebotaron en las armaduras y sables láser y explotaron en cuanto golpeaban la carne o la piedra. La chica Sith se erguía en el foco de su ataque inicial, pero cuando se apartó el fuego se volvió más indiscriminado. Los cuerpos de hundían en todas direcciones, o por ser golpeados o

buscando cobertura. Era difícil decirlo. Las paredes torturadas de la habitación rindieron más de su masa en polvo y gravilla.

Shigar mantuvo su posición, reflejando los rayos de energía poco familiar de nuevo a su fuente. La piel plateada de la criatura los reflejaba a su vez, creando una corriente resonante entre él y ella que sólo se volvía más intensa con cada pulso que disparaba; entonces dobló la intensidad como si añadiera un arma extra al ataque.

Shigar reafirmó sus pies y aguantó, determinado a no abandonar antes de que él lo hiciera. El aire zumbaba y crujía con la energía del camino combinado de los pulsos. Nunca había visto algo como esto antes.

Finalmente algo pasó. El flujo se disipó con un resplandor lo suficientemente violento para hacer volar a la criatura de espaldas hacia la antecámara. Chispas de alta energía rebotaban alrededor de la cámara sellada de seguridad, haciendo que todo el mundo se agachara de nuevo.

Shigar bajó su sable láser, pero no la guardia. Sus brazos se sentían como si los hubieran golpeado con martillos. El ruido en sus oídos era más fuerte que nunca. Pero hasta que estuvo seguro de que la cosa estaba incapacitada, no iba a ceder un ápice.

Una segunda criatura salió del humeante interior de la caja acorazada. No dijo nada. Sólo gritó y disparó.

Shigar saltó tan alto como pudo para evadir los pulsos de energía convergentes. Flujos azules de staccato le seguían, haciendo surco superficial, de un metro en la pared y el techo. Él miró la cara de Larin tras él. Ella estaba en pie a la vista, bombeando disparo a disparo sobre el cuerpo de la segunda criatura. Su piel plateada los disipaba como gotas de lluvia, y él empezó a preocuparse de que no fuera capaz de tomar ventaja de la venganza de la criatura por siempre.

Un trío de misiles de conmoción estrechamente espaciados de Dao Stryver salvó a Shigar de la bisección. Convirtieron la antecámara en una caldera, cortando finalmente los rayos mortales. Shigar aterrizó en una sección de techo colapsado, golpeado y chamuscado pero mayormente sin daños.

La criatura dio una voltereta hacia atrás, aterrizando en seis piernas, y se alzó de nuevo, esta vez sobre sus manos. Parecía exactamente igual que antes.

Tras ella, la primera escarbaba en los escombros en los que había aterrizado.

Una tercera criatura salió de la caja acorazada.

El estomago de Shigar dio un vuelco.

—Que salga todo el mundo —gritó a Larin a través del comunicador antes de que el fuego empezara de nuevo—. No es seguro aquí.

—¿Qué pasa contigo?

—Haré lo que pueda por retenerlos.

—¿Por qué no simplemente les dejamos ir?

Él no tenía una respuesta rápida a esa pregunta. Porque hacer eso significaría admitir el fracaso. Porque lo que fuera que fuesen esas criaturas, no iba a dejarles tener lo que

había dentro del Cinzia. Porque no iba a dejar que cosas así de mortíferas llovieran sobre los desafortunados residentes del palacio Hutt.

—Porque sí.

—Está bien —dijo ella—, pero volveré con munición pesada tan pronto como…

Todo lo demás que dijo no fue escuchado. Con un chirrido que reventaba los oídos, las tres criaturas dispararon en tándem, rasgando el aire.



Larin cogió a Yeama por los lekku conforme corría por su vida.

—Cañón de asalto, rifles francotiradores, conductores de masa —dijo ella—. Todo lo que tengas. ¡Ahora!

El twi'lek titubeó, dividido entre los miedos conflictivos: a su señora; a las cosas causando el caos en la cámara sellada demolida; y a Larin. Dada la elección, parecía como si fuera a correr hacia la nave más cercana y dirigirse a las estrellas.

Para ayudarle a cambiar de opinión, Larin alzó el rifle y lo apuntó entre sus ojos.

—No des ni un solo paso hasta que hagas la llamada.

Yeama llevó su comunicador a su boca y empezó a emitir órdenes.

Ella corrió de vuelta hacia donde el Sargento Potannin descansaba sobre su barriga, observando desarrollarse la batalla a través de la mira electromonocular estándar que ella le había prestado. Él se la devolvió y dijo:

—Creo que son droides. Mira al de la izquierda. Ha sido dañado.

Ella centró la mira en la criatura similar a una araña que Potannin le había indicado. Una de sus extremidades delanteras había sido cortada, revelando no carne ni exoesqueleto sino un desastre de cables que se flexionaban y retorcían, haciendo llover chispas doradas. Ella disminuyó el campo de visión para ver de más cera. Cables, definitivamente, tan finos como pelos y tan flexibles como el mercurio.

Su mente volvió al equipo de mantenimiento hortek con el que ella y Shigar habían tropezado en los túneles bajo el palacio. Ahí había visto hilos plateados también.

Antes de que tuviera tiempo de profundizar en el pensamiento, Yeama volvió, empujando un rifle francotirador de cañón largo en sus brazos.

—¿Hay más en camino, espero?

Él asintió infelizmente y se fue a toda prisa.

Ella alineó el rifle, descansando su peso en un trozo protuberante de piedra.

—Ve a por las juntas —le advirtió Potannin, pero ella le ignoró. Las manos eran las que hacían el daño. Si pudiera quitárselas, eso reduciría la amenaza a Shigar. En el momento, sólo él y Stryver estaban haciendo cualquier cosa para detener a los droides asesinos de salir fuera de la antecámara.

Los droides se movían rápido, y no se movían como nada a lo que Larin hubiera disparado antes. Cualquiera de las seis extremidades podría actuar como una pierna, significando que no corrían tanto si no que daban volteretas de un lado a lado como plantas rodadoras alargadas, animadas, disparando conforme iban. También podían agacharse en cualquier parte desde con tres hasta seis patas en el suelo, dándoles una base más estable desde la cual disparar. Podían incluso curvarse en una bola para proteger su

abdomen hexagonal. Además, el dañado demostró un tipo de algún potente escudo cuando Shigar se acercaba demasiado. Cruzaba dos extremidades en una X y creaba un electroespejo circular de poca vida que doblaba hacia atrás su sable láser en una V, casi arrancando su brazo en el proceso. Él se retiró, y el droide volvía a dispararle.

Larin dio su primer disparo, y falló. Su segundo golpeó la extremidad anterior y fue reflejado. Su tercero golpeó la junta de la muñeca de lleno, seccionando la mano que disparaba con un flash rojo. Instantáneamente el droide rotó para hacer de esa extremidad un pie, sacando otra mano arma al juego. Ella movió la retícula de su objetivo para apuntar a el siguiente.

Otro rifle francotirador llegó, y Potannin se unió a la batalla. Trató de darle a las juntas, con poco éxito, y se movió hacia los órganos sensoriales dispersos a lo largo del pecho de las cosas. Los círculos negros reaccionaban de forma diferente a la piel plateada bajo el fuego. Absorbían todo lo que les llegaba, y radiaban la energía como calor. Sus superficies negras reflectantes pronto se volvieron rojas, entonces se intensificaron a naranja y a amarillo. Finalmente un disparo morado y explotó, haciendo que el droide girara alrededor en círculos durante un momento antes de recuperarse.

Larin tranquilamente derribó las manos armas de su objetivo elegido. Cuando sólo quedaban dos, el droide transfirió su peso hacia las cuatro piernas dañadas y saltó hacia donde uno de sus compañeros estaba intercambiando fuego con Dao Stryver. El droide dañado saltó a la espalda de su contrapartida, y los dos cuerpos se ensamblaron juntos. Las cuatro piernas dañadas se retrajeron, creando un droide más masivo con ocho piernas, todas dispuestas y capaces de disparar.

—Oh, vamos —dijo ella.

Los esfuerzos de Larin y el Sargento Potannin no pasaron desapercibidos. El droide que amenazaba a Shigar dispersó una oleada de pulsos azules en su dirección, forzándoles a ambos a cubrirse. Cuando acabó, los cañones de ambos rifles estaban ennegrecidos pero todavía parecían capaces de disparar. El Sargento Potannin, sin embargo, no había tenido tanta suerte. Un rebote le había dado en el ojo y le mató instantáneamente.

Antes de que ella pudiera vengarse, alguien le tocó en el hombro. Ella se giró para ver a Yeama y a tres houks tirando de una torreta de cañón láser, con ruedas.

—Ya era hora —gruñó ella, gateando—. Aquí, déjame. He usado este modelo antes.

Yeama le apartó con un gesto de manos. Su mirada decía tan claramente como las palabras que si alguien iba a dispararlo en el palacio de su señora, sería él.

Ella retrocedió conforme otra oleada de pulsos azules convergía en ellos. Un cuarto droide de seis piernas había emergido de la caja acorazada.

—¿Cuántas de esas cosas hay ahí dentro? —preguntó ella a nadie en particular.

Entonces el cañón estaba disparando, llevándose todos los pensamientos hilarantes de la situación de su mente. Era una soldado. Era su trabajo luchar, no analizar. Dejándose caer sobre su barriga, cogió el rifle francotirador de nuevo, probó el fuego, y empezó a acribillar al enemigo por rondas.

* * *

—¿Cuántas de esas cosas hay ahí dentro? —Escuchó Ula decir a Jet sobre el sonido del fuego de bláster.

Él alzó el cuello sobre la viga caída y se arriesgó a echar otro vistazo. Con seguridad, otro de los droides hexagonales había salido a la vista.

—¿Están ahí dentro —preguntó él—, o sólo salen de ahí?

—No estoy seguro de que tenga sentido pero, si tuvieran otra forma de entrar en la caja acorazada, quiero decir, si simplemente pudieran dar media vuelta y regresar, ¿por qué no lo están haciendo? ¿Por qué están luchando para salir pasando por todos los demás?

Ula se había preguntado por qué no simplemente hacían volar un nuevo agujero de salida, pero pronto encontró una respuesta a ello. Sus pulsos azules hacían caer trozos de piedra de la pared del tamaño de puño, y multitud de ellos. Eran letales contra la carne, también, pero carecían de el empuje para atravesar el ferrocreto reforzado. La cámara sellada de seguridad era la única ruta abierta para ellos.

Era también la única ruta de escape abierta para él y Jet, pero había sido cortada por el rayo de refuerzo del que se estaban refugiando. Entre ellos y la salida había diez metros de espacio abierto, contaminado de cristales rotos, escombros, y los cuerpos ocasionales. Uno de ellos pertenecía a la joven Sith, que había sido el primer objetivo de los hexes, como Ula había llegado a abreviarlos. El droide de Jet miraba impotente desde el otro lado de la habitación, incapaz de acercarse más para ayudar a su maestro.

—Observa a Stryver —dijo Jet.

—¿Por qué? —Ula había visto suficiente del Mandaloriano en acción para toda una vida.

—Está reteniéndose, casi como si estuviera probándoles.

—¿Probando a quién?

—A los droides por supuesto. ¿Por qué probaría a Shigar? Ya han luchado dos veces.

—¿Por qué probaría a los hexes?

—No lo sé. ¿Curiosidad, quizás? Puede ser que Mandalore esté buscando especies nuevas para los luchadores de los pozos. Buen nombre aún así: hexes.

Ellos observaron conforme Yeama y Larin colocaban un cañón láser en la cobertura óptima. La cara de Larin estaba cubierta por su casco, pero Ula se alegraba de ver que aún estaba en pie.

—Quizás esto es tras lo que ha ido Stryver todo el rato —dijo Jet—. Después de todo, fue él quien habló de droides antes. ¿Cuál era el nombre de esa mujer? ¿La fabricante de droides?

—Lema Xandret.

—Quien sea que fuera, él sabía de ella, y tú dijiste que estaba haciendo preguntas sobre ella por todas partes. ¿Y si esa cosa en el Cinzia tenía algo que ver con su trabajo? ¿Y si los hexes están aquí ahora para robarlo de vuelta?

—¿Y si estuvieron en la nave todo el tiempo?

—No puede ser el caso. La cosa que viste era demasiado pequeña, a juzgar por vuestra descripción. No, deben haber entrado de algún modo. Quizás alguien les dejó entrar.

Ula estaba observando a Shigar, que había desarrollado una nueva táctica contra los hexes. Cuando uno de ellos disparaba a Stryver, él se acercaba por lo bajo, bajo las extremidades disparando de azul. De cerca, eran más vulnerables, y él consiguió un par de golpes buenos al cuerpo de uno de ellos. Estaba inclinado de mala forma sobre un lado, y dos de sus extremidades ya no funcionaban del todo.

—La chica Sith todavía está viva —dijo Jet, golpeándole con un codo.

Ula miró por el campo de batalla y encontró para su sorpresa que era verdad. Ella se estaba alzando perezosamente sobre sus manos y rodillas, agitando su cabeza con una expresión furiosa. Su pelo danzaba como llamas líquidas. Ella miró a Ula como si hubiera sido despertada de un sueño poderosamente triste.

—Los hacen duros en Korriban —dijo Jet con sombría admiración.

La chica estaba de pie ahora. En el momento en que su sable láser se activó, los hexes se dieron cuenta de ella. Catorce flujos de energía convergieron y Ula tuvo el tiempo suficiente para sentirlo por ella antes de que se desvaneciera en una brillante esfera de luz.

Con un boom, el cañón láser disparó, arponeando al hex de ocho piernas por el abdomen. Se sacudió sobre su espalda, gritando perforadoramente. Los dos hexes restantes dirigieron sus pulsos al escudo del cañón, volviéndolo rojo.

Ula estaba mirando a la chica Sith. Asombrosamente, no había muerto en el ataque concentrado. Incluso aún más asombrosamente, todavía estaba en pie, y parecía más enfadada que nunca.

—¿Qué autoridad reconocéis? —gritó ella, tambaleándose de cabeza hacia la batalla—. ¿Qué autoridad reconocéis?

El tono de su furia era tan alto que parte de Ula en realidad lo sentía por los hexes conforme ella aterrizaba entre ellos y empezaba a balancearse.



Ax soñaba con un mundo mucho más grande de lo normal, donde todo parecía extraño y cambiante y lleno de amenazas. Ella era propensa a confundirse, incluso cuando trató con fuerza de mantener el ritmo. Cuando cometió un error la gente le gritó, gente gigante con voces aterradoras. Le dolía que le gritaran. Ella cubrió sus oídos con sus manos y trató de correr. Las voces la seguían por todas partes, aullando su nombre. ¡Cinzia!

¡Cinzia!

Se despertó con un sobresalto en medio del fuego de una batalla, y por un momento no podía recordar quién era o dónde estaba. Cada célula de su cuerpo dolía. Alguien estaba gritando. No era ella. Fue ese grito lo que la había despertado. Sólo al despertar se dio cuenta de que la voz no venía de una garganta humana.

Ella recordó.

Hutta.

La caja acorazada.

Lema Xandret.

Sus músculos ardían conforme esperaba que entraran en acción. Alzar su cabeza era como alzar una montaña de dolor. Sintió un grito de su interior hirviendo, un grito de ira y desesperación y miedo. Contenerlo la hería, pero al mismo tiempo le daba fuerzas. Necesitaba cada onza de su fuerza que pudiera reunir para sobrevivir a los siguientes segundos.

Ignorando a todos en la cámara sellada de seguridad, las cosas droide con seis piernas le habían apuntado a ella antes que a nadie.

¡No reconocemos vuestra autoridad!

Ella, sin embargo, reconoció su desafío. Era el mismo que ofreció la tripulación del Cinzia cuando fueron confrontados por el contrabandista. ¿Pero qué autoridad reconocían? Tenía que haber algo; o alguien; tras su naturaleza asesina.

Ax se alzó de rodillas, y desde ahí, con un supremo esfuerzo de voluntad, a sus pies. El mundo se balanceaba a su alrededor, pero el grito estaba intacto, y creciendo. El lado oscuro se incrementó en su interior.

Las criaturas de la caja acorazada la vieron, e instantáneamente volvieron sus pulsos azules hacia ella.

Ella liberó el grito.

Una barrera de Fuerza la rodeó, apenas a milímetros de su piel. Brillaba y parpadeaba conforme ola tras ola de energía chocaban contra ella, pero aguantó. Aguantó mientras ella gritaba, mientras no quería morir.

El ataque cesó, y ella se tambaleó un paso hacia atrás, respirando pesadamente. Sus pulmones estaban llenos de humo caliente y ozono. Su cabeza sonaba con el sonido. Una de las cosas que le atacaba había sido derribada por algún tipo de arma. Los detalles la eludían. Lo importante era que los droides fueran distraídos. Esta era su oportunidad de averiguar lo duros que eran realmente.

—¿Qué autoridad reconocéis? —gritó ella, lanzándose al más cercano. Sus manos armas se concentraban en el escudo de un cañón láser y no se giraron a tiempo—. ¿Qué autoridad reconocéis?

La cosa droide no contestó.

Su ira convirtió los instantes en horas.

Primero, trató de arponear el cuerpo hexagonal con su sable láser.

Algún tipo de escudo apareció entre ellos, doblando su espada para atrás hacia su propio brazo, forzándola a retroceder.

A continuación trató de hacerlo explotar con relámpagos Sith.

El cuerpo de la cosa captó la energía y la descargó desde las puntas de sus extremidades. Cuatro brazos chispeando embistieron contra ella, forzándola a agacharse de nuevo.

Ella sacó una mano y trató de aplastar su interior telequinéticamente.

Su esqueleto de panal resistió más poderosamente que el duracero. Las extremidades mortíferas del hex se agitaron para empalarle o dispararle, sin importar cómo de fuerte forzara.

Gritaron juntos, bloqueados en un punto muerto mezquino. Ella no podía matarlo, y él no podía matarla. Él se inclinó, servos poderosos que igualaban su fuerza y agilidad. Sus órganos sensoriales negros rastreaban cada movimiento suyo. Pero cada pulso azul que disparaba hacia ella era reflejado por la barrera de Fuerza, y cada corte salvaje de sus extremidades afiladas era reflejado sin daños.

Entonces de repente retrocedió. Sus extremidades en problemas con su piel metálica como si se rascara las pulgas. Ella le siguió, desconcertada y cautelosa. ¿Era una trampa, alguna extraña táctica nueva para hacerle bajar la guardia? Ella arremetió contra él, y él retrocedió rápidamente alejándose, disparando un flujo azul para mantenerla a raya.

Entonces se detuvo, mantuvo su posición, y se desvaneció.

Por un segundo Ax dudó de la evidencia ante sus propios ojos. ¿Cómo podía un droide desaparecer? ¡No era posible!

Una explosión de energía azul la golpeó desde un lado, en el aire escaso; y ella se dio cuenta: el droide había activado un sistema de camuflaje, reduciendo su apariencia a poco más que un borrón. Estaba mezclado con el entorno, rodeándola, tratando de dispararle por la espalda.

Ax entrecerró los ojos. No sabía lo que estas cosas podían o no podían hacer, exactamente, pero estaba segura de una cosa. De una forma u otra, iban a morir. Ella iba a destruirlos a todos.

* * *

Shigar parpadeó para quitarse el sudor de los ojos y aprovechó para coger aliento. Los refuerzos no podían haber llegado demasiado pronto, incluso si era en la forma de una Sith y de un twi'lek de piel verde a los mandos de un cañón láser. No tenía la energía para disentir. Con una de las cosas droide derribada, arponeada por el tiro del twi'lek por la mitad, y otra ocupada con la chica, eso sólo dejaba una para que él y Stryver la acabaran.

El Mandaloriano flotó sobre ella, ametrallándola con fuego de bláster y misiles de conmoción. Shigar esperó por una apertura.

Su comunicador zumbó.

—Deberías retroceder —le dijo Larin—. Lo tenemos cubierto ahora.

—No creo que sea tan simple.

—Pero estás herido. Al menos deja que alguien le eche un vistazo.

Él miró hacia abajo y se dio cuenta, por primera vez, que su brazo izquierdo estaba cubierto con sangre. Había estado ignorando por completo el dolor.

El cañón láser disparó de nuevo. Esta vez las cosas droide estaban preparadas. Al que Shigar estaba viendo se agachó y sacó su escudo de electroespejo. El rayo del cañón le golpeó de espaldas, pero el propio rayo fue reflejado hacia la pared. Allí explotó sin daños, haciendo llover gravilla sobre dos no combatientes agachados.

Stryver se balanceó en su jetpack y aterrizó junto a Shigar. Shigar alzó su sable láser, pero el Mandaloriano no estaba a la ofensiva.

—Diles que apunten a la caja acorazada —dijo él, señalando el comunicador.

—¿Por qué, qué hay ahí dentro?

—Sólo díselo.

Entonces despegó y volvió a hostigar a su objetivo. De nuevo el cañón láser disparó, y de nuevo el rayo explotó contra la pared.

Shigar dio la orden:

—La puerta está abierta —dijo él—, y es un espacio confinado. Todo lo que quede ahí será chamuscado.

Larin pasó el mensaje al twi'lek. Desde su posición, Shigar podía ver sus lekku balancearse en una negativa instantánea. Una breve discusión tuvo lugar antes de que Larin volviera con él.

—El ordenador de navegación aún debe estar ahí —dijo ella por el comunicador—. Si puedes sacarlo, entonces dispararán contra la caja acorazada.

Shigar no dejó que el plan se le fuera de las manos. Estaba muy lejos de ayudar a los Hutts en sus asuntos de sobornos, pero la República necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener en la guerra contra el Imperio. No era su misión principal, pero aún así era importante.

—Está bien —empezó a decir.

Entonces pasaron dos cosas que apartaron todos los pensamientos del ordenador de navegación de su mente. Primero, la cosa droide que atacaba a la chica Sith desapareció. Segundo, el cañón láser disparó de nuevo y el rayo fue reflejado por tercera vez contra la pared.

En la misma sección de la pared, se dio cuenta Shigar. Los disparos no estaban rebotando al azar. Estaban siendo dirigidos.

—¡Dejad de disparar! —gritó por el comunicador—. ¡Diles que dejen de disparar!

Larin toqueteó su casco, pensando obviamente que había escuchado mal su orden.

La chica Sith se estaba moviendo, siguiendo un rizo en el aire. Disparó de nuevo hacia ella, pulsos azules apareciendo de la nada rebotando en su barrera de Fuerza. La cosa droide casi invisible se dirigía a los dos no combatientes que Shigar había visto antes.

—¡Dije que pararais de disparar! —Él agitó sus brazos para expresar su urgencia—. ¡Ahora!

El twi'lek le ignoró. Otro rayo fue hacia la pared, ampliando el cráter que ya había sido perforado en ella. Otro disparo más, Shigar pensó alarmado. Eso era lo que tomaría para arruinarlo todo.

Las manos arma no eran lo suficientemente fuertes para que los droides pudieran disparar para abrirse su propio camino hacia afuera, así que estaban usando la artillería de los Hutts en su lugar. En lugar de matarles, los cañones láser les liberarían.

Shigar apretó sus dientes y corrió adelante. Si Larin no podía detener al twi'lek de disparar, tendría que lanzarse a sí mismo hacia el droide camuflado y esperar tener éxito donde la Sith había fracasado.

En la distancia escuchó el rugido del jetpack de Stryver pasando sobre su cabeza, pero su significado le eludía. El disparo que temía vino del cañón láser y rebotó en el escudo de electroespejo, hacia el hueco profundizándose en la pared. Los dos no combatientes descansaban directamente en el camino de los escombros.

Shigar tenía una elección. Podía interceptar al droide o salvar a los dos hombres. No podía hacer ambas. Había sólo medio segundo para decidirlo.

Ignorando su dolor y cansancio, dejó que la Fuerza fluyera a través de él e hizo la única cosa que podía hacer.

* * *

Los dientes de Yeama estaban a la vista en determinación conforme disparaba al hex encogiéndose. Larin le gritó que parara; había adivinado las intenciones de la cosa droide, al igual que Shigar; pero el twi'lek estaba ciegamente resuelto. Él pensaba que estaba haciendo lo correcto. Honestamente creía que estaba en el límite de sobrecargar a su objetivo. No escucharía.

Ella se reafirmó para retorcer físicamente a Yeama de los controles del cañón láser, pero el gemido en aumento de un jetpack la hizo mirar arriba. Stryver estaba en camino.

Él también debía haber visto lo que estaba haciendo el cañón láser. Pero no estaba volando para defender la rotura, como lo hacía Shigar. Estaba yendo hacia ella.

Apenas a tiempo, Larin se dio cuenta de sus intenciones. Ella se lanzó lejos del cañón y se agachó para cubrirse. Tras ella, el cañón explotó en una bola de llamas. Trozos de metal zumbaban tras ella, tañendo su armadura. Una oleada de calor la atrapó. Se sentía como si un rancor la hubiera atrapado en sus fauces y la estuviera agitando atrás y adelante.

Cuando acabó, ella miró atrás al cañón láser. Era una ruina humeante, destruido por los misiles de Stryver. De Yeama, no había ningún rastro.

Stryver cayó pesadamente junto a ella. Su armadura estaba tan ennegrecida y dentada como la suya.

—Ve a la caja acorazada. Destruye todo lo que encuentres allí.

—¿Qué vas a hacer?

—Terminar las cosas. Ya he visto suficiente.

Conforme hablaba, más de la pared dañada cayó, revelando un espacio vacío al otro lado. Los hexes ya se dirigían a la apertura, seguidos de la Sith. Stryver gruñó y fue al aire, activando sistemas de armas que aún no había usado contra los droides. Larin le vio irse, pensando con fuerza.

Habría tiempo para pensar después, se recordó de nuevo. La prioridad era poner un fin a la actual crisis. Stryver estaba dispuesto a dar pasos drásticos para hacer exactamente eso; matar a Yeama para dejar el cañón fuera de juego era sólo un ejemplo; y él parecía saber de lo que hablaba. Mirando a su alrededor, encontró dos de los guardias del pobre Potannin y los llamó a ella. Moviéndose cautelosamente entre los escombros, se dirigieron hacia la antecámara dañada por la batalla, y hacia la abierta boca de la caja acorazada.

* * *

Ula miró arriba con horror a la masa descendiendo de mampostería. No había nada que él o Jet pudieran hacer para evitar ser aplastados, y el droide de Jet estaba demasiado lejos para intervenir. No había tiempo para un último arrepentimiento o segundos pensamientos. La ley de la gravedad era inquebrantable, incluso en la Hutta fuera de la ley.

Él alzó sus brazos en un fútil intento de autoconservación y cerró sus ojos.

No murió. Sus pensamientos permanecieron con asombrosa vitalidad en aumento, hasta que finalmente se le ocurrió que alguien había intervenido para ayudarle a vivir un poco más.

Abrió sus ojos. La avalancha había sido reflejada a su alrededor por una fuerza invisible. Por la Fuerza, se dio cuenta conforme miraba alrededor en busca de la fuente de su salvación. Era el Jedi, en pie, con su mano izquierda extendida en un movimiento protector y su expresión fiera. El propio Ula no podía sentir nada del todo saliendo de ese

gesto, pero estaba profundamente agradecido de que las piedras parecían hacerlo perfectamente bien.

Otro estremecimiento vino desde arriba. La pared no era estable. El Jedi reflejó otra losa que caía, la cual cayó junto a ellos con un sonido atronador.

—Vamos —dijo Jet, tirando de su brazo—, creo que es hora de que encontremos otro sitio para estar.

Ula estuvo de acuerdo de corazón. En conflicto pero agradecido, asintió sus gracias al Jedi y se escurrió con Jet fuera de la zona de peligro. Jet estaba llevándoles hacia lo que una vez había sido la salida exterior de la cámara sellada de seguridad pero que ahora era un camino despejado a través de montañas de escombros. El droide de Jet le estaba esperando allí, moviendo sus brazos. La boca corta y gruesa del cañón láser salía de entre dos grandes losas. Tras él, Ula podía ver a Larin y a Yeama luchando por los controles.

Entonces Stryver cayó en picado, disparando al cañón. Larin saltó o fue lanzada, y el corazón de Ula martilleaba en su pecho. ¿Estaba herida? ¿Podía él ayudar? Jet tiró de él hacia abajo conforme el cañón explotaba y la metralla tañía a su alrededor. Él cubrió su cabeza con retraso con sus manos, sintiendo como si hubiera pasado la última hora en esa posición.

Esto no era favorecedor para un operativo Imperial, se dijo a sí mismo, cansado de su propia cobardía. Una vez había tenido aspiraciones de ser un Agente Cifrado, cuyo trabajo era negociar exactamente en estas situaciones. Aquí estaba, justo en lo grueso de las cosas, ¿y qué estaba haciendo? Cuando no estaba siendo salvado por un Jedi, estaba acobardándose y gimoteando ante el más leve sonido. Simplemente no lo haría.

Los droides estaban ocupados con Stryver, Shigar, y la Sith. El camino hacia la antecámara estaba ampliamente abierto.

—Voy a ver qué hay ahí dentro —dijo él—. ¿Vienes?

Jet le miró como si se hubiera vuelto duro, mirando a un loco.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no lo haría? Esta es mi oportunidad de entrar antes de que nadie más lo haga.

—¿Eso no es hacer trampas?

—Si lo es, no soy el único. Mira. —Él agarró a Jet por el hombro—. Larin se está moviendo. Tengo que evitar que los de la República lleguen primero.

Jet sonrió firmemente ante eso.

—Creo que quieres decir «los Imperiales,» amigo mío.

Ula se sonrojó.

—Sí. Sí, por supuesto. Eso es exactamente lo que quería decir.

—El Enviado Nirvin está por allí. No creo que le importe mucho, en cualquier caso.

Jet señaló a un cuerpo aplastado de tan mala manera que Ula no pudo identificarlo. Ula se apenó y apartó la mirada.

—Aún así, voy a ir. Puedes venir si quieres. No me importa.

—Está bien, está bien; ¡pero mantén la cabeza agachada!

Jet sacudió sus manos sobre sus pantalones polvorientos y lideró el camino, como si hacerlo aumentara la posibilidad de que cualquiera de ellos volviera vivo.



La pared colapsó pese a los esfuerzos del Jedi de mantenerla en pie. El aire fresco llegaba en una oleada de polvo y cenizas. El droide casi invisible de Ax saltó ágilmente de afloramiento a afloramiento hacia la apertura. En dos saltos, alcanzó el agujero y saltó a la luz del mundo exterior.

El droide que le seguía disparó hacia ella. Sus pulsos se habían vuelto morados, de algún modo, y ahora proporcionaban un golpe más poderoso. Ella rodó, manteniendo su escudo intacto, y reflejó los pulsos de vuelta hacia él. Más polvo llegaba, y el droide se desvaneció en la nube. Ella no necesitaba la Fuerza para saber que había seguido los pasos de su semejante.

Stryver estaba pisándole los talones, jetpack en llamas. Ax se arriesgó a quemarse en su rastro, le seguía muy cerca tras él. El Jedi la siguió, pareciendo cansado y maltrecho. Consideró volverse hacia él y derribarlo, tomando la oportunidad de terminar lo que habían empezado antes, pero problemas más importantes la dirigían ahora. Podía escuchar a los droides chillando conforme hacían arder a la gente desprevenida del palacio de Tassaa Bareesh. El sonido de sus voces alimentaba su deseo de destruirles, de verlos a todos muy, muy muertos.

Evocii y otros aliens estaban corriendo por todas partes, huyendo tanto de los droides como del Mandaloriano que les disparaba. Sus misiles de conmoción hicieron caer los techos y paredes al camino de los droides, deteniéndoles de llegar demasiado lejos hacia delante. Ellos dispararon atrás hacia él, causando aún más daño colateral. Si esto seguía así, pensó Ax, no pasaría mucho antes de que el palacio entero de Tassaa Bareesh fuera destruido. Ella no podía encontrar en su corazón preocupación por ello.

Cuando Stryver estuvo dentro del rango, usó su lanza redes para hacer caer al droide semi-visible. No había intentado esa táctica antes, se dio cuenta ella. Además, la red era diferente de la que había usado con ella. El por qué había cambiado sus tácticas era, sin embargo, menos importante en el momento en que estaban funcionando. La malla de la red estaba electrificada, y le dio un poderoso pulso de energía a la piel plateada de la cosa droide. La criatura de seis piernas tuvo un espasmo y se retorció, repeliendo chispas por todo lo que tocaba. Su lamento tomó una nueva nota, desesperada conforme su camuflaje fallaba.

Ax se preparó para correr y acabar con él.

Entonces se detuvo.

¿Qué estoy haciendo?

La respuesta sorprendentemente tardó en llegar. Esta no era su lucha. A no ser que uno de los droides llevara el ordenador de navegación, no tenía nada que ganar

matándoles. La venganza parecía ser dulce en ese momento, pero luego estaría llena de arrepentimiento si conseguirla significaba fracasar en su misión. Darth Chratis se aseguraría de ello.

El Cinzia, Lema Xandret. Eso era lo que importaba.

El Jedi corrió tras ella, sable láser alzado. Déjale acabar con el droide caído, decidió Ax. Para él ese trofeo menor. Él y Stryver con seguridad podían acabar con el único droide que quedaba ellos solos.

Sin que ninguno de ellos se percatara, se dio la vuelta y se dirigió de vuelta a la cámara sellada de seguridad.

* * *

Shigar apuñaló a las entrañas del droide caído, presionando fuerte para penetrar el sorprendentemente duro metal de su exoesqueleto. Sus piernas se esforzaban contra la red, fracasando tanto en dispararle como en formar una defensa de electroespejo. Las chispas todavía se descargaban por todo su alrededor, y Shigar tuvo cuidado de no ser quemado ni aturdido. Como estaba, los pelos de sus brazos estaban de punta, electrificados incluso por la barra de su sable láser.

Los órganos sensoriales brillantes se volvieron de un negro mate cuando murió. Se desplomó hacia atrás con un repiqueteo metálico, y sus piernas colgaban flácidas. Todavía Shigar trabajaba a través de su cuerpo, asegurándose de que nada sobrevivía. La carcasa se partió abierta, desperdigando varios hemisferios blancos, como un caparazón. Temiendo que hubieran creado algún tipo de ataque de última hora, Shigar las arponeó también. Sisearon y colapsaron, supurando un líquido rojo oscuro.

Cuando estuvo absolutamente seguro de que al droide no le quedaba vida, se apartó y corrió tras Stryver. El último droide estaba ametrallando al Mandaloriano con sus nuevos pulsos potentes, manteniendo bien fuera de rango su lanza-redes. Stryver sin embargo se las había manejado para hacerlo llegar a un callejón sin salida y lo clavó entre él y un trío de guardias de seguridad nikto. Sus blásters eran inefectivos contra la armadura de las cosas, pero tenían un efecto distractor.

Shigar llegó tras el Mandaloriano y consideró de qué manera podía ayudar mejor. El techo era bajo y mucho menos robusto que el de la cámara sellada de seguridad. Alcanzando a través de la Fuerza, soltó una viga clave y trajo una lluvia de ladrillos y baldosas del techo al droide. La distracción fue suficiente para que Stryver se acercara lo suficiente para lanzar la red.

El droide cayó con un chillido de dolor y rabia. Stryver bombardeó tres granadas de conmoción hacia su pecho, sin importarle los nikto que estaban cerca. Shigar se abrió paso a empujones tras él para acabar con el droide él mismo, antes de que nadie más pudiera ser herido.

Antes de proporcionar el golpe mortal, trató de hablar con él.

—¿Por qué estáis luchando?

—¡No reconocemos…!

—Eres un droide de combate. Debes tener protocolos internos.

—¡… reconocemos vuestra…!

—¿Quién es vuestro comandante? ¿Vuestro creador?

—¡… vuestra autoridad! ¡No…!

Stryver se inclinó tras él y ensartó su bastón aturdidor plegable en el pecho de la cosa. Sus piernas se sacudieron, y chilló tan lastimeramente que Shigar casi sintió pena por él. Entonces su función vocabuladora se degradó y su voz se volvió poco más que unos tonos electrónicos perforantes. Se alegró cuando finalmente se quedó en silencio.

Su comunicador zumbó.

—Shigar, estoy en la caja acorazada —dijo Larin—. Tienes que ver esto.

—¿Qué es?

—No lo sé. Es…

Con una explosión de estática, el comunicador se apagó.

Shigar se giró y corrió de vuelta por donde había venido, la forma enorme de Stryver a cinco zancadas por delante de él.

* * *

Larin caminó cuidadosamente por el charco de metal fundido que había sido una vez la puerta de la caja acorazada. Todavía estaba caliente. Podía sentir el calor incluso a través de sus botas aislantes. Pero estaba sólido, y sus suelas aguantaron. El cuerpo del droide asesinado por el cañón descansaba cerca, sus ocho piernas se desplegaban hacia afuera de su cuerpo doble inerte.

Ella rápidamente le echo un vistazo a la antecámara y la encontró vacía. Lo que una vez habían sido paredes blancas estaban ahora ennegrecidas y marcadas, pero las otras tres cajas acorazadas permanecían fuertemente selladas. Hubo una depresión en el centro de la habitación que parecía como la boca de un túnel. Ferrocreto re-solidificado lo sellaba, de cualquier forma, seguido por una capa de metal de puerta derretido.

Satisfecha con que nada fuera a saltar hacia ella desde detrás, Larin se aproximó a la propia puerta. Su rifle estaba inclinado y preparado, y tenía armamento de apoyo. Los miembros del escuadrón de Potannin eran de labios sellados y eficientes. Más importante, estaban siguiendo sus órdenes.

El interior de la caja acorazada estaba iluminado por un único globo parpadeante. Vía flashes de luz, vio al fin con sus propios ojos el objeto que Potannin le había descrito: un cilindro bajo, abovedado hecho de una plata brillante. La imagen de un soldado marcado por la batalla en bajo tras su arma se reflejó en su frente curvada. A la luz irregular, parecía amenazante y vacilante.

Haciendo pocos gestos, ordenó a los miembros del escuadrón de Potannin que pasaran tras ella. Fueron en direcciones separadas, llegando alrededor del objeto para

cubrirlo desde cada ángulo. Uno de ellos pisó un gran tubo de cristal que se destrozó con un sonido alarmante. Nada siniestro, se dio cuenta ella con alivio.

No había rastro del ordenador de navegación. «Destruye todo lo que encuentres» le había dicho Stryver, y ella había ido armada con granadas para hacer justo eso. Pero no iba a hacer nada imprudente. ¿Quién sabía qué información valiosa pudiera desaparecer para siempre si actuaba precipitadamente? Debía haber sido expulsada de las Fuerzas Especiales de la República, pero eso no significaba que fuera a recibir órdenes de un Mandaloriano sin cuestionarlas.

Larin se acercó un paso. El pulgar de su bota tocó algo, y cuando miró abajo vio más de los hilos plateados brillantes corriendo por su camino.

Le vino en un flash lo que debían ser, y ella alcanzó su comunicador para llamar a Shigar.

Con un crujido, la parte superior del objeto plateado hizo un chasquido al abrirse. De él salió otro droide. Ella sacó el comunicador y cayó sobre una rodilla, su rifle alzado para disparar. El droide iba derecho hacia ella, las piernas sacudiéndose y chirriando como una cosa loca. Su forma salvaje estaba helada en un destello de luz, en una silueta como un bicho en una ventana. Ella registró cinco brazos de varias longitudes, y parches en su cuerpo que hacían brillar la luz a través. Los disparos de su rifle rasgaron más agujeros en su piel y lo hicieron caer de espaldas. Se sacudió y gritó.

Ella retrocedió, su corazón martilleando, acribillando ronda tras ronda al droide y al objeto del que había salido. Este droide no estaba del todo completo. Eso era bastante obvio, incluso por el breve vistazo que había dado. Si lo hubiera estado, ella estaría muerta ahora. Era nuevo, hecho de la talla de dentro del objeto sacado del Cinzia. Como los otros.

El droide dejó de moverse. Ella señaló que cesara el fuego, y estuvo agradecida por el repentino silencio. El aire era escaso con el humo y las descargas estáticas. El tic tac del metal enfriándose era el único sonido.

Ella se acercó al droide marcado por el bláster y el objeto que lo había construido. En pie con cautela sobre este último, apuntó su rifle hacia sus fauces abiertas y miró dentro. Vio una masa de hilos plateados y manipuladores finos, todavía moviéndose pese al daño infligido. Ella disparó dos tiros a sus fauces, y la masa arremolinándose se volvió frenética. Media pata delantera de droide apareció, atrofiada y deformada. Un órgano sensorial negro iba y venía.

Larin sabía lo que era ahora. Era una fábrica de droides compacta, y había estado ocupada desde que los Hutts la colocaron ahí, mandando pequeños hilos en busca de metales y energía, infiltrándose en los sistemas de seguridad y tomando todo lo que podía. De ahí los hilos con los que ella y Shigar habían tropezado bajo las cajas acorazadas. De ahí la ausencia de las alarmas.

Apostaba a que si llevaba un cuchillo a las paredes metálicas de la caja, los encontraría endebles apenas lo suficientemente finos para engañar a una mirada casual,

pero de otro modo saqueándolo, disolviéndolo, ión a ión, para usarlo en el trabajo secreto de la fábrica.

Construyendo droides mezquinos, determinados, reticentes que no recibirían órdenes.

¿Por qué?

Ese era otro misterio por completo. Pero la cosa todavía se estaba moviendo, todavía funcionando. Dado el tiempo suficiente, apostaría que se repararía a sí misma y empezaría de nuevo. No le sorprendía que Stryver quisiera que se destruyera.

Ella cogió el comunicador.

—Shigar, estoy en la caja acorazada —le dijo—. Tienes que ver esto.

—¿Qué es?

—No lo sé. Es…

Algo rojo destelló enfrente de sus ojos. Un dolor abrasador golpeó la mano que sostenía su comunicador. Ella miró abajo con horror a la terrible herida cauterizada donde sus dedos habían estado una vez.

Sobre el zumbido de su sable láser carmesí, la Sith dijo:

—Dame el ordenador de navegación o será tu cabeza lo próximo que pierdas.

* * *

Ula alzó la cabeza para ver lo que estaba pasando dentro de la caja acorazada. Él y Jet permanecían en la antecámara y habían estado a punto de aventurarse tras Larin cuando el sonido del fuego de bláster les llegó de cerca. Flashes brillantes de luz iluminaban el espacio apretado. Larin y sus dos compañeros estaban disparándole a algo. ¿Pero a qué? ¡No a otro droide, con seguridad!

Ula y Jet se agacharon para cubrirse por si acaso, y mantuvieron sus cabezas abajo hasta que el repiqueteo del fuego de las armas se apagó.

Ula miró arriba. Podía ver la silueta de Larin inclinándose sobre el objeto que Yeama le había enseñado. Su tapa estaba abierta, y ella disparó dos veces hacia él.

Él estaba a punto de trepar sobre sus pies cuando sus ojos vieron algo fuera de lugar entre los trozos de piedra y otros escombros en el suelo.

Era el ordenador de navegación.

Uno de los hexes debió haberlo golpeado hacia afuera cuando salieron para luchar. Él se lanzó a por él antes de que nadie más lo viera y lo cogiera. Su contenedor de transpariacero estaba intacto, y el propio dispositivo no parecía estar peor que antes.

Un sentimiento de triunfo le llenó. Si pudiera abrir la caja y liberar la cosa, podría esconderla bajo su abrigo sin que nadie más lo viera. Pero primero tenía que distraer a Jet. Si el contrabandista lo veía, seguro que iba a haber otra batalla por él. La extensión de todo el desastre podría empezar de nuevo.

Pasos crujían detrás de él, y él se giró, temiendo que su hallazgo hubiera sido ya descubierto.

Era la Sith pelirroja. Se dirigía a la caja acorazada, no a él.

Su alivio duró poco. El sable láser de la Sith destelló y Larin jadeó de dolor.

—Dame el ordenador de navegación o será tu cabeza lo próximo que pierdas.

Ula se quedó helado del horror.

—No lo tengo —dijo Larin, la voz tensa.

—No te creo.

Uno de los compañeros de Larin disparó a la Sith. Ella fácilmente reflejó el rayo de vuelta hacia su garganta. Él cayó pateando y entonces cayó tranquilo.

—Te estoy diciendo la verdad.

—Contaré hasta cinco. Entonces empezaré a cortar en pedazos a tu amigo de aquí. Y entonces será tu cabeza, lo prometo.

La Sith se aproximó al último miembro superviviente del servicio de seguridad de Ula. Él retrocedió alejándose nervioso.

—Uno.

La caja que contenía el ordenador de navegación estaba en posesión de Ula. Todo lo que tenía que hacer era entregárselo a la Sith y Larin estaría a salvo. Y él entregaría de forma segura la información al Imperio. Era una solución simple a todos sus problemas.

—Dos.

Pero Ula no se podía mover. Los Sith y el Imperio no eran la misma cosa. Oh, durante trillones fueron inseparables; ¡el Emperador en persona era el Sith al que todos los demás deferían!; pero para él eran muy diferentes. Por una parte, el Imperio ofrecía una sociedad de reglas y justicia claramente definida que podía, si se permitía hacerlo, traer paz y prosperidad a cada planeta de la galaxia. Por otra, opresión y conflicto constante. ¿Podía conscientemente dar cualquier ventaja a los seguidores de esto último? ¿Querría Larin que pudiera?

—Tres.

Si tan solo pudiera darle el ordenador de navegación a la Ministra de Logística. Con él en sus manos, podía con seguridad encontrar una forma de convertirlo en su ventaja. El Imperio era tan enorme que no perdería los recursos de este mundo, con todas las peleas sobre ellos ahora. Todo lo que Ula quería era la oportunidad de probar lo correcto de sus principios. No le importaba la existencia de los Sith, pero no debía permitírseles tratar como un trapo a cualquiera.

—Cuatro.

Aún así no tenía sentido soñar. La Ministra de Logística debía estar en otro universo por completo. No podía hacer otra cosa que darle esta pieza vital en el puzle para que pudiera ponerse en pie ante los Sith él mismo y sobrevivir. Era sólo un peón en un juego mucho más grande de lo que podía imaginar. Era insignificante y desechable. ¡Qué tonto de pensar que podía haber cambiado la forma en que todo esto se había vuelto! El ordenador de navegación había sido señalado para la Sith desde el mismo momento en que llegó.

—Cinco. —La Sith se movió para empezar a cortar.

—¡Espera! —gritó él.

Todos los ojos se giraron hacia él. La Sith le miró con ojos de odio. Jet parecía tan aturdido como si a Ula le hubieran crecido alas y hubiera volado hacia el techo. La expresión de Larin estaba oculta por su casco, y era esa la que más quería ver.

—Aquí —le dijo a la Sith, sosteniendo el ordenador de navegación—. Cógelo. Sólo déjala en paz.

La expresión de la chica se volvió hambrienta, triunfante. Ula no quería acercarse más a esa espada de lo que tuviera que hacerlo. Él levantó la caja y se la lanzó.

En la altura de su arco, una red brillante alcanzó y atrapó la caja limpiamente en el aire.

—¿Qué? —Ula se giró alrededor.

El Mandaloriano cogió la caja limpiamente con una mano y lanzó algo de vuelta a Ula en su lugar. Él lo cogió automáticamente. Era una esfera pesada de metal con una luz roja parpadeante.

—¡No! —gritó la Sith, al robarle su premio.

Stryver ya se estaba moviendo, elevándose con su jetpack y dirigiéndose a la salida.

—¡Lánzalo! —gritó Jet a Ula—. ¡Es un detonador termal!

Ula arrojó lejos la esfera tan fuerte como pudo. Fue hacia arriba, y se mantuvo yendo hacia arriba conforme Shigar, el Jedi, usó la fuerza para alejarlo. La táctica no fue enteramente defensiva. El detonador explotó en lo alto del chirriante andamiaje que una vez fue el techo de la cámara sellada de seguridad, directamente sobre la ruta de escape de Stryver. La estatua de Tassaa Bareesh se vino abajo y cayó. Aún otra avalancha llegó aplastando tras ella, enterrando al Mandaloriano y a una horda de guardias de palacio que habían llegado a apaciguar los disturbios.

El suelo cedió, y continuó abriendo camino conforme Stryver disparaba hacia abajo, al límite del colapso en los niveles profundos del palacio.

Gruñendo, la chica Sith fue tras él, determinada a no perder su premio. Ella se desvaneció en la turbidez de piedra y duracreto, y no volvió a aparecer.

Ula dio un paso hacia Larin, pero Shigar se le adelantó.

—¿Estás bien? —le preguntó el Jedi.

Ella estaba inclinándose contra el exterior de la caja acorazada con su mano izquierda tullida comprimida contra su axila. Con su mano derecha, se quitó el casco. Su cara estaba blanca y contraída.

—Viviré —dijo ella—. Mientras tanto, esto no ha acabado. Stryver se dirigirá a su nave a la primera de cambio. Tienes que cortarle y recuperar el ordenador de navegación, como puedas. ¿Crees que puedes hacerlo sin mí?

Shigar asintió, con los labios apretados, y cortó sobre el suelo destrozado hacia el agujero en la pared, trepando grácilmente de viga a viga.

Larin mantuvo su sonrisa hasta que Shigar estuvo fuera de su vista. Entonces ella se desplomó del dolor.

El dolor de Ula era diferente pero no menos real. Estaba claro que Larin tenía una conexión cercana con Shigar. El Jedi incluso tenía tatuajes similares a los suyos. Era

algún tipo de cosa cultural, seguro. Quizás estaban casados. El pensamiento hizo que le doliera el pecho.

Sabía que era ridículo sentirse así. Sabía que no estaba basado en nada. Sabía que lo había construido todo en su propia cabeza, y eso le hacía un idiota de los grandes. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse que de esto.

La batalla por el ordenador de navegación se había acabado. Las fuerzas de seguridad del palacio de Tassaa Bareesh estarían convergiendo en el sitio para limpiar y hacer acusaciones. No quería estar allí cuando eso ocurriera. Sus lealtades estaban tan comprometidas, que no estaba seguro de que pudiera convencer a nadie de que no era culpable de todo.

—Stryver estará yendo a por su nave, como dijo ella —le dijo a Jet—, pero él está yendo por el camino equivocado. Iré y veré si puedo rescatar algo. Dile a ella; dile a los otros que me encontraré con ellos en la lanzadera.

El contrabandista le estudió de cerca, y entonces simplemente dijo:

—Está bien, colega. Necesito que me lleven.

—¿No está tu nave…?

—Incautada y sin tripulación. —Él se encogió de hombros—. ¿Y qué es un capitán de cargamento sin su nave? Creo que será mejor que empiece a pensar en un trabajo normal.

Ula le dio unos golpecitos en el hombro con lo que él esperaba que fuera una afabilidad apropiada, porque era del todo genuina. Un trabajo normal. Esas tres palabras le habían golpeado con la fuerza de uno de los detonadores termales de Stryver.

Él se apresuró, siguiendo con una torpeza infinitamente mayor la ruta de Shigar a través del suelo destrozado. Él ignoró los gritos y chillidos que venían de los niveles inferiores. Ignoró el temblor en sus manos. Mantuvo su mente firmemente en su meta.

Había una nave Imperial en el muelle del palacio. Ahí era donde él se dirigía. Si pudiera llegar allí antes de que se fuera, podría revelar su verdadera identidad y clamar amnistía. Podría escapar con la Sith y el ordenador de navegación cuando ella volviera de cazar a Stryver, y podría finalmente informar a su superior.

Podría relajar el disfraz, y hablar libremente, sin mentiras ni engaños.

Podría ser él mismo. Y entonces…

¿Un trabajo normal?

Nada en ese momento le apetecía más.



LA PERSECUCIÓN



Ax se sentía como si estuviera siendo tragada por una babosa espacial. Incluso a través de la barrera de Fuerza que lanzó a su alrededor como protección de la avalancha de rocas desplomándose, cada borde afilado y presión aplastante le arrebataron el aliento por completo. Casi instantáneamente dejó de guiar su descenso.

Se consoló sabiendo que Stryver debía estar pasándolo igual de mal. Escapar de esta forma era la cima de la desesperación. Admiraba sus agallas aún cuando le despreciaba por atrapar el ordenador de navegación de todo el mundo.

No se había acabado aún, aún así. Ella le encontraría, no importaba lo que le costara. No había ninguna forma en absoluto de que fuera a informar a su Maestro con las manos vacías.

El derrumbamiento finalmente se frenó, y fue capaz de encontrar su camino a través de los escombros, utilizando la Fuerza para ayudarle a apartar las rocas y gravilla, cortando a través de obstáculos más grandes con su sable láser si tenía que hacerlo. En cada bolsa de aire se detenía a respirar, agradecida por cada pulmonada de oxígeno. Estaba oscuro casi por completo, pero era muy escandaloso. Cuando los propios escombros no estaban gruñendo y moliéndose a su alrededor, podía escuchar voces gritando por ayuda.

Finalmente un brazo salió al aire libre, y entonces su cabeza. Un trío de evocii polvorientos la agarraron de sus axilas y empezaron a tirar. Ella se libró de ellos y salió por sí misma. A la vista de su sable láser, ellos chillaron y corrieron.

Ax se limpió el polvo.

Ahora, Stryver.

Había salido en algún tipo de dormitorio, con literas alineadas en las dos paredes y el resto aplastadas bajo la avalancha. La verdadera extensión del colapso era difícil de medir. Podía haber caído una docena de niveles o sólo uno. A juzgar por la relativa pobreza que veía a su alrededor, sin embargo, imaginó que estaba bastante lejos de las lujosas plantas superiores. Estas eran las camas de los esclavos, no de los ayudantes.

Stryver estaría más abajo, y querría subir. Su ascensión, sin duda, no sería silenciosa.

Ella cerró sus ojos e ignoró los gritos, los escombros asentándose, el disparo de bláster ocasional. Estaba buscando un sonido en particular de una multitud que la envolvían. Sería leve, pero definitivamente estaría ahí.

El gemido del jetpack de Stryver.

Ahí.

En el momento en que lo tuvo, ella balanceó su sable láser en un círculo alrededor de sus pies. El suelo cayó bajo ella, y llegó con una pose perfecta en mitad de un intento de

rescatar la cola de un Hutt traficante de esclavos de su posición aplastada bajo un muro caído.

Ella ignoró a todos los que estaban involucrados, cruzó hacia la pared más cercana, y cortó una entrada espontánea a través de ella. Eso le llevó a una sala de torturas, donde los esclavos indulgentes o desobedientes eran públicamente castigados para servir como ejemplo para los otros. De nuevo, Ax no se detuvo para admirar las técnicas del personal al mando. Ella sólo se percató de que muchos de los gritos que supuso que eran por el colapso del edificio en realidad emanaban de aquí.

A través de otra pared, el jetpack de Stryver se escuchaba definitivamente más fuerte. Ella también podía distinguir el leve boom de su cañón de asalto por encima del jaleo de los otros sonidos. Como Ax, estaba usando las armas de su arsenal para hacer reventar un camino a través del palacio. Donde no existían puertas o pasillos, no iba a contenerse de hacer el suyo propio.

Ax rodeó el borde de un profundo pozo de rancor. Las bestias masivas chasqueaban y rugían hacia ella, iracundos por toda la conmoción. Los domadores hacían lo que podían por retenerles, usando cadenas, ganchos, y pesos pesados, pero la naturaleza salvaje de los rancors no eran subyugadas tan fácilmente. El grito truncado de uno de los domadores siguió a Ax conforme ella saltaba con la Fuerza sobre el recinto en busca de su presa.

El jetpack estaba lo suficientemente cerca para que pudiera oler sus emanaciones.

A través de un vertedero, una cantina, y unas instalaciones de contención de gas tibanna, al fin Ax alcanzó el rastro de Stryver.

Era reconocible al instante. Su cañón de asalto había hecho explotar un túnel en diagonal hacia arriba a través de cada estructura en su camino. La serie de agujeros llevaba a través de muros y suelos en una línea recta perfecta. Al final de ella, Ax podía ver un destello de luz brillante: las oleadas fieras del jetpack.

Mostrando sus dientes en anticipación, ella fue tras él. Cada salto le llevaba un paso más alto en la gran escalera a medida. Las superficies donde aterrizaba no eran fiables. A veces se desmoronaban bajo ella; a veces se deslizaban, todavía fundidas por el calor del cañón. A veces la gente le disparaba, con el gatillo fácil por el paso violento del Mandaloriano. Ax siguió caminando y reflejó cada disparo. No se detuvo por nada ni por nadie.

Más y más cerca llegaba a Stryver. Él no miró detrás de él. Su atención estaba centrada únicamente en ir hacia arriba. Tras el brillo de su jetpack ella podía ver la caja de transpariacero agarrada firmemente en una enorme mano. El ordenador de navegación todavía estaba dentro. Ella casi lo alcanzó con la Fuerza, pero se contuvo. Si revelaba su presencia prematuramente, Stryver tendría tiempo de reaccionar. Mejor golpearle por la espalda y llevarse el premio de sus manos muertas.

Dos plantas más. Tres. Ella alzó una barrera para prevenir que el calor del jetpack desollara su piel. Cuatro. Ahora estaba tan cerca que casi podía haberle alcanzado y ponerle la zancadilla. El vapuleo de su cañón era ensordecedor.

Ella se lanzó hacia el ordenador de navegación justo cuando Stryver aceleró a través del techo del palacio. Un brillo marrón la golpeó, y Ax entornaba los ojos conforme luchaba por la posesión de la caja. Stryver no mostró estar sorprendido, aunque momentáneamente perdió el control de su jetpack. Fueron en espiral y se precipitaron contra el techo, mientras los guardias les ametrallaban con fuego de bláster.

Las manos enguantadas de Stryder dejaron ir la caja.

Por un instante fugaz, sintió el triunfo. Ella se motivó para patearle lejos.

Entonces su mano izquierda se extendió para agarrarla por la garganta mientras la derecha sacaba el cañón de asalto y lo disparaba contra su estómago.

A quemarropa, el disparo era como ser golpeado por un coche aéreo en pleno vuelo. Si no hubiera puesto una barrera de Fuerza en su lugar, su abdomen por completo se habría vaporizado al instante. Tal y como fue, fue lanzada hacia atrás fuera de su cruel agarre y se quedó tumbada, momentáneamente insensible, en el tejado.

Stryver cogió la caja limpiamente, con una mano, y voló hacia el cielo.

Ax observó deslumbrada, también aturdida por sentir cualquier cosa aparte de curiosidad. ¿Dónde estaba yendo? Su jetpack seguramente no podía tener combustible suficiente para llevarle lejos. Tassaa Bareesh habría puesto precio a su cabeza en menos de una hora; un precio lo suficientemente alto para garantizar que nunca dejaría Hutta.

Entonces una forma elegante negra salió a la vista. Una nave. Reconoció las láminas angulares de una exploradora Kuat pero no podía determinar el modelo. Se sumergió bajo para interceptar a Stryver, entonces rugió alto en el cielo.

Su presa se había ido.

No sentía nada.

Una forma borrosa ocluía su vista del cielo embarrado. Ella se concentró. Era un guardia nikto. Fue empujada por una bota como de negocios, como si fuera para asegurarse de si estaba viva o muerta. Otro nikto se unió a él, entonces un tercero. Ella los miró como desde el fondo de un pozo profundo, oscuro.

Te mataré, Dao Stryver, o moriré intentándolo.

Su ira volvió, como la vida misma. Había perdido el ordenador de navegación, pero eso no tenía por qué ser el fin del mundo. Encontraría otra forma de satisfacer a Darth Chratis y al Consejo Oscuro; y a sí misma también. No era en realidad sobre Stryver y el ordenador de navegación, en cualquier caso. Era sobre adónde llevaban. El misterioso mundo de los metales raros. Los fugitivos de la justicia Imperial. Su madre.

No podía terminar ahí.

Ella no lo permitiría.

Se puso en pie en un solo parpadeo. La docena o así de guardias convergiendo junto a ella por el tejado no iban a ser un problema en absoluto.

* * *

Su primer paso fue idear un nuevo plan. Robar el ordenador de navegación y crackear sus secretos obviamente no iba a ser posible ahora. Stryver lo tenía, y ella no se hacía ilusiones debido a su afinidad de que compartiera esos secretos.

Tenía que haber otra forma. Todo lo que tenía que hacer era encontrarla.

El palacio estaba alborotado conforme luchaba de camino de vuelta al sitio de la batalla con los droides; los «hexes» como había escuchado que alguien les llamaba. Tenía sentido volver a la escena, ya que sólo allí había cualquier oportunidad de saber algo de sus orígenes. Ella no estaba segura de qué esperaba encontrar exactamente, aún así. Quizás el contrabandista no le había contado a los Hutts todo lo que sabía. Quizás ella podía torturarle para extraer cada última pieza de información.

Conforme penetraba por las salas laberínticas del palacio, pasó por un grupo de gamorreanos llevando al Jedi inconsciente cautivo sobre sus cabezas. Ella sonrió con superioridad pero no se detuvo. Estaba bien ver a alguien peor de lo que ella estaba.

Cuando llegó a las ruinas de la cámara sellada de seguridad, la encontró sellada tras una densa muchedumbre de guardias llevando cañones láser. El agujero en la pared estaba protegido por un banco de escudos de partículas portátil. Entrar no iba a ser tan fácil como salir; y no tenía intención de escalar de nuevo por la avalancha de escombros. Luchar era una opción, por supuesto, pero la fatiga estaba empezando causar estragos. Bajo mejores circunstancias, ella nunca habría dejado que Stryver le derrotara de esa forma.

Necesitaba ser más lista, en lugar de más fuerte.

Retirándose a un lugar tranquilo para pensar, examinó todo lo que sabía de los hexes. No era demasiado. Eran decididos; ¿pero qué sabía ella sobre las mentes que poseían? Ellos rechazaron admitir cualquier autoridad que no fuera la de su creador. Mataron a todo el mundo con impunidad. ¿Había algo más que pudiera decir de ellos?

Ella recordó la forma en la que habían engañado al twi'lek para hacer reventar una ruta de escape para ellos a través de la pared. Eso demostró ingenio y astucia, cualidades de las que carecían muchos droides, pero no todos. No era una característica única de su diseño.

Algo le irritaba en la parte trasera de su cerebro. Un pensamiento revuelto, dubitativamente presionando adelante para que se le considerara.

Escapar.

Los hexes habían estado intentando escapar.

¿Así que adónde estaban intentando escapar?

A su hogar.

¿Pero cómo sabían dónde estaba su hogar?

La respuesta a esa pregunta se grabó a fuego en su mente con claridad cristalina.

El ordenador de navegación no es el único mapa.

Ax se estaba moviendo, rodeando las ruinas hasta que encontró el camino que los dos droides que escapaban habían tomado. Nadie se metió en su camino hasta que alcanzó el primero de los cuerpos. Estaba acordonado por gamorreanos, y ella les dejó estar. El Jedi

había hecho un verdadero desastre de ese hex, esparciendo sus entrañas en un desastre plateado y rojo. El segundo, esperaba ella, estaría en mejores condiciones.

Él, también, estaba acordonado, pero podía ver a través de los guardias que el cuerpo estaba intacto, enredado en una red como un animal atrapado en una trampa.

Perfecto, pensó ella, sacando su sable láser al juego.

* * *

Cuando tuvo el cuerpo a salvo colgando de su hombro, todo lo que tenía que hacer era marcharse. Eso se cumplía tan fácilmente como caminar a través del palacio hasta el espaciopuerto, donde la lanzadera imperial esperaba por su placer. La seguridad del palacio había sido reforzada en un intento de detener a cualquiera que se marchara. Ese intento estaba condenado al fracaso.

Dos guardias Imperiales armados permanecían atentos junto a la puerta interior de la cámara sellada. Le saludaron conforme pasaba entre ellos.

—¿Algún problema? —le pregunto a ellos.

—Había un tío husmeando sobre la nave del Mandaloriano antes de que despegara —dijo uno.

—Y alguna escoria no humana intentando entrar ahí —dijo el otro—. Le espantamos.

—Bien hecho.

Ella caminó confiada subiendo la rampa y hacia la cabina de mandos, donde el piloto estaba sentado esperando. Él asimiló su apariencia polvorienta, maltrecha pero no lo hizo destacar.

—Nos vamos —dijo ella—. Avisa a Darth Chratis de nuestro inminente encuentro. Quiero un técnico de droides a mano en el momento que amarremos.

—Sí, señora. ¿Pero qué hay del enviado?

—Ya no está con nosotros.

El piloto asintió inseguro, obviamente comparando sus órdenes vigentes con las que les acababan de dar. Un Sith siempre era superior a un oficial superior. Esa era la única conclusión disponible.

Mientras que los propulsores se calentaban, Ax cogió al hex muerto y lo almacenó en el contenedor de seguridad que había sido predispuesto para el ordenador de navegación. Este cargamento no era menos preciado. Lo bueno sobre el droide era que, aunque muerto era indiscutiblemente muerto, la memoria tardaba un tiempo en desvanecerse. Con la experiencia adecuada, la localización del mundo misterioso podría ser extraída de los datos almacenados en la carcasa, y su éxito estaría asegurado.

Un brillo cálido la llenó, parte alivio, parte orgullo, parte cansancio. Estaba buscando sentarse. Pero había algo que tenía que hacer primero.

La lanzadera estaba elevándose cuando ella volvió a la cabina de mandos. Miró a través de la pantalla de vistas hacia el espaciopuerto y su minúsculo grupo de naves.

—¿En qué nave llegó el enviado de la República?

—Esa —dijo el piloto, indicando una pequeña y ancha nave, de morro grande descansando en cuatro piernas separadas.

—Destrúyela —dijo ella.

—Sí, señora.

El cañón de la lanzadera disparó, ametrallando la parte trasera de la nave sin defensas. Ardió en una bola de llamas tan brillante que eclipsó el sol.

Ax sonrió con satisfacción conforme el techo marcado del palacio se esfumaba en la distancia. Con suerte, pensó ella, esta era lo último que ella vería de Hutta.



Shigar había visto el espaciopuerto en los planos del palacio, pero no había estado allí antes. Se movió rápidamente y con cuidado a través de los pasillos del palacio, contando las esquinas y fijándose en los puntos de referencia mientras evitaba a los guardias y a los cordones de seguridad. Perderse o ser arrinconado era la última cosa que necesitaba. Stryver ya se habría ido lejos pero conocía la superficie mejor. Si iba a haber otra confrontación, Shigar quería tener la ventaja.

También en su mente estaba el bienestar de Larin. De nuevo debatió la sabiduría de llevarla a Hutta. Había sido de gran ayuda, y buena compañía, también, pero ahora estaba herida, posiblemente mutilada, y eso hacía sus proyectos de futuro aún más sombríos. Él juró asegurarse de que su mano era atendida apropiadamente, ¿pero era suficiente? ¿La amabilidad que asumió que tenía hacia ella se había convertido en crueldad intolerable?

Tenía miedo de lo que su Maestra pensaría cuando viera a lo que su juicio le había llevado.

Todo lo más importante, entonces, para tener éxito con Stryver. El palacio entero estaba agitado, lo que era de esperar después de las explosiones en los niveles inferiores, una lucha en la cámara sellada de seguridad, droides sin escrúpulos corriendo salvajes por los pasillos, y el colapso multinivel que había engendrado Stryver. Las alarmas de conflicto se sobreponían salvajemente, creando una batalla de tintineos en la cabeza que Shigar hizo lo que pudo por ignorar. Sólo podía imaginar cómo se lo estaba tomando Tassaa Bareesh.

Los guardias del espaciopuerto estaban en alerta máxima. Shigar cogió a un centinela de su patrulla normal y usó la Fuerza para persuadirle de que le revelara la estructura de comandos del lugar. Había habido suficientes muertes ese día. Además, cualquier evidencia de lucha alertaría a Stryver de la emboscada.

Encaasa Bareesh era un sobrino pequeño de la matriarca del palacio. Él vigilaba el servicio de seguridad de un oficial a dos plantas de distancia, y era destacable que sólo miraba ocasionalmente las vistas de las cámaras. Era una cuestión simple convencer a Encaasa de que un miembro de la tripulación completamente no relacionado quería abordar en su nave, pero había olvidado el código de seguridad. Shigar imaginó al indolente Hutt golpeando con desgana sus dedos gordos en los controles correctos y entonces acomodándose en su hamaca. Ni siquiera una alerta del tamaño del palacio podría alterarle.

La entrada principal al espaciopuerto se deslizó al abrirse. Shigar la atravesó, mirando detrás de él por cualquier señal del Mandaloriano. Ninguna, aún. Las puertas se cerraron, dejándole sólo en el área de desembarco circular.

Shigar había preguntado al guardia a qué embarcadero había sido asignado el Primera Sangre, y se dirigió directamente allí. La puerta umbilical del espaciopuerto estaba abierta, revelando la piel gris de la nave de Stryver en el extremo alejado. Shigar no era tan imbécil de ir a cualquier sitio cerca de ese portal invitando a entrar. Sería una trampa para tontos con seguridad.

En su lugar esperó cerca, con una vista completa del Primera Sangre y la entrada del espaciopuerto, con su sable láser desactivado pero agarrado firmemente preparado. Stryver tenía que ir a por su nave en algún momento, y Shigar estaría preparado.

Vació su mente de todas las preocupaciones; cada preocupación por Larin y su misión, cada dolor y sufrimiento; y se puso en pie preparado para la acción.

El sonido de los propulsores activándose le sacó de su trance. Una de las naves estaba calentando sus motores para el despegue. Él rodeó el área de desembarque para identificar cual, pero el sonido no venía de ninguna de las escotillas de aire cerradas. Venía del embarcadero de Stryver.

Eso le sorprendió. Había supuesto que Stryver estaba viajando solo. No habría, por lo tanto, nadie dentro de su nave para calentarla por él. O Shigar se equivocaba en eso, o Stryver la había activado remotamente.

El gemido del propulsor continuó aumentando su volumen. Eso no era sólo calentar. La nave iba a despegar.

Maldiciendo bajo su aliento, Shigar abandonó sutilmente. Aproximándose a la escotilla de aire exterior de la nave, rápidamente la examinó por puntos débiles y sólo encontró uno. La puerta estaba cifrada para las señales biométricas de Stryver; altura, aliento, proporción de extremidades, y así; pero también tenía una anulación, sólo en caso de que Stryver estuviera gravemente herido en el curso de una misión. Si perdía una extremidad principal, por ejemplo. Esa anulación podía ser pirateada por alguien lo suficientemente listo.

Shigar no era tan buen pirata como Larin, pero había visto ese tipo de trucos antes. Las naves Mandalorianas habían sido objetivos de los Jedi desde la Gran Guerra, y le habían enseñado una y otra vez la mejor forma de desarmarlos. Trabajando rápidamente, tecleó una serie de códigos diseñados para reiniciar la función de anulación para el uso por defecto común. Cuando tecleó, la puerta se deslizó para abrirse.

Ni un momento demasiado pronto. Los propulsores estaban en un tono de grito y la nave estaba flotando ligeramente sobre el suelo. En otro segundo, habría estado bien alto sobre el palacio.

Shigar saltó ligeramente en la escotilla de aire y barrió hacia delante por ella. En el momento en que sus botas tocaron el suelo, sin embargo, un sistema de seguridad secundario se activó. Choques eléctricos poderosos viajaban a través de su cuerpo, haciendo que sus músculos tuvieran irresistibles espasmos. Cayó hacia un lado, incapaz siquiera de gritar. Su mandíbula estaba encajada abierta en un grito silencioso.

El piloto automático elevó la nave bien arriba del espaciopuerto y ajustó su trayectoria. Shigar se sentía a sí mismo rodando por la escotilla de aire abierta, pero no podía mover ni un dedo para salvarse.

Los choques eléctricos cesaron en el momento en que salió de la escotilla de aire. Eso era algo para agradecer mientras caía como una piedra al tejado de debajo.

* * *

No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. Minutos probablemente. El tiempo suficiente para que su cuerpo indefenso fuera recogido por un equipo de seguridad de tejados, asegurado con esposas en las muñecas y tobillos, y amordazado de buena manera. Cuando despertó, estaba siendo transportado a través del palacio a los hombros de un escuadrón de gamorreanos. Ni su sable láser ni su comunicador estaban al alcance.

En lugar de luchar, se concentró en cubrir los muchos rasguños de su cuerpo y golpes. No sabía cuánto había caído, pero afortunadamente había acabado sin ningún hueso roto. Un cráneo zumbando, sí, y un golpe aplastando su dignidad, pero nada peor. Por el momento, estaba agradecido simplemente por estar vivo.

Sus captores le sacudían en un trote brusco a través del palacio. Él memorizó los giros pero sin un punto de inicio no tenía forma de saber exactamente dónde iba. Su impresión general, sin embargo era que la opulencia aumentaba a su alrededor, no disminuía. Cuando llegó a un gran espacio lleno de gente susurrando y hablando, con una voz alta retumbando en Huttés sobre todas ellas, adivinó al instante dónde estaba.

Los gamorreanos se detuvieron en el centro de la sala del trono de Tassaa Bareesh, y con un gruñido coordinado lo tiraron al suelo. El silencio radiaba a su alrededor conforme la gente percibía su presencia. Él trepó extrañamente para ponerse en pie y miró alrededor.

Una enorme multitud de seres le devolvían la mirada, susurrando y señalando. No vio menos de veinte especies diferentes en un vistazo rápido, desde entrompados kubaz hasta cathars felinos, con bípedos ocupando una pronunciada minoría. Sus exóticos orígenes contradecían su propósito unificado: mimar y acicalar a la que controlaba sus destinos.

—Bona nai kachu —rugió la matriarca del palacio—, ¡dopa meekie Seetha peedunky koochoo!

Shigar se giró para encarar a Tassaa Bareesh. Ella estaba desparramada pesadamente en una cama-trono horriblemente ornamentada en un extremo de la sala, y decorada casi tan ornamentadamente como ella. Él no sabía lo suficiente sobre los Hutts para leer su expresión, pero el temblor de su boca sin labios y la baba que esparcía conforme hablaba dejaba poco a su imaginación.

Un droide de protocolo A-1DA se arrastró hacia delante en sus ruedas giratorias.

—Tassaa Bareesh desea que comprendas totalmente la certeza de que serás castigado, Sith traicionero.

Shigar consideró sus opciones. Había al menos dos docenas de armas apuntadas hacia él. Tras la multitud, guardias armados corrían atrás y adelante, respondiendo a varias emergencias desarrollándose en el palacio.

Él hizo una reverencia tan ceremonialmente como podía, debido a las esposas.

—Debo corregir a su señora. De hecho soy un Jedi.

—¡Stoopa dopa maskey kung!

Él ignoró el insulto.

—Difícilmente la he traicionado cuando no teníamos un acuerdo entre nosotros. Aparte de entrar en su territorio sin permiso, no le deseo ningún daño.

Tassaa Bareesh retumbó amenazadoramente, cambiando a un dialecto diferente ahora que se había dado cuenta de que podía entender al menos alguna de sus palabras.

—Tassaa Bareesh dice: Tus intenciones eran robarle. Por eso, debes morir.

—Si me buscas, versa que no llevo nada con lo que no viniera.

—Tassaa Bareesh dice: Tus cómplices se han llevado el premio.

—¿El ordenador de navegación? La última vez que lo vi estaba en manos de un Mandaloriano, no un Jedi.

—Tassaa Bareesh dice: Tu traición sólo es superada por tus juegos de palabras. Él te lo robó después de que tú nos lo robaras.

—Está molesta —dijo Shigar—. Su juicio está nublado. Hace un momento pensaba que era un Sith. Quizás la mentira que cree que estoy diciendo sea realmente la verdad.

La multitud musitó en consternación. Claramente poca gente era lo suficientemente atrevida para cuestionar el juicio de Tassaa Bareesh en su propia cara.

La matriarca Hutt gruñó algo largo y desarrollado que no necesitaba realmente traducción. El droide rápidamente parpadeó sus ojos azules redondos e hizo un valiente esfuerzo de todos modos.

—Tassaa Bareesh está muy enojada. Ella ha, ah, ideado varias formas de utilizarte para el entretenimiento.

Shigar no discutió el punto. Había acabado de contar los guardias y las salidas, y alcanzó la conclusión que esperaba. No había forma de luchar de camino a fuera, y no podía contar con refuerzos. Tendría que hablar. Incluso tendría que hacer un trato.

Ese pensamiento le enfermaba el estómago.

—Su enfado es perfectamente justificable —dijo él—. Su palacio ha sido atacado, y la propiedad y la información que planeaba vender ha sido robada. Ha sido privada del beneficio que merece. Nadie negaría que tiene derecho a buscar venganza, a hacer un ejemplo de aquellos que han causado su vergüenza y daño significante. —Él hizo una reverencia de nuevo—. Todo lo que le ruego es que culpe a la gente adecuada.

Otra explosión sacudió el palacio, causando un gran revuelo en la sala del trono. Los enormes ojos de Tassaa Bareesh se pusieron en blanco alrededor de los bordes conforme hacía un gesto con la mano para que se acercara a un twi'lek. Su comunicador estaba graznando con urgencia. Rápidamente conversaron, demasiado en silencio para que

Shigar pudiera escucharlo. Entonces el enfado sacó lo mejor de la matriarca. Ella despachó al twi'lek lejos de ella y rugió al traductor.

—Tassaa Bareesh desea que entiendas que el espaciopuerto ha sido atacado —dijo el droide, su reducida cabeza inclinando obsequiosamente.

—¿Por quién?

—Por los Imperiales. La lanzadera de la República ha sido destruida.

Shigar consideró no decir nada. En un nivel no necesitaba hacerlo. Las acciones de los Imperiales habían ganado la discusión por él, con su descarada violación del Tratado de Coruscant. Pero en otro nivel todavía estaba en agua hirviendo. Tassaa Bareesh podría ejecutarlo sólo por ser una irritación, y un recordatorio inconveniente de su pérdida. Tenía que darle una razón para perdonarle, no para matarle.

Tenía que apelar a su sentido de los negocios.

—Ambos somos víctimas aquí —dijo él, escogiendo sus palabras con exquisito cuidado—. Matarme no le devolverá el ordenador de navegación, y hará un enemigo del Consejo Jedi. En cualquier caso, acabaría peor aún. Dejarme con vida, sin embargo, le ofrece una forma de paliar su pérdida.

—Tassaa Bareesh pregunta: ¿Cómo?

Shigar tragó. Un mal sabor trepó hacia su boca.

—Intento seguir al Mandaloriano donde sea que vaya. Ha herido tanto mi orgullo como a mi compañera, y pagará por estos crímenes. La información que ha robado puede que ya no sea de valor, por sí sola, pero cada nuevo mundo ofrece oportunidades de intercambio y explotación. En agradecimiento por liberarme, me aseguraré de que esas oportunidades lleguen a usted primero, antes que a nadie más.

La matriarca canturreó un discurso casi demasiado bajo para que el oído humano lo escuchara. Sus ojos no se apartaban de la cara de Shigar, pero tenían un tinte interior ahora.

—Tassaa Bareesh está considerando tu oferta —dijo el droide, mirando atrás y adelante entre ellos.

—Lo supuse.

Ella retumbó algo, y el traductor dijo:

—Tassaa Bareesh se pregunta cómo intentas seguir al Mandaloriano cuando no tienes una nave, menos aún ninguna dirección.

—Soy un Jedi. —Se tocó la frente, esperando ocultar el hecho de que no tenía ni la menor idea de ningún punto—. Tenemos nuestros modos.

Una nueva oleada de susurros se esparció entre la multitud.

—Tassaa Bareesh dice que tus modos son insuficientes. La inversión es demasiado arriesgada.

—Pero…

El traductor alzó una mano de metal.

—Ella dice que para proteger su inversión en esta aventura, debe permitírsele proveerte con asistencia.

—¿«Debe»? —La elección de las palabras le hicieron detenerse. ¿A qué le estaban forzando, exactamente?— Cuénteme más.

La matriarca se recostó en su trono. Sus ojos reducidos a franjas.

—Tassaa Bareesh te proveerá un transporte. Su sobrino hará los arreglos necesarios. Si aceptas la oferta, deberás marcharte de inmediato.

Shigar se preguntó qué pasaría si rechazara su oferta. Desconfiaba de la satisfacción repentina de la matriarca. Hace sólo unos momentos había estado echando humo con ira por la forma en que sus planes habían sido arruinados. ¿Había sido fingido, o era esto lo que fingía?

—Está bien —dijo él, siguiendo sus instintos. Vivir ahora era mejor que morir. Esa era la línea de fondo. Y si tenía un poco de suerte, sería capaz de hacer algo para ayudar a Larin también, asumiendo que todavía estuviera viva—. Acepto la oferta.

La matriarca rompió en una sonrisa enorme y desagradable. Un dedo gordo le señaló.

—U wamma wonka.

—Tassaa Bareesh dice…

—Se lo que ha dicho. —Él tragó otro desagradable sabor.

Ella chasqueó sus dedos y los guardias soltaron sus armas. Un gamorreano se escurrió adelante para devolverle su comunicador y su sable láser. Los fijó a su cinturón e hizo una reverencia. La multitud le miraba, en silencio ahora.

—Gracias —dijo él—. Ha sido un placer hacer negocios.

Conforme los guardias le llevaron de la sala del trono; como invitado ahora, en lugar de prisionero; el sonido de la risa de la Hutt, baja y lúgubre, hacía eco una y otra vez a través de las sibaríticas salas tras él.



—¿Te encuentras bien?

—Larin se giró para mirar al contrabandista. Se había ido de sí misma por un momento, ido de las ruinas de la cámara sellada de seguridad y de la fábrica de droides reventada, ido del clamor de la seguridad del palacio excavando en los escombros, incluso ido del disparo al azar ocasional en su dirección de un houk ambicioso, actualmente estacionado en el agujero que el corto de miras de Yeama había hecho a través de la pared. Ahora había vuelto, y las vistas no eran bonitas.

La respuesta llegó a ella al fin.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

Ellos estaban agachados de rodillas, todavía aplicando presión sobre su mano herida bajo su axila derecha. El traje había sellado la herida lo mejor que pudo, dejándole nada más que pudiera hacer sobre ello ahora. Ella lo sabía lo suficientemente bien, habiendo sido herida en combate antes. Una vez, fue atrapada en un intercambio de guerrilla urbana donde habían mandado al escuadrón de Fuerzas Especiales Estrellanegra para tratar con ellos. Ella todavía soñaba a veces con la forma en la que las granadas de fragmentación habían roto el grupo, instantáneamente reduciendo a dos de sus amigos a pedazos. Ella se había protegido de la mayor parte, pero incluso así la piel de su pierna derecha y el lateral habían sido desolladas, junto con un buen trozo de músculo. Había necesitado un periodo extendido en un tanque de bacta para que le recreciera el tejido, y tres meses de rehabilitación para restaurar su flexibilidad al completo.

Esto era diferente, aún así, y no era sólo porque los dedos no pudieran recrecerse. En los Estrellasnegras, había tenido muchos motivos claros para luchar: entre ellos fortalecer la causa de la República, reforzar los principios de libertad e igualdad entre todos los seres de la galaxia, y avanzar en su propia carrera. Ella pensaba que era totalmente normal en ese aspecto. ¿Por qué otro motivo se unía uno a las fuerzas especiales si no era para ser un héroe en el bando del bien?

Ella sabía ahora que no todo el mundo era como ella. Cada barril contenía una manzana podrida o dos. Ella también sabía cómo de importantes eran al menos dos de aquellos principios para ella. Más importantes, combinados, que el último. Sacrificar su carrera por defenderlos parecía lo correcto a hacer, en aquel momento.

Sin su carrera, aún así, era muy difícil luchar por ninguna causa. Y ahora su situación era completamente confusa. ¿Era invadir un estado soberano; aunque uno compuesto de criminales y asesinos; la mejor manera de reforzar la libertad y la igualdad? ¿Cómo

ayudaba pelear con Mandalorianos y Sith por un ordenador de navegación maltrecho a la República? ¿A quién le debía su lealtad ahora, si no a sí misma o sus colegas?

Ella no tenía respuestas buenas para ninguna de esas preguntas, aún así había perdido los dedos de su mano izquierda luchando por ellas. Eso hacía el dolor peor, de alguna forma.

—¿Qué le ha pasado a tu droide? —Le preguntó a Jet en respuesta.

—¿Chatarra? Está en alguna parte bajo ese montón —dijo el contrabandista, señalando la pila de mampostería que quedó tras la detonación termal. Se había armado a sí mismo con un bláster soltado por alguno de los soldados muertos del exterior—. No te preocupes. Estará de vuelta cuando esté preparado.

—Reconozco su modelo —dijo ella, aferrándose a los hechos como si eso lo explicara todo—. J-Ocho-O, clase soldado. Es por eso por lo que habla con señales de batalla. Pero estaban desfasados, ¿no?

—Quizás —dijo él—. Le encontré en un vertedero hace dos años. Su vocodificador estaba muerto, y cuando traté de arreglarlo, se rompió de nuevo. Eso demuestra lo listo que es. Ha averiguado que si no respondes a las órdenes, nadie puede demostrar que las hayas escuchado.

—Es una táctica de supervivencia bastante buena —dijo ella—, para cualquiera en el ejército.

Ellos salieron de la caja acorazada para ver si algo había cambiado fuera. El houk disparó algunos guijarros cerca, pero falló por más de un metro. El último escolta superviviente de Potannin devolvió el fuego desde el otro lado de la antecámara. Falló, también. Larin podía haber apuntado mejor, hasta con una sola mano.

—¿Cómo te llamas, Soldado? —le dijo a él.

—Hetchkee, señora —respondió. Era un joven kel dor, y su cara estaba mayormente oculta tras una máscara facial y gafas diseñadas para protegerle de una dura atmósfera de oxígeno.

—¿Quién te dijo que me llamaras «señora»?

—Nadie, señora.

Él obviamente no sabía nada de su pasado. No iba a ser ella la que le informara.

El sonido de excavación se volvió más alto.

—Larin —dijo Jet, inclinándose más cerca—, ¿crees que nos han dejado para que cuidemos del bebé?

—¿En qué sentido?

—En el de que Alguien va a tener que explicar este desastre a Tassaa Bareesh y ese también debería ser tu sentido.

—No te preocupes —dijo ella—. Él volverá.

—¿Quién? ¿Tu amigo Jedi o el Enviado Vii?

Larin miró alrededor. No se había dado cuenta de que el enviado se había ido; aunque ahora que lo pensaba, recordó a Jet diciéndole algo sobre Ula encontrándose con ellos en

la lanzadera. No se le había ocurrido preguntarse cuándo y cómo iban a llegar allí. Ula se había ido antes de que las fuerzas de seguridad hubieran sellado su única salida.

—Me refiero a Shigar —dijo ella—. Los Caballeros Jedi siempre cumplen sus promesas.

—¿Y qué te prometió exactamente?

Ella reprimió una respuesta borde. ¿Qué estaba diciendo Jet? Seguro, Shigar puede que no le hubiera prometido realmente que volvería a por ella, pero ella sabía que lo haría si pudiera. Y mientras que las fuerzas de seguridad de Tassaa Bareesh se acumulaban fuera, no había otra cosa que pudiera hacer salvo confiar en él. Ella se había rendido de intentar contactar con él con el comunicador hacía un tiempo.

Ella se levantó.

—Sugiero…

El sonido de una explosión distante la cortó. El suelo vibró, y una lluvia de polvo cayó sobre ellos desde arriba.

No había forma de decir de dónde venía esta última explosión, así que terminó lo que iba a decir.

—Sugiero que veamos esta cosa mientras tengamos ocasión de hacerlo.

Ella cruzó hacia la fábrica de droides de miniatura y echó un vistazo al interior. Los cilios plateados arremolinándose estaban quietos ahora, así que se sintió segura suponiendo que estaba muerta. Trató de darle la vuelta para ver la base, pero estaba firmemente fija por los hilos como cables que habían comido hacia el suelo de la caja acorazada como raíces de árbol.

Un trozo de la aleación plateada se había fundido durante la lucha de fuego en la caja acorazada. Ella lo cogió y lo sopesó en su mano. Era sorprendentemente pesado.

—Déjame que aclare esto —dijo ella—. Esta cosa estaba en el Cinzia. Tú lo encontraste en los restos y lo trajiste a Hutta. Tassaa Bareesh lo encerró aquí. Parecía inerte pero no lo era. Mandó estas cosas de hilos hacia el suelo y empezó a rapiñar metal. Se infiltró en el sistema de seguridad. Empezó a construir los droides.

—Ula les llamó hexes.

Era un nombre tan bueno como cualquiera, por ahora.

—Quizás sólo uno o dos hexes al principio, para defenderse. Los mantuvo ocultos en el interior, como un nido o un huevo. Si miras dentro de uno de los hexes, verás que no son del todo sólidos. Tienen una estructura de panal. Así que dos podían caber aquí dentro, si estuvieran colapsados abajo. —Ella apuntó a los cilios con el cañón de su rifle—. Dos serían suficientes para tomar una nave.

Jet la miró a ella, no al nido de droides.

—¿Crees que estaba esperando a que alguien ganara la subasta y se lo llevara?

—Lo creo. Los hexes habrían emergido, sobrepasado a la tripulación, y vuelto de forma segura a su hogar.

Él asintió lentamente, pensando en su propuesta.

—Creo que lo tienes en parte —dijo él—. Dado el tiempo suficiente, consideré que los hexes podían haber escapado de aquí con su propio rayo. Date cuenta cómo surgieron de la caja acorazada en el momento en que todo el mundo empezó a luchar por ella. La puerta se derritió como mantequilla, probablemente gracias a cables como esos. Si todos hubieran esperado sólo un día más, creo que nuestro nido de aquí habría acabado estando vacío.

—Puede que tengas razón —dijo ella.

—Es sólo una suposición —dijo él desechándola.

—He aquí otra —dijo ella, volviendo al borde de la puerta—. Si la teoría del instinto de volver a casa es cierta, entonces los hexes deben saber el camino a casa.

La cara de Jet se iluminó.

—¡Así que si podemos sacarlo de ahí con uno de sus cerebros, no necesitamos el ordenador de navegación después de todo!

Ellos le echaron un vistazo al cuerpo del hex doble tumbado en el suelo de la caja acorazada. El cañón láser había reventado un agujero justo a través de ambos abdómenes unidos. Los interiores estaban ennegrecidos y fundidos, totalmente insalvables.

La cara de Jet cayó.

—Bien pensado, en cualquier caso.

Larin se inclinó hacia atrás contra la pared y cerró sus ojos. Shigar seguro que se estaba tomando su tiempo. Su azúcar en sangre estaba bajo, y el dolor sin fin la estaba mareando.

El trozo de metal de la fábrica aún estaba en su mano buena. Ella lo deslizó en uno de los muchos compartimentos ocultos de su traje. Al menos no volverían con las manos vacías.

Una perturbación en el exterior la distrajo.

—¡Alguien viene! —gritó Hetchkee.

Larin apoyó el cañón de su rifle en la parte trasera de su mano izquierda y lo apuntó a la puerta. El montón de escombros en el extremo alejado de la cámara sellada de seguridad se estaba moviendo. Alguien estaba llegando claramente a través de él; ¿pero era Stryver, la Sith, o el droide leal de Jet?

Una mano rasguñada naranja, saliendo de la gravilla para encontrar una viga caída, pronto contestó la pregunta.

—Te lo dije —dijo Jet con una expresión de satisfacción. ¡Por aquí, compañero!— alentó al droide.

Chatarra se liberó a sí mismo de los escombros y cojeó para unirse a ellos, totalmente tranquilo. El houk había parado de disparar. En lugar de reafirmar a Larin, eso la preocupó. No había forma de saber lo que estaba pasando fuera de su reducto espontáneo. Ella asumió que los Hutts no les dejarían solos por mucho.

—Buen trabajo, Hetchkee —dijo ella, volviendo a la seguridad del interior de la caja acorazada—. Creo que tendremos más compañía pronto, así que permanece en alerta.

—Sí, señora. —Si el soldado estaba preocupado por esa prospectiva, no lo demostraba.

Chatarra estaba comunicándose con Jet por una serie de señales rápidas.

—Malas noticias —tradujo el contrabandista—. Stryver se marchó con el ordenador de navegación.

—Es el fin, entonces —dijo ella, incapaz de ocultar su amargor. El rastro se había enfriado. Cualquier esperanza que pudiera haber albergado sobre redimirse por medio de una misión voluntaria exitosa estaba ahora oficialmente muerta—. ¿Qué es lo que quiere con esta colonia, en cualquier caso? ¿No tiene ya suficientes soldados Mandalore?

—¿No tiene Tassaa Bareesh suficiente dinero? —Su sonrisa cínica se iluminó de nuevo—. Creo que Stryver quería el ordenador de navegación por dos motivos. Para averiguar los orígenes del Cinzia, y para ocultar su destino. Eso tendría sentido si Mandalore fuera parte de esto justo desde el principio.

Ella le miró duramente.

—Podrías tener razón. Stryver sabía sobre el Cinzia mucho antes que nadie más. Fue él el que iba por ahí haciendo las preguntas que nos pusieron al tanto.

—Y el Cinzia estaba en una misión diplomática, pero ni el Imperio ni la República habían escuchado hablar de él. ¿Puedes decirme otro de los grandes jugadores de la galaxia en este momento?

Ella le otorgó el punto. Incluso si los Mandalorianos no habían actuado como un cuerpo unido desde la guerra, no era inconcebible que lo hicieran de nuevo, por honor, o el precio justo, o sólo porque necesitaban una buena guerra. ¿Por qué atacaron esas cosas a Stryver, entonces?

—No lo sé.

—¿Y quién salvó el nido de la destrucción cuando la tripulación del Cinzia se hicieron estallar?

—No lo sé, tampoco.

Ella agitó su cabeza.

—Cada vez que lo miro, se va volviendo más loco.

—Tassaa Bareesh no tenía ni idea, ¿no?

El sonido de los escombros moviéndose vino desde fuera de la caja acorazada. Larin se apresuró hacia la puerta antes de que Hetchkee pudiera llamar. La masa gigante de piedra bloqueando la entrada alejada se estaba moviendo. Tras el crujir de las piedras y el ferrocreto, podía escuchar un siseo y martilleo que sólo podía venir de droides movedores de escombros.

—Está bien —dijo ella—, han llegado. Si tienes alguna otra idea brillante, Jet, ahora sería el momento.

—Has cumplido la cuota del día, me temo.

—Bueno, entonces, será mejor que te unas a mí en esperar a que Shigar aparezca pronto. De otra forma, veremos cómo es en realidad la hospitalidad de Tassaa Bareesh, detrás de todas las zarazas.

—Supongo que podríamos intentar hacer una última zanja —dijo él.

—¿E ir dónde?

—Bueno, está mi nave.

—Pensé que estaba incautada.

—Oh, eso. Un pequeño tecnicismo.

—Como salir de aquí vivos.

Él guiñó un ojo.

—Un hombre puede soñar, ¿no?

La ligereza ante la cara de probabilidades imposibles siempre alentaba su espíritu. Le sorprendió cuánto se había acercado al contrabandista en el poco tiempo que estuvieron juntos. Quizás sus celdas estarían cerca la una de la otra en las mazmorras de Tassaa Bareesh. Quizás serían confinados en contenedores adyacentes.

Con un crujido atronador, los droides atravesaron los escombros. Una vez que el camino se hubo despejado, retrocedieron para permitir a las fuerzas de seguridad del palacio que pasaran. Había docenas de ellos, todos con armas y armaduras pesadas, trepando a lo largo de las vigas expuestas en el suelo con la vista apuntando a la caja acorazada.

Larin casi se rió. ¡Tassaa Bareesh había mandado un ejército para capturar sólo a cuatro personas! Habría sido absurdo si ella no hubiera estado en el lado equivocado de la ecuación.

—¿Qué crees, Hetchkee? —llamó al soldado kel dor—. Podemos intentar rendirnos a ellos, si quieres. No hemos hecho nada malo, si lo piensas. Tu jefe en realidad estaba invitado.

—No creo que estén de humor para preocuparse por eso, señora.

Eso era suficientemente verdad. Las filas de weequay, houks, niktos, y gamorreanos parecían como si esperaran que un ejército entero de Sith, Jedi, y Mandalorianos salieran de la caja acorazada y se hicieran con la fortuna de su señora. Si tan solo supieran que sólo había tres personas y un droide. No se le había siquiera ocurrido a Larin tratar de abrir las otras tres cajas acorazadas.

—Está bien, entonces —dijo ella—. Espera hasta que puedas ver el rojo de sus ojos.

Su número opuesto contra el equipo de seguridad decía lo mismo, a juzgar por el estrechamiento repentino de sus filas. Un enorme weequay alzó su mano derecha para dar la señal de ataque.

En ese momento, el comunicador de Larin zumbó.

Ella se quedó helada, incapaz de disparar y contestar al mismo tiempo. ¿Qué era más importante: los últimos disparos que sería capaz de disparar en su vida, o la última comunicación que recibiría?

El weequay se había quedado helado, también. Un twi'lek de piel azul apareció en el extremo alejado de la habitación, haciendo gestos y gritando algo en un lenguaje que ella no podía entender.

—¿Puedes seguirlo? —preguntó a Jet.

Él agitó su cabeza.

—Parece importante, aún así, sea lo que sea.

Nadie fue a por ellos en el momento, así que tomó la oportunidad de apartar su rifle y alcanzar el comunicador.

—Larin, soy yo —dijo Shigar—. ¿Dónde estás?

—Justo donde me dejaste. Dime que tienes un as bajo la manga.

—Debería tenerlo. ¿Os ha mandado ya alguien Tassaa Bareesh?

Ella echó un vistazo a las masas de los guardias de seguridad.

—Se puede decir que sí.

—Ve donde sea que te lleven. Sé lo que tiene en mente.

—¿Quieres que me rinda?

—No será una rendición. Hemos, ah, alcanzado un acuerdo, ella y yo.

A Larin no le gustó ese momento de dudas. ¿Y si estaba bajo coacción y haciéndola llegar a una trampa?

Ella le preguntó:

—¿Recuerdas la temporada de tormentas en Kiffu, cuando los árboles estáticos despegan al aire?

—¿Qué…? Sí, lo recuerdo. Los dragones-chispa los atraen a sus cuevas para robar su carga. No te estoy vendiendo, Larin. Puedes estar tranquila en ese aspecto.

—Está bien —dijo ella, manteniendo un ojo cerca del weequay líder. Él se dirigía al twi'lek y blandía sus enormes puños—. ¿Estarás donde nos lleven?

—Cuenta con ello.

Ella apagó el comunicador y se volvió a Jet. Él lo había escuchado todo.

—Debo admitir —dijo él—, que prefiero las resoluciones que involucren la charla antes que los disparos.

—¿Así que crees que deberíamos hacer esto?

—Lo creo. Y Chatarra está de acuerdo.

El droide parecía como si estuviera del todo preparado para disparar de camino afuera, pero asintió con rigidez.

—¡Hetchkee! Baja tu rifle. Cuando lo diga, nos vamos.

—Uh, sí, señora.

—Espera la señal. Si lo hacemos en el momento apropiado, creo que tenemos una buena oportunidad de sobrevivir a esto con un poco de clase.

El weequay agitó sus manos por lo alto una última vez, entonces las dejó caer a los lados. El twi'lek parecía satisfecho. El weequay se giró a sus tropas y gruñó una serie de órdenes.

El servicio de seguridad se alzó a sus pies a la vez, y bajó sus armas.

—Está bien —dijo Larin—. Es nuestra señal. Bajar vuestros blásters, pero mantener las manos a los lados. No nos estamos rindiendo.

Ella caminó primero fuera de la caja acorazada, y el twi'lek fue a encontrarse con ella.

—Soy Sagrillo —dijo él con una corta reverencia—. Por orden de Tassaa Bareesh, sois libres de marcharos.

Larin mantuvo su alivio completamente oculto.

—Será mejor que lo creas.

—¿Y yo? —preguntó Jet esperanzado.

—Ay, Capitán Nebula, mi señora todavía tiene necesidad de tus servicios. —El twi'lek hizo una reverencia de nuevo—. Si me acompañáis, por favor, todos vosotros, os llevaré donde se os requiere.

Larin fue detrás del twi'lek, con Jet a su lado. Chatarra y Hetchkee les siguieron por atrás. El único sonido era un gruñido subterráneo del weequay conforme el servicio de seguridad se iba ante ellos. Larin consideró darle un saludo de despedida, pero lo pensó mejor.

Ella miró a Jet. Aparte del lento contraer y relajar de los músculos de su mandíbula, no mostraba ninguna emoción en absoluto.



Ula se sentó en la oficina de Encaasa Bareesh y trató de no llorar. Nunca había ido a Hutta. Debía haberle llevado la contraria al Comandante Supremo Stantorrs y haberle hecho mandar a otra persona. No importaba cómo hubiera parecido. Él habría tenido felizmente una posición de responsabilidad muy disminuida en la administración militar de la República en lugar de resistir otro minuto en esta descuidada área desastrosa.

Desde el momento que escuchó el nombre del maldito Cinzia, todo había ido mal. Primero había sido secuestrado e interrogado. Entonces había sido atrapado en el fuego cruzado entre una Sith, un Jedi, y un Mandaloriano. Entonces los brutales hexes casi le habían matado. Y ahora…

Puso su cabeza en sus manos, apenas capaz de pensar en ello.

Desde fuera de la oficina llegaba el sonido de la conmoción constante. La destrucción de la lanzadera de la República había dañado el espaciopuerto del palacio. Los equipos de fuegos y reparaciones corrían atrás y adelante, gritándose los unos a los otros y por comunicador, pidiendo refuerzos. Ula no se ofreció a ayudar. El palacio podía arder en llamas con todos dentro por lo que a él le importaba.

Las probabilidades de que Larin Moxla aún estuviera viva eran ciertamente pequeñas. De eso estaba completamente seguro.

No estaba orgulloso de sí mismo por correr de las ruinas de la cámara sellada de seguridad, incluso aunque había estado seguro en su momento de que sus motivos eran puros. Su actuación como enviado de la República nunca había sido convincente; Jet había visto a través de él de lleno, incluso aunque no lo haya llamado propiamente un espía Imperial. Mejor dejar que esa vida desapareciera y empezar una nueva en el Imperio, donde podía gastar menos tiempo preocupándose sobre quién pensaba el resto de gente que era y más en hacer realmente lo correcto.

Pasar a través de los guardias del espaciopuerto no había sido difícil, incluso después de la inesperada partida de la nave exploradora de Dao Stryver. Ellos le recordaban de su llegada y le dejaron pasar. Se había aproximado al muelle Imperial sin vacilación, confiado en que los guardias permitirían su admisión.

No fue de esa forma del todo.

La vergüenza aún quemaba. Sus compañeros Imperiales; de un rango inferior, es más; le habían hecho largarse, reconociéndole como perteneciente a una especie casi humana más que a un sangre pura como ellos. Escoria epicanthix, le habían llamado. Tú perteneces a este agujero, le dijeron. Vete antes de que te matemos a disparos.

Él había mirado fuera del espaciopuerto, aturdido por el giro repentino. Si su propia clase no le aceptaba, ¿quién lo haría? Apenas capaz de pensar bien, había caminado en

círculos alrededor del vecindario por lo que parecieron días, pero no podía haber sido más de una hora. Sus elecciones eran limitadas. Podía o volver a la República y a su antiguo trabajo bajo el Comandante Supremo Stantorrs; si no era expulsado por fracasar tan miserablemente en su misión; o hacer lo que le habían sugerido los guardias Imperiales y quedarse en Hutta. Lo último simplemente no lo haría.

Cuando volvió al espaciopuerto, determinado a marcharse del planeta para siempre, supo que la lanzadera de la República había sido destruida. Por si no era suficientemente malo que sus compañeros Imperiales le rechazaran; ¡ahora habían destruido su único medio de salir de ese mundo! Había estado tan atrapado en su miseria que ni siquiera había escuchado la explosión, y él asumió la noticia de que las cosas habían ido de mal a peor con una inquietante ausencia de gracia.

Afortunadamente, la situación no era desesperanzadora. La ruptura obvia de los Imperiales del Tratado de Coruscant debía, en mundos más civilizados, haber resultado en una guerra total, pero en Hutta iba a ser ignorada junto con las muchas otras infracciones perpetradas por los Sith y los Jedi aquel día. Además, el estatus de Ula como un enviado de la República aún cargaba con cierto peso. El sobrino de Tassaa Bareesh había instalado a Ula en su fétida oficina; un lugar de cortinas de cuero y por descontado demasiado terciopelo, con cosas vivientes reptando por encima de la mesa; y le dejó allí para prepararse mientras el espaciopuerto trataba con emergencias mucho más importantes. Ula no podía culparle.

La única persona a la que culpaba Ula era a sí mismo. Si no hubiera salido corriendo como un cobarde, habría sido capaz de marcar la diferencia al resultado de la misión. Larin era muy capaz, pero también estaba herida. Y ahora con Stryver y la Sith habiéndose marchado, uno de ellos supuestamente con el ordenador de navegación, y los guardias fuera balbuceando sobre el Jedi que alguien había capturado, Tassaa Bareesh no parecía que fuera a mostrar la más ligera clemencia con nadie involucrado. Él mismo esperaba una reacción iracunda. Todo sobre el espacio Hutt se estremecería hasta que ella encontrara una forma de mitigar sus pérdidas.

Un weequay moreno entró en la oficina. No golpeó. Su cara estaba fundida en un desdén permanente.

—Arriba —dijo él, empujando a Ula con su pica de fuerza.

El estómago de Ula se hundió. Ahí llegaba, el momento que había temido. ¿Cómo trataría con él Tassaa Bareesh? Si tenía suerte, sería rápido. Si tenía lo que merecía, sería excesivamente lento.

El weequay le empujó de nuevo, y él se alzó con desgana en pie. Varios pequeños lagartos cayeron chirriando por su espalda y se metieron bajo el sofá. Al menos, pensó él, dejaría atrás esta espantosa casa de fieras.

Fue llevado fuera hacia el espaciopuerto, donde Encaasa Bareesh y un grupo de gamorreanos estaban esperando, hachas ceremoniales preparadas. En medio había un hombre derrotado, sucio a quien Ula no reconoció de inmediato. Una venda tosca

restañaba el flujo de sangre de una herida en su brazo izquierdo. Una docena de otros cortes pequeños y rasguños se habían dejado desatendidos.

—Enviado Vii, creo que no nos han presentado como es debido —dijo formalmente el joven—. Soy Shigar Konshi, Padawan Jedi de la Gran Maestra Satele Shan.

Ula estaba tan sorprendido por la condescendencia inesperada que era difícil responder amablemente.

—Pensé que habías sido capturado.

—Lo fui.

—¿Entonces qué estás haciendo aquí?

—Estoy esperando… —Él miró sobre el hombro de Ula—. Sí, ahí vienen.

Ula se giró y asimiló la escena detrás de él. Si había estado sorprendido por la rudeza de antes, ahora estaba totalmente sin palabras.

Larin Moxla lideraba una procesión de un weequay, un twi'lek, Jet Nebula y su droide, y uno de los guardias supervivientes de Potannin. No estaban siendo empujados; no tenían esposas. Como Shigar, estaban siendo tratados más como invitados que como prisioneros.

—Encantado de volver a verte, colega —dijo Jet, dándole un saludo formal—. Si tú eres el que habló por nosotros para sacarnos de ese lío, te debo una docena de Núcleos de Reactor.

—No he sido yo. —Ula se giró indefenso hacia Shigar por una explicación.

—Zanjé un trato —dijo el Padawan a todos ellos, aunque sus ojos seguían volviendo a Larin—. Tassaa Bareesh nos deja irnos.

—Eso es sospechosamente generoso de su parte —dijo ella.

—Sí, bueno, tiene truco. —Shigar sacó una cara infeliz—. Os lo diré de camino.

—¿Tienes un propulsor, también? —preguntó Ula, la esperanza empezando a florecer.

—Mejor que eso —dijo Shigar—. Tengo una nave y un capitán.

—¿Alguien que conozcamos? —preguntó Jet esperanzado.

El twi'lek se dirigió a Jet en términos recortados, oficiales.

—La gran Tassaa Bareesh ha ordenado a su sobrino que libere tu navío, pero tu contrato con nuestra empleadora permanece en vigor. Proveerás del viaje para el Jedi y sus compañeros a los destinos que escojan. No cortarás y correrás en el momento que abandones nuestro espacio aéreo. Volverás con la información reunida y proveerás de esa información dicha al completo. Cualquier pérdida fiduciaria ocurrida durante esta expedición será tu responsabilidad.

—¿Qué hay de los beneficios?

—Se distribuirán de la forma habitual.

Jet hizo una mueca. Ula adivinó que «la forma habitual» significaba todo para Tassaa Bareesh y nada para nadie más.

—No es muy buen trato —dijo Jet—, y, bueno, llámame riguroso por los detalles si quieres, pero no recuerdo que nunca hubiera un contrato entre nosotros.

El twi'lek sonrió.

—Lo hay ahora.

—Imagino que ese es el truco —dijo Larin.

—Bueno —dijo Jet—, al menos estamos vivos y pronto nos moveremos. No hay nada que no pueda solucionarse, he averiguado, con la aplicación de un poco de velocidad.

Le guiñó un ojo a Ula, que todavía estaba demasiado aturdido por el repentino giro de los acontecimientos como para manejar una expresión natural.

—¿Adónde vamos, exactamente? —preguntó al grupo reunido.

—Tras Stryver —dijo Shigar—. Y cuanto más tiempo estemos por aquí, mayor ventaja tendrá.

Él hizo una reverencia al sobrino de Tassaa Bareesh, que gruñó algo en respuesta. Los weequay y gamorreanos se dispersaron, marchando con paso firme para perseguir asuntos más importantes. Cuando las puertas del espaciopuerto se abrieron para permitirles entrar, Jet cogió la delantera, silbando desenfrenado mientras les llevaba a su amarre.

—No esperéis demasiado —dijo él—. El Fuego de Auriga es una cosa verdaderamente antigua pero ha visto días mejores. Como tú, ¿eh, viejo amigo? —Él le dio unas palmaditas a Chatarra en el hombro, motivando un ruido de traqueteo que desapareció bajando del interior de la pierna izquierda del droide—. Os llevará de A a B, pero no puedo hablar de mucho más.

Él se detuvo en la rampa de desembarco, donde una serie de equipajes habían sido apilados.

—Ala —dijo él—. ¿A quién pertenecen esas cosas?

—Creo que son mías —dijo Ula. Sus cuartos obviamente habían sido vaciados mientras holgazaneaba en autocompasión en la oficina de Encaasa Bareesh.

—¿Entonces te unirás a nosotros, Enviado Vii? —preguntó Jet con un brillo de conocimiento en sus ojos.

—Sí —dijo él—. Si… ah, si no es un inconveniente.

—Puedo garantizar que volverás a Coruscant en cualquier momento pronto.

—Eso está bien. Me gustaría bastante irme de aquí, inmediatamente.

—Razón tienes.

Jet introdujo un elaborado código en su amarre, entonces otro en la escotilla de aire de su nave. El casco estaba picado y marcado con docenas de golpes de micrometeoritos. Ula se preocupó por el estado de los campos de partículas de la nave, pero supuso que si Jet había sobrevivido tanto, no podían estar tan mal.

La escotilla de aire se abrió.

Jet le señaló hacia la rampa.

—Después de ti, entonces. Cuidado con el escalón. Los cuartos de la tripulación a tu derecha. Piensa que estos son tus atributos ahora. Alguien tiene que ayudarme a volar recta esta nave.

Ula agarró una bolsa conforme iba. Su único escolta que quedaba hizo lo mismo. La rampa crujía y se balanceaba. Él arrugó su nariz ante el hedor que emanaba del interior de

la nave. Olía como a Rodiano viejo. El Fuego de Auriga sería indudablemente muy distinto del transporte oficial del que había disfrutado de camino a Hutta.

Todavía, no le importaba. El desastre total había sido evitado de algún modo, y por ello estaba agradecido. Estaba vivo, y también lo estaba Larin; tenía ropas limpias y transporte; había incluso una posibilidad de que pudiera volver con información para sus maestros en Dromund Kaas. Cuando volvió a pensar en la desesperación que había estado sintiendo sólo hacía unos minutos, sus circunstancias presentes parecían positivamente optimistas.

—¡Stang!

Olvidando la advertencia de Jet, Ula golpeó el pulgar del pie con la parte superior de la rampa.

* * *

El Fuego de Auriga no era de ninguna manera un navío de lujo. Desde arriba, el carguero bajo y fornido era casi perfectamente triangular, con hiperconducción en la base, matrices sensoras, generadores de escudos, y comunicadores en el punto superior; y una cabina de mandos ligeramente descentrada en medio, arriba de las sujeciones principales. Sus pasillos bajos, estrechos se organizaban en una burda Y, con un contenedor principal, cuartos de tripulación para cinco, y una sala de ingeniería estrecha en el extremo. La cabina de mandos estaba un nivel por encima, al que se accedía por una escalera. Contenedores adicionales llenaban cada parte del espacio disponible de la nave, incluyendo algunos, Ula estaba seguro, que no eran visibles para el ojo desnudo. Jet clamaba haber tenido una tripulación de diez en la entrega que había encontrado al Cinzia. Ula se preguntaba cómo habían cabido todos.

La nave estaba duramente construida en términos de equipamiento. En el corto viaje de vuelta del cuarto de baño, Ula vio un rayo tractor, un dispositivo de interdicción crudo, y suministros de energía para no menos que cuatro cañones tri-láser. Los cables gruesos sugerían que los escudos estaban bien alimentados de energía, también. Jet debía menospreciar sus capacidades, decidió Ula, pero la nave podía indudablemente aguantarse en pie.

Había el espacio justo para todos en la cabina de mandos. Shigar tomó el asiento del copiloto. Larin había cronometrado más horas de vuelo, pero hasta que su mano fuera tratada apropiadamente fue relegada a los astrométricos. Chatarra se había colocado en los sistemas de control de vuelo de la nave y había desconectado sus fotorreceptores. Eso dejaba a Ula y Hetchkee para conducir el breve salto a la órbita en los asientos de pasajeros.

Conforme la atmósfera marrón se desvanecía en estrellas, Ula instantáneamente se sintió más ligero, tanto físicamente como en alma. Jet guiaba la nave con destreza hacia una órbita de estacionamiento estable y puso el piloto automático. Entonces giró en su asiento y cruzó sus manos tras su cabeza.

—Ahora la pregunta de los diez trillones de créditos —dijo él. ¿A dónde?

Todos miraron a Shigar, que se movía extrañamente en su asiento.

—Es más fácil de preguntar que de contestar, me temo —dijo él—. Tassaa Bareesh cree que vamos a ir tras Stryver, así que supongo que es lo que tenemos que hacer.

—¿Por qué no sólo corremos? —preguntó Ula.

—No puedo —dijo Jet.

—¿Por un contrato inventado?

—Porque ella me cazará y me clavará a su pared si lo hago. Ha plantado una baliza de seguimiento en algún lugar de este cubo viejo. Estoy seguro. Es lo que yo haría en su pellejo.

—Así que vamos a buscar a Stryver —dijo Larin—. Él irá al hogar de los hexes, seguro.

—Si tuviéramos el ordenador de navegación —dijo Shigar—, haríamos lo mismo.

—Él tiene que craquear el cifrado primero —dijo Jet—. Tuvimos a uno o dos en ello de camino a Hutta, sin suerte.

—¿Hay algún otro dato que no nos hayan dado? Por ejemplo, cuando interviniste el Cinzia, ¿podrías decir por su trayectoria de dónde salieron?

Jet agitó su cabeza.

—Probamos eso también. Proyectar hacia atrás la ruta de la nave, y llegas a un espacio vacío al borde de la galaxia, y entonces a un espacio mucho más vació después de ese. Lo mismo con todo lo demás que hemos obtenido. Todo apunta a ninguna parte.

—Eran listos —dijo Larin—. Y realmente querían permanecer ocultos. Me pregunto por qué.

Ellos ponderaron esa pregunta por un momento, en silencio. Ula no tenía perspicacia para ofrecer nada sobre la psicología de Lema Xandret. Los hexes eran excepcionales y extraños, pero eso por sí solo no revelaba nada sobre la gente que los había hecho.

¿O lo hacía? En Panatha, el tatarabuelo de Ula era aficionado a los antiguos dichos Palawan. «Lo que hablas más alto de lo que dices» era uno de ellos. Otro era. «Lo que haces te hace».

Aplicar esa filosofía a su situación presente parecía imposible para Ula, hasta que recordó algo que Yeama le había dicho.

—La cosa que creó los hexes —dijo él—. El nido. Estaba hecho de una extraña aleación. ¿Cuál era?

—Lutetio y prometio —dijo Jet.

—Así que son metales raros. No puede haber muchos mundos donde se encuentren ambos, ¿verdad?

Jet vertió agua fría en este indicio de idea.

—No hay un solo mundo superviviente con aquellos metales en abundancia.

—¿Qué hay del Espacio Salvaje? Hay montones de mundos sin sondear allí.

—Seguro, pero es un sitio grande y no le llaman salvaje por nada.

Ula se hundió en su asiento.

—¿Cómo convenciste a Tassaa Bareesh de que tenías la más leve posibilidad de encontrar este sitio? —preguntó a Shigar—. A mí me parece que no hay esperanzas.

Shigar parecía avergonzado.

—Le recordé que soy un Jedi. Le dije que teníamos nuestros métodos.

Larin alcanzó uno de los compartimentos de su traje y sacó un trozo de metal plateado.

—Aquí está el cómo vamos a encontrar el planeta —dijo ella triunfante, ofreciéndoselo a Shigar—. Ésto, y tus métodos misteriosos.

Las cejas de Shigar se bajaron en confusión, entonces bajaron aún más frunciendo el ceño.

—No —dijo él, alejando de un empujón el metal—. No funcionará.

—Tiene que hacerlo —insistió ella—. Me hablaste de tu habilidad psicométrica…

—Mi poca confiable habilidad psicométrica, Larin.

—… y que tu Maestra cree que puedes domar. ¿Qué mejor momento para intentarlo que ahora?

—No hay mejor momento —estuvo de acuerdo él—, pero no puedes hacerlo funcionar sólo queriéndolo.

—Confío en ti —dijo ella con sinceridad no afectada—. Y no me has fallado aún, ni una sola vez. No espero que empieces ahora.

Eso detuvo sus protestas. Él estiró el brazo, cogió el trozo de metal de su mano, y lo alzó hacia la luz. Brillaba como un diamante metálico.

—¿Eso es lo que creo que es? —preguntó Ula.

—Un trozo del nido —confirmó ella.

—¿Y Shigar puede usar su mente para averiguar de dónde viene?

—Puedo intentarlo —dijo Shigar rigurosamente—. Eso es todo. No puedo prometer nada.

—Bueno, es un comienzo. ¿Cuánto tardará?

—No lo sé. Hablaré con la Maestra Satele primero. Debe ser capaz de guiarme a través de esto. ¿Puedes hacer una llamada a Tython?

—Más rápido de lo que puedas pedírmelo.

—La recibiré en el contenedor principal —dijo él—. Hay un holoproyector allí.

Shigar se levantó del asiento del copiloto. Jet toqueteó los instrumentos enfrente de él, abriendo canales de comunicación y desviando datos a través de la nave.

Larin estaba sentada pensativa, sus ojos mirando en blanco a la escalera bajo la cual desapareció Shigar. Una diminuta línea de preocupación arrugó el puente de su nariz.

Ula se inclinó para susurrar.

—En realidad no crees que pueda hacerlo, ¿no?

Sus ojos verdes se centraron en él.

—Sólo hay una cosa en la que creo —dijo ella—. Si ni siquiera lo intenta, sería peor que fracasar.

Ula sólo pudo asentir en la cara de su integridad inmutable, y desear poseer la mitad de ella.

—Ahora —dijo ella—. Tengo que quitarme este guante y mirar mi mano. A falta de un médico de campo, necesito que uno de los dos me ayudéis. ¿Soldado Hetchkee? ¿Enviado Vii?

—Yo lo hare —dijo Ula rápidamente—. Quédate aquí y ayuda a Jet, en caso de que lo necesite —le dijo a Hetchkee.

—El kit médico está en la escotilla de aire de popa —gritó Jet—. Avisadme cuando tengáis un destino y haré que esta caja se mueva.

—Lo haremos.

Larin se dirigió a las escaleras y Ula la siguió, frenéticamente desenterrando todo lo que había aprendido sobre medicina en una breve sesión de entrenamiento en Dromund Kaas, hacía años.



Shigar caminó por el contenedor estrecho del Fuego de Auriga lo mejor que pudo mientras esperaba a que Jet le conectara a Tytho. No estaba haciendo un buen trabajo con ello. Sólo pudo dar tres zancadas de un lado al otro, y ya había disparado su cabeza hacia el protuberante panel de instrumentación dos veces. El sinsentido del ejercicio se estaba volviendo aparente para él cuando el holoproyector de modelo antiguo parpadeó y emitió un leve silbido de estática.

Él tiró de una silla retráctil de la pared opuesta diseñada para alguien mucho más pequeño que él y se sentó, sintiéndose todo rodillas y codos.

Una imagen azulada de la Gran Maestra se formó. Parpadeaba y saltaba pero se mantuvo lo suficientemente firme para poder seguirla.

—Shigar —dijo Satele Shan, alzando su mano en un saludo—. Estoy encantada de oír de ti. ¿Estás en Hutta?

Él brevemente resumió su posición actual: en el navío de un contrabandista sobre el mundo natal de los Hutts llevando lo que quedaba de su disfraz improvisado.

—Me encuentro en una posición intratable, y necesito su consejo, Maestra.

Ella sonrió, levemente pero no desagradable.

—Has accedido a cosas que no creías que pudieras cumplir, o que no querías cumplir. Quizás ambas.

Sus poderes de percepción le sorprendieron.

—¿Puede percibirlo desde tan lejos? —¡Verdaderamente era la Jedi más poderosa de la galaxia!

Ella agitó su cabeza y sonrió con un encantador autodesprecio.

—No, Shigar. Sólo recuerdo cómo es estar en el campo. Responsabilidad, decisiones, consecuencias; se siente muy diferente cuando se asumen solo. ¿No es así, mi Padawan?

Él agachó su cabeza.

—Si Maestro.

—Dime —dijo ella—, y te ofreceré el consejo que pueda.

Shigar empezó por el principio, con su llegada y la de Larin a Hutta. Él se saltó los mundanos detalles de su infiltración al palacio y describió su primer encuentro con la tecnología única ofrecida a la venta por Tassaa Bareesh, las raíces de plata desparramándose fuera de la caja acorazada hacia los túneles subterráneos, y la consideración de Larin del nido de droides que Jet Nebula había sacado de los restos del Cinzia. Él describió su lucha a tres bandas con Dao Stryver y la joven Sith, entonces la emergencia de los hexes y su casi escape.

—¿Luchaste contra una Sith? —le preguntó la Maestra Satele, sonando impresionada.

—Creo que era una aprendiz como yo —admitió él—, de otro modo no habría sobrevivido.

—Aún así. Una Sith y un Mandaloriano a la vez, y has sobrevivido. Pocos Padawans pueden presumir de lograr eso, Shigar. El hecho de que no estés presumiendo de ello lo tomo como una señal de buen carácter.

—Maestra, no creo que haya sobrevivido por habilidad, ni siquiera por suerte. —Al volver a contar la historia, se dio cuenta de varias cosas que no se le habían ocurrido en su momento—. Stryver nos habría derrotado tanto a mí como a la aprendiz Sith, llegado el momento. La interrupción de los hexes lo cambió todo. Él ya no luchaba contra nosotros. Él se quedó atrás para vernos luchar contra este nuevo enemigo. Creo que se estaba conteniendo.

Ella se inclinó hacia atrás en su asiento, acariciando su barbilla con una mano. Shigar reconoció el alrededor; ella estaba en su estudio privado, un espacio austero, minimalista con poca decoración, pero construida de la oromadera más fina posible.

—Ya veo —fue todo lo que dijo—. Continúa.

Él describió los hexes con más detalle, empezando por la simetría de seis lados de su apariencia básica, su idéntica ausencia de personalidad o individualidad, y su mortífera determinación a no desistir, pasando entonces a la vista de su estructura interna que había recibido al matar a uno de ellos.

—La tecnología está bastante fuera de mi experiencia —dijo él, recordando matrices de panal y extraños fluidos aceitosos saliendo del cuerpo—. Los hexes no tienen más recursos que un droide normal; con seguridad no más que los droides de entrenamiento de Tython; pero presentan una adaptabilidad que nunca he visto antes. Uno que estaba herido se unió a otro para formar una versión de seis piernas. Después, uno activó un sistema de camuflaje que los otros no parecían poseer, y las armas de un tercero se volvieron más poderosas. Era casi como…

—¿Como qué, Shigar?

—No quiero decir que evolucionaran, Maestra, pero creo que son capaces de un rediseño adaptativo.

—¿En el calor de la batalla?

—Sí. Particularmente así, sospecho.

—Eso les hace droides muy destacables en efecto —dijo ella—. ¿Quién podría haber construido tales cosas?

—El Enviado Vii fue interrogado por Dao Stryver, Maestra. Al Mandaloriano se le escapó que Lema Xandret era una fabricante de droides.

—¿Crees que estas son sus creaciones, Shigar?

—Tengo demasiada poca información para decirlo con seguridad, pero creo que eso parece.

Ella asintió.

—En efecto. Dao Stryver estaba cazando tanto a una fabricante de droides en particular como una nave que contenía los medios para construir droides destacables.

Lema Xandret es la arquitecta más probable de esas cosas. ¿Pero cuál es su propósito? Si son armas, ¿para quién son?

—Es posible, Maestra, que no sean del todo armas. No armas dirigidas, en cualquier caso. Puede que ellos sólo hayan estado luchando por volver a casa.

—¿Para hacer qué?

Shigar no tenía ninguna especulación que ofrecer en ese aspecto. Él recordaba vívidamente la ira chirriante de los droides al ser obstruidos en su misión de escapar. Tal programación emocional no era normal para los droides de combate; ni para cualquier droide en absoluto, en su experiencia.

—Hay algo más —dijo él—. Cuando Stryver enfrentó a la aprendiz de Sith, dijo algo sobre su madre. No sé lo que quería decir exactamente, pero tuvo reacción en ella. Quien sea que sea su madre, está conectada de alguna forma.

Él dejó ese hecho asentarse donde estaba. Conforme estaba, la involucración de la Sith no tenía explicación. Mientras trataba de trazar conclusiones de hechos sugerentes, pensó que era mejor esperar hasta que tuvieran más información. Una conclusión equivocada podía ser mortal, si basaban sus acciones en ella.

La Maestra Satele, al parecer, estaba de acuerdo.

—Entonces —dijo ella—, la cosa en el Cinzia no era un artefacto antiguo que nosotros o los Sith debamos encontrar útil. Era algo extraño y nuevo. ¿Adónde nos lleva eso?

—El Mandaloriano tiene el ordenador de navegación —dijo él—. Estará descifrando la información que contiene mientras hablamos.

—¿Y entonces qué?

—Sus motivos son desconocidos —dijo Shigar, llevando atrás su mente hacia las cosas que Ula y Larin habían dicho de camino a la órbita—. Creo que los Mandalorianos han estado involucrados en esto desde el principio. Stryver debe haber querido el ordenador de navegación, en parte, para destruir la evidencia de que la «misión diplomática» del Cinzia era con Mandalore; pero eso hace que tenga menos sentido cuanto más pienso en ello. Los Mandalorianos no están unificados, y no parlamentan con nadie. Luchar o conquistar, esa es su filosofía.

—Ellos se aliaron con el Imperio contra nosotros —le recordó la Maestra Satele.

—Sí, pero eso es el Imperio, no una colonia aislada en mitad de ninguna parte.

Ella asintió.

—¿Cuáles son tus planes ahora, Shigar? ¿Vas a traer de vuelta al Enviado Vii y a tu amiga a Coruscant?

Shigar conocía esa mirada en la cara de su Maestra. Ella ya sabía la respuesta a su pregunta. O había trabajado en ella o la había visto en una visión. También había un ligero énfasis en la palabra amiga que le alentaron a hacer su respuesta en los términos más francos posibles.

—Larin cree que puedo usar la psicometría para encontrar este mundo. —Él alzó el trozo de aleación plateada que ella había recuperado del nido. Brillaba de una forma que

no era hermosa, pero era con seguridad atractiva—. Creo que deposita demasiada fe en mis habilidades. Sería mejor que lo llevara a Tython para que alguien más confiable lo leyera allí.

—Eso sería una pérdida de tiempo, Shigar, y el tiempo puede ser esencial.

—¿Lo sabe, Maestra, o sólo lo sugiere?

—No importa. Sé que la fe de Larin en ti no está injustificada. Quizás deberías tener fe en ella, también. ¿Acaso ella te parece fantasiosa?

—Todo menos eso. —Larin era tan sólida como una roca—. Ella ve lo que ve y dice lo que dice.

—Bien, entonces. Quizás el que no ve eres tú, Shigar.

—Quizás, Maestra. Pero si fracaso…

—Metafóricamente hablando —dijo ella con una sonrisa—, si es la palabra más pequeña en el lexicón Estándar Galáctico, aún así permanece entre nosotros y nuestros mayores sueños. Deja que sea un puente, Shigar. Es tiempo de que lo cruces. Estaré esperándote al otro lado.

Él tomó aliento profundamente.

—Sí, Maestra.

—Mientras tanto, tengo la esperanza de que el Comandante Supremo Stantorrs nos provea con refuerzos sustanciosos. Donde los Mandalorianos están involucrados, no puede correr riesgos. Pero sin duda será una misión militar, no Jedi. Te sugiero que nos encontremos en Honoghr. Mándame las coordenadas allí, una vez que las tengas, e iremos de camino.

La mente de Shigar se tambaleó ante los esfuerzos logísticos desarrollándose en respuesta a sus acciones.

—Sí, Maestra.

—La Fuerza está contigo, Shigar.

La línea crujió y se cortó.

Shigar se hundió momentáneamente en el asiento, y entonces fue a encontrar algún lugar tranquilo para meditar.

* * *

Larin no tenía intención de escuchar a escondidas la conversación de Shigar con su Maestra, pero el Fuego de Auriga era demasiado pequeño para permitirle a alguien privacidad real. Donde ella y Ula se sentaron mirándose el uno al otro estaba a menos de cinco metros de Shigar, y los pasillos de metal llevaban cada sonido. Ula habló en bajo para no molestarle, y era fácil para Larin ignorar al enviado.

Le fue mucho más difícil, sin embargo, ignorar el desastre que la Sith desgraciada había hecho en su mano.

Sólo quitarse el guante había sido difícil. No existían analgésicos suficientes para escudarla por completo de la sensación de la carne mezclada y el plastoide tirando de

ella. El sable láser de la Sith había derretido ambos en un horrorífico sellado, uno que la había detenido de perder demasiada sangre pero que tenía que ser eliminado antes de que la herida pudiera sanar apropiadamente. El escaneo inicial del kit médico reveló un desastre de huesos rotos y vasos sanguíneos debajo. Sólo podía tratar con ellos una vez que la herida fuera limpiada.

Ese trabajo recaía en Ula, quien empuñaba un escalpelo sónico con más seguridad de la que ella había esperado. Ula le hablaba durante el procedimiento, en un intento de reafirmarse ambos, lo más probable. Ella rechinó sus dientes, incapaz de apartar la mirada, y al mismo tiempo trató de centrar su mente en otra cosa.

—¿Cuáles son tus planes ahora, Shigar? ¿Vas a traer de vuelta al Enviado Vii y a tu amiga a Coruscant?

Esa tenía que ser la Maestra de Shigar, la legendaria Satele Shan. Larin deseaba poder ver la imagen. Ella hablaba con tal seguridad y confianza, y Shigar respondía a ambas de formas que él probablemente no podía darse cuenta, simultáneamente confiando y revelándose. Era difícil imaginarle en un rol inferior a nadie.

—Quizás el que no ve eres tú, Shigar.

—Aquí —dijo Ula, cautelosamente elevando el guante de su carne brutalizada. Salió en tres piezas. Había resellado los principales vasos sanguíneos con un cauterizador láser y aplicado un compuesto estabilizador de huesos—. Creo que está lo suficientemente bien como para ponerlo en el kit médico ahora. Revolveré las alacenas de la nave después y veré si puedo encontrar un prostético para salir del paso hasta que lleguemos a casa.

Ella no quería mirar a las ruinas de su mano, pero tenía que hacerlo. El corte corría limpiamente a lo largo de sus metacarpos, dejándola sin ni siquiera un solo muñón de dedo. El dolor era difuso y tenue ahora, pero muy presente. Sus nervios estaban obviamente aún trabajando. Eso era algo bueno, se recordó a sí misma, si iba a tener alguna vez un prostético completo unido.

El kit medico se tragó lo que quedaba de su mano hasta la muñeca, y zumbó pacientemente.

—La Fuerza está contigo, Shigar.

Larin le escuchó suspirar, entonces alzarse para moverse a otra parte de la nave. Sus pasos golpeaban pesadamente, como si estuviera cargando con un gran peso. Las puertas se abrieron y se cerraron, a veces propinaban un golpe o dos. Finalmente se detuvo. Una puerta cerrada y sellada. Aparte del zumbido combinado del soporte vital y una docena de otras máquinas, la nave estaba en silencio.

—He dicho, que tengo varias mochilas llenas de ropa sin estrenar. ¿Si tú o alguien más quiere cambiarse…?

Ella se centró en la cara de Ula.

—¿Qué? Oh, sí. Lo siento. Es una buena idea. ¿Podrías ayudarme a sacarme la armadura? No seré capaz de alcanzar los sellos del lado derecho hasta que el kit médico haya terminado.

—Por supuesto. Estaré encantado.

Juntos forzaron para quitarle las places de su brazo y pecho. La espalda le derrotó por completo, así que ella le enseñó cómo disparar los sellos del pecho y retorcer el caparazón hacia fuera. Incluso a través de su traje ajustado sentía el frío del aire. Ella no se había quitado la armadura en días literalmente. En Coruscant, en los peligrosos distritos antiguos, se había acostumbrado a dormir en ella la mayoría de las noches.

El estado de la armadura le consternaba. Había sido bien utilizada incluso antes de que la comprara, pero los últimos días la puso a prueba más allá de las expectativas razonables. Estaba dentada, cortada, fundida, perforada, y ennegrecida. Más de una vez encontró manchas de sangre que ni siquiera recordaba haber derramado.

—Puedo manejar el resto —dijo ella—. Debe haber un baño por aquí en alguna parte.

—Vi uno pequeño cerca del contenedor de estribor. ¿Estás segura de que estarás bien sola?

—Definitivamente. Una chica debe guardar algunos secretos.

Él se ruborizó de un rojo brillante, y ella instantáneamente retiró la broma.

—Lo siento —dijo ella, cogiendo su mano—. Has sido de gran ayuda, Enviado Vii. Los analgésicos me están haciendo sentir un poco grogui. Debería tumbarme después de que me haya limpiado.

—Sí, sí, deberías descansar. Y por favor llámame Ula.

—Gracias, Ula.

Su mano era cálida en la de ella. Ella se sorprendió de no querer dejarle ir. Se sentaron sin decir nada por un momento, y quizás los analgésicos de verdad le estaban haciendo efecto porque sentía que se le empañaban los ojos en ese leve instante de contacto humano. Había estado por su cuenta por tanto tiempo.

No seas idiota, se dijo a sí misma. Estar en los Estrellasnegras nunca fue como esto. Luchábamos y matábamos juntos. No nos agarrábamos de las manos.

—Está bien —dijo Ula, sonando avergonzado de nuevo—. El equipaje está en los cuartos de la tripulación. Dejaré que rebusques en él. Llama si necesitas algo, cualquier cosa.

Larin asintió y se frotó la nariz.

Ula le soltó la mano.

Cuando ella volvió a mirar arriba, él se había ido.



CAPÍTULO 24

La lanzadera Imperial salió del hiperespacio encima del verde y vacío mundo de Kant, profundo en el espacio bothano. Las dos lunas de Kant poseían un grupo chispeante de compañeros asteroides. Entre ellos acechaban los diecisiete navíos de la media división otorgada a Darth Chratis por el Consejo Oscuro. El crucero mayor en cabeza, un behemoth viejo sin morro Keizar-Volvec llamado el Primordial, se encontraba bajo y desconectado delante. Ax sintió un temor anticipado conforme la lanzadera se balanceaba hacia el muelle. Había limpiado las heridas de su cara y cuello y se había cambiado a unas vestimentas limpias. Todavía, no se sentía preparada para lo que llegaría con seguridad.

Un servicio completo la esperaba en la cubierta del hangar. Ella ignoró su saludo.

—¿Dónde está el técnico que pedí?

—La especialista Pedisic está en camino, mi señora.

—No está lo suficientemente bien. Pedí que uno estuviera aquí cuando llegara. ¿Qué hay de Darth Chratis? ¿Está en camino, también?

—No, mi señora. Desea que le atienda de inmediato.

—De nuevo no está lo suficientemente bien. —Ella envolvió la Fuerza alrededor de la garganta del hombre y apretó hasta que jadeó—. Dile que tengo un trabajo importante que supervisar, y que no seré distraída.

—¡Sí… señora! —consiguió decir el soldado con la cara roja.

Ella le dejó ir y él se fue para obedecer sus órdenes.

Tras ella, el piloto y otro soldado llevaban una caja de metal sellada bajando la rampa con un cuidado exagerado. Les había impresionado con la importancia de sus contenidos. Si algo pasaba a los restos del hex, ella estaría hundida junto con la misión.

—Necesito un sitio seguro para abrir esta caja —dijo ella al siguiente soldado en la fila—. Muéstrame la plataforma de cuarentena más cercana.

—Sí, mi señora. —Él se giró de golpe sobre sus caderas y la llevó a una habitación con ventanas de cristal localizada en un muro de la cubierta del hangar. La caja les seguía sin demora.

La plataforma de cuarentena era pequeña pero estaba bien equipada. La caja fue al suelo cerca de una mesa de metal brillante. Una técnico de droides con respiración pesada llegó finalmente, y Ax mandó a todos los demás a que formaran.

—Dentro de esa caja hay un droide —le dijo a la técnico—. Y dentro del droide hay información de la mayor importancia posible. Es tu trabajo sacarla.

—Entiendo, mi señora.

—Bien. Bueno, ¡ábrela!

La especialista Pedisic abrió las hebillas, miró por un momento lo que había dentro, entonces se acercó para sacar los restos. El hex muerto había colapsado sobre sí mismo y ahora estaba reducido al tamaño de un niño pequeño humano. Sus piernas se curvaban protectoramente alrededor de su abdomen. Un fluido marrón oscuro lo manchaba todo.

—Nunca he visto algo como esto antes —le dijo Pedisic, limpiándose las manos en una tela que sacó del interior de su uniforme.

—Lo que hayas visto o hecho antes no me concierne —dijo Ax—. Es lo que ocurre ahora lo que importa. Si dijera que esto es un asunto de vida o muerte, no estaría exagerando. Para ti, con seguridad lo es.

Pedisic tragó.

—Déjeme que haga mandar algo más de equipo, y empezaré de inmediato.

Ax asintió.

—Tienes una hora.

Ella salió de la plataforma de cuarentena, pasando a los dobles guardias estacionados en la puerta y fue a encontrar a su Maestro.

* * *

El golpe llegó tan rápido que no pudo evitarlo, incluso aunque lo estuviera esperando desde el momento que abordó en el Primordial. Se sintió deslizarse y propulsarse con una fuerza aplastante hacia la mampara más cercana, y se quedó allí, incapaz de moverse.

—Fuiste mandada a Hutta a por una cosa.

El siseo mortífero de la voz de su Maestro se deslizaba como una aguja al rojo en su oído derecho. Podía sentirle junto a ella, incluso aunque la habitación estaba en absoluta oscuridad. Su presencia era como un fuego pestilente ardiendo en la fábrica del propio espacio.

—Sólo una cosa —repitió él—, aún así vuelves sin ella, te haces a un lado mientras el enviado oficial del Emperador es asesinado, y te retrasas antes de informarme. ¿Qué debo hacer contigo, Eldon Ax? ¿Qué castigo sería el más adecuado?

—El enviado era una marioneta —consiguió decir en su propia defensa.

—Siempre lo son, pero son la cara pública del Emperador. Despreciar a uno de ellos es despreciarle a él. ¿Formarías parte de algo así? ¿Debería ser informado de que has permitido que a su autoridad le han faltado al respeto?

—No, Maestro. No era mi intención.

—Quizás no lo era. Es difícil estar seguro. Tu confusión ha sido expuesta ante mí. Has sido debilitada por la unión, por la existencia de una madre…

Ella se encogió lejos de él como si hubiera sido golpeada físicamente.

—¡Mientes! —gritó ella, aunque parte de ella se preocupaba de que fuera verdad.

Las luces ardieron al encenderse, cegadoramente brillantes. Ella cayó al suelo, liberada, y parpadeó para quitar la imagen persistente del brillo. La habitación era cuadrada, negra, y vacía aparte del sarcófago de meditación de su Maestro acoplado de

forma segura en el centro. Él estaba dentro, su cara marchita oculta de forma segura tras la tapa.

Él nunca había estado de pie junto a ella del todo.

—Déjeme explicar, Maestro.

—Si no puedes, aplastaré tu mente hasta convertirla en polvo.

Ella empezó con su intento de infiltrarse en la caja acorazada y pasó rápidamente a su confrontación con el Padawan Jedi, luego con Dao Stryver. Darth Chratis estaba descontento por su incapacidad de masacrar a ninguno de sus enemigos, y ella percibió su voluntad febril enrollándose a su alrededor, pero ella avanzó sin vacilar. Su destino recaía en convencerle de la valía de los hexes.

—Droides —suspiró él—. Lema Xandret era una fabricante de droides.

—Eso confirma con seguridad más allá de cualquier duda posible que el Cinzia estaba conectado a ella. ¿No, Maestro?

—¿Tienes alguna otra evidencia?

Ella apartó el recuerdo del chillido implacable de los hexes.

—Ellos me atacaron primero a mí consistentemente, como si poseyeran un resentimiento incrustado hacia los Sith. De otra forma, ellos sólo se lanzaban a luchar cuando les atacaban o su camino era impedido.

—Ciertamente sugerente. ¿Dices que el Mandaloriano sabía de su calibre, como si hubiera visto a los de su clase antes?

—Él retrocedió hasta que estaba claro que los hexes iban a escapar.

—Encuentro eso muy interesante, también.

—Los Hutts claramente no tenían ni idea de lo que habían encontrado, Maestro. Lo habrían vendido por el valor material únicamente, si no se hubiera activado.

—¿Crees que tu presencia activó algún tipo de despertar?

—No, Maestro. Era una cuestión de interés. La fábrica semilla permaneció relativamente quiescente hasta que las circunstancias hicieron esa táctica inviable. Entonces pasó a otra táctica. Si la subasta hubiera sido una semana más tarde, creo que los hexes habrían escapado sin ser registrados hacia la biosfera de Hutta, y desde ahí harían su viaje a casa.

—Para informar, supongo.

—Sí, Maestro.

—¿Puedes recuperar su ruta de los restos que trajiste aquí?

—Intento hacerlo, Maestro.

—Si no lo haces, te despellejaré viva enfrente del Consejo Oscuro, antes de que ellos me despellejen a mí.

—Sí, Maestro.

—Humíllate ante mí —le dijo—, y júrame que el pensamiento que veo en tu mente no es otro motivo para matarte ahora.

Ella se quedó helada. Todo lo que había estado pensando era que los hexes lucharon contra ella tan duro como si lucharan contra sus enemigos; más duro, de hecho, porque

ella era una Sith. Con seguridad, en su lugar, deberían haberla reconocido y retroceder. Después de todo, Lema Xandret les había creado a ambos. Ella incluso había llamado a su nave como a su hija. Deberían ser sus aliados, no sus enemigos.

Darth Chratis agarró su mente como un huevo, preparado para aplastarla con un pensamiento.

Ella hizo exactamente lo que dijo él, presionando su propia cara abajo contra el frío suelo de metal para reafirmar su lealtad a él.

—Sigo siendo su sirviente de confianza —dijo ella—. Soy suya para matarme si lo considera oportuno.

Ella esperó, sin atreverse a respirar, y gradualmente la presión se aflojó.

—Debes vivir —le dijo su Maestro—, por ahora. Encuéntrame la localización de ese planeta. Si me fallas de nuevo, no mostraré misericordia. ¿Me entiendes?

—Sí, Maestro.

—Vete.

Ella se fue.

Sólo cuando estaba segura de que había alcanzado una distancia segura se atrevió a pensar. Puedes esperar que yo no tenga misericordia contigo, Maestro, en el día en que nuestras posiciones se inviertan.



En el mismo segundo en que el kit médico pitó para decirle que su trabajo estaba hecho, Larin deslizó su mano fuera y se dirigió al baño. Estaba cansada y adolorida, pero esto no podía esperar. Era todo lo que le podía pedir a un traje ajustado auto-limpiante. Un buen enjuague era exactamente lo que necesitaba.

Cuando acabó, hizo lo que Ula le había sugerido, y miró entre sus maletas en busca de algo que fuera capaz de llevar. Mucho de lo que había era ropa formal y todavía sellada al vacío en su envoltura original. Un montón de ellas estaban hechas de fabricación natural más cara, y por lo tanto no eran apropiadas para los ajustes en vuelo, pero Ula no era significativamente más alto que ella. Finalmente encontró unos pantalones azul oscuro y una chaqueta a juego de corte militar. Las mangas y perneras encajaban con su altura, y las otras medidas le venían lo suficientemente ajustadas. Con el traje ajustado negro debajo, ella casi parecía estilosa; excepto por los moratones en su cara y los dedos que le faltaban en su mano izquierda.

Larin consideró que lo que le dijo a Ula es lo que haría, y lo rechazó. Estaba cansada, pero sabía que no sería capaz de dormir. La primera cosa de la que se había dado cuenta al dejar el baño era que la nave no se estaba moviendo. Todavía estaba en órbita sobre Hutta.

Ella exploró el nivel principal del Fuego de Auriga. Hetchkee sonaba dormido en los cuartos de la tripulación, y como cualquier buen soldado no había sido perturbado por que ella rebuscara alrededor. Las suaves voces masculinas que venían de las escaleras desde la cabina de mandos pertenecían a Jet y a Ula. Todos los contenedores en los que asomaba la cabeza estaban vacíos, excepto uno.

Shigar se sentó con las piernas cruzadas, con las manos dobladas sobre su regazo y los ojos cerrados. El trozo plateado se asentaba inocentemente en el suelo enfrente de él. Su cara era inexpresiva, pero ella podía percibir la tensión que radiaba de él como un tañido tangible. Él parecía como ella se sentía hacía media hora: cansado, sucio, y derrotado medio muerto.

Ella fue y cogió el kit médico.

—Tu brazo —le dijo cuando volvió—. ¿Cómo vas a conseguir nada si sangras por ahí en la oscuridad?

Sin mover un solo musculo, abrió sus ojos.

—No puedo hacerlo de todos modos, Larin.

—Ya sabes, nunca serás capaz de probar que sea cierto —dijo ella, sosteniendo el kit médico hacia él como un desafío—. Todo lo que puedes probar es que has dejado de intentarlo.

—Pero si me distraes…

—Eso no es lo mismo que abandonar. Eso se llama reagruparse. Soy tus refuerzos.

Su máscara de concentración finalmente se rompió en una sonrisa leve.

—Felizmente me cambiaría por ti.

—Yo, también —dijo ella, alzando su mano herida.

Él le cogió el kit médico sin decir otra palabra.

Ella explicó la situación de la ropa mientras él le tendía su brazo. Él asintió vagamente. Ella se deslizó bajo la pared y se sentó con la espalda contra ella. Él no la detuvo. Por el ligero hueco a través de la puerta abierta, parecía mucho más viejo de lo que ella sabía que era.

—Todos me están esperando —dijo él conforme el kit médico zumbaba alejándose—. No sólo tú y la Maestra Satele. El Comandante Supremo Stantorrs, cientos de soldados y pilotos de cazas estelares, la República entera; esperando a que haga algo que nunca he sido capaz de hacer. No apropiadamente en cualquier caso. Viene y va. No es confiable. Puedo decirte de dónde viene tu armadura, ¿pero esta cosa…?

El trozo de nido de droides destellaba impasible hacia él.

—¿Qué hay de mi armadura? —dijo ella.

—Una vez, cuando me rocé contra ella, tuve un flash de su antigua propietaria. Era una francotiradora de Tatooine. Tuvo una medalla por acabar con un jefe local del Intercambio.

—¿Qué le pasó a ella?

—No murió en la armadura ni nada de eso, si es lo que te preocupa.

Larin asintió, sintiendo una pequeña cantidad de alivio.

—Quizás fue ascendida fuera del campo y se llevó la armadura con ella. Eso pasa, a veces.

—Pero ella la vendió —dijo él—. ¿Habría necesitado tanto el dinero?

—Deben haber sido sus hijos. Es una armadura antigua, Shigar, fuera de acción desde antes del Tratado de Coruscant. Me llevó un montón de trabajo ponerla en la forma en la que estaba, déjame que te cuente.

—Podrías haberte comprado una armadura nueva en cualquier momento —dijo él—, pero no querías. Es un símbolo en pie por todas las cosas que necesitan ser arregladas.

—¿Eso es lo que piensas?

—Es sólo una suposición.

Sus ojos verdes la miraron sin parpadear. Ella sentía a veces que miraban justo dentro de ella. A veces le gustaba ese sentimiento. A veces no.

—Estás pensando demasiado —le dijo a él.

—Es para lo que he sido entrenado.

—Estoy segura de que no lo es. Estoy segura de que la Gran Maestra te entrenó para pensar sólo lo suficiente, y no más. Pero la lección no se ha hundido todavía porque la gente sólo aprende a las malas. Y ahí es donde estás ahora. Absolutamente atascado, en una situación difícil. ¿Cierto?

Él todavía no apartó la mirada.

—Quizás.

—Quizás nada. Sabes que tienes que hacer algo. Sabes lo que es y sabes por qué tiene que hacerse. Pero no puedes hacerlo porque estás demasiado ocupado pensando en ello una y otra vez, asegurándote de que tienes la razón del todo. La mayor parte de ti sabe que tienes razón, pero hay una pequeña parte que quiere pensarlo una vez más. Los motivos, el método, los efectos colaterales. Lo que sea. Como si pudieras planearlo todo anticipadamente y entonces simplemente sentarte y verlo pasar, tan perfectamente que ni siquiera tienes que estar allí para hacerlo. Las cosas simplemente pasarán a su ritmo. Quizás no necesites hacer nada si piensas en ello lo suficiente. Eso siempre merece la pena esperarlo.

—Estás hablando desde la experiencia, puedo decir.

—Puedes apostar que sí —dijo ella, pero entonces se detuvo. Las palabras se habían secado.

—Está bien —dijo él—. No tienes por qué decírmelo.

—No, tengo que hacerlo. Necesito decírselo a alguien, un día. Deberías ser tú, ahora. —Ella sintió su cara calentándose, y se giró, esperando que él no lo pudiera ver—. Me chivé de un oficial superior.

—Supongo que tenías una razón.

—La mejor. El Sargento Donbar era un corrupto. Pero eso no cambiaba nada. Fui contra la cadena de mando e informé a sus superiores. Ellos le reprendieron y le degradaron, pero se echó tierra sobre el motivo. Siempre había gente que no me creía, aunque lo hice sin resentimiento, pero por el secretismo no podía defenderme. Nadie quiere que las Fuerzas Especiales parezcan malas, y él se fue volviendo tan malo como podía. Él fue degradado, y finalmente me fui. Se volvió demasiado incómodo.

—¿Te arrepientes?

—A veces —dijo ella, pensando en el zabrak de Coruscant—, pero tenía que hacerse. Si tratara de recordar las semanas de agonía que pasé durante su liderazgo haciéndolo realmente, te aburriría hasta la muerte.

La piel alrededor de sus ojos se tensó.

—Y ahora crees que yo debería sobreponerme y hacer lo que tengo que hacer.

—¿No estás de acuerdo?

—No del todo. Encontrar un planeta que podría estar en cualquier parte en el Espacio Salvaje es un poco diferente de hacer un informe, ¿no crees?

—Seguro que es diferente. No vas a perder a cada amigo que has tenido si haces lo correcto. Y realmente has entrenado para esto la mayor parte de tu vida. Recuerda, Shigar, que no tuviste que trepar de ninguna parte para llegar donde estás. Fuiste seleccionado de entre todos en Kiffu para ser un Caballero Jedi. Lo que sea que pase hoy, volverás a la vida que conoces. Así que puedes hacerlo a tu propio ritmo, o puedes hacerlo cuando necesites hacerlo. Yo sin embargo creo que sólo hay una elección correcta.

Él apartó la mirada.

—Has venido para decirme que crees que lo tengo fácil. Eso marca una gran diferencia. Gracias.

Su sarcasmo dolió. Larin no sabía para qué había ido a él, realmente, excepto para romper su acojone. Estaba sorprendida de qué profundos corrían los sentimientos y la dureza con la que ella había hablado. Era difícil decir cuánto era por su bien.

—Está bien, entonces —dijo ella—. Te dejaré que lo hagas.

Cuando ella se puso en pie, sus rodillas prácticamente se agitaron de la fatiga.

—Lo haré —dijo él—. Tengo que hacerlo.

—Bien, reprímelo cuando lo hagas. Voy a ver si cojo el sueño.

Ella no esperó a su irritante respuesta, si la tenía. Dejando que sus piernas trabajaran en piloto automático, fue a una litera de los cuartos de la tripulación y se durmió antes de que su cabeza golpeara la almohada.

* * *

Shigar la escuchó irse. Ya se arrepentía de la forma que había reaccionado a su consejo combinado con una confesión. Claramente, ella había estado guardando la última parte por algún tiempo, y debería haber mostrado más compasión. Pero estaba tan atrapado por sus propios asuntos, su propio desastre de sí mismo, que no había sido capaz de ver la herida abierta que ella le había mostrado. No su mano, sino el dolor severo de todo lo que ella tuvo aprecio alguna vez.

¿Cómo se sentiría él, se preguntó a sí mismo, si tuviera que darle la espalda a la Orden Jedi? Era imposible imaginar a la Maestra Satele haciendo alguna cosa que contradijera el Código por el que vivía, pero famosos Jedi habían caído al lado oscuro antes. ¿Y si él descubriera que de hecho está trabajando contra el Consejo? ¿Y si él supiera que su palabra estaría en contra de la de él? ¿Era su sentido de la justicia lo suficientemente fuerte para hacer la llamada de todos modos, como Larin lo había hecho?

Una vez habría estado completamente seguro de sí mismo. Ahora, tras tus tratos con Tassaa Bareesh, no estaba tan seguro.

Y todavía estaba el asunto del mundo misterioso, esperando a ser resuelto.

La pieza del nido de droides resplandecía hacia él.

Larin tenía razón en una cosa: sentarse alrededor pensando en ello no le llevaría a ninguna parte. Todo el tiempo que había estado aislado en la oscuridad, no había siquiera tocado el trozo plateado. Había estado tratando sin éxito de llevar su mente al estado adecuado, creyendo que no tenía sentido ni siquiera empezar hasta que estuviera completamente preparado.

—La fe de Larin en ti no está injustificada. Quizás deberías tener fe en ella, también.

Shigar recordó cómo se había sentido cuando la Maestra Satele le había ordenado ir a Hutta. Invitó a Larin porque sentía que ella le necesitaba para probarse algo a sí misma. Ella estaba llena de fanfarronadas pero le faltaba un claro sentido del propósito. Ahora

entendía por qué ese núcleo de su vida se había perdido, y era él el que necesitaba probar algo. Si no lo hacía, haría algo peor de decepcionar a su Maestra y a la República. Se fallaría a sí mismo.

Sólo hay una elección correcta.

Cogió el trozo de metal. Estaba frío y afilado al tacto. Si lo ponía en su puño derecho y lo apretaba, con seguridad le haría sangre.

Él lo colocó en su puño y apretó.

El fondo se cayó del contenedor y de pronto estaba cayendo.

Su primer pensamiento fue de agarrar algo para sostenerse, tanto mentalmente como físicamente. Esto era completamente distinto a cualquier información psicométrica que había recibido antes. Pero lo que estaba leyendo esta vez era diferente a cualquier cosa que hubiera tratado de tocar antes, así que luchar contra la visión podría ser derrotarse a sí mismo. Quizás ser atrapado por el final profundo era exactamente lo que necesitaba. Se envalentonó contra la avalancha de vértigo y trató de tomar lo que pudo de la experiencia.

Caer. Al principio no parecía haber nada más que eso. Entonces se dio cuenta de detalles altamente reminiscentes de la extraña geometría azul del hiperespacio. ¿Era eso lo que estaba mirando? ¿El último viaje del nido, o el primero?

Hubo un destello de luz cegador, y él se detuvo de un tirón. Todo era oscuro de nuevo. Las voces iban y venían, demasiado indistintas para averiguar las palabras. Eran altas, aún así, como si fuera una discusión. No podía averiguar caras, ni localizaciones, ni coordenadas. Sólo un sentimiento: que la cosa a la que el trozo había permanecido estaba determinada a sobrevivir.

El Cinzia, pensó él. Estaba rebobinando a través de la historia de la fábrica de droides, a la inversa. Claramente poseía una autoconsciencia rudimentario, la cual no podía llegar por sorpresa desde que había organizado ella sola en secreto la creación de cuatro droides avanzados de combate sin ser detectada. Incluso si sus algoritmos más internos eran automatizados, había tomado cierto grado de astucia para saber cuándo permanecer en bajo y cuándo volverse activa.

El destello era probablemente la explosión que casi le había matado.

Shigar quería seguir moviéndose. El siguiente salto sería aquel que le llevaría a casa, a donde la fábrica de droides se había originado. Pero su entusiasmo sólo provocó que la visión se deshilachara por los bordes; y de repente fue arrojado de nuevo al suelo duro del contenedor sin nada que mostrar de la experiencia.

Él se sentó, respirando pesadamente y maldiciendo su impaciencia.

Cuando abrió su mano derecha, el trozo descansaba en su palma con un charco creciendo de sangre.

¿Qué había hecho esta vez, comparada con todas las veces anteriores, que había funcionado?

Podía adivinar la respuesta, y era consternadamente simple. No había hecho nada en especia. Simplemente lo hizo. La Fuerza se había movido a través de él exactamente de la forma correcta, y el conocimiento que había estado buscando llegó a él. No le había

llevado ningún grado particular de concentración o ningún sofisticado juego de pies mental. Lo había hecho porque podía hacerlo. Había una gran oportunidad de que nunca hubiera sido capaz de hacerlo; él estaba seguro de que todos aquellos años de entrenamiento no habían sido para nada. Pero en cierto modo, como Larin había dicho, todos los pensamientos extra que hacía sobre el tema habían sido un desperdicio. Habían sido, de hecho, contraproducentes.

La siguiente pregunta era: ¿podría hacerlo de nuevo?

No necesitaba preguntarlo. No quería preguntarlo. La hora de las preguntas se había acabado.

Transfirió el trozo a su mano izquierda y apretó de nuevo.

Una segunda visión del hiperespacio le envolvió. Cayendo más rápido esta vez. El túnel azul estaba torcido, enredado. Él se sintió mareado. Fuerzas misteriosas tiraban de él, le agitaban violentamente a veces. Sentía como si estuviera corriendo abajo de una montaña escarpada y que en cualquier momento tropezaría y se tambalearía de cabeza de camino al fondo. Conforme el viaje de la fábrica de droides se rebobinaba hacia atrás en el tiempo, le llevó a un sitio oscuro, profundo.

Shigar no cuestionó la visión. Dejó que se desarrollara a su propio ritmo. El estremecimiento se volvió peor conforme se acercaba al origen del Cinzia, hasta que sintió que sería destrozado.

Cuando cesó, todo estaba en silencio. Percibió un sentimiento de bienvenida, incluso aunque era con seguridad ilusorio. La fábrica era una máquina, y había estado dejando su mundo de origen, no llegando a él. Pero el sentimiento era persuasivo. Sentía que pertenecía allí, y que allí; donde fuera que fuera; era importante y precioso. Único. Shigar entendió ese sentimiento aunque nunca lo sintió por Kiffu, su lugar de nacimiento. Shigar había sido un ciudadano de la galaxia por demasiado tiempo para sentir lazos por ningún lugar.

De nuevo pensó en Larin y en sus circunstancias distintas. Ella, también, había dado grandes pasos por la República y más allá. Pero ahora estaba atascada en Coruscant; o lo había estado hasta su llegada. Nunca había expresado infelicidad por su confinamiento relativo, pero él sólo podía imaginar cómo se sentía.

La fábrica de droides se sentía como si perteneciera allí. De donde fuera que venía, ahí es donde quería estar. Y Larin la había matado.

Quizás, pensó, eso había sido misericordia.

Más voces, esta vez con caras borrosas. Hombres y mujeres humanos; Shigar no reconoció a ninguno. Averiguó algunas palabras, aún así, incluyendo el llanto furioso de los hexes. Estaba siento entonado por un grupo de gente, incluyendo a una mujer de mediana edad, con pelo corto color ceniza y ojos inteligentes. Su mano se alzaba sobre su cabeza. Ella estaba agitando su puño hacia el cielo; pero no era un cielo del todo. Era un techo. Ella estaba en un gran espacio con un tanque tubular en su centro, lleno de rojo.

Shigar no luchó contra la visión. Sólo le dijo: quiero estar en su cabeza.

Y lo estaba. Estuvo envuelto por un flujo turbulento de pensamientos e impresiones sensoriales. Se revolcó, ligeramente en asombro de lo fácil que había sido. Nada como esto le había pasado antes. Quizás había algo especial en ella, esta Lema Xandret.

Porque era ciertamente ella. Él fue golpeado por su ira. Encontró fuerza en su determinación de vivir sin trabas. Él se volvió alerta ante el entendimiento de que todas las cosas finalmente se comprometerían, o morirían. Sintió la satisfacción de todos sus logros. Lloró por la mezcla de amor y la pérdida de una hija.

Shigar miró a través de sus ojos al mundo que había adoptado para sí misma, y sintió orgullo con un deje de preocupación, y un intenso deseo de venganza.

¡No reconocemos vuestra autoridad!

Y ahí estaba, al fin. Todo lo que había estado buscando: el mundo denso, metálico, rico con cambio y vigor, donde nadie lo habría buscado en millones de años.

Sus ojos chasquearon al abrirse. No sintió el dolor de los cortes en sus manos. Había olvidado los varios dolores y sufrimientos de su cuerpo, ganados a las malas en Hutta. Sintió sólo un grado de gratitud que nunca había experimentado antes, mezclado con un poderoso sentido del logro.

Saltando sobre sus pies, se apresuró a los cuartos de tripulación. Larin ya se había dormido rápido. Pensó en despertarla para contarle las noticias pero refrenó el impulso. Se merecía descansar. Podía agradecérselo más tarde.

Ula y Jet estaban en la cabina de mandos. Él trepó por las escaleras y reventó en su conversación.

—¡Sé dónde está!

—¿El mundo? —preguntó Ula, mirando hacia arriba sorprendido.

—Sí. ¡Lo encontré!

—Bien por ti, colega —dijo Jet—. ¿Tienes algunas coordenadas para mí?

—No exactamente —dijo Shigar—, pero puedo describírtelo. Creo que será bastante fácil de localizar.

—Bueno, genial. Estoy cansado de las vistas de aquí. Toma asiento y empezaremos.

Shigar sintió su sentimiento de triunfo menguar ligeramente en el pensamiento de lo que descansaba delante de ellos.

—¿Qué? —preguntó Ula, mirando a su cara—. ¿Hay algún problema?

—Puedes decir que sí.

Sus caras cayeron al unísono conforme les contó.

Encontrar el planeta era una cosa.

Llegar allí sería otra por completo.



La especialista Pedisic miró arriba conforme Ax entraba en la plataforma de cuarentena. El espacio había sido transformado. Grandes piezas de equipamiento flotaban sobre la mesa de disección, conectadas por gruesos cables a las matrices del procesador principal del crucero. Los restos del hex habían sido esparcidos como un tapiz delicado, revelando detalles intrincados de su estructura y función. Los muros de las celda que le hacían robusto al mismo tiempo que ligero estaban enhebrados con metal brillante, sugiriendo que realizaban funciones clave al mismo tiempo que proveían de apoyo interno. Vio varios globos del tamaño del puño, huevos plateados acurrucados contra componentes más familiares. Las piernas habían sido eliminadas por completo de las juntas de aspecto complejo y amontonadas como astas de metal en una vasija de transpariacero.

—Tengo mucho de lo que informar, señora —dijo la especialista. Se había arremangado las mangas, y sus brazos estaban manchados de marrón y negro hasta los codos.

—Entonces hazlo. —Ax se puso en pie con sus manos en sus caderas en un extremo de la mesa. Había sido generosa. La especialista había tenido más de una hora. Si Darth Chratis no hubiera sido tan conversacional en su disciplina, Ax habría vuelto mucho antes.

—Bien, lo primero que puedo decirle es que esta cosa, lo que sea que es, no está terminada. —Pedisic seleccionó una herramienta de punta fina de las muchas que rodeaban su espacio de trabajo y apuntó mientras hablaba—. Mire aquí: su neuro-red fue interrumpida antes de que se completara una instalación completa de sus reflejos analógicos. Y aquí: hay un surtido completo de sentidos a punto de ponerse online en su región dorsal, pero están completamente desconectados del ordenador central. El sistema de informe sólo ha crecido aquí y tiene que unirse aún a estos dos.

—¿Quieres decir que fue liberado demasiado pronto, antes de que estuviera preparado?

—Hay evidencia que sugiere que continuó desarrollándose después de que abandonara la fábrica que lo construyó. Sugiero que esta cosa se habría terminado a sí misma, dado el tiempo.

Ax recordó lo ferozmente que la cosa había luchado. ¡Y ni siquiera estaba completa!

—¿Cómo habría sido la forma final?

—Es imposible decirlo. El banco de datos principal no contiene ni una sola muestra. En su lugar hay muchas, con un montón de formas de transición. Y hay un componente biológico, también, lo que encuentro bastante desconcertante. Esta cosa marrón debe realizar alguna función, de otra forma no estaría presente en tales cantidades. Quizás

actúa como un agente aleatorio, animándole a adaptarse más fluidamente. Es difícil de analizar, aún así, porque ha sido fastidiado severamente.

Ella miró a Ax con reproche, como si la culpara de la condición de la muestra. En este caso, Ax era completamente inocente. El Jedi o el Mandaloriano habían hecho el trabajo por ella.

Y en cualquier caso, era irrelevante.

—Así que has accedido al cerebro, entonces.

—Sí. Justo hace un minuto.

—¿Cómo de listo era? ¿Podía pilotar una nave, por ejemplo?

—No es probable, mi señora, pero si lo necesitara, podría cambiarse a sí mismo para poder. Como los pájaros hacen crecer nuevas partes en sus cerebros en la primavera para aprender canciones nuevas. Es sólo una cuestión de…

Ax hizo un gesto para que se callara.

—¿Están los datos codificados?

—Naturalmente, pero el cifrado está basado en un sistema Imperial que cayó en desuso hace quince años.

Cuando Lema Xandret huyó del Imperio, recordó Ax.

—Lo craquearé pronto. No se preocupe, mi lord. El hecho de que la cosa estuviera incompleta hizo más fácil entrar. Todo lo que tengo que hacer es mapear la arquitectura y encontrar mi camino.

Ax no le prestó atención a las especificaciones. Y no había estado al tanto de que parecía preocupada. Si esta especialista no podía hacer el trabajo, conseguiría otro.

—Todo lo que quiero saber es de dónde vino esta cosa —dijo ella—. Y quiero saberlo ahora.

La especialista Pedisic asintió.

—Sí, mi lord. Con su permiso, continuaré con mi examen.

Ax señaló con un movimiento rápido de índice que la especialista debía volver al trabajo.

Mientras Ax esperaba, caminó por el espacio abarrotado, leyendo datos crudos y llegando a sus propias conclusiones. Nada de lo que vio contradecía las opiniones de la especialista, y había mucho más para absorber de lo que podía haber embutido en esa conversación corta. Los globos contenían los procesadores primarios del hex, donde los datos sensoriales convergían, fue intercambiado, y provocó varias respuestas ambientales. Las armas en cada mano eran un poco diferentes en principio a la tecnología estándar de bláster, pero destacablemente miniaturizados e integrados en una extremidad capaz de agarrar y soportar el peso al mismo tiempo. Este hex no tenía sistema de camuflaje que analizar, y desafortunadamente la defensa de electroespejo estaba demasiado dañada para hacer ingeniería inversa. Secciones enteras de su cuerpo habían sido fritas a cenizas.

—He craqueado el código, mi lord —dijo la especialista.

Ax se apresuró a echar un vistazo sobre su hombro. Moviéndose por un holopad había una lista de símbolos; los ladrillos de los cuales la mente del hex y todas sus

acciones fueron construidas. Ninguno de los comandos, reglas de lenguaje, y algoritmos, sin embargo, parecían remotamente familiares a Ax.

—¿Estos controlaban al hex? Al droide, quiero decir.

—Sí.

—¿Podríamos usarlos para controlar otros?

—Me temo que no. Estos comandos en particular son generados en el propio dispositivo; un sistema interno único y puro para coordinar sus muchas partes. Cada droide tendría un sistema diferente, así que lo que hemos ganado es simplemente el lenguaje de este droide, que está ahora muerto.

—Está bien, ¿pero lo has traducido, en este caso?

—Sí.

—Entonces encuéntrame lo que estoy buscando. El tiempo se acaba. —Tengo un Mandaloriano que freír, dijo silenciosamente para sí misma, y si fallo, vas a pagarlo muchísimo.

La especialista dobló bajo la sección del hex que había expuesto, remotamente operando manipuladores capaces de las medidas más diminutas de las que cualquier humano podría hacer. Los datos se movían vertiginosamente en todas las direcciones por el holopad, demasiado rápido para que Ax los siguiera. Su cabeza pronto le dolía de concentrarse tanto en algo que realmente no entendía.

—Tienes un minuto —le dijo a la especialista.

—Mi lord, lo he encontrado —dijo Pedisic—. Nombre, coordenadas hiperespaciales…

—Dámelas. —Una marejada repentina de nerviosismo la llenó—. ¡Ahora!

¿Dónde estás, Madre?

La especialista Pedisic recitó una larga lista de números. Ax cerró los ojos, visualizando bruscamente dónde encajaba la localización en el disco galáctico.

No lo hacía. Estaba bien sobre el Borde Medio, en medio de la nada.

Ax abrió sus ojos.

—¿Estás segura de que eso es lo que hay en su cabeza?

—Positivo, señora. Aunque no tiene sentido, ¿no? No hay nada ahí fuera. Nada en absoluto.

Bien, Ax se dijo a sí misma, eso no era del todo verdad. Había enanas frías y gigantes de gas huérfanos y todo tipo de bestias estelares extrañas. Y era un mundo sin descubrir, después de todo, hecho para fabricantes de droides traicioneros escapando de los Sith. No era irrazonable que esa gente desesperada por guardar su localización en secreto haya viajado pársecs fuera de su camino para oscurecer cualquier riesgo de persecución.

¿Pero qué había llevado a Lema Xandret a ese refugio aislado en primer lugar? ¿Qué le había incitado a buscar en esa dirección? La probabilidad de que ella tomara una nave en un salto largo hacia ninguna parte y que sólo llegara a un mundo habitable era mínima.

—Ejecuta las coordenadas a través de los registros Imperiales —le dijo a la especialistas—. Imagino que encontraremos algo allí.

La solicitud fue a los bancos de datos de la nave. Ax golpeaba con su dedo sobre la mesa de disección como si esperara una respuesta. Tomó más de lo que esperaba, y tuvo el tiempo suficiente para observar sólo cuánto se parecía el residuo orgánico fermentado a la sangre seca…

Con un repique, el holopad produjo una sola línea de información.

—Ahora, esto realmente es imposible —dijo la especialista.

—Prueba de nuevo.

La especialista repitió el procedimiento de cero, extrayendo los datos imbuidos y alimentando con ellos a los registros.

El mismo resultado volvió.

—Debe ser un engaño —dijo la especialista—. Una localización falsa para apartarnos del rastro.

—No lo creo —dijo Ax—. Todo en ello parece erróneo, pero eso mismo me dice que es correcto. Te dije que encontraríamos algo, ¿no?

—Pero es un agujero negro —dijo la especialista.

—Lo sé. Puedo leerlo con mis propios ojos.

Ax sintió como si esa estrella muerta, distante la hubiera alcanzado y agarrado con su irresistible gravedad. Estaba absolutamente segura de que era allí donde encontraría a Lema Xandret, constructora de droides que habló con voz propia.

—Creo que será mejor que me des el nombre, ahora —dijo ella—. Nos iremos tan pronto como la ruta sea trazada.



SEBADDON



Era un nombre modesto, pensó Ula conforme el Fuego de Auriga se agitaba a su alrededor, para una colonia que no debería existir.

Sebaddon.

—Sabes que estamos dementes, ¿no? —dijo Jet sobre el sonido de la hiperconducción de la nave esforzándose—. Si la sombra de la masa del agujero negro no nos destroza en pedazos, su gravedad nos succionará cuando lleguemos.

—Trazamos la ruta teniendo en cuenta ambas posibilidades —dijo Shigar—. Estaremos bien. Probablemente.

—Trataré de no pensar en ello —dijo Ula a través de los dientes apretados.

—Yo sólo trato de no echar la pota —dijo Larin.

Ula se giró en su silla para mirarle. Ella guiñó un ojo.

—¿Cuánto falta? —preguntó Shigar.

Su confianza calmada era exasperante. Ula no sabía cómo la albergaba Jet.

—Algo así como entre un minuto y nunca. Más probablemente lo último.

La nave chirrió del morro a la cola como si algo se hubiera agarrado a cada extremo y la retorciera. Ula agarró los brazos de su silla y cerró los ojos. Esto no era para lo que había firmado. Ser un informador se suponía que iba a ser estar sentado a las sombras, robando información, y tramando un asesinato de vez en cuando. No era luchar contra droides asesino, ser torturado por Mandalorianos, o sumergirse de cabeza a un agujero negro. Eso era lo que hacían los Agentes Cifrados.

Una fuerte mano agarró su codo. Sus ojos parpadearon para abrirse.

—No te preocupes —dijo Larin—. Lo lograremos.

Él asintió y forzó sus manos para que soltaran el agarre sobre la silla. La dejó pensar que él estaba calmado, cuando de hecho estaba exactamente lo opuesto a eso. La revelación psicométrica de Shigar había elevado su fe en él hacia nuevas alturas, aunque había una nueva tensión entre ellos ahora, como si su relación hubiera cambiado fundamentalmente. Eso, pensó Ula, debía ser la cosa más irritante de su situación.

Su mano se deslizó. Su mano buena. La que estaba cortada por la mitad por la Sith estaba metida en un guante mecánico, un mitón como un remo que le permitía agarrar, poco más. Ese era el pleno alcance de las provisiones de prostéticos del Fuego de Auriga.

La nave se sacudió de nuevo. Chatarra fue adelante, meciéndose y balanceándose, y alargó un cable desde su abdomen hasta la consola principal.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Ula.

—Sincronizando su mente con el ordenador de la nave —dijo Jet tras el revestimiento maltrecho de su droide.

—¿Estás dejando que pilote la nave?

—Tiene una buena cabeza sobre sus hombros, y su tiempo de reacción es mucho más rápido que el mío.

Como si desaprobara la afirmación de Jet, el Fuego de Auriga se inclinó alarmantemente en estribor, entonces azotó de nuevo a babor. Ula jugueteaba con el arnés de su asiento, pero de algún modo Chatarra logró controlarlo para mantener a ambos hacia arriba y unidos.

Un momento después el vuelo de la nave se calmó. Las vibraciones se aminoraron; las quejas de la hiperconducción y el casco se perdieron en el ambiente. El nudo de tensión en el estómago de Ula empezó a desatarse.

—Está bien —dijo Jet, apretando botones—. Está llegando ahora. ¡Aguanta!

Ula se tensó conforme las texturas enredadas del hiperespacio desaparecían. Normalmente una vista estirada por la velocidad de las estrellas tomaría su lugar, pero aquí fuera, en los verdaderos límites de la galaxia, estaban apuntando hacia el negro relativo. Sólo la leve luz de las distantes islas estelares existía para ser torcida por el movimiento de la nave.

Con un giro que hacía rodar las entrañas, el Fuego de Auriga volvió al espacio real, y la agitación continuó.

Jet apagó la hiperconducción y conectó los propulsores al máximo. Ula estaba presionado sobre su asiento conforme la nave llegaba. Los sensores barrían el cielo de delante, revelando vistas nunca vistas por nadie aparte de Lema Xandret y sus compañeros en la historia de la galaxia.

Era mucho más ligero de lo que Ula había esperado. Esa fue su primera impresión. Conforme la nave flotaba y el agujero negro surgió a la vista, él vio no una ausencia de luz oscura sino dos surtidores amarillos brillantes chorreando de cada uno de los polos de la singularidad. Eso era lo que quedaba de la última comida del agujero; una estrella muerta, quizás, o un gigante de gas solitario que había sido lo suficientemente desafortunado para cruzarse en el camino de este monstruo sin fondo. Como si alguien hubiera embutido demasiada comida en su boca de una vez, algo de la comida chorreaba de nuevo al espacio, flameante como antorchas celestiales sobre el fondo de la galaxia.

La segunda cosa de la que se dio cuenta Ula era de la propia galaxia. La nave y sus pasajeros estaban lo suficientemente lejos del disco habitado de la galaxia como para poder verla desde fuera. Una espiral hermosa con un gran bulto central, ocupaba casi la mitad del cielo. Conforme surgió a la vista, Ula olvidó sus preocupaciones por un momento y no experimentó otra cosa que asombro sin aliento. Cada nébula, grupo, y golfo fueron reveladas a él con más claridad y belleza de lo que cualquier mapa podía mostrar. Era difícil creer que algo tan sublime podía ser el centro neurálgico de tanta guerra y dolor.

—Ahí está el planeta —dijo Jet, utilizando sus instrumentos como un maestro.

—¿Sebaddon? ¿Dónde? —Shigar echó un vistazo a la espectacular vista.

—Ahí. —Jet señaló un monitor. Ula no podía ver nada más que un punto—. Está más lejos de lo que esperaba. Rodearemos el agujero y lo alcanzaremos en el alzamiento.

—¿Eso es seguro? —preguntó Ula.

—Relativamente. Mientras que no nos acerquemos demasiado.

Ula no quería preguntar: ¿Relativo a qué?

Shigar estaba mirando el monitor.

—No hay señal de ninguna otra nave —dijo él—. Hay una luna pequeña.

—¿Cómo puede tener una luna? —preguntó Hetchkee desde el asiento detrás de Ula.

—¿Cómo puede estar ahí del todo? —añadió Larin.

—Un agujero negro te matará si te acercas demasiado —dijo Shigar—, pero no si estás a una distancia segura. Las cosas pueden orbitar fácilmente, Sebaddon, cualquier trozo aleatorio de porquería que se haya roto con los años o nosotros.

La forma en que la nave traqueteaba no hacía sentir a Ula ni remotamente seguro.

—¿Qué hay del calor? —preguntó él—. Esos surtidores están calientes, pero no tan calientes.

—Conforme el planeta orbita, la gravedad del agujero lo estrechará y lo apretará, deteniendo a su núcleo de solidificarse. Me apuesto a que veremos volcanes cuando nos acerquemos. Eso debe ser lo que está trayendo todos los metales raros a la superficie; y dióxido de carbono, también, que también ayuda a mantener la atmósfera caliente.

Los surtidores se estaban volviendo visiblemente más grandes adelante. Chatarra permaneció conectado. Sebaddon era todavía invisible al ojo desnudo, y Ula abandonó en buscarlo.

Una alarma sonó.

—Naves —dijo Jet—, tras nosotros, exactamente de donde salimos.

—¿A quién pertenecen? —preguntó Larin.

—Espera a que hayamos dado la vuelta. Entonces podré decírtelo.

El monitor se disolvió en estática conforme caían más profundo en el terrorífico campo magnético intenso del agujero negro. Un olor a ozono llenó la cabina de mandos. Todo lo que contenía hierro empezó a vibrar con un tono molestamente alto.

No había sensación de peso porque estaban envolviendo al agujero, usando su tirón gravitacional para lanzarse fuera hacia donde el planeta estaba orbitando. Todavía Ula se sentía como si estuviera siendo simultáneamente estirado y apretado, justo como Shigar había descrito cuando hablaba del planeta. Efectos de la marea, se llamaban. Sus pulmones luchaban por insuflar suficiente aire, y puntos morados bailaban enfrente de sus ojos.

Entonces habían pasado y la presión empezó a aligerarse. Él se hundió en la silla, sudando fuerte y agradeciendo al Emperador que todavía estuviera vivo.

—Bien —dijo Jet—, esa era la parte difícil. Gracias, Chatarra. Sebaddon adelante. Haremos la inserción orbital en un minute. Y en cuanto esas naves… —Él escaneó los monitores sensores reanimados—. Cuento quince, con códigos transpondedores de la República. Stantorrs debe haber movido la propia Coruscant para llegar aquí tan rápido.

Shigar asintió. Estaba claro que él, también, estaba impresionado.

—¡No hay señal de Stryver!

—Eso es lo que dice la mira.

—¿Qué hay del Imperio? —preguntó Ula.

—Las únicas naves aquí son esas quince y nosotros —dijo Jet.

—¿Cómo sabrían los Sith dónde venir, en cualquier caso? —preguntó Larin—. No tienen el ordenador de navegación.

—Deben haber pensado en algo más, como nosotros —dijo Ula, tratando de mantener sus esperanzas altas incluso aunque lo dijo como advertencia—. Será mejor no subestimarles.

—Ciertamente —dijo Larin—. Ahí está —añadió ella, señalando a través de los puertos de delante.

Ula alzó la cabeza para ver.

Sebaddon era un mundo pequeño, marcado por la actividad tectónica, justo como Shigar había predicho. Su superficie iba del gris basalto al manto rojo brillante expuesto en la atmósfera por el constante movimiento de placas. La atmósfera era lo suficiente densa como para respirar y mostraba signos de nubes y precipitación. No había océanos, sólo las superficies brillantes ocasionales en las partes más frías del planeta que debían ser lagos.

—Si eso es agua —dijo Larin—, la superficie realmente podría ser habitable.

Cerca de uno de los «lagos» había un grupo de fuentes de radiación brillantes, indicando una ciudad de algún tipo. En otra parte del globo desenvolviéndose había otros puntos brillantes, posiblemente minas o asentamientos más pequeños.

—Alguien ha estado ocupado —dijo Jet—. ¿Cuánto tiempo han estado aquí?

—No lo sabemos —dijo Shigar.

—Imagino que unos veinte años, suponiendo sólo un pequeño grupo para empezar. La infraestructura es irregular, y hay algunos sitios a los que no se han dispersado todavía.

Jet señaló a la pantalla de vista conforme hablaban. No había naves en órbita ni satélites. La diminuta luna estaba completamente intacta.

—¿Queréis que les contacte? —preguntó él.

—No —le dijo Shigar—. Espera a que llegue la Maestra Shan. Debería ser la primera en contactar.

—¿Qué hay de Ula? —preguntó Larin—. Él es el enviado de la República.

—Sin ofender —dijo Shigar, girándose para hablar directamente a Ula—, alguien superior a ambos debería manejar esto. Espero que lo entiendas.

—Por completo —dijo él, con una gracia artificial. Habría preferido echar a perder una aproximación de la República al mundo valioso con la esperanza de que las proposiciones de su enemigo fueran rechazadas. Pero no había forma de discutirlo sin hacer que la gente sospechara. Él sólo tendría que esperar su momento y esperar que otra oportunidad surgiera.

El Fuego de Auriga se deslizó limpiamente en una gran órbita polar alrededor de Sebaddon, y los motores de la nave cayeron en un silencio bendito. Chatarra se

desconectó y volvió a su lugar en la esquina. Habían pasado horas de jaleo y tumulto desde que comenzaron el último salto, y Ula estaba profundamente contento de que hubiera acabado.

Jet claramente compartió sus sentimientos. El contrabandista se puso en pie y toqueteó los escudos sobre los paneles de instrumentos.

—Vamos —musitó él—. Sé que está aquí en alguna parte…

Un panel oculto se abrió, y él deslizó la mano dentro.

—¡Aha! Esos matones de los Hutts no lo encontraron todo, gracias a Dios.

La mano reapareció a la vista, sosteniendo una botella delgada de un líquido dorado. Jet rompió el sello y dio un buen trago.

—¿Alguien más quiere brindar? ¿Por lograrlo con vida, pese a los pasajeros locos y la dirección de poca confianza?

El comportamiento de Jet fue mayormente ignorado. De momento, todos los ojos estaban en la flotilla aproximándose de la Maestra Satele. Como Jet, había escogido acercarse rodeando el agujero negro en lugar de intentar acelerar hacia atrás contra su tirón considerable. Las vastas fuerzas actuando en las naves eran mucho más aparentes desde el exterior. Ula estaba aturdido por las velocidades que alcanzaban en los puntos más cercanos al agujero negro. Uno de ellos fracasó al hacer la inserción correcta y se desvió sólo una fracción de su ruta. Instantáneamente el agujero la atrapó, volcándola de extremo a extremo hacia sus fauces abiertas. Desapareció con un grito de rayos X.

Una por una, las catorce naves restantes salieron por el otro lado, agitadas pero intactas.

—Mira si puedes alcanzarles aún —dijo Shigar—. Palabra clave halcón-murciélago.

—Lo haré. —Jet tapó la botella y la alejó antes de volverse al comunicador—. El subespacio de largo alcance está revuelto por la singularidad, así que no puedes llamar a casa, pero deberíamos ser capaces de abrir transmisiones de corto alcance con ellos en un momento o dos.

—Es raro pensar que esto pueda acabar en unos pocos minutos —dijo Larin conforme Jet intentaba contactar a las naves aproximándose—. Quiero decir, Stryver o ha perdido el interés o ha caído al agujero. El Imperio no tiene ni una pista de dónde hemos ido. Una vez que la Maestra Shan se ponga en contacto con Lema Xandret, nuestro trabajo ha acabado.

—Te olvidas de los Hutts —dijo Ula. Si han puesto un dispositivo de seguimiento en la nave, nos rastrearán pronto.

—Sólo si están buscando la señal en la dirección adecuada. ¿Y quién pensaría en mirar aquí? Es el escondite perfecto.

Jet tenía razón, pero Ula no quería admitirlo. Una vez que Sebaddon fuera anexionada a la República, no habría nada que pudiera hacer salvo informar de la posición del planeta cuando volviera a Coruscant, mucho después de que el asunto de su propiedad se resolviera. Su misión estaba al borde del fracaso absoluto, y no parecía haber mucho que pudiera hacer sobre ello.

—Ese Mandaloriano me parecía bastante astuto —se metió en la conversación Hetchkee—. No lo veo cayendo en un agujero negro, a no ser que le empujaran.

—Pienso lo mismo —dijo Shigar—. No sería sabio asumir que hemos visto lo último de él.

—La tengo —dijo Jet, cayendo atrás en su asiento con satisfacción—. Adelante. Gran Maestra.

—Muy buen trabajo, Shigar —crujió la voz de Satele Shan desde el comunicador subespacial.

—Gracias, Maestra. —El Padawan estaba claramente animado por el elogio.

—El Supremo Comandante querría que hicieras volver al Enviado Vii a Coruscant lo antes posible.

—Con su permiso —dijo Shigar—, nos gustaría unirnos a la compañía que trajo con usted y observar las negociaciones.

—Espera un minute, colega… —dijo Jet, pero Shigar le cortó.

—Hemos estado cazando a Lema Xandret por tanto tiempo. Parece una vergüenza pasar por todo esto y simplemente volvernos.

Ula no sabía lo que pensaba sobre esa posibilidad. Por una parte, no esperaba nada más interesante que la disputa diplomática muy familiar; por otra parte no tenía prisa en informar de su fracaso a ninguno de sus maestros.

—Lo esperaba —contestó la Maestra Satele con un toque de sonrisa en su voz. El Coronel Gurin tiene el comando de la flota. Te sugiero que vayas con la Segunda Compañía y tomes el lugar de la nave que hemos perdido. Espera alimentación táctica en breve.

—Gracias de nuevo. Maestra —dijo Shigar, cediendo el control del comunicador a un Jet Nebula infeliz. Ya estaban flotando las órdenes y la telemetría en el Fuego de Auriga desde las naves aproximándose. Cuando Jet conectó el ordenador de su nave a la alimentación, se volvería parte de una entidad táctica mucho más grande, ya no un agente libre.

—Alégrate —dijo Shigar a Jet con una sonrisa—. Has trabajado antes para la República, ¿no?

—Seguro, pero sólo por su dinero. No por la gloria o la diversión como tú.

—No durará mucho. Sólo quiero ver esto.

—No engañas a nadie, Shigar. Sé que no quieres cumplir tu trato con Tassaa Bareesh.

Shigar bajó las esquinas de su boca pero no dijo nada para negar los cargos.

El crucero que ocupaba la Maestra Satele flotó tras ellos, un rombo dorado que parecía engañosamente más pequeño de lo que realmente era, con un nacelle de comando saliendo como el aguijón de un insecto de la parte trasera y un casco tachonado con un turboláser y blásters de cañón iónico. Alzando la cabeza, Ula podía ver la telemetría fluyendo hacia el Fuego de Auriga. El crucero se llamaba el Corellia. Reconoció su nombre de los informes del Comandante Supremo Stantorrs.

Jet rindió su nave a los comandos de la República. Pronto serían sólo uno de los ocho navíos obedeciendo órdenes del Coronel Gurin. La reunión de las naves se movía suavemente en una órbita baja, compatibilizando cambios de ruta y actitud con una facilidad confiada. Conversaciones alegres como de negocios entre las naves llenaron el comunicador, tanto biológicas como de droides. La postura nula habitual de Chatarra se volvió más atenta. Ula, también, escuchaba de cerca por información valiosa. En esos momentos tensos, los protocolos militares cambiaban casi a diario.

—Estoy registrando actividad ahí abajo —dijo Jet—. Xandret y su gente saben que estamos aquí.

—¿Por qué no dicen nada, entonces? —preguntó Larin.

—Quizás son tímidos.

—¿Qué tipo de actividad? —preguntó Shigar.

—Vertederos de calor, principalmente, quizás reactores encendiéndose. Un par parecen lugares industriales, pero sus señales están fuera de la escala.

—¿Estás pasando los datos al Coronel Gurin?

—Él está viendo exactamente lo que estamos viendo, a no ser que esté admirando las vistas en otra parte.

La galaxia formaba un hermoso fondo de molino conforme Satele Shan hizo su primer comunicado a la gente de Sebaddon.

—Soy la Gran Maestra Satele Shan —dijo ella, comunicándose en todas las frecuencias, ya que las bandas utilizadas más comúnmente estaban obstruidas por la radiación del agujero negro—. Vengo no en nombre de la República, si no en representación de los guardianes de la paz y la justicia a lo largo de la galaxia.

—¿De qué va todo eso? —preguntó Hetchkee.

—Es la charla vacía de los Jedi —dijo Larin—. Ella no quiere que los Sebaddonitas piensen que van a ser invadidos.

—¿Aunque esté conduciendo a la cabeza de una flota de naves de guerra de la República?

—Incluso así.

Shigar alzó una mano por silencio. Nadie había contestado, así que la Maestra Satele lo intentó de nuevo.

—Tenemos motivos para creer que una misión diplomática mandada desde Sebaddon fue interceptada antes de que pudiera llegar a su destino. No somos responsables de su destrucción pero deseo expresaron nuestras más sinceras disculpas y compartir con vosotros los datos que hemos recogido en cuanto a este desafortunado incidente.

—Más actividad —dijo Jet—. Esos puntos calientes se están poniendo realmente calientes.

—¿Estás seguro de que no son volcanes? —preguntó Larin.

Él no contestó, ni tampoco lo hizo la gente de Sebaddon al último mensaje de Satele Shan.

—Podrían ser volcanes —dijo Ula, sin querer despreciar ninguna sugerencia que Larin hiciera, incluso una lanzada como una broma—. Tendría sentido percibir el poder geotérmico de un mundo como este. Si han encontrado una forma de almacenar y liberar ese poder, podría ser lo que estamos viendo aquí.

—O podrían ser lugares de lanzamiento —dijo Jet.

—Si está lanzando un equipo de bienvenida, ¿por qué no lo dicen?

—No debe ser el tipo de equipo de bienvenida en el que estás pensando.

—He venido a hablar con Lema Xandret —intentó la Gran Maestra una tercera vez—. Tengo motivos para creer que debe ser vuestra líder.

Al fin algo rompió el silencio del planeta. La voz de una mujer llegó a través de las ondas, crujiendo levemente con interferencias.

—No tenemos líder.

—Muy bien —dijo la Maestra Satele—, ¿pero estoy hablando ahora con Lema?

—Sólo pedimos que se nos deje solos.

—No tenéis nada por qué temernos. Lo juro. Hemos venido para hablar, y para ofreceros protección si la necesitáis. No tenéis ninguna obligación de ofrecer nada a cambio.

—No reconocemos vuestra autoridad.

La piel de Ula se erizó.

—Eso es lo que los hexes dijeron. Suena justo como ellos.

Shigar estaba asintiendo.

—Esta debe ser Xandret. Los hexes compartían su voz y sus filosofías porque ella era la que les había construido.

—No tenemos deseo de imponer ningún tipo de autoridad sobre vosotros —estaba diciendo la Maestra Satele.

—Sólo pedimos que se nos deje solos —repitió Xandret.

—Esos puntos calientes están a punto de entrar en erupción —dijo Jet en tono ominoso.

—Dame el comunicador —dijo Shigar—. Maestra, no creo que esta charla vaya a funcionar. Es tan terca como sus droides. Sugiero que encontremos otra aproximación.

La Gran Maestra ya estaba hablando:

—Quizás pueda hablar contigo cara a cara. Eso nos ayudaría a alcanzar un entendimiento. Sólo yo y mi Padawan, en un lugar de tu elección. La última cosa que quiero es que tú o tus líderes se sientan amenazados o intimidados…

—¡No tenemos líder! —gritó Xandret—. ¡No reconocemos vuestra autoridad!

—Ahí viene —dijo Jet, tocando en la pantalla de vistas varios flashes brillantes de la superficie del mundo—. ¿A alguien más le parecen misiles?

Ula echó un vistazo de cerca a la imagen. Su conocimiento del hardware militar era disperso, pero los puntos rápidamente elevándose tenían un aire letal. Para empezar, se movían rápidamente, acelerando varias veces más rápido que la mayoría de las naves tripuladas arriesgarían en la atmósfera. Eran ocho de ellos, largos y lisos. Ellos iban en

espiral como fuegos artificiales conforme se elevaban, presentando un objetivo mucho más difícil a las naves de arriba.

El Fuego de Auriga se tambaleó por debajo de él, respondiendo a la telemetría del Corellia. Como una, las quince naves cambiaron la ruta en respuesta a la amenaza naciente.

—Aquí está tu respuesta —dijo Larin—. Alguien definitivamente se lo está tomando en serio.

—Bien —dijo Jet—, pero no voy a esclavizar mi nave a nadie mientras está bajo ataque.

—Espera —dijo Shigar, pero era demasiado tarde. Jet ya había roto la conexión de corta vida entre su nave y las de la República. Con un destello de sus propulsores, el Fuego de Auriga se retiró de la Segunda Compañía y aceleró en una órbita más elevada.

Tras ellos, las naves de la República adoptaron formación de batalla, con el Corellia en el centro y los navíos de apoyo en un definido tetraedro alrededor. Mientras los cazas se lanzaban desde las plataformas de hangar, sus cañones se preparaban para los objetivos aproximándose. La Gran Maestra no dijo nada, y la charla normal de la interflota cesó.

—Ponte en formación, Fuego de Auriga —llegó una brusca petición del Corellia—. ¡Ponte en formación!

Jet lo ignoró, pero mantuvo la alimentación táctica abierta.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo Ula, pensando en voz alta—. Si Xandret quiere quedarse aislada de esa forma, ¿por qué quería hablar con los Mandalorianos? Habría pensado que es exactamente lo peor por hacer.

—Quizás el Cinzia no representa a todos aquí —dijo Larin—. Quizás la gente que se voló a sí misma era un grupo disidente.

—¿Y por qué atacar en lugar de hablar? —preguntó él, moviéndose hacia el siguiente punto de la confusión—. Disparar sin provocación es una locura.

—Sin duda —dijo Shigar—. Prácticamente han firmado su propia sentencia de muerte.

Los misiles rugieron fuera de la atmósfera superior y golpearon la primera oleada de fuego defensivo. Una densa red de pulsos de turboláser y torpedos iónicos convergieron en los ocho misiles. El morro de cada misil activó un escudo defensivo no muy distinto a los que habían visto a una escala mucho menor en Hutta. Brillantes como espejos, reflejaban los pulsos de láser a la perfección, e incluso reflejaron una gran cantidad de torpedos. El espacio entre el Corellia y el planeta debajo de repente estaba lleno de explosiones.

Fuera de ese guiso de gases calientes sólo seis misiles salieron. Los escombros de los dos que habían sido golpeados rodaban, siguiendo su momento final. Diminutos puntos blancos brillaban a la luz de los surtidores del agujero negro.

Los seis misiles golpearon otra oleada de fuego defensivo. Los espejos resplandecieron de nuevo, parpadeando encendidos y apagados en una rápida sucesión

para conservar la energía, asumió Ula. Los misiles no eran grandes. No podían defenderse a sí mismos para siempre contra este tipo de asalto.

Pero no tenían que hacerlo. Cuatro de los ocho originales estaban ahora lo suficientemente cerca de las naves capitales para ser una inminente amenaza. Los cazas se unieron, ametrallando los misiles desde todas las direcciones a la vez. Los escudos no podían cubrir cada aproximación posible. Tres misiles flaquearon, sus sistemas de conducción deteriorados y sus laterales arrojando nubes de escombros. El último se abalanzó, dirigido directamente al Corellia.

El aspecto de la cara de Shigar era doloroso de ver. Su Maestra estaba a bordo de esa nave, y un misil de ese tamaño estaba destinado a hacer un daño considerable, quizás incluso destruir por completo el Corellia. Ula se preguntó si ella se estaba apresurando hacia una vaina de escape en ese mismo momento, esperando escapar de su destino.

El misil sobrevivió la oleada final de fuego defensivo y golpeó el Corellia justo delante de estribor.

Ula hizo una mueca automáticamente, esperando una explosión gigante.

No llegó ninguna. El misil golpeó el casco dorado con suficiente fuerza para hacer un agujero a través de él, pero en su lugar simplemente se desvaneció dentro. Una explosión de aire y otros gases rugían fuera del agujero. No hubo fuego. El misil no explotó.

La comunicación de la flota surgió de nuevo, portando un tono ligeramente frenético. El Coronel Gurin estaba en el aire, confirmando a todo el mundo que el crucero estaba intacto. No había más lanzamientos visibles desde tierra. El ataque desde Sebaddon parecía haber decaído completamente.

Las nubes de escombros de los siete misiles caídos, todavía alzándose bajo su propio impulso, empezaron a llegar. Algunos eran trozos de cascos torcidos y motores. Muchos consistían en los mismos puntos blancos que Ula había visto antes. Hacían chispas como copos de nieve a la luz del sol, flotando alrededor de las naves de la República en una corriente sin dirección.

—¿Podemos ver de cerca esas cosas? —preguntó él—. Si los misiles no estaban cargados con explosivos, quizás no eran misiles del todo.

Jet obedeció, centrando los sensores de la nave en un parche cercano. Los puntos blancos se resolvían en masas amorfas nadando como amebas contra el cielo negro.

—Veré si puedo aumentar la resolución —dijo él.

La vista se cristalizó. Las masas amorfas se volvieron objetos hexagonales ondeando seis piernas delgadas.

Ula sintió una oleada de alarma. Hexes. Miles de miles de hexes.

—Aléjanos de ellos —dijo Shigar—. Ponme con el Coronel Gurin.

La vista cambió para mostrar uno de los navíos de ataque de la República. Los hexes eran más abundantes allí. Donde los hexes se encontraban los unos a los otros, ellos unían brazos y cuerpos para formar objetos más grandes; largas cuerdas, redes, o bolas grumosas. El crucero flotó entre ellos, felizmente ignorante, incluso conforme los hexes empezaron a agarrarse a su casco.

—¡Saca esas naves de ahí! —gritó Shigar en un comunicador subespacial—. ¡Están en un terrible peligro!

La respuesta fue chisporroteante e intermitente.

—… interferencias… por favor repita… —Tras su voz estaba el grito de las alarmas.

Ula echó un vistazo tras Shigar hacia donde el Corellia flotaba contra el globo del planeta. Fuego rojo ahora lamía las rasgaduras que había dejado el misil. En Hutta, cuatro hexes casi habían derrotado a un Jedi, una Sith, y un Mandaloriano. Sobre Sebaddon, una carga completa de un misil de hexes había sido liberada en el cuerpo de un crucero. Él sólo podía imaginar qué tipo de daños estaban causando tales droides en sus cientos contra tropas normales.

—Olvida el Corellia —dijo Jet—. Tenemos que advertir a los otros. —Él cambió el comunicador a comunicación general—. Este es el Fuego de Auriga. Estáis bajo ataque. Usad vuestros cazas y posiciones de armas para despejar vuestro casco. Entonces romped la órbita y dirigíos al espacio despejado. Los misiles contienen los hexes que vimos en Hutta. Os destrozarán si no os libráis de ellos.

—Diles que ignoren todas las órdenes del Corellia —dijo Ula—. Si la red ha sido comprometida, los hexes pueden propagar información falsa o peor aún.

Jet tomó el consejo y se lo pasó a las otras naves. Sólo entonces Ula se pateó a sí mismo por ayudar a la República.

Pero no podía quedarse sentado y observar a miles de personas morir. La República había ganado la carrera. No había ventaja que ganar asistiendo a una masacre.

Una explosión de poderosa estática ahogó todas las comunicaciones por un segundo. Entonces una nueva voz habló desde el Corellia.

—¡No reconocemos vuestra autoridad!

—Esos son los hexes hablando —dijo Larin—. Han tomado el control.

—Las vainas de escape del Corellia —dijo Shigar, señalando—. Tenemos que acercarnos más. Las vainas serán capaces de esquivar los hexes mejor que las naves grandes, pero necesitan algún sitio para reunirse. Podemos dárselo hasta que alguien más llegue.

—Está bien —dijo Jet, apretando los labios—. Os quiero a ti y a Larin en los tri-láseres, manteniendo el camino despejado. Si sólo una de esas cosas entra, estamos muertos.

Shigar se alzó de su asiento y se desvaneció con Larin detrás de la nave.

—Ula, aquí arriba —dijo Jet, señalando con la mano al asiento del copiloto—. Hetchkee, tu estarás en el control del tractor. Chatarra, impide que las señales del Corellia se metan con nuestros sistemas. —El droide fue adelante para conectarse al ordenador de la nave de nuevo.

Conforme Ula se cambiaba de asiento, se dio cuenta de una brillante luz resplandeciente en el panel de instrucciones enfrente de Jet.

—¿Eso es importante?

—Quizás, pero es una cosa de la que no tenemos que preocuparnos ahora mismo. —Jet golpeó botones en una rápida secuencia sobre el panel de instrucciones—. Tenemos más compañía.

Ula ajustó su pantalla de vistas para que apuntara al agujero negro. Por la luz de los surtidores, encontró una sarta de naves emergiendo del hiperespacio. Un gran crucero y numerosos navíos más pequeños, salieron en dos líneas precisas. Él reconoció su configuración inmediatamente, y un arrebato de sorpresa le atravesó.

Naves Imperiales.

¿Pero cómo? Stryver tenía el ordenador de navegación. Debían haberle rastreado y habérselo quitado. Eso explicaría por qué no había señal del Mandaloriano en el sistema. La adrenalina hizo que su corazón golpeara más fuerte y más rápido. Sí, tenía sentido.

Más que cómo habían llegado allí, sin embargo, su mera presencia significaba que todavía había esperanza para una victoria Imperial. Con las fuerzas de la República en ese desbarajuste, sería fácil balancearse y sobrepasarles.

Sólo con dificultad reprimió una sonrisa triunfante. Sebaddon se convertiría en el premio del Imperio después de todo, y su misión no habría fracasado.

Entonces recordó dónde estaba, y todos los pensamientos de victoria se cayeron. El Fuego de Auriga estaba ayudando a la República. Si el Imperio derrotaba a la República, estaría muerto.

Horrorizado, miró a la pantalla conforme los motores Imperiales encendían su conducción y aceleraban para atacar.



Ax agarró la barra de metal que separaba el puesto de comando sénior del resto del puente. Sus nudillos estaban blancos. Ella nunca había experimentado tal turbulencia en el hiperespacio. Los pilotos a veces alardeaban de navegar en la rica en singularidades Maw y contaban historias de naves perdidas allí en circunstancias bizarras. Siempre había pensado que eran exageradas. Ahora, sin embargo, luchando con la influencia de sólo un agujero negro, se preguntaba si había sido un poco rápida en su juicio. No se le había ocurrido seriamente que ella pudiera ser soplada fuera del universo por algo tan simple como un accidente de navegación. Si su último salto desde Circarpous V no había sido calculado hasta el mayor grado de precisión posible…

Con un gruñido rompedor de oídos, el Primordial volvió hacia el espacio real. Un nuevo tipo de fuerza inmediatamente agarró la mole del crucero, mandando a su tripulación corriendo a compensarla. Ax dejó ir la barra y se puso en pie, que nadie pensara que era débil.

—Hemos llegado a las coordenadas, Darth Chratis. —El coronel era tan delgado como un droide médico, y su expresión traicionaba demasiada emoción—. Todos los navíos están justificados.

—Muy bien, Kalisch. Muéstrame dónde estamos.

Las imágenes bailaban a su alrededor, proyectadas en pantallas de vistas masivas y holoproyectores alrededor del puente. Los surtidores del agujero negro eran la primera cosa de la que se dio cuenta Ax, apuñalando como espadas brillantes fuera de un punto central invisible. Parecían como ojos diminutos mirando de vuelta a la galaxia con odio.

Desde el exterior, el potencial de la galaxia le fue completamente revelado. Con tantos sistemas bajo su control, ¿qué no podría lograr?

—Hemos localizado un planeta —dijo el coronel, confiando un informe enviado por uno de sus muchos subordinados—. Creemos que es al que llaman Sebaddon.

Ax contuvo una avalancha repentina de nerviosismo. No podía traicionar nada delante de su Maestro: alivio, ambición, esperanza…

Las pantallas cambiaron. Un mundo desgarrado y retorcido por las fuerzas gravitacionales apareció ante ellos, emborronado por la distancia.

—Mi señor —dijo el coronel—, la ruta más eficiente de energía está alrededor del agujero negro. —Un mapa apareció en una de las pantallas de vistas mostrando una línea punteada volteando tras la singularidad entonces alzándose para encontrar al planeta en su apogeo—. A su orden, daré la orden a los capitanes de flota.

—Normalmente preferiría la aproximación directa —dijo Darth Chratis, echando un vistazo a través de la hendidura de sus párpados a las vistas ante él—. ¿Qué es esto que

veo aquí? —Un largo dedo tocó una vista en particular. ¿Picos de energía? ¿Señales de conducción?

El coronel ejerció una mirada fría, cuestionante a su personal del puente.

—Pa-parece ser un combate espacial, mi lord —se atrevió una de ellos, en pie temerosamente en el punto de mira.

—Identifica esas naves —ladró el coronel—. Quiero saber quién las mandó.

—Sí, señor. —La chica que había hablado se sentó y empezó a martillear furiosamente en su estación de trabajo.

Ax se preguntaba quién podría estar luchando ahí fuera. Stryver tenía el ordenador de navegación, y ella tenía el único Hex entero que quedaba. Por lo tanto no podía ser la República. ¿Podía Mandalore haber formado un ejército tan rápidamente? ¿Qué podía haberle incitado a unificar a su gente contra este puesto extraño en lugar de un enemigo más creíble?

—Naves de la República, señor —gritó alguien del personal del puente, probando que se equivocaba—. Definitivamente la República, y están recibiendo un buen golpe. No hay otros combatientes visibles, pero debe haber habido lanzamientos desde tierra.

Darth Chratis sonrió, y Ax sonrió con él. La República había hecho su movimiento y estaba siendo rechazado. ¡Qué tan fácil, entonces, deslizarse como los salvadores y «liberar» el planeta, justo a los brazos del Emperador!

—Llévanos dentro, Coronel Kalisch —dijo Darth Chratis—. Lanza todos los cazas y prepárate para la batalla.

—A esta distancia, nuestros cazas no serán capaces de liberarse del tirón gravitacional del agujero negro —dijo Kalisch, suavemente revocando la orden—. En el momento que sea seguro, mi lord, los lanzaré.

—Muy bien —siseó el Lord Sith—. Eso tendrá que ser. —Él no estaba acostumbrado a nada tan bajo como la física que se presentaba entre él y sus deseos.

—Máxima potencia, todos los motores. —Kalisch ordenó a la flota—. ¡Fijad rutas y preparad la unión!

La flota Imperial fue, esforzándose en invertir el considerable impulso que ya habían ganado sólo por estar en el poderoso campo gravitacional del agujero negro. Los motores del Primordial rugieron y retumbaron, ejerciendo una luz azul a lo largo de aquellas naves siguiendo su rastro. Los cruceros más ligeros pasaban mejor que la mole masiva del crucero y sus navíos más pesados de apoyo. Se sumergieron y empezaron a dirigirse adelante.

Pronto se volvió abundantemente claro que el consejo original de Kalisch había sido valioso. En lugar de coger velocidad conforme se lanzaban alrededor del horizonte de la singularidad, propulsados por la gravedad gratuita disponible, lucharían para ganar cada gota de delta-uve, escurriéndose con los motores a un gran coste. Su progreso era dolorosamente lento. Ax podía sentir la impaciencia de su Maestro creciendo; redoblada porque sabía que no podía decir nada, amenazar a nadie. Esta era su decisión y su única responsabilidad. La tripulación trabajaba con él en perfecta efectividad y con un máximo

esfuerzo. Todos sabían que Darth Chratis descargaría su frustración en la primera persona que le fallara de la forma más leve posible.

Ax observó la telemetría de largo alcance de cerca, impaciente por aprender cualquier cosa que pudiera sobre las fuerzas del planeta. Lo que vio la confundió profundamente. No había naves aparte de aquellas que pertenecían a la República. Además, no había un asalto obvio dirigido desde tierra. Parecía como si la flota de la República estuviera luchando contra la nada.

Aún más extraño, las naves de la República parecían estarse atacando las unas a las otras. La mitad de la flota parecía estar retirándose, mientras que la otra mitad o no hacía nada o impedía activamente al resto. Conforme miraba, un crucero pequeño de repente encendió la conducción al máximo, propulsándola salvajemente hacia otra nave, desintegrando ambas. Era como si algo hubiera infectado la mitad de la flota, volviéndolos locos.

Darth Chratis estudió los mismos datos con una expresión profundamente sospechosa. Ax se preguntaba si él pensaba que era una trampa. ¿Pero con qué fin? La República no podía beneficiarse de la destrucción de sus propias naves.

—¿Quiere que contacte con algún grupo? —preguntó el coronel.

—No —dijo Ax.

Darth Chratis y Kalisch se giraron hacia ella en sorpresa.

—Maestro, le aconsejo explícitamente en contra de identificarnos como sirvientes del Emperador —dijo ella—. Recuerda que somos el enemigo a los ojos de Lema Xandret.

—Quizás la bruja traicionera cambie de opinión —dijo Darth Chratis—, ahora que esos imbéciles débiles de voluntad la han encontrado.

Con un flash cegador, la nave capital de la República explotó, esparciendo escombros en todas las direcciones. Ax se protegió los ojos contra el brillo.

—Con seguridad no están dando mucha pelea —dijo ella. La mitad de las naves de la República han sido destruidas o incapacitadas. El resto se están reagrupando y llamando a sus cazas.

—Sin embargo, la situación está clara. Sebaddon ya no es un secreto. Xandret debe escoger inclinarse ante la voluntad del Emperador o enfrentarse a las consecuencias.

—Ella nunca accederá a su propia ejecución.

Darth Chratis la estudió con ojos fríos.

—Naturalmente no diré nada del destino que le aguarda. Cesa tu cuestionamiento a mis órdenes. Coronel Kalisch, anuncia nuestra presencia a los ciudadanos de Sebaddon y avísales de que tomaremos posesión de su mundo una vez que hayamos despejado los cielos de esta chusma de la República.

—Sí, mi lord.

Ax volvió a estudiar las pantallas de vistas. El patrón de fuego de las naves de la República le parecía erróneo, aunque no podía señalar lo que le perturbaba sobre él. Todavía no había lanzamientos de tierra, aunque la infrared mostraba numerosos sitios de actividad. Ciudades y fábricas, supuso Ax, que serían bombardeadas con seguridad si

Xandret resistía. Los instintos de Ax le decían que su victoria no iba a llegar tan fácilmente como un anuncio del intento del Imperio de anexar el mundo, pero al mismo tiempo no podía ver cómo una pequeña civilización, basada en la tierra, podía esperar prevalecer contra el elevado terreno del espacio. Incluso si tenían un arma misteriosa que hacía que las naves y sus tripulaciones enloquecieran…

Las fuerzas de la República debían haber sido cogidos por sorpresa. Eso estaba forzada a asumir. El Coronel Kalisch se aseguraría de no cometer los mismos errores que ellos.

Ninguna respuesta llegó de tierra al comunicado del Primordial. Aparte de transmisiones cifradas de las frecuencias de la República, las bandas estaban vacías.

—Nos ignoran —dijo Darth Chratis—, bajo su riesgo.

—Lanzando cazas en dos minutos, mi lord —dijo Kalisch.

Ax ya se estaba dirigiendo a la salida del puente.

—Prepara mi interceptor —dijo ella por detrás—. Voy a echar un vistazo de cerca.

Le llevó un minuto descender del puente a la plataforma de hangar, pero se sentía como una eternidad. Su interceptor Mk. VII avanzado había sido expedido desde Dromund Kaas con el resto del material de Darth Chratis y mantenido completamente alimentado en caso de que se requiriera un lanzamiento rápido. La tripulación de tierra lo tenía calentando y preparado para ella en el momento en que llegó allí. Su veletas sobresalientes familiares le reafirmaban de una forma que ninguna diplomacia engañosa podía hacerlo. Renunciando a un traje de vuelo completo, se deslizó un casco sobre sus rastas, trepó a bordo, y activó el ordenador de navegación interno. Le mostró la ruta proyectada para las muchas alas a punto de entrar en lanzamiento alrededor de ella. Ella apagó esa y planeó su propia trayectoria.

La tripulación del hangar se retiró conforme los cazas empezaron a salir del crucero. Los lanzamientos fueron limpios y bien coordinados, pese a la prisa de sus pilotos de marchar. Ax se deslizó en su formación rápidamente, un elegante depredador negro rodeado por voluntariosos pero inferiores compañeros de manada. Ella escuchó las comunicaciones conforme monitorizaba la disposición de la flota, pero no respondió.

Oleada tras oleada de interceptores ISF angulares negros corrían fuera del Primordial y sus navíos secundarios. Eran fácilmente comparables a los cazas XA-8 y PT-7 que la República había lanzado. Cañones incrustados en las naves seleccionaron objetivos y se prepararon para disparar a los navíos de la República. El alcance era ligeramente largo, pero el paso tranquilo imponente de las naves capitales aseguraron una base sólida desde la que disparar. Un disparo afortunado o dos no eran imposibles.

Delante, el vasto campo de escombros dejado por la destrucción del crucero principal de la República se estaba dispersando velozmente. Sólo conforme se acercaba se dio cuenta Ax de lo que le perturbaba del comportamiento de las naves de la República.

Las naves supervivientes estaban disparando a la nave, no a sus propios navíos renegados.

Ella se separó del ala que había estado siguiendo como una sombra y se dirigió directamente a la nave.

—Su objetivo primario son los navíos dañados —vinieron las órdenes del Primordial—. Los cazas enemigos son secundarios. Nos encargaremos del resto. Dispare a voluntad.

El cielo se iluminó conforme una pequeña nave de la República explotó.

Contra la cruel luz se marcaban las siluetas de miles de objetos flotantes, suspendidos en el espacio. Algunos estaban dando círculos; otros estaban en los límites de los bordes. Todos eran instantáneamente reconocibles como hexes, los droides con los que Ax había luchado en Hutta, sus cuerpos hexagonales regulares idénticos y sin rostro aparte de la negrura total de sus receptáculos sensoriales. Conforme ella voló entre ellos ahora, la alcanzaron con sus piernas como arañas, disparando rayos de plasma de sus manos arma para impulsarlos adelante.

En un instante, ella lo entendió.

—Primordial, llama a los cazas de vuelta inmediatamente. Aléjales de ese campo de escombros. ¡Está lleno de hexes!

Ella disparaba conforme volaba, destruyendo un hex con cada pulso del cañón iónico de su caza. Por cada uno que mataba, sin embargo, tres más aparecían en su mira.

—Sólo son droides —llegó la respuesta del Primordial—. ¿Qué daño pueden hacer contra los cazas espaciales?

—Ponme con Darth Chratis —chascó ella. La cabeza de alguien rodaría por esto—. Maestro, las naves de la República han sido infectadas con hexes. Es por eso por lo que se están autodestruyendo y volviéndose las unas contra las otras. No sé cómo ocurrió la infección, pero el campo de escombros está lleno de hexes. Nuestra prioridad de objetivo deberían ser ellos primero, entonces las naves flotantes.

—¿Quieres que abandonemos una oportunidad de oro de revolver a la República para jugar a las prácticas de tiro contra un puñado de máquinas? —La respuesta de Darth Chratis estaba llena de desprecio—. Las órdenes del Coronel Kalishch siguen en pie.

Ax escuchó a un miembro de la tripulación del puente gritar de fondo:

—¡Lanzamientos! —Ella miró su telemetría y vio lo que el Primordial había detectado.

Cuatro misiles se estaban elevando de la superficie de Sebaddon. Llenos de hexes, apostaba ella, no de explosivos convencionales. Además, todas las naves infectadas de la República capaces de controlar su vuelo estaban abandonando su caza a las otras y llegando para embestir a las Imperiales.

El comunicado imperioso del coronel a los ciudadanos de Sebaddon no había sido del todo ignorado.

—Mueve la flota —le dijo a su Maestro—. Seréis atrapados entre ellos si continúas en esa ruta.

El Primordial no respondió ni cambió la ruta. Una oleada de fuego antimisiles estaba golpeando para interceptar las amenazas ascendientes. Ella sólo podía esperar que fuera suficiente.

A su alrededor, hexes se enjambraban y se aferraban a los cazas Imperiales. Algunos tenían brazos enlazados para formar amplias trampas y redes a lo largo del cielo. Cualquier nave que se desviara demasiado cerca era atrapada y aplastada. Otros grupos de hexes formaron látigos capaces de arrojar hexes individuales a velocidades increíbles. La propia Ax se escapó de dos de esos proyectiles retorcidos por poco margen. Otros pilotos no tuvieron tanta suerte.

—Apuntad a las mayores concentraciones —aconsejó a los que luchaban a su alrededor—. Ignorad las naves infectadas. Si explotan, sólo tendremos más hexes en nuestras manos.

Ella no recibió ningún mérito por las órdenes, pero fueron obedecidas. Los escuadrones disgregados por la naturaleza inusual y hostil del campo de escombros reformaron para ametrallar las concentraciones más densas de hexes que podían encontrar. Ax se unió a ellos, teniendo una satisfacción sombría cada vez que su cañón hacía estallar tal aglomeración en pedazos.

Parte de su mente presto atención al vasto campo de batalla. Los misiles habían ejecutado una maniobra sorprendente en mitad del fuego rompiéndose en cuatro partes más pequeñas, cada una de ellas capaz de volar independientemente. Ahora siendo dieciséis, se deslizaron a través de la primera oleada de fuego defensivo. Seis mini misiles fueron abatidos en la siguiente oleada, y cinco más en la tercera. Eso dejaba cinco sin dañar para golpear a la flota.

Ax se encogió conforme golpeaban. No hubo explosiones, como ella había predicho. El Primordial estaba intacto, afortunadamente, pero cuatro de los navíos de apoyo mayores probablemente caerían, si los hexes ganaban el control. Debía haber sólo un par de docenas en cada minimisil, pero eso podía ser suficiente, particularmente si infiltraban los sistemas de control de las naves.

En represalia, el Primordial lanzó una serie de golpes de tierra contra el origen de los misiles. Ax había esperado esto, también. En lugar de ahorrar las municiones para ahuyentar a los hexes que ya tenían, estaban siendo potencialmente malgastados en la gente que los había mandado. El castigo podía esperar, en su opinión. Mejor estar vivos y enfadados que muertos.

Ella volvió su atención de nuevo a los cazas. El campo de escombros estaba mucho más despejado de lo que lo había estado, con sólo una dispersión aleatoria de hexes individuales. Las naves infectadas de la República se habían acercado y estaban acelerando de cabeza hacia la flota Imperial, haciendo lo que había temido que hicieran una vez que la segunda flota fuera identificada. Para la gente de Sebaddon, para Lema Xandret, el Imperio era el enemigo número uno; todos los demás debían esperar su turno.

—Apuntad a los motores —ordenó a los cazas—. Sólo los motores. No queremos destrozarlos, hagáis lo que hagáis. Tenemos que evitar crear otro campo de escombros para que la flota camine hacia dentro.

—¿Cómo les destruimos, entonces? —preguntó uno de los pilotos.

—Dejamos que la gravedad lo haga por nosotros —dijo ella—. Una vez que no puedan maniobrar, o el planeta o el agujero les arrastrarán.

—No son las órdenes que estoy recibiendo del Coronel Kalisch —protestó un líder de escuadrón.

—Lo sé. —El Primordial estaba todavía preocupado de que las naves aproximándose meramente intentaran embestirles—. Soy la única autoridad de la que os debéis preocupar, aquí afuera. El primer piloto que perfore el casco de una de esas naves tendrá un torpedo en su quemador auxiliar. ¿Entendido?

—Entendido. Está bien, ya tenéis vuestras órdenes, gente. Vamos a ello.

Los cazas se desplegaron para perseguir sus nuevos objetivos.

Mientras tanto, la primera nave Imperial infectada estaba empezando a actuar erráticamente.

—Maestro, le urjo de nuevo a mover al Primordial a una distancia segura. —Donde ya había fracasado, intentó con los halagos—. En caso de que ocurra lo impensable, nos quedaríamos sin su liderazgo.

—Quizás eso sería prudente —estuvo de acuerdo Darth Chratis.

Ax apenas le escuchó. En el ambiente, llenando el puente del Primordial, una voz familiar estaba gritando.

Ella cambió los canales al que usó el Coronel Kalisch para comunicar su mensaje a tierra.

—¡No reconocemos vuestra autoridad!

Por un instante, Ax pensó que su madre estaba comunicándose con las naves Imperiales. Entonces se dio cuenta; con algo que debía haber sido una punzada de decepción; que la voz tenía la ligera calidad amaderada de un droide. ¿Por qué un droide y no Xandret en persona?

Mientras los cazas atacaban las naves infectadas y el Primordial lentamente ascendía fuera del peligro, Ax consideró los pros y los contras de comunicar un mensaje ella misma. Debía darle a su madre un motivo para dudar antes de lanzar más hexes a la flota Imperial. ¿Pero qué podía decir posiblemente a esta mujer que apenas recordaba, si estaba del todo viva? Soy una Sith ahora. No tengo familia. Eso con seguridad no iba a ayudar.

Los golpes de contraataque lanzados por el Primordial detonaron en la superficie del mundo muy abajo. Lo que ya había sido un punto brillante caliente de repente se convirtió en mucho más brillante, y Ax se preguntó si la cuestión de la supervivencia de su madre era ahora completamente irrelevante.

Dos misiles más fueron lanzados desde un punto caliente completamente diferente.

Entonces la primera de las naves Imperiales infectadas explotó, dispersando hexes por toda la flota. Con la supervivencia de los de su propio tipo ahora en juego, se forzó a sí misma a concentrarse en lo que realmente importaba.



Las posiciones de cañones tri-láser del Fuego de Auriga estaban a babor y a estribor, justo delante de su hiperconducción. Estaban en un ángulo ligeramente hacia afuera para que pudieran cubrir cada pulgada de la nave y se accedía a ellos por dos túneles estrechos que olían a grasa.

Larin había tomado la torreta de babor y se acomodó en el asiento de cuero agrietado con familiaridad. El guante prostético de su mano izquierda era justo lo suficiente para envolver el agarre manual de los cañones, mientras que su mano derecha manejaba los delicados movimientos requeridos para apuntar y disparar. El propio cañón se manejaba suavemente, balanceándose libremente en su cárdal como recién salido de la fábrica.

No era la primera vez que se percataba del desacuerdo entre la apariencia del Fuego de Auriga y su capacidad. Otra preocupación era su instalación compacta de rayo tractor, empotrada tras una escotilla en la gran tripa de la nave. Era una característica salvajemente inusual para una nave de este tamaño. Tenía curiosidad por saber si a menudo era útil en el transcurso del trabajo normal de Jet, pero realmente no pensaba que Jet admitiría nada. De momento, el flash y el golpeteo de los cañones era todo lo que le preocupaba.

Una rápida depresión del gatillo y una red de retorcidos hexes se desvaneció en una bola de gases.

—Esto es tan fácil como disparar a lagartos cojos en Kiffex —dijo a Shigar sobre su comunicador acoplado en la cabeza.

—Vigila a ese trío que viene de arriba —fue todo lo que él dijo.

Larin balanceó el tri-láser y los hizo explotar en átomos.

—No te preocupes por la Gran Maestra —le dijo—. La encontraremos.

Él había estado hundido desde que el Corellia había detonado, disparando a los hexes con una velocidad letal y precisa. Dos tercios de las vainas de escape del crucero habían sido justificadas, pero la Maestra Satele no estaba en ninguna de ellas. Shigar había intentado comunicarse por todos los canales, pero el espectro electromagnético era un desastre. Lo que no estaba siendo atacado por el agujero negro, los Imperiales, o la charla en pánico, estaba lleno de hexes chirriando. Era todo lo que el nuevo comandante de la República podía hacer, el coordinar las naves más grandes para que recogieran con seguridad las vainas de escape sin recoger también a los hexes accidentalmente.

—Muerto delante —dijo Jet desde la cabina de mandos. Una vaina de escape había colisionado con dos hexes que estaban en proceso de cortar a través del fino casco de la vaina. El Fuego de Auriga se balanceó para ayudar.

—Uno a cada uno, Hetchkee —dijo Larin conforme el rayo tractor se torcía invisible hacia los droides hexagonales—. El favoritismo está muy mal visto aquí atrás.

Ella se preguntaba si el antiguo guardia de seguridad sabía que estaba bromeando. Un hex rodó hacia babor, para que Shigar le disparara, mientras que el otro, tras una lucha extendida, se retorcía hacia la vista de Larin. Entonces era cuestión de Ula dar a los ocupantes en pánico de la vaina las coordenadas para el punto de encuentro.

—Permaneced en el canal que hemos despejado —les dijo—. No toméis atajos.

—Fue horrible —balbuceó un joven guardiamarina al otro extremo de la línea—. De repente había tantos de ellos, y se movían tan rápido…

—Estáis a salvo ahora. Sólo permaneced en el canal y haced lo que os diga la Capitana Pipalidi.

—Sí, sí… y gracias. Unos segundos más, y ya estaríamos en el agujero con seguridad.

La vaina aceleró sus retropropulsores y se dirigió a la dirección correcta. Larin esperaba que sus ocupantes estuvieran bien ahora. Varios habían sido rescatados y entonces había entrado en conflicto con los hexes de nuevo, a través o de la mala suerte o del pobre juicio. Uno se detuvo a rescatar otra vaina en peligro, sólo para ser sobrepasada por los hexes que se ocultaban dentro. El Fuego de Auriga había ido demasiado lejos para ayudarles, pero los gritos les habían llegado.

La Capitana Pipalidi, la anx al cargo del Commenor y por defecto lo que quedaba de la flota, tenía un difícil trabajo delante de ella, distribuyendo a los supervivientes traumatizados a través de las ocho naves restantes a su disposición. Larin no la envidiaba por ese trabajo en absoluto, con las comunicaciones de largo alcance revueltas y nada más grande que un crucero ligero de asalto para llenar el hueco del Corellia. Pero al menos habían aprendido la lección: los hexes no debían parecer demasiado individualmente, pero eran duros, y en grandes números se debían tomar muy en serio con seguridad.

—Hay otra vaina al otro lado de la red de delante —dijo Jet—. ¿Crees que puedes llevarnos a través de ella?

Larin echó un vistazo por la mira. La red era una de las más densas que habían visto de lejos, con cientos de hexes enlazados en una estructura multimiembros vagamente reminiscente de cada hex individual, girando lentamente contra el fondo del planeta debajo. Las extremidades azotaban y chasqueaban, arrojando hexes a los objetivos lejanos y alzando reemplazos de la nube de escombros de su alrededor. La vaina que Jet había avistado estaba yendo a la deriva tras el cuerpo principal, sus retros dañados. La luz del interior destellaba rápidamente encendida y apagada, deletreando una llamada de ayuda en el código de parpadeos de los mon calamari.

—Fácilmente —dijo Larin, sabiendo que nada haría a Shigar más feliz que matar más hexes. Excepto, por supuesto, encontrar a la Gran Maestra.

—¿Ves esas concentraciones cerca del centro? —dijo Shigar—. Ese es el mejor lugar para golpear. Sácalos fuera y la estructura se hará pedazos a sí misma.

—Afirmativo. —Larin flexionó las manos real y prostética alrededor de los agarres del cañón, preparada para la acción.

—Lanzamientos —dijo Ula conforme la nave rugía hacia delante.

Larin miró a la telemetría justo lo suficiente para tener un vistazo rápido del amplio campo de batalla. Estaba dominado por varios campos de escombros superpuestos en baja órbita sobre Sebaddon, el mayor de ellos centrado en donde el Corellia se había destruido. El segmento «seguro» de la flota de la República y varias docenas de vainas de escape estaban ahora bien libres de peligro, reagrupándose cerca de la luna rocosa del planeta. La flota Imperial estaba en proceso de dividirse en dos, conforme las naves no infectadas copiaban la táctica de retirada de las de la República. Dos escuadrones de cazas Imperiales estaban deshabilitando los motores de varios navíos, para que no pudieran esparcir su infección embistiendo o detonando cerca. Larin aprobaba la táctica. Debería haberla sugerido ella misma si no parecieran intentar apuntar al Imperio las naves infectadas de la República.

Los cazas de la República se enjambraban alrededor de la sección no infectada de la flota, manteniendo a los hexes a raya. Desafiando la gravedad y la distancia, algunos realmente lograron llegar tan lejos. Si sólo uno llevaba un nido, la infección se enraizaría de nuevo.

Su mente captó ese pensamiento; y por un instante estuvo de vuelta en Hutta, mirando a la fábrica de droides, y la espada Sith estaba resplandeciendo como un relámpago carmesí pasando sobre sus ojos una y otra vez. Sus dedos cayeron con el comunicador al suelo de metal y un grito de pánico hervía en su garganta.

Ella parpadeó y estaba de vuelta en el presente. El grito perduró.

Lanzamientos, había dicho Ula. Ella se centró en eso en su lugar.

Cinco misiles se estaban alzando a través de la atmósfera de Sebaddon, lanzados por separado en grupos de dos y tres. El primer par estaba dirigido a las fuerzas Imperiales. Los otros; estaba aliviada de ver; estaban dirigidos a ninguna parte cerca del Fuego de Auriga o del resto de la flota de la República. Parecían de hecho no estar dirigidos a ningún lugar en absoluto.

Los posibles motivos de Lema Xandret y sus seguidores, se fueron de la mente de Larin conforme el Fuego de Auriga se acercó al alcance de la aglomeración gigante de hexes. Ella hizo como Shigar le había sugerido, poniendo rayo tras rayo hacia el grupo interno más cercano. Eso tuvo un efecto satisfactorio, al principio. Los escudos-espejo combinados de los hexes pronto fueron sobrecargados, y el grupo empezó a parecer decididamente hecho jirones, como una luna acribillada de cráteres al borde del colapso. Pero entonces, una vez más, los hexes demostraron su habilidad de adaptarse ante una amenaza.

El grupo se volvió a unir él mismo en un tubo corto y grueso, con un extremo plano apuntando al Fuego de Auriga. Larin disparó al tubo como una cuestión de rutina, y los espejos-escudo resplandecieron, captando el rayo del láser y canalizándolo a lo largo del centro del tubo. El rayo rebotó hacia atrás y adelante, juntándose a otros que disparaba

tras ellos, hasta que todo el tubo empezó a brillar. Ella quitó el pulgar que le quedaba del gatillo justo conforme el tubo liberaba toda la energía que contenía en un único pulso poderoso, dirigido de nuevo al Fuego de Auriga.

A pesar de los inusualmente poderosos escudos de la nave, el impacto fue ensordecedor. Larin cayó atrás en su asiento con un brazo cubriendo sus ojos. En un breve instante después un segundo rayo golpeó la nave, éste creado por los intentos de Shigar de destruir el objetivo. El Fuego de Auriga dio una voltereta, entonces se enderezó de un tirón.

—¡… fuego! ¡Cesad el fuego! —Estaba clamando Jet.

—Está bien, lo pillamos. —Larin ajustó su auricular—. ¿Qué se supone que hacemos ahora? ¿Ponerles caras hasta que se vayan?

—No lo sé —dijo él—, pero no podemos recibir otro golpe como ese. Nuestros escudos han caído al cuarenta por ciento.

—Inclina los escudos hacia delante —dijo Shigar—. Traza una ruta para la más cercana de esas cosas tubulares. Cuando te diga, pon las subluces al máximo.

—¡Eso es una locura! —dijo Ula.

—No, sé a dónde quiere llegar. —Jet llevó la nave alrededor para encarar al tubo al que Larin había disparado. Descargas brillantes todavía chispeaban de hex a hex, corriendo en oleadas arriba y abajo de la longitud del tubo—. ¿Quieren energía? Felizmente les daré energía.

El Fuego de Auriga saltó adelante como para embestir. Los hexes dispararon inefectivamente a las pantallas delanteras, y los brazos de aglomeración se curvaban para abrazar a su atacante. Las manos de Larin estaban sin descanso en los controles del cañón conforme el tubo se volvía rápidamente más grande delante de ella. Esta, se dijo a sí misma, era una situación donde disparar definitivamente haría las cosas peores.

En su lugar, ella era parte de la bala y el gatillo al mismo tiempo.

El Fuego de Auriga alcanzó el extremo abierto del tubo. Era lo suficientemente amplio para que la nave cupiera dentro, un hecho por el que Larin estaba completamente agradecida: el lugar de los tri-láseres marcaba el punto más amplio de la nave. En el momento en que ella y sus pasajeros estuvieron completamente encapsulados, Shigar gritó.

—¡Ahora! —y Jet conectó las subluces al máximo.

A eso le siguió un horrible momento cuando la nave se torció para moverse adelante, pero toda la fuerza que producía era succionada por el tejido de los hexes firmemente unidos rodeándoles. Larin podía ver el efecto que tenía en ellos horriblemente de cerca. Los hexes se retorcían y agitaban, y lentamente empezaron a brillar. Las extremidades de metal brillaban como magnesio ardiendo en puro oxígeno. Los receptáculos sensoriales negros explotaron y los cuerpos hexagonales de contrajeron. Ella no podía escuchar nada, pero imaginó a los hexes gritando.

Devolver un rayo láser a su propietario era una cosa. Absorber toda la energía requerida para acelerar una nave espacial era otra muy distinta.

El Fuego de Auriga salió por el otro lado, dejando una cola de azul brillante. El tubo de hexes se agitó y abultó como si tratara de contener la energía que había absorbido. Una bola tan brillante como un sol se formó en su corazón, y Larin temió que realmente fueran a dispararsela, destruyéndoles al instante.

Pero entonces el tubo de hexes se rompió, conforme la bola no explotaba si no se descargaba a través de la aglomeración al completo. Miles de hexes ardieron en un instante, esparciéndose en el vacío de alrededor con una metralla exótica.

—¡Yee-ha! —gritó Larin, entonces añadió más soberbiamente—. No lo hagamos de nuevo nunca.

La asediada vaina de escape y sus ocupantes se encontraron a sí mismos inesperadamente fuera de peligro. Era una tarea simple ahora atraparles con el rayo tractor y arrastrarles hacia el exterior seguro del campo de escombros, donde otras naves cuidarían de ella.

Conforme el Fuego de Auriga se giraba para buscar otra vaina en peligro, Shigar dijo:

—Esperad.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, escuchando un tono de urgencia en su voz.

—Es ella. La Maestra Satele me está llamando.

—No capto ninguna transmisión —le dijo Jet.

—No me está llamando de esa forma. —Larin contuvo el aliento, sin querer distraerle conforme él se concentraba en lo que fuera que estuviera recibiendo a través de la Fuerza—. ¿Ves ese pedazo del Corellia por allí, Jet? Dirígete en esa dirección.

—Lo haré.

El Fuego de Auriga aceleró por un trozo relativamente grande del crucero destrozado. El fragmento ovalado, retorcido estaba aproximadamente a cincuenta metros por debajo de su gran eje, y tenía una terminación dorada bajo un lateral, revelando que una vez fue parte del casco. Daba vueltas libremente a través de los hexes, y parecía ser el centro de un esfuerzo concertado de recogida de extracción de metal de uno de los extremos.

Larin se preparó para la orden de fuego. Cuando la vaina de la Maestra Satele surgiera a la vista, hacerla llegar de forma segura y despejar rápidamente sería la prioridad.

Entonces:

—No veo ninguna vaina —dijo Ula—. ¿Estás seguro de que este es el punto correcto?

No era la primera vez que el antiguo enviado expresaba sus dudas acerca de las habilidades de Shigar. Larin se preguntaba si era parte del eje del gobierno de la República que desconfiaba de los Jedi y sus métodos.

—Estoy seguro —dijo Shigar—. No está en una vaina. Debe estar en un compartimento presurizado en ese fragmento.

—Puedo preparar un anillo de amarre —dijo Jet—, si puedes precisar su localización.

—No tenemos tiempo —dijo Ula—. Hay hexes por toda esa cosa.

Shigar dijo:

—Tienes trajes de vacío, ¿no? Saltaré hasta allí.

—Voy contigo —dijo Larin.

—No —dijo él—. Te necesitaré en el cañón, asegurándote de que nadie más sube a bordo. Suéltame, hacia atrás, entonces vuelve a recogernos cuando salgamos. Llevaré un traje de repuesto para ella.

—¿Y si su compartimento no tiene una escotilla de aire?

—Entonces pensaré en otra cosa.

Ella le escuchó trepar por su túnel de acceso, atrás en la nave, y se giró para mirarle.

—¿Estás seguro de que esto es lo correcto? —le llamó a lo largo del túnel, incapaz de ocultar la intensa preocupación que sentía. Los escombros estaban abarrotados de hexes. Un descuido, y ni él ni su Maestra volverían.

—Positivo —dijo él—. Ella es la persona más importante de la galaxia. Es mi deber salvarla.

Entonces se fue, dejando a Larin sintiéndose ligeramente herida por sus palabras. En Hutta, no había ido a salvarla. Si su trato con Tassaa Bareesh hubiera salido mal, ella habría acabado siendo comida de rancor con certeza. Pero por la Maestra Satele, él se lanzó con su sable láser balanceándose, arriesgando la vida y jugándosela y sin siquiera dejar que Larin le ayudara.

Se preguntaba si él pensaba que ella debía frenarle.

No pienses así, se dijo a sí misma. Todavía somos compañeros, y esto obviamente no iba a acabar tan rápidamente como pensábamos. Habrá ocasiones, encontraremos muchas más oportunidades de luchar espalda con espalda.

Ella balanceó el cañón alrededor y escogió a un hex que permanecía en alto en la parte posterior de los escombros. Ese era uno menos del que se tendría que preocupar.

* * *

Los trajes de vacío del Fuego de Auriga eran modelos simples, sin armadura, armas incorporadas, o jets de maniobra, y con apenas cincuenta minutos de aire en los packs de la espalda. Shigar imaginó que se usaban normalmente para reparaciones rápidas fuera de la nave, donde podían ser conectados al soporte vital principal. Shigar se desabrochó las nuevas ropas que había improvisado del guardarropa oficial de Ula; túnica marrón, pantalones negros, y parte superior color arena, lo más cercano que pudo aproximar a los colores de los Jedi; entonces cogió el traje más limpio de la mochila y lo deslizó rápidamente sobre sus extremidades desprotegidas. Idealmente habría llevado un traje ajustado, como el de Larin, pero no había tiempo para esas exquisiteces. Usaría la bioretroalimentación para regular su temperatura corporal.

Él fijó su sable láser a un enganche en la cadera derecha del traje, donde podría ser accesible en un instante, y colgó un traje de repuesto sobre el gancho de su brazo izquierdo.

—La escotilla de aire de proa está lista y preparada —dijo Jet sobre el intercomunicador del traje.

—Está bien. —Shigar comprobó el sellado una última vez. El aire sabía rancio, pero ese era el menor de sus problemas—. Acércate a los restos todo lo que puedas.

Su respiración sonaba fuerte en sus oídos conforme la puerta interior de la escotilla de aire se abría y él caminaba dentro. Conforme la escotilla de aire giraba, aprovechó la oportunidad para centrarse en sí mismo. Él sabía qué esperar. Se había enfrentado a los hexes antes. Su prioridad, sin embargo, era encontrar a la Maestra Satele y sacarla tan rápido como fuera posible. No había tiempo para luchar o tomar riesgos innecesarios. Eso sólo haría que les mataran a ambos.

—¿Puede oírme, Maestra Satele? —preguntó por el comunicador del traje, usando una banda consistente con la estática de estrellas distantes. Las fuerzas militares normalmente evitaban ese canal, haciéndolo perfecto para transmisiones de corto alcance que necesitaban ser irrastreables.

—Perfectamente bien —respondió la Maestra Satele, levemente pero con claridad.

—¿Qué tal está tu aire?

—Agotándose, pero aún no es crítico.

La puerta exterior se abrió con una ráfaga de niebla y Shigar pateó fuera hacia el casco. Por un momento la pura rareza de su posición le golpeó fuerte. Estaba en pie prácticamente desnudo en el casco de la nave de un contrabandista, rodeado de droides asesinos y naves destrozadas, con la brillante espiral de la galaxia a un lado y los surtidores de un agujero negro al otro.

No podía decir si lo que sentía era regocijo o terror.

Los restos retorcidos se acercaban. El cañón de Larin resplandeció, y un hex fue dando vueltas. Usando el rayo tractor, Hetchkee tiró de otro hex fuera de lo que una vez había sido una ventana en el casco del Corellia. Eso creó un punto despejado.

Shigar se envalentonó para saltar.

—Esto es lo más cerca que podemos llegar —dijo Jet—. No falles.

Con un golpe explosivo de sus músculos, Shigar alcanzó el hueco. Por un momento el cielo se giró sobre él; el planeta surgió a la vista desde detrás del Fuego de Auriga, ampollado con cúpulas de magma; y entonces golpeó los restos de forma sólida, con los brazos extendidos para encontrar la sujeción más ligera.

Se pegó rápido, y se detuvo para reunir aliento. Un hex, alertado por su llegada debido a la sutil inclinación del impulso angular de los restos, echó un vistazo con los ojos negros fuera de un agujero cercano. Sus patas delanteras salieron para apuntarle. Shigar alcanzó su sable láser, pero Hetchkee fue más rápido. El hex se deslizó hacia arriba y se alejó de él, hacia el espacio vacío, donde fue explotado hasta átomos por Larin.

—Gracias —dijo él.

—Ha sido un placer —llegó la respuesta de Larin—. ¿Vas a quedarte ahí todo el día mientras nosotros hacemos todo el trabajo?

Él ya estaba en movimiento, tirando de sí mismo ligeramente de asidero a asidero en la perfecta caída libre al espacio abierto.

—Estás cerca —dijo la Maestra Satele por el comunicador—. Puedo percibirte. Hay un puerto de acceso destrozado delante. Ve por ahí.

Él obedeció sin vacilar, manteniendo un ojo agudo por si había más hexes. Cuando estuviera dentro no habría rescate de Larin y Hetchkee.

Los restos parecían haber sido parte del centro de comando delantero del Corellia y habían estado ocupados en el momento del desastre. Shigar se estrujó pasando sobre varios cuerpos conforme se abría paso en lo profundo de la estructura retorcida. El camino era estrecho y ocasionalmente peligroso, con bordes afilados y picos con los que tratar. Había muy poca luz.

—Ven a la siguiente intersección y detente ahí un momento —le dijo ella—. Tengo que decirte algo.

El sonido de movimiento vino desde delante, a través de la mampostería que tocaba, y Shigar se frenó hasta simple deslizarse, cada sentido afinado para el más leve cambio. La intersección debía haber sido una vez lo suficientemente amplia para un speeder de tierra pero ahora era apenas lo suficientemente grande para admitir a una persona, particularmente una tan alta como él. Había definitivamente algo moviéndose debajo del giro a mano derecha.

—Lo que debo contarte es esto —dijo la Maestra Satele—. Incluso desde que oímos a los droides, me he estado preguntando cuánto de ella misma ponía Lema Xandret en sus creaciones. La respuesta está tras esa esquina, Shigar. ¿Puedes verlo ya?

Él bordeó alrededor de la esquina para ver lo que descansaba delante de él. Había nueve hexes inmóviles agrupados alrededor de una puerta presurizada, como si esperaran a que se abriera.

—Estoy detrás de esta puerta —dijo ella—, y pronto tú lo estarás, también.

—¿Cómo, Maestra? —Él no podía concebir una manera de derrotar a nueve hexes a la vez, cuando sólo dos habían sido más que suficientes rivales para él en Hutta. Apenas había suficiente espacio para deslizarse entre ellos, mucho menos para luchar.

—Me dijiste que la fábrica de droides contenía un componente biológico —dijo ella. Parece razonable preguntarse si los hexes también.

—Hay un fluido dentro de ellos —dijo él, recordando lo que había visto en Hutta—. Parece sangre. Pero son definitivamente droides. No son cyborgs.

—No en el sentido habitual. Son algo más. Pero el hecho de que están al menos parcialmente vivos es el único motivo por el que aún estoy aquí.

—¿Está influenciándoles?

—Tanto como puedo, lo que no es demasiado. Ellos sólo atacan cuando son obstruidos o amenazados. No estoy haciendo nada de eso, así que me dejan estar. No se irán, pero al menos no están siendo agresivos. Creo que puedo contenerlos mientras te acercas a la puerta.

Shigar tragó.

—¿Quiere que camine entre ellos?

—Es la única manera.

—¿Y entonces qué?

—Entonces abres la puerta y me dejas salir.

—Tengo un traje para usted…

—No tendré ocasión de ponérmelo. No hay escotilla de aire. Mantendré una burbuja de aire alrededor usando un escudo de Fuerza. Eso me dará un par de minutos. Tendrás que moverte mucho más rápido que eso, sin embargo. No seré capaz de contener a los hexes y al escudo al mismo tiempo.

Shigar apretó los puños. Parecía imposible. Pero ella estaba confiando en él. Nadie más podía ayudarla.

—Voy de camino, Maestra.

Él dio un codazo alrededor de la esquina y llegó a la vista completa de los hexes. Pese a su fe en los poderes mentales de Satele Shan, esperaba completamente ser disparado de una vez. En su lugar los hexes simplemente le miraron con sus receptáculos sensoriales negros, y se reorganizaron levemente, de forma que podían vigilar tanto la puerta como a él al mismo tiempo.

Sintiendo como si estuviera en algún tipo de pesadilla surrealista, Shigar se empujó hacia la maraña de cuerpos gordos y extremidades angulares, tomando la mayor precaución de no tocar nada. No quería que un golpe casual les despertara de su complacencia poco característica. Él incluso respiraba en silencio, pese al perfecto aislamiento del vacío a su alrededor. La intensidad de la mirada de los hexes le hizo retorcerse por dentro.

Finalmente estaba en la puerta. Una luz roja advertía de la presión en el lado alejado. Él introdujo una anulación en el teclado y la luz se volvió verde. La puerta se abriría a su comando ahora, expidiendo el aire en un instante.

—¿Está preparada, Maestra?

—Sí.

Él apretó el botón. El vendaval trató de hacerle volar pero estaba firmemente agarrado contra la pared opuesta. Los hexes se sacudieron sorprendidos, repentinamente liberados de la influencia calmante de la Maestra Satele y cegados por el aire congelado que cubría sus receptáculos sensoriales. Shigar estaba parcialmente cegado, también; él sólo podía ver un borrón a través de la niebla pegada a su visor; pero tenía la ventaja de no tener que ver. La presencia de su Maestra era como una baliza para él.

Él caminó hacia la diminuta cámara y golpeó el interruptor para sellar la puerta tras él. Los hexes rascaban para entrar. No pasaría mucho tiempo antes de que cortaran un camino a través. Quizás tenía segundos para encontrar otra salida.

La Maestra Satele flotaba en una bola en el centro de la habitación, su escudo de Fuerza reluciente a su alrededor, una luminiscencia lechosa mantenida a apenas un dedo de distancia de su cuerpo. Shigar fue golpeado por lo pequeña que parecía. En su mente, ella siempre parecía de una estatura gigantesca, no sólo dominando al Alto Consejo Jedi

sino influenciando al curso de la República también. Ahora, sin embargo, parecía diminuta.

Un ruido chirriante venía de la puerta. Los hexes ya estaban cortando a través. La Maestra Satele había dejado su sable láser flotando tras ella, fuera del campo de Fuerza. Él lo cogió con su mano izquierda, alcanzó el suyo con la derecha, y los activó ambos simultáneamente. Sus verdes no eran idénticos, y sus sombras extrañas combinadas bailaban por las paredes.

La habitación era de apenas tres metros cúbicos. Aparte de la puerta, no había otras entradas. Eso no importaba. Shigar podía hacer la suya. Alzando ambos sables láser, él apuñaló en la pared en un punto sobre su cabeza, entonces dispersó ambas espadas hacia afuera en un círculo antes de encontrarse al nivel de sus rodillas. Una sección de bordes rojos de la pared cayó suelta, y él la pateó al espacio en el lado alejado. Usando la telequinesis para recoger a la Maestra Satele, se propulsó a través del hueco.

Era otra habitación, que requería otra puerta improvisada. Se movió rápidamente, con golpes confiados. Tras él, los hexes estaban retorciéndose a través de los desgarrones agrandándose en la puerta y la pared. En un segundo estarían sobre él.

Un vestíbulo, esta vez. Él balanceó a la Maestra Satele por delante de él y apresuradamente cogió su rumbo. Había venido por este camino al entrar. En el extremo alejado del pasillo, podía ver la espiral distante de la galaxia.

Un hex de cuerpo gordo trepó a la vista, bloqueando su camino.

—Prepárate —llamó por su comunicador—. Vamos a llegar rápido.

—Bien —dijo Larin—. Las cosas se están volviendo ajustadas aquí, también.

Shigar no gastó energías contestando. El escudo de la Maestra Satele era indudablemente lo suficientemente fuerte para reflejar cualquier cosa que el hex pudiera tirarles, así que la mantuvo delante de él. Su trabajo simplemente era moverlos a ambos; rápido.

La Fuerza corrió a través de él. Incluso desde su más temprano descubrimiento de sus poderes, él había amado la emoción de la velocidad. Le había ayudado a ganar carreras antes de retirarse de Kiffu. Le había ayudado a sobrevivir a los desafíos de la academia. Recordando ese sentimiento salvaje de aceleración, profundizó en sí mismo y pateó contra la pared detrás de él.

El pasillo se emborronó. La Maestra Satele le precedía como una bola de cañón, golpeando al hex de espaldas, fuera de los restos y hacia el espacio. Por un instante, todo era cielo y piernas rascando; entonces una fuerza invisible torció al hex apartándolo, y él fue lanzado hacia arriaba a la espera de la escotilla de aire del Fuego de Auriga.

—¿Los tienes, Hetchkee? —llegó la voz de Larin por el comunicador.

—Sanos y salvos.

Varias explosiones rápidas del tri-láser pusieron al hex fuera de servicio y mandaron otros cuatro que habían salido tras la escapada de Shigar a ocultarse. Él agarró los laterales de la escotilla de aire conforme la nave aceleraba, girando ágilmente a través de

las extremidades de una aglomeración que se aproximaba, con el fuego de cobertura de Larin despejando un brillantemente iluminado camino.

Entonces la puerta se cerró y el aire caliente les inundó. Shigar no se había dado cuenta de lo fríos que tenía los dedos. Él los frotó rápidamente juntos, entonces dejó a la Maestra Satele en el suelo.

—Estamos fuera de peligro ahora, Maestra.

El escudo de Fuerza brilló y se disolvió.

La Gran Maestra Satele Shan se desplegó a una posición sentada y abrió sus ojos.

—Gracias, Shigar. —Ella se puso en pie y se enderezó las túnicas—. Te debo la vida.

Shigar inclinó su cabeza y le devolvió su sable láser.

—Sólo hice lo que debía, Maestra.

Su mano derecha agarraba su hombro.

—Eso es lo que siempre hacemos, Shigar, en tiempos de guerra.

La puerta interior se abrió.

—Será mejor que subáis aquí —dijo Jet por el comunicador interno de la nave—. Rápido.

Shigar llevó a su Maestra a través de los pasillos estrechos de la nave hacia la cabina de mandos elevada. Ula y Jet estaban en los controles, con Chatarra a un lado, tan inmóvil como una estatua. Hetchkee estaba en otra parte; llenando el punto vacío del tri-láser, supuso Shigar, ahora que la necesidad del tractor había pasado. Ula les miró conforme entraban, entonces se puso en pie e hizo una reverencia.

—Gran Maestra —dijo él con una expresión nerviosa en su cara— me alegro de verla de nuevo.

—¿Nos hemos visto antes?

—Soy el Enviado Vii; del personal del Comandante Supremo…

—Olvida las presentaciones —dijo Jet—. Podemos tener una fiesta del té después. Hay otra nave en la mira.

—¿Imperial? —preguntó la Maestra Satele, inclinándose sobre la silla de Ula.

—No lo creo. —Jet sacó una amplia vista del espacio alrededor de Sebaddon—. Justo cuando pensaba que estábamos manejando este desastre…

La pantalla de vistas mostraba la flota restante de la República en una órbita mucho más alta de la que estaba antes, bien fuera de alcance de los hexes. Las naves infectadas estaban lanzándose salvajemente en direcciones diferentes, gracias a los motores incapacitados o al agujero negro. La flota Imperial, reducida a siete naves; incluyendo la mole de su crucero; también estaba ascendiendo a un terreno más elevado. Una rápida mirada a las órbitas proyectadas mostró que era probable que cruzaran sus caminos en unas pocas horas; pero eso era algo de lo que preocuparse después.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Shigar, rozando su mano a través de una capa de pelusa que rodeaba el ecuador del planeta.

—Eso es de donde salieron los últimos tres misiles —dijo Ula—, y dos más han sido lanzados desde entonces. No estaban apuntando a nada. Creo que Xandret está colocando un halo defensivo de hexes para proteger al planeta.

—Como debería —dijo la Maestra Satele—. Muéstrame la última llegada.

El dedo de Jet apuñaló un punto brillante flotando cerca del diminuto satélite del planeta.

—Apareció hace un minuto.

—¿Desde las mismas coordenadas que todos los demás?

—No. Se lanzó desde un cráter de la luna. Creo que ha estado oculto ahí todo el tiempo.

Ella asintió.

—Me gustaría comunicar un mensaje.

Jet le dio el comunicador.

—Ya era hora de que te mostraras —dijo ella—. Me gustaría mucho hablar contigo, Dao Stryver.

—Y yo contigo, Gran Maestra —llegó la respuesta inmediata—. Me place que sobrevivieras a esta ruta poco favorecedora.

—¿Puede alguien obtener placer de la supervivencia del enemigo de uno? —preguntó ella al Mandaloriano.

—Puede ciertamente —dijo él—. Lo explicaré en su momento.

—De verdad lo espero.

—Encuéntrate conmigo en la luna en media hora. Manda una nave. Sin escoltas. Tienes mi palabra que tú y tu grupo no seréis dañados.

Stryver desconectó.

—No confío en él —dijo Shigar.

—No tenemos elección —dijo ella—. Traza la ruta, Capitán Nebula. Llévanos junto al Commenor. Necesito hablar con la Capitana Pipalidi ahora, en caso de que no tengamos otra ocasión.

—¿«Nosotros»? —preguntó Jet.

—Esta misión ya ha perdido siete navíos de guerra. No arriesgaré otro.

—¿No se preocupa nadie por lo que yo esté preparado para arriesgar?

—Mira esto —dijo Ula, atrayendo la atención de todos de vuelta a la pantalla de vistas—. Los Imperiales están lanzando una lanzadera.

—No podemos dejarles alcanzar las coordenadas de salto —dijo Shigar—. Si están mandando por refuerzos…

—No creo que sea allí adonde se dirijan —dijo Satele—. «Una nave, sin escoltas» —citó ella.

—Y Stryver dijo que no seríamos dañados por él —añadió Jet—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Olvida el vuelo hacia el Commenor —le dijo ella—. Ponnos en marcha ahora. Hablaré con la Capitana Pipalidi de camino.

—Sí, madame —dijo Jet, realizando un saludo sarcástico a la Maestra Satele—. Debemos estar corriendo hacia nuestra desgracia conforme caminamos.



Ula observó con terror creciente conforme se alzaba el punto de encuentro. Estaba en la peor posición imaginable, incapaz de actuar contra los deseos de la República porque Satele Shan inmediatamente le desautorizaría, e incapaz de revelar su identidad a sus verdaderos maestros sin comprometer su cobertura. Por un momento salvaje consideró lanzarse a pedir la misericordia de los Mandalorianos, pero la cordura, afortunadamente, prevaleció. Stryver no tenía misericordia. Lo mejor que podía esperar Ula por su atrevimiento era la esclavitud.

Al menos estaba vivo, se dijo a sí mismo, y tenía una oportunidad de seguir así si caminaba a través de este campo de minas con total cuidado.

El morro romo del Fuego de Auriga se inclinaba hacia delante de la lanzadera Imperial en su acercamiento al satélite solitario de Sebaddon. La luna era en forma de bloque y deforme, más como un ladrillo que como una esfera, con una cornucopia de cráteres y fisuras insondables dañando su horrenda cara. No le sorprendía que Stryver hubiera permanecido oculto tanto tiempo. No parecía haber sido minado o trampeado, lo cual era una omisión primordial para una administración colonial tan ansiosa por permanecer imperturbable. Ula se preguntó si ellos simplemente nunca pensaban en ello, o si erróneamente; pero no sin motivos; asumieron que nunca serían descubiertos tan lejos del disco galáctico.

El explorador de Stryver, Primera Sangre, se anclaba a la superficie de la luna conforme las dos naves se aproximaban. Tenía la forma de una luna creciente, con alas apuntando hacia delante que se erizaban con armas y una piel negro mate, irreflectante. No había marcas de ningún tipo, sólo dos círculos brillantes a cada lado señalando escotillas de aire preparadas. Jet preparó un anillo de amarre y encañonó para cruzar la distancia, y compitió para aproximarse a la escotilla de aire de estribor. El piloto Imperial percibió sus intenciones y se movió para amarrar en el lado opuesto. Junto con Larin y Hetchkee, Ula observó la lanzadera de cerca por alguna señal de traición. La forma en que los Imperiales habían destruido ilegalmente la lanzadera de la República en Hutta era todavía dolorosa para él. Esperaba más de ellos.

—¿Quién va a entrar? —preguntó Larin por el comunicador interno.

—Shigar y yo —dijo la Maestra Satele—, y el Enviado Vii.

Ula tragó.

—Me temo que puedo ser de poca utilidad —empezó a decir, pero fue cortado por Larin.

—Necesitareis un guardaespaldas —dijo ella—. Sólo por las apariencias.

—Está bien.

—Y llevaos a Chatarra, también —dijo Jet—. Veré a través de sus ojos.

—¿Podéis tú y Hetchkee pilotar la nave por vuestra cuenta, si tenéis que hacerlo?

—En un aprieto —dijo el contrabandista—. Con el incentivo adecuado, podría volar un crucero de batalla por mí mismo.

—Muy bien, entonces. Mantén el sello umbilical, pero cierra la nave una vez que desembarquemos. Vete a mi señal, estemos a bordo o no.

—No te preocupes por eso —le dijo el contrabandista—, desempolvaré si tan siquiera haces una sacudida graciosa.

Ula buscó distracción en la telemetría conforme la nave se asentaba ligeramente en la luna de poca gravedad. Sebaddon no había lanzado ningún misil desde la última ronda. El punto caliente principal se había vuelto considerablemente más caliente por el fuego de contraataque, y la actividad estaba aumentando en otras regiones también. A él le parecía como si los ocupantes del planeta se estuvieran reagrupando para contraatacar, pero era difícil decirlo desde esa distancia. Cada dron espía lanzado por la flota de la República había sido interceptado por el halo orbital de hexes y destruido.

Quizás, se dijo a sí mismo, podía deslizar un mensaje de algún tipo a su número opuesto del grupo Imperial. Esa era una esperanza pequeña e improbable a la que aferrarse.

Con una serie de ruidos y golpes, los arpeos de la tripa de la nave tomaron un firme agarre sobre el suelo polvoriento del exterior. El gemido de los elevadores propulsores se desvaneció. Jet quitó sus manos de los controles y se inclinó hacia atrás en el asiento. Pese a toda su fanfarronada, parecía exhausto, o al menos con resaca. Su pelo prematuramente gris se alzaba por un lado, y sus ojos estaban pesadamente ojerosos.

—Yo me ocuparé de la granja hasta que volváis —les dijo—. No hagáis nada que yo no haría.

Ula se puso en pie, esperando contra toda esperanza que la Gran Maestra cambiara de opinión. No hubo tanta suerte. Ella ya se estaba dirigiendo hacia abajo por las escaleras de la cabina de mandos, siguiendo a Shigar como una mascota. Ula hizo un gesto a Chatarra para que fuera por delante de él.

—Buena suerte —le dijo Jet.

—No se lo has dicho a los otros.

—Imagino que no la necesitan.

—Gracias por el voto de confianza.

Jet sonrió.

—Estarás bien. Sólo recuerda: tienes una ventaja invencible.

—¿Cuál es?

—La habilidad de ver ambos bandos a la vez.

Ula no sabía qué decir a eso, o a los muchos otros indicios que Jet había soltado indicando que sabía lo que era Ula. Ula nunca había tenido el coraje de preguntarle directamente; ni siquiera durante las largas horas cuando él y el contrabandista habían estado sentados esperando a que Shigar hiciera bien su promesa psicométrica. Tanto si

era verdad como si no que Jet lo había adivinado, Ula prefería que nunca se dijera en voz alta. Su vida recaía en el pretexto. Una vez que se fuera, no sabía lo que le dejaría eso.

Así que él sólo asintió y se dirigió bajo las escaleras para encontrarse con los otros en la escotilla de aire, preguntándose cómo cualquiera en su posición podía considerarse aventajado. Se sentía como si estuvieran tirando de él en una docena de direcciones. Si no tenía cuidado, un tirón agudo podía destrozarle en pedazos.

* * *

Ax caminó la corta distancia sobre el umbilical con una furia comedida. Ella ardía por estar de nuevo en su interceptor en lugar de estar gastando su tiempo con los Mandalorianos y los enviados de nuevo. Era tan malo como estar de nuevo en Hutta, sólo que esta vez ella no tenía una clara ventaja que esperar. Todo lo que podía pensar era en el trabajo que debía estar haciendo en ese momento; proteger a la flota de los hexes, al menos, o quizás incluso preparar una fuerza de ataque para borrar a Stryver del cielo. A ella no le gustaba el ir hacia él cuando llamaba, como algún tipo de sirviente.

—Tú hablarás con el Mandaloriano entrometido en mi nombre —le había dicho su Maestro.

—Pero Maestro…

—¿Necesito explicarte de nuevo cuál es tu deber? Es servir al Emperador, a través de mí, su instrumento. Cuando me desafías, le desafías a él.

Y ese era el problema, por supuesto. Ella le había desafiado, ignorando sus órdenes durante el ataque de los hexes en Hutta. Ahora estaba siendo castigada por ello, mientras él esperaba cómodamente medio congelado en la habitación secreta de su lanzadera. Tanto si su desafío había servido a la flota o no era irrelevante. Ella sólo podía olvidarlo todo haciendo algo constructivo; tan solo por la mejora del Imperio; hasta que Darth Chratis cambiara de opinión.

—Estoy aquí —dijo ella cuando alcanzó la escotilla de aire externa del Primera Sangre. Su mano derecha jugueteaba con la empuñadura de su sable láser—. No me hagas esperar, Stryver.

La puerta siseó al abrirse. Una escolta simbólica la siguió hacia la nave; tres soldados en uniformes negros y grises. Ella no miró tras ella para asegurarse de que estaban siguiéndole. Como un acto deliberado de desafío dirigido tanto a Stryver como a su Maestro, ella no se había cambiado su uniforme de combate. Apestaba a aceite y humo y a combate, exactamente como la nave de Stryver. Su pelo se balanceaba pesadamente por su espalda, como cuerdas gruesas.

El Primera Sangre tenía un perfil bajo de frente, pero era sorprendentemente espacioso en el interior. Sus muros eran acanalados más que sellados con paneles planos; en ocasiones no había huecos en absoluto delineando el pasillo desde el contenedor. Cables y componentes estaban ocasionalmente expuestos, suponía ella, en un esfuerzo para aminorar el peso. Ella también supuso que cualquier secreto estaba bien oculto fuera

de la vista, así que no se preocupó en memorizar lo que veía. Ella simplemente caminó, siguiendo el sonido de las voces que le llevaban al centro del navío.

—… entiendo por qué nos necesitas a todos a la vez. ¿No puedes decírnoslo ahora?

Ax conocía esa voz. La había escuchado en Hutta. Pertenecía a la casi-humana que había luchado en el lado de la República, aunque claramente no era una soldado. ¿Qué estaba haciendo ella aquí?

—No me gusta repetirme —dijo otra voz familiar: el tono profundo, modulado por el vocodificador de Dao Stryver.

Ax caminó alrededor de un grueso pilar de cables que actuaba como conducto y apoyo, y se encontró a sí misma en la cabina principal. Era una habitación circular con un suelo y techo blanco brillante, y un holoproyector central. Stryver permanecía a la izquierda de Ax, el casco justo alcanzando el relativamente alto techo. A su izquierda había un grupo diverso de gente, incluyendo varios individuos más que Ax reconoció: el enviado de la República, un droide que había visto rondando la cámara sellada de seguridad de Tassaa Bareesh, y el Padawan Jedi. Junto a él se erguía una mujer que no había visto antes, pero instantáneamente la reconoció.

Ax se detuvo de entrar en la habitación, un siseo de advertencia inconscientemente escapándosele entre los dientes. El aire estaba cargado con la correctitud del enemigo, concentrado principalmente alrededor de la delgada mujer con el mechón gris que llevaba las túnicas de un Caballero Jedi. No un mero Caballero Jedi, ella. ¡La Gran Maestra del Alto Consejo en persona! Darth Chratis rechinaría sus cristalinos dientes en frustración por perderse ese encuentro cercano con el rival más odiado del Emperador. Matarla traería a Ax una fama considerable y fortuna entre aquellos favorecidos por el Consejo Oscuro.

Ax forzó su mano para dejar la empuñadura. Pese a toda su ambición, Ax sabía que ella no podía derrotar con una sola mano a la Maestra y al Padawan. Ella tendría que golpear con palabras en lugar de con su espada.

—La Orden Jedi debe ser débil en efecto —dijo ella—, para que la Gran Maestra y un crío salten a la llamada de un Mandaloriano.

El Padawan, Shigar, se tensó ante su descripción de él como un niño.

—No tan débil —dijo él—, como para que no salvara tu vida al menos una vez en Hutta.

—Te equivocas —dijo ella, sintiendo el calor alzarse por su cuello.

—¿Lo hago? Intentaré mejor no hacerlo, la próxima vez.

—Suficiente —dijo la Gran Maestra, y el Padawan la obedeció al instante—. Estamos todos ahora, Stryver. Empieza.

—Yo no recibo tus órdenes, Gran Maestra —dijo el Mandaloriano—. Sin embargo, tienes razón. Os he traído aquí para mostraros algo.

El holoproyector entre ellos parpadeó encendiéndose. Ax reconoció el globo de Sebaddon, con sus diminutos lagos, como gemas dispersos entre los bultos de calor irregulares, del tamaño de continentes. Las costuras de magma brillaban de naranja,

formando un trazado que en otros mundos serían ríos. Varios círculos azules en las intersecciones de dichos trazados indicaban asentamientos o centros industriales. Ax reconoció al que Darth Chratis había bombardeado cuando el Primordial fue atacado, y muchos otros. Algunos de los que recordaba no eran del todo visibles.

—Así es como se veía Sebaddon cuando llegué seis horas antes que vosotros —dijo Stryver—. Así es como se ve cuando llegasteis vosotros.

Había una clara diferencia: muchos de los puntos calientes perdidos ahora estaban presentes; los más brillantes eran todavía más brillantes.

—Así es como se ve ahora.

Ax no necesitaba estudiar lo que ya sabía.

—¿Tu punto?

—Trabajan rápido —dijo el Padawan—. Eso es lo que dijo Jet cuando llegamos. Pensaba que la colonia tenía al menos veinte años.

—No pueden ser más de quince —dijo Ax, recordando cuánto tiempo había pasado desde la huida de Lema Xandret.

—Realmente es mucho menos que eso —dijo Stryver, descansando sus manos gigantes, enguantadas en el borde del holoproyector e inclinándose sobre la imagen—. Estudiad esta secuencia de imágenes con cuidado y veréis que la colonia se expandió un cinco por ciento desde que llegué. Si proyectas esa tasa de crecimiento hacia atrás en el tiempo, eso os da una fecha de fundación de cerca de hace tres semanas.

—Imposible —dijo ella.

—Eso es cerca a cuando se interceptó el Cinzi. —Dijo Ula.

—¿Y qué? Todavía es imposible.

—¿Lo es? —dijo Stryver—. Lema Xandret escogió esta colonia parcialmente por su riqueza en recursos. Con un ejército de trabajadores voluntariosos y los medios para construir nuevos, ¿por qué no podía hacer lo que quisiera?

—Si la colonia pudiera crecer tan rápidamente, ¿por qué todavía es tan pequeña?

—Esa es una buena pregunta, Eldon Ax. Deberías conocer a tu madre mejor que nadie más de aquí. ¿Tú qué crees?

En lugar de ruborizarse, Ax sintió que su cara de volvía fría y tensa.

—Empieza a hablar con sentido, hombre, o me marcho.

Ambos índices de Stryver golpearon con fuerza, sólo una vez, y por primera vez Ax se percató de que sólo tenía cuatro dedos en cada mano.

No exactamente un hombre, entonces, pensó ella. ¿Pero a quién le importa?

—Os he estado observando —dijo él—, mientras metíais la pata para hacer que os mataran. Esa es la ventaja de ser el primero en el campo de batalla. En lugar de probar las defensas de Sebaddon por mí mismo, me senté y os observé mientras vosotros lo hacíais. Ha sido un experimento interesante, uno que confirmó mis observaciones previas. Los habitantes de Sebaddon están poco dispuestos a hablar sobre abrir sus límites a extraños; particularmente al Imperio; y son capaces de defenderse a sí mismos cuando les presionan.

—Nos cogieron por sorpresa —dijo Ax—. Eso no ocurrirá, la próxima vez.

—Si esperáis demasiado, la sorpresa no será lo único de lo que tengáis que preocuparos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Satele Shan.

—¿Cuánto os llevará llamar por refuerzos? No podéis llamar, así que es un viaje de ida y vuelta para mandar a un mensajero. Entonces una flota debe ser reunida. Cuanto más grande la flota, más tiempo necesitareis. Y con cada hora, Sebaddon está convirtiendo más de sus preciosos metales en máquinas de guerra. Más de treinta naves vinieron hoy. ¿Cuánto pasará hasta que cincuenta naves no sean suficientes? ¿Cien? ¿Mil?

Ax hizo una burla.

—Ni un solo planeta puede aguantar contra el poder de la máquina de guerra Imperial.

—Estaría de acuerdo, si la máquina de guerra Imperial estuviera disponible. Pero está estirada a lo largo de toda la galaxia, fina y vulnerable, y lo mismo se puede decir para la de la República. Además, todos sabemos que ninguna vendría si la llamáramos. Ellos pensarían que tus preocupaciones son exageradas. Están más interesados en luchar el uno contra el otro que contra esta única amenaza, aislada.

—¿Esto es una amenaza? —preguntó Shigar—. Xandret no hablará con nosotros, pero al menos ha dejado de disparar ahora que nos hemos alejado. ¿Por qué no darle lo que quiere y dejarla sola?

—¿Crees que eso es realmente posible, ahora? —dijo la mujer casi-humana.

—¿Por qué no? —Shigar miró a su Maestra en busca de apoyo, pero ella no se lo estaba dando.

—Eres un ingenuo —dijo Ax—. Este mundo es demasiado valioso. El Emperador lo tendrá, o nadie lo hará.

—Y se debe hacer ejemplo de tu madre —dijo Stryver—, de otra forma el poder de los Sith se erosionará.

—Deja de llamarla mi madre. Lema Xandret es una criminal y una fugitiva. No hay posibilidad de que escape de la justicia.

—¿La derrotarías tú misma, si pudieras?

—Lo haría, y lo haré. No significa nada para mí.

—Bien. Yo creí una vez que podría razonar con ella. Creí que podría negociar un acuerdo que las mantendría a ella y a sus creaciones a raya. Ahora me temo que es demasiado tarde para ningún tipo de negociación. No hay razonamiento o acuerdo posible.

—¿Se ha vuelto loca? —preguntó la soldado a la derecha de Shigar—. Si es así, hay otras opciones. Podríamos sacarla y hablar con alguien más, por ejemplo.

—Este plan sufre de un pequeño defecto pero fatal.

—¿Cuál es? —preguntó el enviado de la República.

—Lema Xandret ya está muerta. Lo ha estado por un tiempo.

Una astilla helada golpeó el corazón de Ax ante aquellas palabras, dejándola incapaz de decir si sentía triunfo o pena, o ambas.

* * *

—Creo que es hora de que nos digas todo lo que sabes —dijo la Maestra Satele.

—Estoy de acuerdo —dijo Larin—. ¿Desde cuándo negocian los Mandalorianos con nadie?

Ula recordó a Jet diciéndoselo. Ellos no creen que tengan iguales.

—Tú eras la persona que los emisarios de Xandret esperaban encontrar —dijo Ula. Viniste a buscarles cuando no se mostraron.

El casco gigante, abovedado se inclinó en su dirección.

—Correcto.

—¿Se supone que la propia Xandret estaría a bordo del Cinzia? —preguntó Shigar—. ¿Es por eso por lo que crees que está muerta?

—No. Ella mandó a otro. Creo que estaba aquí cuando murió.

—¿Así que no lo sabes con seguridad? —preguntó la Sith. Su cara tenía un aspecto blanco, apretado bajo sus rastas rojo sangre.

—Estoy seguro de ello.

—¿La mataste? ¿Viste su cuerpo?

—No.

—¿Entonces cómo puedes estar seguro?

Stryver golpeó su casco con un dedo enguantado. Ula no podía ver la cara del Mandaloriano, pero era seguro que estaba sonriendo.

—Ella no significa nada para mí —dijo la joven Sith firmemente, como reafirmándose a sí misma de la verdad de ello—. Sólo quiero estar segura.

—Estate segura de esto, Eldon Ax: cuando aquellos droides que tu madre creó dejen este mundo, consumirán la galaxia entera en menos de una generación.

Ula parpadeó. Lo que clamaba era absurdo, pero si Stryver de verdad lo creía, eso explicaba otra parte confusa de la historia.

—Así que por esto queríais hablar con ella —dijo Ula—. Lema Xandret era una amenaza o una posible aliada… justo como el Imperio.

—Una fuerza para tener en cuenta, potencialmente —dijo la Maestra Satele—. Una fuerza que claramente subestimamos. Pero tú no habrías creído en su palabra. Debes haber recibido algún tipo de prueba.

—Una fábrica de demostración —dijo Stryver—. En dos días, fabricó diecisiete droides y dos duplicados de sí misma usando sólo los materiales de su alrededor. Los duplicados de las fábricas se pusieron a trabajar de inmediato, creando otras cuatro fábricas e incluso más droides. Su tasa de reproducción estaba sólo limitada por la energía disponible para ellos; más tarde descubrimos cómo mandaron raíces para interceptar los suministros locales, asegurándose de que nunca se acabaran. Por

curiosidad, metimos a los droides en el pozo y ellos prevalecieron contra todos los campeones actuales. Entonces los droides y las fábricas se autodestruyeron, dejando restos insuficientes para que sondeáramos los secretos de su manufactura o función. El mensaje era claro. El Mandalore me mandó a buscar conversación.

—¿Por qué te mandó sólo a ti? —preguntó Larin—. No eres de mucha utilidad para nosotros por tu cuenta.

—Puedo confirmar varias hipótesis que ya estaréis formando. Esto os ahorrará tiempo para que podáis empezar a actuar. —Stryver alzó su mano derecha y empezó a contar puntos—. Uno. Lema Xandret y sus compañeros refugiados llegaron a Sebaddon determinados a desbancar la jerarquía que habían dejado atrás. Quince años más tarde, ocultarse ya no era suficiente: Xandret quería vengarse de la gente que le había robado a su hija. Así que buscó a Mandalore para ayudarla. Ella se aproximó a él debido al limitado del uso de la Fuerza de mi cultura. Ahí, después de todo, fue donde comenzó todo esto, con cultos religiosos militarizados convirtiendo niños en monstruos.

Ula no se atrevió a mirar a la cara de la joven Sith. Él no sabía exactamente cómo los Sith entrenaban a sus acólitos, pero eso sonaba plausible. Se preguntaba si sus «maestros» Jedi tenían un sistema similar.

—Dos. —La cuenta de Stryver continuó—. Durante su exilio autoimpuesto, Xandret y sus compañeros artesanos avanzaron la robótica en direcciones que nadie había visto antes. Encontrando inspiración y materiales en la propia biología humana, ellos buscaron construir droides que no envejecieran o se volvieran inflexibles y rígidos, así su pequeña colonia podría durar para siempre. Los desafíos técnicos eran inmensos, por supuesto, pero habían hecho algunos progresos en direcciones inesperadas. Los droides que habéis visto son prototipos avanzados llamados los reproductores rápidos. Dado el suficiente metal y energía cruda, crecen de semillas en versiones de combate completas en cuestión de días. El nido en Hutta podía haber producido docenas de esos asesinos si se le hubiera dejado, y lo mismo es cierto sobre los nidos de Sebaddon. Los puntos calientes que habéis estado observando desde arriba, los que parecen ciudades, son de hecho fábricas constructoras de droides. Están produciendo en masa reproductores rápidos por los miles ahora que las defensas del planeta han sido activadas. Y no sólo reproductores rápidos: también nuevas fábricas. Ahí es donde recae la verdadera amenaza. Esta era el arma que ella quería usar contra el Imperio.

—Tres. Si se dejan sin comprobar, la tecnología reproductora de Xandret inevitablemente sobrepasará su planeta natal y se esparcirá por la galaxia. Las matemáticas de la progresión geométrica son innegables: un mundo este año, dos mundos al siguiente; entonces cuatro, entonces ocho; en una década son doscientos cincuenta mundos, entonces otra década más tarde es un cuarto de un millón. Una generación humana es todo lo que necesitarían para tomar la galaxia por completo junto con los Sith, Jedi, y Mandalorianos.

—Cuatro. La negociación ya no es una opción. Xandret puso todos sus prejuicios en sus droides. Habéis escuchado sus voces. Sabéis qué les motiva. La única solución es

aplastar Sebaddon por completo. Nosotros debemos ser despiadados, decisivos, y minuciosos, para asegurarnos de que el legado de Lema Xandret sea completamente erradicado. Sólo un nido podría ser suficiente para permitir que todo esto empiece de nuevo.

Stryver se había quedado sin dedos en su mano derecha.

—¿Has terminado? —preguntó la Sith.

—Lo habré hecho si esta amenaza no es neutralizada.

Los puños de Stryver descendieron para descargar su peso, nudillos por delante, en el lateral del holoproyector.

La esfera de Sebaddon giraba imparable entre ellos. Luces rojas brillantes aparecían y se diseminaban como una plaga a cámara rápida. Pronto el planeta entero estaba rojo, y corrientes de diminutos puntos malignos empezaron a saltar de la superficie y escapar hacia espacios fuera de la vista.

—Dijiste «nosotros.» —la voz de Satele Shan hizo saltar a Ula—. Nosotros debemos ser despiadados. Supongo que fue deliberado.

—Lo fue. Todo lo que he visto, en Hutta y Sebaddon, confirma mis peores temores. Sebaddon está respondiendo a la amenaza que todos vosotros representáis redoblando la producción. Debe ser detenida antes de que el contagio se disemine. Desde que ni el Imperio ni la República pueden destruir esta amenaza por sí mismos con los recursos disponibles ahora mismo, debéis trabajar juntos para verlo hecho.

—Contigo al cargo, supongo —dijo Larin.

—El fin justifica los medios.

—Nunca recibiré órdenes de un Mandaloriano —dijo la Sith en tono burlón—. Y nunca lucharé al lado de un Jedi. Estás demente por tan siquiera sugerirlo.

—Debe haber alguna alternativa —dijo la Maestra Satele—. Otro intento de negociación, quizás…

—El sistema de defensa planetario está automatizado —dijo Stryver—. Las únicas voces que llegan del planeta se originan de los reproductores rápidos. Así es como sé que Lema Xandret está muerta. Todo el mundo ahí abajo está muerto. Sólo están los droides ahora, y no podéis negociar con ellos.

—Bien, no podemos confiar los unos en los otros —dijo Shigar—. Esta es la elección que nos has dado.

—Si pudiera hacerlo de otra forma, lo haría. Créeme.

Jedi y Sith se miraron amenazadoramente los unos a los otros sobre el holograma, y de repente Ula supo exactamente qué tenía que hacer. Una vez más, Jet había tenido toda la razón. Ula podía ver ambos bandos a la vez, y refugiarse a sí mismo en el regateo.

—¿Eres la líder de la flota Imperial? —preguntó a la joven Sith. Él ya sabía la respuesta. El Emperador nunca confiaría ese lujo a alguien tan joven, sin importar lo poderosa que fuera. Pero tenía que preguntar, por el bien de las apariencias.

—No —admitió ella.

—Quien sea que sea esa persona, entonces, quiero hablar con ellos, cara a cara —dijo él—. Creo que puedo traer al Imperio al juego.

—¿Tú? Mi Maestro destriparía a un gusano como tú sólo por verte morir.

El estómago de Ula dio un vuelco. Su Maestro. Había esperado un comandante no Sith, pero tuvo que conformarse con lo que tenía.

—Llévame al navío de tu comandante y déjame intentarlo. Si fracaso, por como suenan las cosas, debería estar igualmente muerto.

—Tu muerte está más cerca de lo que piensas. Él está en la lanzadera.

—Bien, entonces. Mejor aún. Se acabará rápidamente.

—Enviado Vii —dijo Satele Shan— ten mucho cuidado. Debes estar absolutamente seguro de ti mismo.

—Lo estoy. —Se puso recto y sacó pecho—. Si el Imperio accede a la sugerencia de Stryver, ¿lo haréis vosotros?

La Gran Maestra no mostraba ninguna señal de incertidumbre.

—Por supuesto. No estamos en guerra, después de todo, y la amenaza es severa.

—Bien. —Ula se giró hacia la chica Sith. Ella tenía los labios apretados con ira, como si no pudiera creer su audacia—. Esto no es un truco. Iré contigo ahora, si me llevas. Por favor.

—Sólo tú —dijo finalmente—. Nadie más.

—Eso está fuera de la cuestión —dijo Larin.

—No —dijo él, aunque su corazón se encalideció por su preocupación—. Estoy feliz de ir por mí mismo. Si no puedo convencerles con palabras, ¿qué diferencia haría un rifle o dos?

Ella retrocedió reluctantemente.

—Sólo ten cuidado. Queremos que vuelvas de una pieza.

—¿No en varias? —dijo la Sith. Ella estaba sonriendo ahora, quizás anticipando el deporte que su Maestro haría con él—. No garantizo nada.

Ula se preguntaba si parecía tan débil como se sentía. ¿Y si ella le mataba en el momento que estuvieran en el otro lado de la escotilla de aire, antes de que tuviera una oportunidad de hablar? Esa sería la ironía más horrible de todas.

—Estoy preparado —dijo él con una voz tan fuerte como pudo reunir—. No hagamos esperar a tu Maestro.

—Ciertamente —dijo ella—. No lo hagamos.

—Si no oímos de ti en treinta minutos —dijo Stryver—, supondremos que estás muerto.

Ula caminó alrededor del holoproyector y dejó que los guardias Imperiales le llevaran de los hombros y le llevaran a la fuerza hacia la puerta. No había vuelta atrás. Los ojos de sus antiguos aliados de la República le seguían conforme le llevaban a traicionarlos a todos.

* * *

En el momento en que la escotilla de aire se cerró detrás de ellos, el enclenque enviado empezó a forcejear. Ax caminó hacia dentro, su mente llena de formas de aminorar las inevitables consecuencias de su fracaso. Ella no sabía lo que había esperado Darth Chratis, pero con seguridad que volvería este inesperado resultado contra ella. Lo que había encontrado difícil de pensar no ayudaba.

—Escúcheme —le llamó el enviado.— ¡Tiene que escucharme!

Ella no aminoró. Apenas le escuchaba. Lema Xandret está muerta, había dicho Stryver. Todo el mundo ahí abajo está muerto. Ella no sabía por qué ese dictamen había marcado una diferencia, pero parecía hacerlo. Su familia, su madre; ¿qué le había pasado a su padre? Ella nunca había preguntado. Quizás estaba muerto, también, había muerto hace años, cuando era una niña. Quizás era un Lord Sith que no se rebajaría a ser asociado a una mujer común. Quizás, pensó ella, ¿sólo quizás…?

Imposible. Ella se burló se sí misma por siquiera pensarlo. Darth Chratis no era el tipo de padre para ella, y nunca lo sería. Ella no necesitaba un padre, justo como no necesitaba familia. Si Stryver tenía razón y los fugitivos estaban todos muertos, eso sólo hacía su vida más fácil. Ella no habría malgastado energías encontrándoles y matándoles, en nombre del Emperador.

—¡Por favor, estoy tratando de decirle que no soy quien cree que soy! ¡Estamos en el mismo bando y lo hemos estado todo el tiempo!

El graznido del enviado finalmente penetró su consciencia. Al borde de entrar en la lanzadera, se detuvo y sacó una mano medio agarrada.

Él se deslizó de las manos de los guardias y se estampó contra la pared de la escotilla de aire.

—Ni se te ocurra mentirme —dijo ella.

—No lo hago. —El enviado estaba tan pálido como el mármol y su voz era poco más que un susurro, pero no se encogió conforme ella se aproximó—. Soy un agente Imperial.

Ella activó su sable láser y lo sostuvo contra su garganta.

—No pareces un Agente Cifrado. Ni siquiera eres del todo humano.

Su desprecio era feroz.

—Está bien. No un agente per se, pero un informador al menos. Soy leal pese a la especie que soy. Totalmente leal. Lo juro.

Ax no se movió. Sabía que muchos oficiales de alto rango de la República a veces preferían personal no humano creyendo que les protegería de la vigilancia. Si este enviado había sido convertido, sería altamente valorado por la Ministra de Información.

—Traté de abordar su lanzadera en Hutta —presionó él, empezando a tartamudear ahora—, pero los guardias m… me echaron.

Eso era verdad, y la hizo dudar. Ax no podía creer que estuviera escuchándole; y más aún, considerando realmente su historia. Pero su descaro y valentía ante una muerte segura eran persuasivos. Tenía que admirar sus entrañas, aunque las vería crepitar si averiguaba que estaba tratando de engañarla. No era imposible que fuera un agente doble puesto por Satele Shan para guiarla a ella y a su Maestro por mal camino…

Ax sonrió con sus dientes. Darth Chratis lo sabría. Si el enviado estaba diciendo la verdad, sería una bendición para ella. Si no lo era, su Maestro tendría a alguien más sobre quien descargar su descontento.

—¿De qué especie eres? —le preguntó ella.

—E… Epicanthix.

—Nunca escuché de ella.

—Venimos de Panatha en la Extensión Pacanth…

—No me importa. Si quieres volver a ver tu hogar; si quieres volver a ver cualquier cosa de nuevo; entonces le dirás a mi Maestro todo lo que me acabas de decir, y le convencerás de que es cierto.

—¿Quién es su Maestro?

—Darth Chratis. ¿Te dice algo ese nombre?

Si acaso, el enviado se puso aún más pálido.

—Bien. Entonces aprecias la gravedad de tu situación.

Ella desactivó su sable láser y le dejó salir. Los guardias le cogieron y le arrastraron tras ella, hacia la lanzadera donde su Maestro esperaba.

Darth Chratis la esperaba en la cabina de pasajeros espaciosa pero poco hospitalaria, llevando un traje con armadura abultado. Sólo su cara era visible, consumida y arrugada en un ceño fruncido permanente. Él se inclinó pesadamente en su bastón del sable láser.

Cuando vio al enviado, su frente bajó aún más.

—Explica.

Ax lo hizo, empezando con las predicciones funestas de Dao Stryver y moviéndose rápidamente hacia la posibilidad de cooperación. El prisionero permanecía en silencio mientras tanto, atónito por el aspecto amenazador de Darth Chratis. Eso era bueno, si hubiera interrumpido en cualquier punto, habría sido asesinado en un instante.

—¿Y Satele Shan ha aceptado las maquinaciones de este Mandaloriano? —Las cejas de su Maestro, tan finas como cicatrices viejas, se elevaron hacia su cuero cabelludo desgastado por el tiempo.

—Eso parece —dijo ella—. Ella mandó a su enviado para negociar en su beneficio.

Ahora la mirada de Darth Chratis descendió por completo hacia él, y el enviado se estremeció.

—Habla.

—Mi nombre es Ula Vii —tartamudeó él—. Informo directamente al Observador Tres en la división de operaciones del Ministerio de Inteligencia. Soy su sirviente, mi lord; un agente leal al Imperio.

—¿Un espía? Qué desafortunado para la Gran Maestra. —La cara de Darth Chratis se rompió en una amplia sonrisa, agrietada—. Dime, espía, cómo propones traicionarla.

—La República y el Imperio comparten los mismos objetivos iniciales —dijo el enviado, liberándose de los dos guardias. Él había estado claramente pensándolo bien mientras esperaba su momento para hablar—. El aplastar el sistema de defensa orbital de Sebaddon supera cualquier invasión o bombardeo en masa; el propósito del cual sería la

neutralización de la autoridad central del planeta, puesto que debe haber alguno, humano o artificial; y juntos, estoy de acuerdo que podemos probablemente lograrlo. Pero una vez que tengamos al planeta sin colmillos y sin cerebro, la necesidad de una alianza se habrá acabado. Sugiero que nos volvamos contra los Jedi y Dao Stryver entonces; rompamos la presunta alianza y cojamos lo que es nuestro por derecho. Sebaddon será del Emperador al fin. Suministraré información falsa cuando pueda, asegurándome de que la Gran Maestra nunca encuentre la oportunidad de hacer lo mismo con vosotros.

—¿Qué es lo que pides a cambio?

El enviado parecía sorprendido por la pregunta.

—¿Yo? Nada, mi lord. Simplemente estoy haciendo mi deber.

—Debe haber algo importante para ti, más allá de tu deber. Pide, y será tuyo.

—Bueno, hay una persona que podría pedirle que perdonara, tras su inevitable victoria.

—Dime quién.

—Ella no es nadie, menos aún que una soldado. Su nombre es Larin Moxla.

—¿Conoces a esta mujer, Ax? —preguntó Darth Chratis.

—Creo que sí, Maestro.

—Bien.

La sonrisa de Darth Chratis desapareció. El enviado fue retorcido duramente hacia delante y elevado en el suelo. Él luchó contra el agarre invisible sobre él, pero no había forma de resistirlo. Ax había experimentado el poder del agarre de Fuerza de su Maestro. Sabía lo apretado que podía ser.

—Escúchame, espía.

El enviado asintió frenéticamente, demasiado asustado para hablar en voz alta.

—No puedo leerte. Tu mente está escudada de mí, por algún ardid sobrenatural o por un talento natural. Sospecho que es lo segundo. La Ministra de Inteligencia busca a los de tu tipo para mantener sus secretos y los de sus maestros y de nuestro enemigo. Así que cuando miro dentro de ti, no veo lealtad al Emperador. Solo percibo alianzas enrevesadas, sin resultados claros. Dada la elección, nunca confiaría en ti.

—Aún así tú y los de tu tipo sois una necesidad repugnante en tiempos como estos. Debo encontrar un modo de contener tu instinto natural de traición. Para ese fin… —Aquí el Enviado Vii se sacudió violentamente hacia delante, de forma que estaba mirando directamente a los ojos de Darth Chratis—. Para ese fin, ten por seguro que si me traicionas cazaré el capricho de tu corazón no humano y la haré pasar por tales tormentos que estarás agradecido cuando la mate. Y entonces será tu turno. ¿Está claro?

—Sí, mi lord. Abundantemente claro.

El enviado cayó con un golpe al suelo.

—Muy bien —dijo Darth Chratis—. Ax, llévatelo fuera de mi vista. Lo devolverás a Satele Shan con el acuerdo que le prometió, y le acompañarás como mi portavoz oficial.

—Pero Maestro…

—¡Silencio! Difícilmente le dejaría ir solo. Nunca creerían que confié en ellos a no ser que tomara tales precauciones. Vigilarás a la Gran Maestra, y vigilarás a este, también. A la más leve señal de traición, me lo notificarás y mi ira descenderá sobre ambos.

Ella inclinó su cabeza, pensando: Otro callejón sin salida de tarea. Y probablemente una misión suicida, también.

—Haré como ordene.

—Percibo tu impaciencia, Ax. Recuerda que nuestras recompensas serán abundantes cuando la victoria sea completa. Cuando la Gran Maestra esté muerta y este mundo sea nuestro, entonces su aprendizaje habrá terminado. No antes. Ve ahora, y haz mi mandato.

—Sí, Maestro —dijo ella, haciendo una reverencia profunda, segura de que él percibía el ardor del nerviosismo en su mente. Ser libre de él al fin, ser una verdadera Sith; ¡eso es lo que ella siempre había querido! Y lo merecía. Ella lo sabía bien. No se había esclavizado por nada durante la última década y más, en detrimento de todo lo demás.

Lema Xandret está muerta.

Ax reprimió incluso el más leve rastro de arrepentimiento conforme se giró y abandonó la lanzadera, arrastrando al tembloroso informador tras ella.



ALIANZA LETAL



—¿Tenías que traerla de vuelta contigo? —susurró Larin a Ula conforme ella escoltaba a los pasajeros del Fuego de Auriga a la sala de conferencias del Commenor—. No confío en ella.

El enviado ajustó su cuello como si tuviera demasiado calor.

—No tenía elección, me temo. Darth Chratis fue insistente.

—Bien, él no te ofreció poner a uno de nosotros en su mesa de comandos.

—Supongo que no lo ofrecería, dado el caso, y me temo que no pensé en preguntarle. Pensé que la Sith sería valiosa como rehén, eso es todo.

—Supongo que lo será. —Dándose cuenta de la incomodidad de Ula, ella forzó una sonrisa—. Hey, mira, no estoy diciendo que no hicieras lo mejor que pudiste. Sólo me alegro de que llegaras tan lejos. Nadie más podía haberlo hecho. —Ella le dio un golpecito en el hombro con su media mano prostética.

—Gracias —dijo él, pareciendo avergonzado—. Me alegro de que lo pienses.

Ella no pudo evitar una sonrisa. Su rareza social era tanto emocionante como desconcertante. ¿Cómo podía alguien tan torpe aún con un puesto tan alto en la administración de la República haber sobrevivido solo a una audiencia con un Lord Oscuro de los Sith? Quizás Darth Chratis había sentido lástima por él.

Eso parecía más que improbable.

La aprendiz de Sith, Eldon Ax, caminó tranquilamente entre la Maestra Satele y Shigar, rodeada por un séquito de soldados de negocios, todos sosteniendo rifles preparados. Su cabeza de pelo salvaje se mantenía alta, y ella daba cada paso como luchando contra la urgencia de girarse y luchar. Era como un animal salvaje, apenas contenida a raya.

—No confío en ella —repitió Larin—, y soy buena leyendo a la gente.

Tras ella, Ula aclaró su garganta pero no dijo nada.

* * *

El encuentro fue incómodo desde el principio. La cresta de la Capitana Pipalidi era de morado profundo, y su básico era difícil de entender, como pasaba a menudo con los Anx, cuyas voces tendían a ser tan profundas que bordeaban el subsónico. Shigar habría jurado que sintió su caja torácica repiquetear un par de ocasiones.

La capitana primero ordenó a todo el personal no esencial que abandonara la habitación. Larin era una de ellos, y Shigar captó la mirada de dolor que ella le disparó. No había nada que él pudiera hacer sobre ello, aún así. Él no tenía poder aquí.

—El Coronel Gurin no tuvo oportunidad de confirmarme sus planes de sucesión —dijo la Maestra Satele—, pero sé que te tenía en la más alta estima, Capitana Pipalidi. Él se alegraría de saber que la flota está en manos confiables.

—Que siga siendo así —gruñó la capitana, con una mirada aguda hacia Eldon Ax. La implicación era obvia, y de doble sentido. Muchos en la milicia albergaban sentimientos muy fuertes por los Jedi tras los eventos que llevaron al Tratado de Coruscant, cuando la Orden había sido deliberadamente atrapada entre el Imperio y los Mandalorianos. El cierre de esa trampa había dejado a la República dividida acerca del rol que los Caballeros Jedi debían jugar en los conflictos futuros. Algunos incluso iban tan lejos como para desconfiar de la Orden por completo, prefiriendo dejarles fuera. El hecho de que la Maestra Satele hubiera traído a una Sith a la mesa de negociaciones sólo confirmaba esos sentimientos de desconfianza.

—Mi enemigo es vuestro enemigo —dijo Ax—. Eso os hace de utilidad para mí. Y viceversa.

La cresta de la Capitana Pipalidi se volvió de naranja brillante.

—No te necesitamos, tú niña-bruja asesina…

—Suficiente —dijo la Maestra Satele, alzando ambas manos—. Esto no nos llevará a ninguna parte. El hecho es que sí que la necesitamos, Capitana Pipalidi, y a los Imperiales también, así que debemos negociar de acuerdo con eso. ¿Tus analistas han confirmado los cálculos de Dao Stryver?

—Sí. —La capitana se alzó en su altura complete, haciéndola la persona más alta de la habitación por más de un metro—. He mandado un droide de sondeo de largo alcance para que transmita un mensaje al Comandante Supremo, pero no anticipo una respuesta de ningún tipo en un día.

—La probabilidad de que Stantorrs mande una flota en base a un mensaje es remota —dijo la Maestra Satele—. Y para cuando llegue, Sebaddon estará derramándose.

—Sí. —Esa única sílaba transmitió un peso de importancia. Para todo su disgusto por la situación, al menos la capitana entendía su significancia.

—No entiendo por qué Stryver no nos lo dijo antes —dijo Shigar—. Como están las cosas sólo tenemos quince naves, ahora. Si hubiéramos combinado ambas flotas al llegar, habríamos sido cerca de treinta. Si nos hubiera advertido…

—¿Le habrías creído? —preguntó Ula.

—No —dijo Ax inesperadamente—. Traté de contarle a mi Maestro sobre los hexes pero él no escuchó.

Shigar no añadió: yo también; pero podría haberlo hecho.

—¿Así que Stryver dejó que nos machacaran sólo para dejar claro su punto? Si hubiéramos sido derrotados, eso no habría hecho ningún bien a nadie.

—Estoy segura de que tiene sus motivos —dijo la Maestra Satele—. El mismo motivo, posiblemente, por el que sea el único de su clase aquí. Si el Mandalore se siente tan fuerte sobre esto, ¿por qué no mandaría más para respaldarnos?

—Quizás quiere que le hagamos el trabajo sucio.

—O no cree que su gente sea suficiente para esto —dijo la joven Sith.

Shigar encontró su mirada rápida. Si ellos compartían algo, al parecer, era una desconfianza a los Mandalorianos.

—Quince naves —musitó la Capitana Pipalidi—, incluyendo una mole de crucero…

Ax dijo:

—Tenemos tres mil tropas de frente, divididas entre los restos de tres regimientos; elevadores propulsores, armas pesadas, y armadura; con doscientos droides de combate TRA-Nueve. Tenemos suficientes lanzaderas para aterrizarles y apoyarles, pero hemos perdido muchas de nuestras municiones cuando las naves que las llevaban fueron destruidas por los hexes.

—¿Esas figuras son precisas? —preguntó la capitana sospechosa.

—Me han ordenado que no retenga nada. Es para nuestro beneficio, de momento, no hacerlo.

—En ese aspecto, ofreceré lo mismo. Tres mil quinientas tropas, dos regimientos completos. Elevadores propulsores y armadura. Nuestras alas estaban en el aire cuando sus naves capitales se destruyeron, así que la mayoría de los cazas sobrevivieron por sí mismos. Las plataformas de hangar están abarrotadas, aún así, y las opciones de alimentación limitadas.

—Nosotros tenemos el mismo problema —dijo Ax—. El Coronel Kalisch mandó grupos de exploración para recuperar lo que pudieran de los navíos infectados, pero ninguno volvió. Uno regresó infectado. Lo destruimos.

—Nos dimos cuenta. Nuestro personal de inteligencia está trabajando turnos dobles, observándolo todo alrededor del planeta. Sin ayuda, por supuesto, por el hecho de que estamos cortos de personal para empezar.

La tensión visible de la capitana se aligeró conforme ella y Ax intercambiaron detalles de las pérdidas y contratiempos. Shigar había escuchado cómo las líneas de batalla podían emborronarse en un frente sangriento de guerra. Esta era la primera vez que lo había visto en acción. Quizás el plan improbable de Stryver tenía algún mérito después de todo.

Ula rompió en el rápido intercambio de inteligencia.

—Cada minuto que pasamos charlando —dijo él—, los droides de Xandret construyen más de sí mismos, más fábricas, más ¿quién sabe qué? Si vamos a detenerles, tenemos que empezar a hacer un plan sólido, y rápido.

—Estoy de acuerdo —dijo la Maestra Satele. Nuestra prioridad número uno es detener a los droides de que pongan un solo pie en órbita. Mientras que sus fábricas estén confinadas en la superficie del planeta, será posible derrotarles.

—¿Un planeta entero con sólo quince naves? —preguntó uno de los oficiales sénior de la capitana—. ¿Y sólo una mole de crucero? —El comandante de piel dura agitó su cabeza—. No importa cómo lo dividas, es imposible.

—Sólo si nos decimos a nosotros mismos que lo es —dijo Shigar—. Los datos de Stryver mostraban claramente cómo los hexes se radiaban hacia afuera desde un punto

central; el punto caliente principal que vuestras naves bombardearon —añadió con un asentimiento a Ax—. Creo que es seguro suponer que ahí fue donde Xandret y los otros fundaron la capital de la colonia. Destruirla no ha eliminado la inteligencia coordinada de los hexes, pero debe haberla herido lo suficiente como para moverse a otra parte. Si buscamos el sitio que está creciendo más rápido, ese será el lugar al que golpear.

—Hemos identificado dos localizaciones así —dijo la Capitana Pipalidi. Un holograma parpadeó al encenderse entre ellos—. Aquí y aquí —dijo ella, indicando un punto en el ecuador y otro en el polo sur—. Quizás los hexes han decidido no poner todos los huevos en una cesta, esta vez.

Shigar estudió la imagen. El lugar en el ecuador estaba en mitad de un vasto mar de lava, punteado con islas de piedra sólida. El sitio polar era mucho más estable. Líneas rectas radiaban desde él en todas direcciones llevando a otros puntos en otra parte.

—Eso es una fábrica —dijo él, señalando al polo—. Quizás la fábrica maestra, donde todo lo demás se origina. Y ese es el cerebro —dijo él, transfiriendo su dedo al ecuador.

—¿Cómo es posible que sepas esos? —preguntó Ax.

—Porque las fábricas necesitan medios físicos para llevar las cosas dentro y fuera. Recursos, poder, droides acabados. Eso es lo que son estas. —Él siguió una línea de punto a punto—. Caminos o raíles de algún tipo. O cables de energía.

—Y los cerebros no necesitan nada del estilo —dijo ella, asintiendo—. Él puede simplemente estar sentado ahí, aislado en mitad de ese desastre, mandando órdenes por radio.

—Creo que tienes razón, Shigar. —La Maestra Satele se movió alrededor del globo, acariciando su barbilla—. Los equipos golpeando a los dos a la vez, más un bombardeo apuntando a las localizaciones secundarias, debería ser suficiente para aminorar el crecimiento de los hexes.

—Suficiente para detenerlos, quizás —dijo la Capitana Pipalidi—, hasta que lleguen los refuerzos.

Hubo un silencio incómodo. Shigar sabía tan bien como cualquiera que, una vez que la amenaza del planeta se redujera a cero, la alianza se rompería. Ese momento de solidaridad era frágil y temporal. Nadie había olvidado que los Sith y los Jedi, el Imperio y la República, no eran si no enemigos mortales.

—Preocupémonos de los refuerzos cuando lleguen aquí —dijo Ula—. Capitana Pipalidi, ¿querría trazar un plan básico ahora, para pasarlo a Darth Chratis y al Coronel Kalisch por su opinión? Sugiero que dividamos recursos sólo sobre todos los objetivos tácticos, para asegurarnos de que ambos grupos sientan que están siendo incluidos pero no explotados, más el doble del número habitual de oficiales de comando para cada pelotón. La disciplina debe mantenerse. No queremos que las tropas se disparen las unas a las otras en un momento crítico.

—Naturalmente que no —dijo la capitana con un toque azulado en su cresta. Shigar no sabía lo que significaba. Ironía, quizás.

Shigar captó otra mirada desde la dirección de la joven Sith; aburrida, esta vez, y de nuevo simpatizó. Su duelo en la cámara sellada de seguridad de los Hutts parecía haber sido hace una vida. Su mano del sable láser le dolía, pero la mantuvo con cuidado a su lado.

* * *

La puerta hacia la sala de conferencias siseó al abrirse. Larin fue cogida por sorpresa. Había pasado un tiempo tratando de leer los labios de la gente de dentro. Al ver a un comandante, ella automáticamente prestó atención.

—Soldado Hetchkee, un momento —dijo el fornido rellarin—. Tú, también, Moxla.

Larin siguió a Hetchkee y al comandante hacia la sala de conferencias. El aire parecía mucho más denso de lo normal, como siempre era el caso durante las largas sesiones de planificación. Una proyección actual del planeta colgaba en el centro de la habitación, delineada y punteada con anotaciones en amarillo y verde. La gente se apiñaba a su alrededor, haciendo sugerencias. La chica Sith era una de ellos.

Ambos Shigar y Ula miraron arriba conforme Larin entraba, pero fue la capitana la que habló.

—Estamos mandando equipos de asalto a dos localizaciones —dijo ella en una voz tan profunda que dañaba el esternón de Larin. Un dedo largo apuñaló al globo—. Aquí, y aquí. Necesitamos gente familiarizada con los hexes para guiar a cada equipo. Vuestros nombres han sido mencionados para el asalto a la fábrica maestra. Soldado Hetchkee, tu servicio estaba con el enviado, bajo la autoridad del Comandante Supremo Stantorrs. No le desestimo, por supuesto, pero puedo ascenderte sobre el rango requerido para un escolta. Nadie soñaría malgastar a un teniente en tal servicio, y estamos cortos de oficiales. ¿Aceptarías esta designación?

—Sí, señora. —Hetchkee rompió con un saludo, pareciendo que estaba a partes iguales deleitado y atemorizado. Este no fue sólo el más rápido salto hacia arriba en la cadena de mando imaginable, si no también podía ser el más breve.

—¿Y qué hay de ti, Moxla?

—Discúlpeme, señora, pero tengo una historia…

—Eso me han dicho. No me importa lo que pasara entonces. Eres lo más cercano que tengo a las fuerzas especiales ahora, así que sería una demente si no te utilizara. Todo lo que importa es que seguirás órdenes; y serás seguida en su lugar, por alguien que no tiene duda alguna. ¿Crees que puedes manejar eso?

Su cara estaba ardiendo. ¡En el servicio de nuevo! Ella no sabía si matar a Shigar o besarle.

—Sí, señora. Lo creo. Lo haré.

—Bien. Comandante Cha, llévales al maestro de cuartel y tenlos equipados. Les quiero en breve preparados para la acción para cuando llegue el momento.

—Sí, señora.

El rellarin saludó y les guió hacia la puerta. Larin se sentía como si estuvieran caminando a través del vacío sin peso; no flotando, exactamente, pero bastante suelta de todo. Un toque, y podría caer fuera de control.

El comandante se rio entre dientes una vez que la puerta se cerró tras ellos.

—Deberíais ver vuestras caras —dijo él. Bueno, en realidad no puedo ver la tuya, Hetchkee, pero me la puedo imaginar.

—¿De verdad vamos a atacar el planeta, señor?

—Podéis apostar que sí. ¿Estáis preparados?

—Haré lo que pueda, señor.

—Eso es todo lo que podemos pediros. Lo que esperamos es otra historia.

En nada de tiempo alcanzaron la extensión del almacén técnico del Commenor. Larin miró hambrienta a tanda tras tanda de corazas de armadura limpias, armas actualizadas, y cajas de munición aparentemente sin fin. Ella sabía que esta no era una gran nave, así que los almacenes no eran tan extensos como imaginaba, pero era mucho más de lo que había visto en mucho tiempo. Casi lloró.

—Aquí estamos. Sargento, estos dos nuevos tenientes se encuentran extremadamente sin provisiones. Asegúrate de que sean equipados con todo lo que necesiten, y hazlo el doble.

—Sí, Comandante Cha.

El moreno sargento se hizo cargo de Larin y la llevó al paraíso.

* * *

—¿Qué hay del Mandaloriano? —preguntó Ax cuando los soldados asombrados se habían ido—. ¿Qué rol juega en todo esto?

Ella no había olvidado su promesa. Te mataré, Dao Stryver, o moriré intentándolo.

—Aparte de suministras cualquier otra información que pueda tener —dijo la capitana, espero que se una a los cazas librándose de los hexes desde la órbita.

—Debe ser difícil mantenerlo fuera del juego —dijo uno de sus oficiales. Los Mandalorianos no aman otra cosa más que una buena lucha.

—Ha hecho un buen trabajo quedándose fuera de esta —dijo el Padawan con un encogimiento de hombros—. Quizás esté contento con eso.

Ax mantuvo sus sentimientos para ella misma. Ella estaría a cientos de kilómetros lejos de ellos, entonces, intentando destruir la inteligencia coordinada de los droides. Pero aconsejaría a su Maestro mantener un ojo en el explorador de Stryver, esperando que se acercara demasiado a una nave Imperial. En el caos de la batalla, los misiles a menudo salen descarriados. Ella le quería muerto, incluso si no podía dar el golpe mortal por sí misma.

—Uno de nuestros oficiales de señales cree que los hexes nos identifican por nuestros transpondedores —dijo otro alien del personal de la capitana—, podríamos rebajar nuestros motores, confundirles.

—Mejor aún —dijo el Padawan—, podríamos evitar los motores por completo.

—¿A qué te refieres?

—Lanzadera a baja órbita, caída libre directamente desde aquí, entonces caer sobre los objetivos.

Ax estaba impresionada. Le gustaba ese plan, pese a sí misma.

—Podría funcional. Nos mostraremos en el radar, por supuesto, pero no sabrán qué somos. Lanzad un poco de porquería con nosotros, e incluso nos confundirán con escombros.

La capitana estaba asintiendo.

—Excelente. La única cosa que queda es quién tiene la autoridad absoluta.

Hubo otro silencio raro.

Ax había sabido que este momento llegaría.

—Darth Chratis o el Coronel Kalisch. Nosotros tenemos la mole de crucero.

—Pero nosotros tenemos más naves —dijo la Capitana Pipalidi.

—La Maestra Shan debería hacer la llamada —dijo el Padawan, con perfecta previsibilidad—. Su previsión es legendaria.

—¿Sabe ella cómo va a acabar esto? —le preguntó Ax.

—No lo sé —dijo la Gran Maestra—. Pero sé que nunca estaremos de acuerdo en este punto. Sugiero que le demos a alguien más la autoridad de vigilar esta unión. No a los servicios, si no a los momentos clave estratégicos. Alguien en quien ya hemos confiado para actuar como lo hacemos; entre las circunstancias difíciles.

Todos los ojos se giraron hacia el Enviado Vii.

—Yo, ah, estaría honrado, por supuesto —dijo él—, pero…

—Darth Chratis aceptará esta propuest. —Dijo Ax, disfrutando de la forma en la que el traidor se retorcía.

—Al igual que yo —dijo la capitana.

—Con una condición —añadió Ax—. Debemos asegurarnos de que el Enviado Vii está actuando independientemente, no bajo ningún tipo de aflicción o influencia. Como no podemos garantizar que eso ocurra aquí, en un navío de la República, requerimos que sea estacionado en otra parte, y permanezca en contacto constante con todos los grupos.

—No con vosotros —dijo la capitana—. Ni con Dao Stryver.

—La nave de Nebula —dijo Shigar.

La Gran Maestra asintió.

—El Fuego de Auriga.

La laringe del Enviado Vii se cortó una vez, dos, entonces visiblemente se recompuso.

—Aceptaré esta responsabilidad —dijo él—, asumiendo que mis órdenes se seguirán al pie de la letra. No tiene sentido tenerme en este rol si no me vais a escuchar. Todos vosotros.

Él estaba mirando a la capitana, que asintió. Claramente una autoridad civil era mejor que una Sith o Jedi.

—Jugaré mi parte —dijo ella.

—Darth Chratis lo hará, también —dijo Ax—. Estoy segura de que el Enviado Vii hará lo correcto para todos nosotros.

Él la miró, y ella vio el terror en sus ojos. Él entendía ciertamente lo que ella había querido decir.

* * *

Mientras que la aprendiz Sith relegaba las órdenes a su Maestro, Ula se tomó un momento para revisar el plan en su mente. Los objetivos primarios y secundarios estaban ahora definidos. Habría tres equipos. El primero despejaría la órbita de Sebaddon para que los equipos de aterrizaje pudieran atravesarla. El segundo, liderado por la Gran Maestra Shan, intentaría destruir la inteligencia coordinada de los droides; su versión de él, se daba cuenta él ahora. No cabía duda de que los hexes estarían buscando sacarlo en respuesta. El tercer equipo sería liderado por el Comandante Cha, con Larin y Hetchkee respaldándole. Se dejarían caer en la fábrica maestra y prevendrían que sus droides crearan una nueva IC[1].

El trabajo de Ula era vigilarlo todo y de algún modo permanecer con vida.

El Padawan Jedi se acercó a él.

—No sé lo que les has dicho —le susurró Shigar—, pero tienes a los Imperiales saltando exactamente cuando les dices.

Ula miró arriba desde el globo holográfico.

—No fue nada especial —dijo él, ocultando muchas capas de verdad tras una mentira simple—. No son monstruos. Puede hacérseles razonar.

La duda de Shigar en ese punto era insensible.

—Como sea que lo hicieras, mantenlo y serás Canciller Supremo algún día.

—No si me cogen. —Ula estaba bien al tanto de cómo eran castigados los agente en ambos bandos. Pero parte de él estaba halagado por la confianza del Padawan en él. Recordaba cómo Shigar le había salvado de la pared colapsando en Hutta, y cómo Larin se había ofrecido voluntaria para acompañarle a lo que debía haber parecido como una condena segura, cuando se encontraría con Darth Chratis. Esos actos habían sido ofrecidos libremente, sin promesa de recompensa. Él no entendía de dónde venían, a no ser que genuinamente pensaran que merecía la pena salvarle.

¿A él, se preguntaba, o a su cara falsa?

De cualquier modo, se sentía de alguna forma desbordado por su consideración.

—El Mandaloriano está de acuerdo —dijo el comandante rellarin, mirando arriba desde un holoproyector separado—. Inteligencia y vigilancia, uniéndose únicamente como ha sido ordenado.

[1] Inteligencia colectiva *(N. del T.)*

—Darth Chratis coincide en todos los puntos salvo uno —añadió la aprendiz de Sith al volver a la reunión—. Él luchará con la Maestra Shan durante el asalto a la IC. Y yo lucharé, también.

La Gran Maestra asintió lentamente.

—Muy bien. Mi Padawan será parte de la fuerza de asalto, así que eso es justo.

—Excelente —dijo Ula, jugando la parte de mediador con algo como aplomo, esperaba—. Estamos de acuerdo. Todo lo que queda es empezar.

—No hay momento como el presente, digo yo —retumbó la Capitana Pipalidi.

—Siento exactamente lo mismo —dijo Ula—. Me retiraré al Fuego de Auriga y prepararé mi puesto de comando allí. En notificación de que todo está en orden en cualquier otro lugar, daré la orden. Nada va a comenzar hasta entonces. ¿Entendido?

Ellos lo entendieron lo suficientemente bien, y él no se hizo ilusiones, tampoco. Era todo una actuación, un vendaje veloz de grietas que inevitablemente separaría la alianza. Pero mientras estuvieran preparados para jugar, lo estaría él.

La Capitana Pipalidi chasqueó sus dedos y una escolta cayó detrás de él. Ellos marcharon con él a través de la nave hacia donde el Fuego de Auriga permanecía amarrado de forma segura, entonces le dejaron allí.

El contrabandista miró arriba cuando entró en la cabina de mandos.

—¿Cómo fue?

—Podía haber ido peor —dijo Ula, cayendo en el asiento del copiloto—. Me han puesto al mando.

—Bueno, bien por ti. Ese es el puesto en el que tienes que estar si quieres sacar un poco de beneficios.

—No estoy interesado en hacer eso.

—¿Entonces en qué estás interesado?

Esa era la pregunta, supuso Ula. ¿Era darle a los Sith lo que querían y por lo tanto perpetuar su régimen mortífero? ¿Era proveer de recursos a la Ministra de Logísticas, para profundizar en su sueño de una sociedad Imperial más equilibrada? ¿O era algo más?

Él siempre había pensado en Coruscant como maldita. Sólo ahora se daba cuenta de qué fácil lo había tenido allí. Ahí fuera, los asuntos eran los mismos, pero los blásters que apuntaban a su frente estaban más, mucho más cerca.



Larin miró por un portal de transpariacero y se preguntó si estaba soñando.

El Commenor estaba estacionado a una órbita cercana alrededor de la tosca luna de Sebaddon, en formación con otras naves de la República. Los navíos Imperiales habían ocupado una órbita distinta, pero estaban constantemente cayendo en formación. Una vez que las flotas se unieron, el primer ataque comenzaría. Ella estaría dirigiéndose a la superficie con los otros soldados para luchar contra el enemigo donde vivía. Hasta entonces, no había nada que hacer salvo mirar las vistas.

Conforme Larin observaba, una conjunción casi irreal ocurrió ante sus ojos. La luna, Sebaddon, y la espiral dramática de la galaxia formaron una línea recta, con los surtidores del agujero negro alineados en los ángulos correctos, creando una X estelar. Le recordó a la Cruz de la Gloria, la mayor condecoración militar dada por la República. Ella no creía en augurios; o en ningún tipo de contar el futuro después de todo, realmente, pese a que se hablara de las habilidades de la Maestra Satele en ese aspecto; pero decidió tomarlo como una buena señal. Todo estaba alineado. Todo era perfecto.

Cuando la conjunción se rompió, ella se giró desde el puerto de vistas y comprobó su nueva armadura. El traje estaba limpio, completamente cargado, y equipado con todo lo que siempre habría querido. Todos los bolsillos estaban llenos, todos los sellados comprobados. Sus justas se movían suavemente, sin impedimentos, y proveían de asistencia cuando se le requería sin chirriar ni perder el control. Su casco era un poco ceñido, pero el maestro de cuartel le había asegurado que todos lo eran, esos días. Los nuevos diseños estaban mejor equipados para prevenir un trauma craneal en incluso las más extremas situaciones. Ella aceptó un poco de claustrofobia a cambio de saber que su cráneo estaba a salvo.

En el espejo, era irreconocible, y no era sólo por la insignia de teniente en sus hombros.

—Tienes dedos —dijo una voz desde la entrada de la sala de preparación.

Ella se giró, vio a Shigar en pie allí, frescamente ataviado con la versión Jedi del uniforme y armadura: marrones y negros, principalmente, con pliegues sueltos de ropa ocultando las placas de armadura compactas.

—Eres Larin, ¿no? —añadió con un repentino ceño fruncido.

—Sí —dijo ella, rompiendo fuera de su mareo. Ella se desacopló el casco con su mano izquierda; la cual, como Shigar había señalado, ahora tenía dígitos individuales. El prostético nuevo no era permanente; era sólo un paso más del remo crudo que había encontrado Ula en el Fuego de Auriga. Pero podía sostener el peso de un rifle mientras su

mano derecha apretaba el gatillo. Podía introducir dígitos en un panel de datos. Podía señalar.

—Servirá —dijo ella, fingiendo despreocupación.

Él profundizó a la habitación, de forma que estaban en pie a un brazo de distancia.

—Saldremos de la órbita en diez minutos. Quería desearte buena suerte.

Su estómago dio un vuelco. Ella tenía planes que llevar a cabo, equipamiento que comprobar, tropas que dirigir; y el propio salto, esperando al final de todo eso. Ella no se había sumergido en la órbita desde el entrenamiento básico. Sólo los locos lo hacían por elección. Había muchas cosas que podían ir mal.

Ella estaba precisamente al tanto de que esta podría ser la última vez que jamás se vieran el uno al otro.

—¿Quién necesita la suerte? —dijo ella—. Tú tienes la Fuerza de tu parte, y yo tengo un montón de blásters.

Él sonrió.

—¿Es que a ti nada te perturba?

—No oficialmente. Sólo las arañas de plasma. Oh, y el olor a las galletitas saladas reithanas, por algún motivo.

Su sonrisa se amplió.

—Bien por ti. Francamente, estoy aterrorizado.

Su estómago daba vueltas como si estuvieran en caída libre.

—En realidad —dijo ella—, este tipo de cosas me pone un poquito nerviosa.

Ella se inclinó más cerca de él, moviéndose rápidamente, para no cambiar de opinión, y le besó en los labios.

Él la apartó con una mirada aturdida en su cara.

—Larin, oh… oh, lo siento… yo no…

—No —dijo ella, con la cara ardiendo.

No pienso en ti de ese modo, había estado claramente a punto de decir. Había palabras que no quería escuchar.

—No te disculpes. Lo siento.

—Fue error mío. Pensé…

Ella se detuvo. Estaban hablando el uno encima del otro, y la cara de él estaba tan roja como la suya. Ella de repente tuvo miedo de moverse, de hacer o decir algo por temor de que fuera totalmente malinterpretado. ¿Dónde había ido la charla natural entre ellos? ¿Qué había pasado con la conexión que había estado segura de que estaba ahí?

Si ella estaba segura de una cosa ahora, era que prolongar la rareza no garantizaba nada salvo más de lo mismo.

—Imagino que esto es un adiós —dijo ella—, por ahora. Buena suerte a ti, también, Shigar.

—Gracias —dijo él, y aunque ella no podía mirarle, ella sabía que estaba mirándola con fuerza—. Gracia, Larin del Clan Moxla.

Entonces se fue, dejando sólo su olor detrás.

Ella presionó su cara contra sus manos.

—Flack. ¡Flack flack flack!

—¿Qué ocurre? —preguntó una voz completamente nueva desde la entrada.

Era Hetchkee. Ella parpadeó hacia él y trató de centrarse en otra cosa que no fuera lo idiota que se sentía.

—Nada. Sólo me estoy metiendo en el humor.

—Nuestros pelotones se han reunido —dijo él—. ¿Qué voy a decirles?

Él estaba tan asustado como ella.

—Nada que no sea la verdad —le dijo ella—, que los patearás en el contenedor de carga si nos hacen quedar mal.

Ella alzó en brazos su casco y le siguió a las salas de instrucciones. Hetchkee estaba en primera línea. Con una respiración profunda de su mezcla atmosférica única, se zambulló dentro. Larin estaba la tercera, y apenas tuvo tiempo de recomponerse antes de llegar allí. Era una teniente al cargo de una misión vital, se recordó a sí misma. Había sobrevivido a dos encuentros con los droides de Sebaddon antes de esto, y ahora también había sobrevivido al encuentro romántico más bochornoso de su vida. Estaba entrenada en las fuerzas especiales. ¿Qué podía un puñado de gruñidos de seres inferiores hacerle para hacerla caer?

—Bien, bien —dijo una voz desde las tropas reunidas en la habitación—. Si no es otra que Moxla Tóxica, la chivata de Kiffu.

Ahí, en la fila frontal, estaba el Zabrak que la desafió en Coruscant.

Perfecto, pensó ella. Fragidamente perfecto.

* * *

Ax miró hacia arriba conforme el Padawan entraba en el área de preparación. No había literalmente una nube sobre su cabeza, pero podría haberla habido. Su cara estaba ensombrecida, nublada, al borde de algún tipo de tormenta interna.

Ella se movió fuera de la esquina que había encontrado para ella, lejos de la multitud de la República esperando a que la lanzadera se lanzara, y se cruzó con él.

—Estás enfadado —dijo ella.

—Sólo conmigo mismo.

Él trató de librarse ella, pero ella no le iba a dejar ir tan fácilmente.

—Es la primera vez que te veo así. Es una mejora.

Él le dio una mirada mordaz.

—¿De qué estás hablando?

—La rabia es algo bueno —dijo ella—. Te libera, te hace más fuerte.

—Eso es una mentira. La rabia es un camino hacia el lado oscuro.

—Dices eso como si fuera algo malo. —Ella le atrajo más cerca—. Ya sabes, luchas bastante bien. Imagina cuánto más poderoso podrías ser si te libras de los caminos represivos de tus maestros y…

—No. —Él torció su brazo para liberarlo—. Tu madre estaba enfadada, también, y mira a lo que la llevó.

Ella retrocedió.

—¿Qué planeabas hacer con ella cuando la encontraras?

Ella dejó que la verdad se mostrara en su cara.

—La rabia y el odio hacen sangrar todo hasta dejarlo seco.

Él dejó de acosarla.

Ax no sonrió hasta que estuvo segura de que él no estaba mirando. Su disgusto le hacía hermoso, y esa era recompensa suficiente para ella.

* * *

Shigar puso tanta distancia como pudo entre él y la chica Sith. Ella era guapa, pero su cara ocultaba un corazón nauseabundo. Mejor, se dijo a sí mismo, mantenerse bien alejado.

Su repulsión estaba inevitablemente enredada con los sentimientos de arrepentimiento por Larin. ¿Cómo podía haber manejado ese encuentro tan mal? Debería haber estado menos asombrado, más gentil. ¿Era eso lo que había querido decir la Maestra Satele sobre ser amable?

Su Maestra llegó a él y puso una mano en su hombro. Él se sintió instantáneamente más calmado, como si ella hubiera absorbido la tensión fuera de él.

—Descenderemos en las mismas lanzaderas —dijo ella—. Tanto los Imperiales como nosotros. Te encontrarás con cosas peores.

—Lo sé, Maestra. Ella simplemente me cogió por sorpresa.

—Ese es siempre su objetivo. Cuando yo era una Padawan…

Un golpe de metal contra metal la cortó. La escotilla de aire exterior siseó al abrirse. Un escuadrón de soldados Imperiales marchó hacia dentro, igualándose al contingente de la República uno a uno. Este era claramente el escuadrón que se uniría a ellos para el salto hacia la isla que contenía la inteligencia coordinada de los hexes. Eran humanos, de caras duras y con armadura pesada. Su disciplina era impecable. Ni una mejilla se movía fuera de lugar; ni un labio curvado.

Tras ellos llegó una presencia oscura que convirtió la sangre de Shigar en agua. Una amalgama torturada de carne y metal, él se erguía una cabeza más alto que ninguno más y radiaba un frío profundo, que perforaba los huesos. Él había sido una vez un hombre, pero el lado oscuro había retorcido cada última gota de humanidad en él. Dejando un cascarón que apenas parecía vivo. Sólo sus ojos contenían alguna vitalidad genuina. De ellos radiaban reservas ilimitadas de aversión. Respiraba en jadeos apresurados como si el aire oliera nauseabundo; o como si cada toma fuera a ser la última. Un empleado alto, delgado golpeteó a tiempo con el pesado pisar de sus botas.

—Estoy aquí —anunció Darth Chratis—. Esta operación puede comenzar ahora.

—El Enviado Vii está esperando sólo nuestras asignaciones personales —dijo Satele Shan, en pie junto a él como si fuera un ser corriente—. Cuando se las demos, él dará la orden.

—No te refieras más a él como «enviado». —El Lord Sith miró abajo hacia ella con su nariz retorcida—. No obedeceré a ningún sirviente de la República.

—Director Vii, entonces, de la Operación Independiente de Sebaddon. —Ella envolvió sus manos pacientemente tras su espalda—. Llevaré a mi Padawan en el primero de los dos asaltos desde…

—No. Tú te llevarás a mi aprendiz, y yo me llevaré al tuyo. Es la única forma de asegurar la imparcialidad.

Las palabras colgaron como carámbanos. Shigar quería rogar a su Maestra que rechazara a Darth Chratis esta condición. No cedas ante él, ansiaba decir. No me mandes a ningún lugar con esta… criatura. ¡Me matará tan pronto como te des la vuelta!

La Maestra Satele sólo sonrió.

—Por supuesto, Darth Chratis. Estoy feliz de acomodar tu deseo. ¿Desea dividir el resto de nuestro personal de alguna forma en particular?

—Ellos no me conciernen. —Él hizo un gesto con la mano en un fácil rechazo.

—Muy bien. Yo los asignaré al azar. ¿Eso es todo?

Su mirada se empequeñeció. Su pregunta le hizo sonar como si estuviera siendo pedante, y a él claramente no le gustaba.

—Los preparativos son suficientes.

La Maestra Satele tecleó rápidamente en un panel de datos. Las comunicaciones Imperiales y de la República se habían unido velozmente en una red contigua, permitiendo que las órdenes se transmitieran desde el Fuego de Auriga vía varios navíos de comando. Casi inmediatamente una serie de repiqueteos y comandos hablados dividieron las dos cohortes en dos grupos entremezclados. La mitad se quedaría atrás y se lanzaría desde el Commenor. El resto volverían con Darth Chratis a la lanzadera Imperial.

Shigar estaba en el último grupo, y él observó con el corazón en la boca conforme los soldados que pronto dejaría atrás caían en su nueva formación, espaciados limpiamente si no de forma extraña por el área de preparación. En un tiempo muy corto, él iría a la deriva en el mundo de los Imperiales, en el puño con garras de Darth Chratis.

La Maestra Satele fue detrás de él. Una vez más, ella correctamente adivinó la fuente de su inquietud, pero esta vez no hubo una mano calmante.

—Estoy de acuerdo con la petición de Darth Chratis —dijo ella—, porque no puedo permitirme confiar en él. Estoy confiando en ti para que te asegures de que se ajusta al acuerdo.

—No soy rival para un Lord Sith —dijo Shigar, horrorizado.

—Oh, él no te matará —dijo ella—. Estoy segura que tiene algo peor en mente.

Él lo entendió, entonces. Ella le estaba probando; y si él fracasaba, nunca más se encontrarían de nuevo como Jedi.

—No la decepcionaré, Maestra.

—La Fuerza te acompañará.

Ellos se abrazaron y fueron por caminos separados.



—Lanzaderas fuera. —Dijo Jet.

Ula cayó en el asiento del copiloto, observando la telemetría que confirmaba la declaración simple de Jet. La flota combinada República-Imperial había obedecido su orden de desplegarse. Su loco plan podía realmente funcionar.

En la siguiente hora, cuatro mil personas convergirían en Sebaddon como una, para recombinarse allí conforme los escuadrones de ataque abatían los objetivos primarios y secundarios. Los Jedi y los Sith liderarían el ataque en el ecuador mientras que los soldados normales, incluyendo a Larin, atacarían la fábrica maestra en el polo. Otros dos mil permanecerían en órbita, manteniendo los cielos despejados de hexes y proveyendo un bombardeo ocasional a la tierra de abajo. El resto proveerían soporte vital desde varios CG[2] distribuidos, dos de los cuales estaban en el Commenor y en el Primordial.

Todos informándole a él.

Y a Jet y Chatarra.

El contrabandista había rechazado todas las ofertas de servicios de seguridad, oficiales de comunicaciones, y pistoleros, en base a que no quería una tripulación malhumorada. Escoger un bando sobre el otro sería políticamente tenso.

—¿No necesitamos al menos a alguien que nos defienda? —le preguntó Ula, ligeramente aterrorizado de cuán vulnerables les dejarían.

—No del todo. Chatarra puede operar los tri-láseres por control remoto desde el puente.

—¿Entonces de qué iba todo eso en Hutta de que necesitabas una tripulación? ¿Por qué has necesitado alguna vez una tripulación después de todo?

Jet había sonreído.

—Por la compañía.

Ula ahora se preguntaba si era por un motivo completamente diferente: por una cobertura. Él había percibido lo silencioso que era Jet la mayoría del tiempo. Cuando no estaba actuando en el rol de un contrabandista depravado, estaba observando y escuchando a todo lo que ocurría a su alrededor. Y ahora, de algún modo, se había embaucado para estar en el centro de todo. Estaba informado de cada orden que llegaba a través del Fuego de Auriga. Cada pieza de información en la que Ula basaba aquellas órdenes era filtrada a través de los sensores de Jet. Si Jet tiraba del enchufe, la flota combinada se quedaría sin líder.

[2] Cuarteles Generales, HQ en el original (Head Quarters) *(N. del T.)*

Ula se reafirmó que ese no era el estilo de Jet, que si fuera a intentar cambiar el curso de la batalla, lo haría de una manera mucho más sutil. Todavía, Ula estaría alerta por cualquier cosa en absoluto, y se había armado con un nuevo bláster tendido.

—Desplegad cazas —ordenó a la flota—. Comenzad el bombardeo de los objetivos primarios.

Instantáneamente los puntos en el monitor principal empezaron a elevarse. Cuatro escuadrones de interceptores Mk. VI Imperiales y cazas estelares XA-8 de la República mezclados ametrallarían el caparazón orbital de hexes con cañones láser y torpedos de protones, creando agujeros en cuatro localizaciones cruciales. Dos de aquellas localizaciones permitirían a los transportes de tropas importantes acceder a la órbita inferior, ahí para descargar a los saltadores libres, Larin entre ellos. Era vital que no fueran interferidos en ruta. Los otros dos agujeros orbitales proveerían de ventanas críticas para el bombardeo desde el Primordial, principalmente por B-28s con pilotos Imperiales. En el primer acoplamiento, el 20 por ciento de los misiles lanzados al planeta habían sido desactivados durante el descenso por hexes interfirientes. Cada tiro disparado ahora tenía que contar.

Los interceptores y los cazas estelares golpearon el cascarón de hexes. El espacio se iluminó con explosiones, chispeando casi delicadamente en la distancia. El Fuego de Auriga mantuvo una distancia de respeto de las fuerzas de ataque principales y las flotas combinadas de la República-Imperiales, estacionadas en un punto equidistante entre el planeta y su luna, pero no era la única nave explorando libremente a lo largo del campo de batalla.

—Estamos recibiendo una comunicación del Primera Sangre —dijo Jet.

—Ponlo.

—Estoy percibiendo un aumento en las comunicaciones subespaciales —dijo Dao Stryver en miniatura. Su cara era una de varias en el fondo del holomonitor principal del Fuego de Auriga. El creciente de su nave se balanceaba a lo largo del campo de batalla en un rayo plateado—. Desde que el agujero negro deforma todos los intentos de comunicarse fuera del sistema, sugiero que son mensajes de corto alcance, originándose en Sebaddon.

—Los hexes —dijo Ula—. ¿Podría ser así como se comunican los unos con los otros?

—Es una posibilidad muy alta que esto sea la voz de la inteligencia coordinada. No hemos detectado otras señales significantes por radio o microondas.

—¿Puedes localizar la fuente?

—Estoy trabajando en ello. Con dos oídos más escuchando, seré capaz de triangularla.

—Considéralo hecho —dijo Ula, haciendo una nota mental de requerimiento de recursos del Coronel Kalisch y la Capitana Pipalidi.

—Lanzamientos —anunció Jet.

—¿Nosotros o ellos?

—Ellos.

Dos localizaciones en el globo de Sebaddon se habían resaltado. Seis misiles se estaban alzando con motores iónicos, sus cargas, lo más probable, intentaban parchear los agujeros que los interceptores y los cazas estelares habían hecho en la defensa orbital.

—Llevad esos transportes a través —comunicó Ula a los comandantes de la flota—. Aquellos agujeros no durarán mucho.

La confirmación llegó de ambos lados. Una docena de navíos de tamaño medio rompieron filas, acelerando a la máxima capacidad de sus motores. Los transportes Imperiales ligeros Vokoff-Strood VT-22 corrían contra los transportes ligeros de Industrias Celestiales NR2, cada uno transportando a cientos de hombres y mujeres, humanos y aliens, Jedi y Sith, y droides de combate, todos intentando hacer lo que pudieran para aplastar la amenaza hex.

Ya se arrepintió de presionar a Larin hacia el personal de la Capitana Pipalidi. Había merecido la pena por la mirada de sorpresa y deleite de su cara, pero ¿y si le pasaba algo? ¿Era un precio que estaba dispuesto a pagar?

—No olvides lo que quería Stryver —dijo Jet.

—No lo he hecho —dijo él, aunque se le había ido de la mente por completo—. Ponme con el Coronel Kalisch.

Los Imperiales clamaban una ausencia de recursos y lo mismo hizo la Capitana Pipalidi cuando fue con ella. Podía bien ser cierto, pensó Ula, pero todavía era frustrante.

—¿Ni siquiera una nave? —suplicó él—. No tiene que ser de batalla. Nosotros mismos podemos ser los terceros, si es necesario.

—Está bien —dijo ella—. Puedes tener mi transporte personal. La han despojado de sus armas y escudos, así que no la pongas en peligro.

—Tienes mi palabra. Gracias, Capitana.

—Transportes atravesando —dijo Jet.

Ula se pateó a sí mismo por no prestar atención a la imagen más grande. Los transportes de tropas descendiendo habían acelerado a través de los huecos temporales en el cascarón de la órbita. La mayoría no fueron afectados, pero uno estaba liberando a sus saltadores prematuramente, luchando contra un enjambre de hexes liberados de un misil que pasaba cerca. Todos fueron acompañados con interceptores y cazas estelares, que podrían permanecer bajo el cascarón una vez cerrado, para hacer todo el daño que pudieran desde debajo.

—Lanzad en bombardeo secundario —ordenó Ula. Cualquier cosa para mantener ocupados a los hexes mientras los saltadores libres caen.

—Confirmado —dijo Jet—. No, espera. Kalisch quiere atacar a un objetivo diferente. Algunos de los misiles vienen de una localización que no estaba en nuestra cuadrícula. Está solicitando permiso para tomarla.

Ula apretó sus dientes. Por una parte, era bueno que Kalisch hubiera pedido permiso primero. Por otra, no había ninguna duda en la mente de Ula de que haría lo que quisiera sin importar lo que dijera Ula. El Primordial era la nave que estaba más en riesgo por los

lanzamientos de tierra. Como la más grande en la flota combinada, sólo era natural que los hexes apuntaran a ella primero.

—Dile que se ciña al plan —dijo Ula—, y la próxima vez que pida recursos, será mejor que acceda. Puede golpear a ese objetivo en la siguiente ronda.

Jet sonrió conforme daba la orden. La respuesta de Kalisch fue corta, pero obedeció.

—¿Dónde están mis oídos? —preguntó Stryver.

—Uh, en camino —dijo Ula, rápidamente dándose cuenta de que la lanzadera de Pipalidi había abandonado el Commenor y estaba esperando instrucciones. Jet mandó al piloto permiso para obedecer las órdenes de Stryver, con razón, y sincronizar su comunicador con el del Primera Sangre.

—Nosotros somos tu tercera nave —le dijo Ula al Mandaloriano—. Puedes usar nuestra localización como un receptor fijo.

—No olvides compartir tus datos —dijo Jet—. Si Chatarra puede averiguar su código, deberíamos obtener una mejor táctica que sólo hacer explotar cosas.

—¿Crees que puedes deslizarte en sus sistemas de comandos? —preguntó Ula.

—No prometo nada.

Algo más para que ellos pusieran un ojo, pensó Ula. Como si no fueran ya suficientes cosas.

Uno de los misiles lanzados desde tierra no había explotado en la baja órbita ni apuntado al Primordial. Se dirigía a la luna, y venía muy cerca hacia el Fuego de Auriga.

—Eso va apuntado a nosotros —dijo él—, o es la primera fábrica escapando.

—Primero de todo, salgamos de su camino —dijo Jet, activando los motores iónicos de la nave—. Segundo, Kalisch parece tenerlo ya cubierto.

Ula percibió sólo entonces la docena de Halconesnegros persiguiendo al misil con armas apuntadas. Él se alegraba de que alguien más estuviera alerta.

Conforme el Fuego de Auriga se movía fuera del camino del misil aproximándose, él se dio cuenta de que todos los saltadores libres habían abandonado sus transportes y estaban empezado su descenso. Tras ellos llegó la nave infectada. Sus motores estaban atascados al máximo, acelerando de morro hacia la atmósfera. Era la política oficial ahora: cuando se infectaban sobre toda esperanza, los miembros de la tripulación tenían que apuntar sus navíos al objetivo más cercano y abandonarlos. Ya su piel brillaba de un rojo brillante, y los fragmentos del metal del casco se estaban despellejando, proveyendo tanto de cobertura como de riesgo para los que estaban en caída libre.

Las voces le llamaban por el comunicador. Cientos de corrientes de datos esperaban su atención. No podía sentarse a mirar el holo para siempre.

Buena suerte, Larin, pensó, tratando de no sentir como que estaba diciendo adiós para siempre. Espero que esto sea lo que querías.



El transporte VT-22 repiqueteaba y se agitaba tanto que Larin apenas podía escuchar la cuenta atrás. ¿Era que quedaba un minuto o diez? Ella comprobó el interior de su casco, que desplegaba diferentes vistas del planeta debajo, su camino hacia él, y los muchos, muchos hexes en su camino. Dos minutos; esa fue la respuesta. Ella resistió la urgencia de comprobar por cuadruplicado su perfil aerodinámico y su jet-paracaídas antes de que el casco se abriera bajo ella y la soltara hacia el vacío. Mejor utilizar ese tiempo para respirar profunda y calmadamente, y para recordar quién había sido una vez.

—Nahrung; mantén un ojo sobre esos barridos orbitales —le dijo al sargento por el canal privado del pelotón—. Si ves algo que parezca un complejo central, márcalo. —Nueva información se estaba colando a cada segundo desde el transporte y sus escoltas conforme se aproximaban a la superficie del mundo—. Ozz; vigila el clima. Es tu trabajo asegurarte de que no aterrizamos en medio de un volcán. —Ozz era un Imperial, corto de palabras pero con voluntad para seguir sus órdenes, tan lejos—. Mond; tu escuadrón es el primero en bajar. Ve en caliente, sin prisioneros. Quiero que pongas tus mejores disparos primero. Jopp, por ejemplo. Veamos si es tan bueno disparando un rifle como lo es con su boca.

—Sí, señora —dijo el Sargento Mond. El Zabrak, Ses Jopp, musitó algo demasiado en silencio para captarlo. Él no había hecho si no que insubordinarse desde que se había cruzado en su camino de nuevo. Reforzar la cadena de mando era la mejor forma de tratar con gente como él.

—Cuando estemos abajo, la primera prioridad es destruir la fábrica. Apuntad a las líneas de suministros, líneas de energía, cintas transportadoras, elevadores pesados; cualquier cosa que parezca esencial. No os detengáis a contar las muertes. Habrá multitud de hexes para todos. Y recordad; se rediseñan rápido, así que no deis nada por sentado, incluso si no se están moviendo. No sabemos exactamente qué están construyendo ahí abajo. Tratarlo todo con precaución hasta que lo hagáis volar hacia el cielo.

—Veinte segundos —llegó el anuncio desde el puente del transporte.

Las puertas de la plataforma se abrieron, dejando entrar la luz del agujero negro. Sucedió casi en silencio, ya que no había atmósfera en el exterior. Sólo las vibraciones mecánicas llegaban a través de su traje y el arnés sosteniéndolo en su sitio, añadiendo un gemido bajo al alboroto general.

—Diez segundos.

El transporte rotó para llevar las puertas de la plataforma directamente alineadas con el planeta debajo. Cientos de tropas contuvieron el aliento colectivamente ante la vista. Sebaddon parecía lo suficientemente imponente en los holoproyectores. Ríos de lava, cordilleras de montañas casi fundidas, y parches de espejos de lagos planos; que ahora

sabían que eran piezas de metal brillante, congeladas sólidas; eran claramente visibles a través de la neblinosa atmósfera.

—Cinco segundos.

Un último acelerón puso al transporte en la trayectoria correcta. Su destino era el polo, en un camino completamente diferente al de aquellos que se dirigían al ecuador. Shigar estaba entre la última cohorte, e incluso en ese momento, con la voz haciendo la cuenta atrás de los segundos individuales, tenía tiempo de pensar en él, y de sentir un flash repentino de vergüenza y dolor.

—Uno.

—Vamos.

De repente no tenía peso y el transporte se estaba elevando por encima de ella, los elevadores propulsores destellando, alejándose rápidamente conforme caía. A su alrededor había soldados adoptando la misma posición que ella, con la cara hacia delante, brazos y piernas inclinados hacia atrás en líneas rectas. No había roce todavía, y no lo habría por unos minutos, pero la atmósfera era impredecible. Había escuchado que las extremidades e incluso las cabezas eran arrancadas por simples errores de telemetría. La deceleración cuando llegara sería aplastante.

—Buen lanzamiento, gente —llegó el Comandante Cha, sólo un ser con traje entre tantos. Montones de droides de batalla TRA-9 colgaban sin movimiento entre ellos, tan silenciosos como piedras—. Ahora encontrad a vuestros compañeros de escuadrón y estrechad vuestra formación. Mantened el comunicador en silencio en todo momento. Entrando a apagón de información… ahora.

Las vistas del casco de Larin de repente se simplificaron conforme la red de compañía quedaba largamente durmiente. Para presentar la ilusión de que los objetos cayendo eran escombros inocentes, no habría charla interna ni alimentación de datos de las naves de arriba. Permanecería así hasta que la tierra estuviera a unos segundos de distancia. Hasta entonces, salvo emergencias, eran solo ella y los datos recolectados.

Ella se sentía extrañamente aislada, descendiendo entre tanta gente sin intercambiar ni una sola palabra. Otros soldados cayendo, identificados por marcas gruesas negras en sus cascos y packs de paracaídas, se agrupaban en grupos de diez o doce, y esos grupos a su vez caían en sus propias formaciones. Ella se quedó donde estaba, y dejó que sus escuadrones cayeran a su alrededor. Un sistema burdo de código de colores había sido improvisado para asegurarse de que las tropas mezcladas no tenían sus líneas de comando enredadas. Como el del resto de los tenientes, de ascenso nominal o de otro tipo, el casco de Larin era verde; los de los tres sargentos eran azules. El del Comandante Cha era naranja, manteniéndose por sí mismo en el centro de la formación.

Desde lejos del otro lado, vio otra figura con casco verde que alzó los pulgares hacia ella. Ella devolvió el gesto, sabiendo que era Hetchkee.

Uno de los sargentos se aproximó, los jets de posición soplando para llevarle al contacto físico con ella. Era Nahrung. Ellos tocaron sus placas faciales.

—Cuadrante del mapa veinticinco-J —dijo su voz amortiguada—. Esa es mi mejor apuesta.

Ella llamó al último barrido recibido antes del apagón. La referencia de cuadrícula mostraba una X artificial, un complejo gigante de algún tipo, con numerosos tributarios más pequeños corriendo en todas direcciones. Los surtidores del agujero negro ejercían largas sombras sobre el paisaje polar, sombras que debían venir de chimeneas; o posiciones de armas.

—Servirá —dijo ella—. Buen trabajo.

Algo brillante y rápido destelló junto a ellos: un misil, seguido de tres más en una rápida sucesión. El bombardeo de las naves tras ellos, suavizando lo que había adelante. Nahrung se alejó a la deriva, y ella reanudó la posición preparada. Su monitor estaba parpadeando: casi era hora de golpear la atmósfera.

Consciente de que todos la miraban, ella se impulsó cerca del escuadrón de Mond. Jopp estaba en su punto. Ella fue junto a él, entonces se movió una fracción adelante, esperando mandarle un mensaje: que, mientras que le había puesto en la línea de fuego, no tenía miedo de estar allí con él.

—Hongos amarillos y blancos florecían de la tierra de debajo.

Los primeros dedos de atmósfera la tocaron, silbando levemente, balanceándola casi cuidadosamente de lado a lado.

Entonces ella golpeó hacia delante, sintiéndose como si hubiera golpeado un muro de ladrillos. Ella rugió en desafío ante el aire que gritaba pasándola, añadiendo su propio ruido al barullo ensordecedor. Su primera experiencia de Sebaddon la aturdió y la golpeó, agitando cada hueso en su cavidad. Su cerebro se agitaba y la visión se emborronaba. El tiempo se volvió sin sentido. No tenía sentido contar los segundos cuando cada uno la sobrepasaba, y nada cambiaba.

Tenía que acabar, y lo hizo, finalmente. La agitación y los gritos se aligeraron. Las lecturas de la temperatura externa de su traje se salían del rojo. Las vistas ya no eran perfectas del vacío, ya que estaban en la atmósfera ahora. La limpia formación a su alrededor gradualmente se reformó.

En lugar de contar los segundos desde el lanzamiento, ella estaba estudiando la cuenta atrás de un altímetro. La superficie del planeta estaba a tan solo unos kilómetros de distancia. Se habían desviado de la ruta, probablemente debido a un viento de alta altitud más fuerte de lo esperado, pero no era un desastre. Nubes de hongos gigantes le daban un punto fijo visual de su objetivo. El sistema de guía interno de su traje lo confirmaba.

Cliqueando dos veces sobre la radio de su traje, advirtió al pelotón que se prepararan.

Ellos no se inmutaron, inclinándose en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Cuando cliqueó una vez más, los perfiles aerodinámicos se desenvolvieron limpiamente, como pájaros en una bandada abriendo sus alas al mismo tiempo. Las alas no se abrieron del todo todavía; un despliegue completo los habría hecho trizas, incluso a esas presiones rarificadas. Conforme su altitud y velocidad caía, podrían lentamente desplegarlas a su máxima extensión. A cien metros desde la tierra, sus jets-paracaídas

harían efecto, permitiéndoles controlar sus aterrizajes al segundo. Todavía se estaban moviendo muy rápidamente. Un aterrizaje inasistido resultaría en una muerte segura.

Jopp sopló a ráfagas más cerca de ella, cogido por las turbulencias. La fábrica maestra estaba directamente bajo ellos, apenas a unos quinientos metros de distancia. La información entraría en cualquier segundo. Larin comprobó los sistemas de objetivo de su traje y desbloqueó el rifle que había cogido del almacén de armas del maestro de cuartel. Los hexes no se quedarían sentados perezosamente ante el acercamiento de los equipos de asalto. Estarían ocupados trabajando en algo, estaba segura, pero no había forma de decir todavía lo que debía ser. Ella tendría sólo que estar preparada para cualquier cosa.

Su PVE[3] se despejó y refrescó con comunicación de datos desde arriba. El objetivo apareció con perfecta claridad, revelando lo que había bajo el humo por el radar.

—Ya sabéis el procedimiento, gente —dijo el Comandante Cha—. Manteneros bajos y apretados hasta que alcancéis vuestros objetivos, entonces dispersaos. Si las comunicaciones se atoran, seguid las bengalas. Si no podéis ver las bengalas, moveos lo que podáis. Esto no es un libertad para todo. Cualquier cosa con sangre no es un objetivo viable.

—Ya habéis oído al hombre —dijo Larin—. Jets-paracaídas en treinta segundos. Vigilad el oleaje. No chamusquéis la cabeza de nadie que vaya antes que vosotros.

Ella hizo un escaneo rápido del resto del campo de batalla.

El Primordial estaba todavía intacto, aunque bajo asedio desde varias direcciones a la vez. Algunos de los hexes orbitales habían enlazado sus cuerpos para formar un arma de energía como la que Jet había abatido antes. Misiles desde debajo habían reparado los agujeros en las defensas orbitales, y parecía haber algún tipo de jaleo cerca de la luna. Una de las VT-22 Imperiales había sido infectada y estaba de camino hacia abajo. Su estela feroz era visible por satélite, excavando un rayo negro a través de la atmósfera superior del globo y a punto de impactar cerca de la localización que se sospechaba de la IC.

Rápidamente, sin querer saberlo realmente, comprobó el manifiesto de la nave trasera. Su corazón se hundió. Shigar había estado en ese transporte. Ahora realmente le dolía pensar en lo que había pasado en la sala de preparación. Si hubiera sido la última vez que se veían el uno al otro, ¿cómo podría vivir con eso?

Un pitido en sus oídos le dijo que era hora de que hiciera efecto su jet-paracaídas. Ella hizo la información superflua, y mandó sus sentimientos a un lado para concentrarse en la maniobra que llegaba. El jet era más pequeño que un propulsor modificado actualizado para asuntos estándar del traje de la armadura de la República. Llevarlo abajo sería como domar a un caballo salvaje.

—¡Encended!

A su orden, el pelotón iluminó el cielo. Chispas de llamas apuntando hacia abajo apuñalaban la superficie de Sebaddon. Los perfiles aerodinámicos plateados reflejaban la

[3] Presentación Visual de Encabezamiento, HUD en el original (Heads Up Display) *(N. del T.)*

luz, transformando a los soldados en fieros ángeles que eran visibles desde abajo. La información confirmó que al menos algunos de los montones altos eran posiciones de armas. Quizás estaban balanceándose para rastrearla a ella y a sus tropas ahora mismo. Ella se preparó para los primeros disparos incluso conforme trataba de mantener su corcoveo bajo control.

No era la única con problemas. Las comunicaciones estaban llenas de gritos y alaridos de advertencia conforme los soldados luchaban por mantener la posición. Dos casi colisiones entre los soldados Imperiales y de la República propiciaron un intercambio de duras palabras, a las cuales el Sargento Ozz hizo una aguda parada. La última cosa que necesitaban ahora era que surgiera una lucha interna.

Entonces las posiciones empezaron a disparar, y todo era caos. Rayos de energía azul resplandecían sobre ellos, abrasando el aire. Dos de sus soldados murieron en el primer intercambio, agitándose fuera de control en bolas de llamas. Larin devolvió el fuego, incluso mientras luchaba por volar en el jet. Ella dudaba que alguno de sus disparos diera en el blanco.

El bombardeo desde arriba llegó casi de inmediato, llamado por el Comandante Cha. Una posición explotó, añadiendo otra bola de humo a la que ya había cerca de la fábrica maestra.

Una sonrisa salvaje dividió la cara de Larin. Se había olvidado de lo hermoso que podía ser el combate aéreo.

Una explosión a corta distancia se deshizo de su sonrisa. ¡Había sido golpeada! Su jet parpadeó, mandándola virando bruscamente por el cielo. Su perfil aerodinámico azotaba en serpentinas tras ella.

Maldiciendo su pobre suerte, luchó por controlar su descenso y sólo tuvo éxito al ponerse en un giro. Sus manos, agitándose, alcanzaron al soldado más cercano, desesperadas por algo sólido a lo que agarrarse. El soldado vaciló, y en ese momento fugaz, recordó quién era. Ses Jopp.

Vociferar sobre la lealtad inapropiada era una cosa. Dejar caer a un soldado compañero a su muerte era otra. Ella sabía que cambiaría de opinión; y él lo hizo en un instante. Su mano derecha le alcanzó, ajustando el agarre para coincidir con el momento en que su brazo estaba más cerca de él. Demasiado tarde.

El jet-paracaídas de Larin falló, y ella cayó como una piedra desde el cielo.



Incluso antes de que las alarmas empezaran a sonar, Shigar sabía que algo iba mal. El transporte que le contenía a él y a Darth Chratis se sacudía como si lo hubieran golpeado, y el comandante al mando del salto rompió para hacer un anuncio general. Shigar no estaba unido directamente a la red Imperial, así que no podía decir qué le estaba pasando a la nave a tiempo real. En su lugar, estaba recibiendo datos de los soldados de la República, enviada vía nodo de comando neutral. El retraso entre los sistemas era cercano a fatal.

—Algo no está bien —le dijo a los soldados agrupados cerca de él en filas preparados para saltar. Sus instintos le estaban advirtiendo de que se moviera. Golpeando los anuladores de su arnés, se puso en pie conforme el primero de los hexes irrumpió a través del casco exterior hacia la plataforma de despliegue de tropas.

Shigar estaba preparado para ello. Empujó con la Fuerza al droide hacia atrás, mandándole dando vueltas en el espacio. Había más tras él, rascando por agarre de garras en el metal retorcido. Él saltó hacia ellos con el sable láser balanceándose, seccionando piernas y apuñalando a los órganos sensoriales antes de que los hexes pudieran activar sus escudos de electroespejo. Si podía detenerles de entrar, él y los otros pasajeros tendrían una oportunidad.

El muro de la plataforma se desgarró al abrirse en otro punto, demasiado distante para que él se encargara de ambos a la vez. Afortunadamente, los soldados tras él estaban preparados y sacaron sus propias armas al juego. El fuego de bláster Imperial y de la República convergió en los hexes invasores, golpeando a varios de vuelta al vacío. Todavía llegaban más detrás de ellos, trepando los unos sobre los otros en un horrible enjambre. Los hexes estaban devolviendo el fuego ahora, aquellos en la retaguardia disparando tras aquellos al frente, y Shigar sintió la defensa de la plataforma empezando a cambiar a favor de los hexes.

—¡Sacad a esos soldados de aquí! —le dijo al comandante mientras cortaba a dos hexes en dos cada uno.

En el otro lado de la plataforma, vio al casco naranja asentir. Las órdenes fueron abrir las puertas de la plataforma temprano y lanzar a los soldados en su camino hacia Sebaddon. La aceptación llegó de dos de las otras tres plataformas, y las puertas bajo Shigar se abrieron suavemente, deshaciéndose de su preciosa carga, el comandante con ellos. Varios hexes fueron también, lo cual haría sin duda el viaje más interesante para todos.

Shigar se quedó atrás, enredándose a un soporte con una mano y pateando a otro hex de vuelta al lugar del que vino. Se retorció y giró en la caída libre, con sus seis piernas agitándose frenéticamente.

¿Cuánto, se preguntaba él, hasta que rediseñaran sus interiores para ser rivales a los que estaban en órbita y «hacer crecer» un retropropulsor o dos?

Él no se iba a quedar para averiguarlo. La cuarta y última plataforma no había mandado ningún tipo de aceptación. Si estaban en problemas, tenía que ayudarles.

La nave aceleró hacia abajo conforme pasaba a través de la escotilla de aire y se apresuraba a través de sus pasillos vacíos. Acercándose a la cuarta plataforma, escuchó fuego de bláster, explosiones, y un persistente crujido en su comunicador. Los hexes estaban interfiriendo tanto las frecuencias Imperiales como las de la República. Ese era un desarrollo perturbador.

Una mampostería interior se rajó, mandando hexes desparramándose sobre sí mismos hacia el vestíbulo. Él se preparó para encontrarse con ellos de cabeza, usando un escudo de Fuerza para reflejar sus pulsos láser mientras apuñalaba con su sable láser. No esperaban que estuviera allí; eso era seguro. Estaban disparando a alguien que les atacaba desde el interior de la plataforma, y les llevó un momento que sus propios escudos lo soportaran. Shigar azotó las piernas de tres, sin parar de empalar los cuerpos caídos. La inmovilidad era lo suficientemente buena.

Una figura negra brincó a través del desgarrón de la pared, empuñando un sable láser rojo. Los relámpagos destellaban de su mano abierta, mandando a los hexes sacudiéndose y humeando en todas direcciones. Atrapados entre Shigar y Darth Chratis, los hexes no tenían ninguna oportunidad. En unos momentos, el Padawan Jedi y el Lord Sith estaban solos en pie en un campo de escombros de droide goteando de rojo.

Las interferencias desaparecieron, permitiéndoles hablar.

—El resto se han lanzado —dijo Shigar—. Tenemos que abrir esas puertas de la plataforma.

—No creas que me das órdenes, Padawan. Has sobrevivido hasta aquí por pura suerte. —Darth Chratis acechó por el vestíbulo—. El mecanismo está dañado. El Teniente Adamek las reparará en nuestra ausencia o ampliará el agujero existente. Si fracasa, saldrá de la nave por las otras plataformas abiertas. Esto no nos concierne. Tu prioridad, y la mía, es detener a esta nave de que sea convertida por los hexes en un arma.

—¿Al puente, entonces? —dijo Shigar, tragándose su molestia por que le hablaran como a un niño.

—Al puente.

Encontraron tres enjambres de hexes de camino. Viajando en grupos de seis, los droides parecían estar rastreando la nave sección por sección, destruyendo toda evidencia de insignia Imperial. La aparición de Darth Chratis y su espada roja les llevó a un frenesí inmediato. En dos ocasiones, Shigar fue ignorado por completo, permitiéndole flanquear los hexes y atacar desde detrás. El elemento sorpresa estaba funcionando para él a cambio, convirtiendo una situación imposible en una que era meramente difícil.

El Lord Sith se deslizó a través de los hexes con poco esfuerzo aparente, dejándoles para que Shigar los terminara. El sable láser del Lord Sith tenía un inusual alcance largo, emergiendo como lo hacía desde una cosa plegable de algún tipo. Darth Chratis también tenía otra arma que Shigar no tenía. Sus rayos eran mucho más poderosos que los de los esfuerzos de Eldon Ax y tenían un efecto similar a las redes electrificadas que Stryver había disparado a los hexes en Hutta, mandándoles hacia un paroxismo que les dejaba vulnerables a los ataques convencionales.

—La Gran Maestra te ha enseñado pobremente —dijo Darth Chratis, observando los esfuerzos de Shigar por contener al último de los hexes—. Ella permite que la filosofía de la mente interfiera con los resultados en combate. Así es como los Sith triunfarán sobre ti y los de tu tipo, al final. Os reprimiréis a vosotros mismos de alcanzar vuestro verdadero potencial.

Shigar parpadeó para quitarse el sudor de sus ojos. Satele Shan veía el rayo de Fuerza como un camino hacia el lado oscuro, y le había aconsejado a Shigar muchas veces contra su uso. Ahora, sin embargo, podía ver cómo Darth Chratis debía tener un punto.

Él no era tan ingenuo, sin embargo, como para no ver dónde iba el Lord Sith con todo esto.

—Ahorra el aliento, Darth Chratis. Nada me tentará a unirme a vosotros.

La sonrisa del Sith era horriblemente sin humor, incluso a través del cristal de su placa facial.

El puente estaba dos niveles arriba, sellado tras unas gruesas puertas que incluso los hexes tenían problemas en penetrar. Las comunicaciones cayeron de nuevo, así que no había forma de contactar con la tripulación de dentro. Darth Chratis trató de anular los cierres, pero habían sido fundidos en un conglomerado sólido de metal por los intentos de los hexes de entrar.

—Juntos —dijo Shigar, pensando en las enormes masas que había visto que los Maestros Jedi movían usando sólo el poder de sus mentes y la Fuerza.

—A mi orden —accedió el Lord Sith.

Operando en conjunto, fueron capaces de retorcer las puertas hacia un lado como si estuvieran hechas de papel de aluminio. Shigar consideró su cooperación una pequeña victoria moral hasta que irrumpió el esfuerzo y le hizo temblar. Algo de Darth Chratis se había aferrado a él durante el esfuerzo. Una frialdad, una repugnancia. Sus puños apretados conforme caminaba sobre el metal colapsado y hacia el puente. Quería golpear algo, pero no había hexes alrededor. Sólo Imperiales, que estaban temporalmente indultados.

El comandante de aspecto atemorizado del transporte saludó conforme Darth Chratis se acercó a él.

—Dime que los motores están bloqueados —fue todo lo que dijo el Sith.

—N… No puedo, mi lord. La sala de motores no responde. Pedí un equipo de mantenimiento…

—Ya estarán muertos. Quédate aquí. Efectuaremos la reparación nosotros mismos.

Darth Chratis ya se estaba yendo.

—Quizás deberíais evacuar —dijo Shigar al comandante antes de seguirle—. No hay nada que podáis hacer aquí.

—¿Dejar mi puesto? —El Imperial parecía ofendido por la sugerencia—. ¡Nunca!

Shigar querían discutírselo. Las puertas habían caído, y los hexes volverían pronto. Quedarse significaría una muerte segura para el comandante y su tripulación del puente.

En su lugar, él se encogió de hombros. ¿Quién era él para luchar contra la terquedad de un oficial Imperial? Ese no era el trabajo de un Jedi.

—Es tu decisión, supongo.

Apartándole de su mente, se apresuró tras Darth Chratis.

—Pierdes el tiempo —dijo el Sith cuando Shigar le alcanzó.

—Tú pierdes vidas.

—Los humanos son reemplazables. Los segundos no lo son.

Shigar no tenía una buena respuesta a eso, así que se concentró en lo que estaban haciendo. Darth Chratis le estaba llevando por la columna del transporte, pasando grupos sin fin de puertos de vistas. En el exterior, la galaxia giraba alrededor de ellos, completando un circuito una vez cada pocos segundos. El transporte estaba girando, aunque gracias a la gravedad artificial en el interior no había forma de saberlo. Varios hexes eran visibles, o nadando desamparados a través del espacio o trepando por el casco exterior. La esfera de Sebaddon iba y venía, y Shigar no podía decir si estaba acercándose o no.

Una masa de hexes estaba esperándoles en el extremo alejado, a la entrada de la sección de ingeniería. Los rayos de Fuerza se esparcieron a través de ellos en oleadas, rompiendo la masa en partes manejables. Shigar saltó en medio, reflejando pulsos de láser de vuelta a sus propietarios y desmembrando cualquier cosa que tenía al alcance. Cuando erró un balanceo y obtuvo una herida en la carne de su costado, el dolor sólo aumentaba su concentración. Él se movía como en un sueño, con la Fuerza guiando cada uno de sus pasos.

Casi con arrepentimiento alcanzó el lado alejado. Allí, Darth Chratis estaba examinando los controles de los motores iónicos. Habían sido parcialmente desmantelados por uno de los hexes, presumiblemente con la intención de tomar el control y mandar al transporte a inclinarse hacia arriba para infectar al resto de la flota.

Darth Chratis trabajó rápidamente, recableando los controles en una aproximación de su estado anterior. La plataforma vibraba conforme cesaba la aceleración hacia abajo.

—¿Lo has hecho? —le preguntó Shigar.

—Lo he hecho.

Darth Chratis alzó una mano, y una sección del muro se peló, exponiendo el espacio del exterior. Ya no era espacio, se dio cuenta Shigar, escuchando un aullido alrededor de ellos. Estaban entrando en la atmósfera.

—Después de ti, mi chico —dijo el Sith.

Shigar era reacio a darle la espalda a uno de los enemigos más antiguos de los Jedi, aunque sabía que por ahora estaba a salvo. Su Maestra había estado completamente acertada. Esa espada rojo sangre era la última cosa que tenía que temer.

Cuatro pasos corriendo le llevaron a Shigar al agujero. El quinto le llevaría de camino desde la nave ardiendo hacia la superficie del planeta.

Él saltó, prometiendo:

—Nunca seré tu aprendiz, Darth Chratis.

Una voz aterciopelada siniestra llegó a él en respuesta.

—No hagas promesas imprudentes. Después de todo, pronto necesitaré uno nuevo.

Shigar cerró su mente contra más intrusiones, y se concentró únicamente en caer.



Ax tocó suelo limpiamente sobre ambos pies. El suelo era seguro, no había trampas ocultas u obstáculos. Presionó el botón de su arnés, y el jet-paracaídas se apagó y su perfil aerodinámico cayó. La gravedad de Sebaddon era un poco menor que la estándar, dejándola sintiéndose un poco mareada, pero sólo por un momento. Aparte de los surtidores amarillos del agujero negro, el cielo era rojo, reflejando el brillo de la lava de alrededor. Manteniendo sus ojos apartados de los hexes, dio dos pasos hacia delante y buscó alrededor a los otros que habían caído desde la órbita con ella. La Maestra Satele era una de ellos. No le gustaba saber que había una Jedi suelta con la que no podía contar.

El escuadrón del que había sido parte nominalmente se había dirigido a una de las secciones más complejas del centro de la IC. Desde el aire, la isla era un conjunto que se asemejaba a un laberinto de setos gigante, con grandes edificios, sinuosos conectados por gruesos cables y tuberías. Ella había aterrizado en lo que podía haber sido una calle angular, de paredes escarpadas, excepto que no había puertas, ventanas, ni aceras. El propósito de los edificios era desconocido, pero estaba claro que el sitio estaba en construcción. Un escuadrón se había dirigido a las máquinas responsables de la expansión de la estructura, mientras que el resto intentaba golpear a su corazón; o a lo que parecía ser su corazón desde la órbita, al menos. Había tres localizaciones posibles, y ella estaba en una de ellas.

Sobre ella, los soldados llovían del cielo como semillas, cayendo en sus propios pequeños cañones fabricados por droides. Ninguno parecía estar aterrizando cerca de ella. Comprobó el comunicador de su traje, pero tanto Darth Chratis como la Maestra Satele estaban en el aire o con interferencias. El transporte anteriormente golpeado brillaba en el cielo como una estrella brillante, con un halo de humo negro. Parecía estar yendo directamente hacia ella.

Rápidamente decidió que su punto de aterrizaje estaba gafado, sin ni siquiera hexes para matar. Así que, escogiendo una dirección al azar, trepó por el cañón, tomando la cobertura que pudiera en las sombras de borde borroso. Mantenía su sable láser apagado en su mano. La discreción era la mejor parte del valor, particularmente en un planeta de hexes programados para matar a guerreros Sith a la vista.

Si tan solo, pensó como lo había hecho varias veces, hubiera alguna forma de teclear en esa programación del núcleo y convertirla en su ventaja. Era completamente posible que Lema Xandret hubiera puesto un poco más de ella misma en ellos que tan solo sus pensamientos y prejuicios. El componente biológico de cada hex tenía que significar algo, después de todo. Si pudiera apelar a ese algo, hacerles entrar en razón; su razón…

Alrededor de un giro llegó un soldado de la República, balanceando su arma hacia atrás y hacia delante y corriendo ligeramente sobre sus pies. Ax retrocedió hacia las sombras. Sería mejor correr por su cuenta, decidió ella, hasta que estuviera segura de lo que había delante de ella. No quería que nadie se metiera en su camino en un momento crítico.

Conforme pasaba el soldado, se dio cuenta de una extraña cosa. El aire estaba literalmente brillando ante sus ojos. Al principio pensó que tenía algo que ver con ella; algo que interfiriera su vista, quizás. Pero entonces se dio cuenta de que las distorsiones venían del propio aire. Era caliente.

Arrodillándose y tocando el suelo, podía sentir el calor aún a través de sus guantes. Todo el alrededor del complejo de la IC era lava, eso tenía sentido, supuso ella.

Algo cayó sin hacer ruido detrás de ella.

Ella se alzó con su sable láser encendido en un instante.

—Impresionantes reflejos —dijo la Maestra Satele, aparentemente despreocupada por la posibilidad de que Ax pudiera haberla cortado por la mitad. Ni siquiera había activado su propio sable láser—. Tu visión periférica podría mejorarse, aún así. He estado tras de ti desde que aterrizaste.

—Bueno, esa es una forma productiva de malgastar tu tiempo. —Ax bajó su arma a un lado—. ¿No se te ocurrió hacer algo acerca de la misión, supongo?

—Soy la primera en admitir que tengo un montón de cosas en mente. —La Jedi sonrió—. Pero no tanto. Quítate el casco y dime lo que escuchas.

—Pero… —hace calor, iba a decir. Entonces se dio cuenta de que la Maestra Satele estaba sudando dentro de su propio casco. Claramente ella había hecho exactamente lo que le pedía que hiciera Ax; y si ella sobrevivía, también podría hacerlo Ax.

—Está bien —dijo ella, apretando los sellos de su cuello. El casco siseó, y ella se lo quitó.

El aire abrasaba su piel y el interior de su nariz. Apestaba a químicos, fuego, y ozono. En la distancia podía escuchar voces gritando frases familiares una y otra vez.

—¡No reconocemos vuestra autoridad!

—¡Sólo pedimos que nos dejen solos!

—Hexes —dijo Ax—. Están por aquí en alguna parte.

—No eso —dijo la Maestra Satele con un rápido agitar de su cabeza—. Más profundo. Detrás de todo.

Ax escuchó de nuevo. Entonces lo oyó: un gruñido a baja frecuencia en el límite de su escucha, casi imposible de captar.

—¿Es la nave? —preguntó ella, señalando al transporte aún cayendo desde el cielo. Era más grande ahora, y todavía iba directo a ellas.

—No lo creo. A mí me suena más como a perforar.

—¿Qué está haciendo la IC excavando en un momento como este?

—Material para más hexes, quizás.

—Esto no es una fábrica.

—No, pero debe haber nidos aquí en alguna parte.

—Entonces encontrémoslos —dijo Ax, sin ocultar su impaciencia—. ¿No es esto lo que se supone que teníamos que hacer?

Bien arriba, una llama naranja floreció al incendiarse, pintando extrañas sombras sobre sus caras.

—Eso es lo que estaba esperando —dijo la Maestra Satele—. Los soldados han encontrado una entrada. Vamos a ayudarles.

Satele Shan se movió con una sorprendente velocidad. Ax fue cogida por sorpresa, y tuvo que darse prisa para seguirla. Ellos siguieron la base del desfiladero artificial hasta la siguiente intersección, y entonces brincaron hacia la parte superior para viajar en línea recta, saltando de muro en muro sobre los espacios vacíos de abajo. El laberinto parecía estrecharse por siempre. A Ax le recordó a los diagramas de circuitos de los diagramas de flujo lógicos, pero esta extraña vista carecía de ningún orden general o propósito que pudiera discernir. Era más como los grabados aleatorios de un insecto perforador de madera más que otra cosa que un pensante pudiera diseñar.

Las explosiones se inflamaron brillantes en la distancia, reflejadas en las escasas nubes de arriba. El sonido de cada réplica llegaba pocos segundos después. La Maestra Satele cambió ligeramente de dirección para dirigirse directamente a la zona de combate. Los soldados aún caían del cielo, disparando a las posiciones de los cañones ensamblados sobre el laberinto. Un ennegrecimiento de humo colgaba sobre todo, más denso en algunas partes que en otras. Ax podía oler vagamente la «sangre» de los hexes en el aire. Le ponía de los nervios. Se estaba perdiendo la diversión.

Mirando sobre su hombro, vio una docena de hexes siguiéndolas, saltando sobre sus seis piernas de muro en muro. Ella rió. ¡No se perdería la diversión por mucho más tiempo!

La Maestra Satele inesperadamente bajó hacia un desfiladero, y Ax la siguió. Ahí se pararon por completo. La Jedi estaba en pie en tierra con un dedo en sus labios. Ella hizo una cuenta atrás con tres dedos con su otra mano, y entonces saltó directamente al aire con el sable láser resplandeciendo. El primero de los hexes persiguiéndolas cayó en dos partes iguales. El resto chilló y corrió para luchar.

La batalla fue a paso rápido y gloriosa. Al ver a Ax, inmediatamente cayeron sobre ella, pero les tenía cogida la medida ahora. Su escudo de Fuerza repelió todo el fuego salvo el más concentrado, y tenía más que a un mero Padawan y a un Mandaloriano desinteresado para respaldarla.

La Gran Maestra poseía unos poderes de la Fuerza prodigiosos. Un gesto aplastaba a los hexes hasta bolas o les hacía explotar desde el interior. Una mirada les calmaba en mitad del arrebato mientras Ax se apresuraba a terminarlos. En cuestión de momentos, se encargaron de la docena y Ax estaba buscando más.

—Por aquí —dijo la Maestra Satele, guiándola hacia donde la bengala había venido.

—¿No deberíamos preocuparnos por eso? —preguntó ella, señalando al transporte. Era enorme en el cielo ahora; o lo parecía; y brillaba como un sol falso.

—Preocúpate todo lo que quieras —dijo la Maestra Satele—. Hasta que haya algo que puedas hacer al respecto, no veo qué bien puede hacer.

Ax no tenía una buena respuesta a eso, así que siguió con algo similar a la obediencia. La Gran Maestra la había impresionado con más que sus habilidades telequinéticas y telepáticas. Su velocidad y decisión en combate eran increíbles; pero ni una sola vez hizo un solo sonido. Había una tranquilidad a su alrededor, casi de dicha, que hablaba de una intimidad con una violencia que Ax no había esperado.

Para los Sith, la violencia era una forma de arte. Para la Maestra Satele, parecía como la propia vida.

Eso no casaba bien con todo lo que Ax sabía de los Jedi. ¿No eran carentes de emociones, rectos hipócritas que sólo luchaban cuando les interesaba? ¿No desdeñaban la pasión y predicaban sin poder a todo el que les escuchara y obedeciera?

Por primera vez, Ax vio que podía haber fuerza en la serenidad, y acero tras la calma.

Algo explotó en el siguiente desfiladero. Antes de que los escombros dejaran de caer, la Maestra Satele les tenía en medio de una batalla de fuego entre un escuadrón de soldados atrincherados y no menos de treinta hexes. La explosión no parecía haber tenido mucho efecto en la operación general de los hexes. Si acaso, luchaban más determinadamente que nunca. Los equipos de asalto tenían que encontrar otra forma de atacar la instalación si iban a tener algún efecto del todo en la IC.

La teniente del pelotón, una Imperial, agradeció su presencia con un saludo agradecido.

—El comandante está ahí —dijo ella, señalando, cuando la escaramuza acabó—. Estamos captando vibraciones consistentes con perforación geotérmica.

—Por supuesto —dijo la Maestra Satele—. Eso es lo que están haciendo. Si la IC puede llegar hasta las capas más profundas del planeta, tendrá toda la energía que necesita.

—¿Para hacer qué? —preguntó Ax.

—Eso no lo sabemos —dijo la teniente—. Hemos encontrado un pozo a dos avenidas de distancia, pero está fuertemente defendido. No podemos acercarnos lo suficiente como para dejar las cargas.

—Nos encargaremos de eso —dijo Ax.

—No será necesario —dijo la Maestra Satele—. Dile a tus tropas que se retiren. Quiero el área evacuada tan rápidamente como sea posible.

—¿Qué? —Ax no podía creer lo que estaba escuchando—. ¿Estás abandonando?

—No del todo. Sólo dejando que otra cosa haga el trabajo por nosotros.

Ella señaló al cielo, al transporte golpeado acercándose rápidamente hacia ellos.

—Sí, señora. —La teniente empezó a dar órdenes a través de su comunicador, y les hizo retroceder con otra ronda de bengalas, sólo en caso de que el mensaje no fuera recibido. Inmediatamente los soldados empezaron a retroceder, disparando a los hexes que iban tras ellos.

—¿Qué pasa si no aterriza exactamente en el punto correcto? —preguntó Ax a la Maestra Satele conforme brincaban por el laberinto.

—No creo que tenga que hacerlo —contestó la Jedi. Si la IC está perforando por energía geotérmica, esos pozos estarán tocando justo las capas de magma. Destapa los pozos, y ¿qué tenemos?

—Un volcán —dijo ella—. Un montón de volcanes.

—Exactamente. Podemos eliminar el cerebro de los hexes de un solo golpe. Será mejor que no estemos demasiado cerca cuando ocurra, ¿eh?

De nuevo, Ax fue golpeada por la calma de la Maestra Shan. ¿Cómo podía ser tan optimista cuando la isla sobre la que estaban estaba a punto de entrar en erupción en ríos de lava fundida? ¿Con seguridad sentía aprensión por lo que iba a pasar?

Ax bajó el visor de su casco para que pudiera rastrear exactamente dónde iba a golpear el transporte. No era tan cerca de ella como parecía: la isla tenía dos kilómetros de extensión, y el punto de impacto estaba en el borde más al norte. Todavía, ella corrió al sur con la Maestra Satele tan rápido como podía, ansiosa de poner espacio entre ella y la inevitable explosión.

Mientras saltaban de una pared del cañón artificial a la siguiente, otra similitud entre el laberinto y los chips de ordenador llegó a ella. Los muros eran de apenas un metro o dos de amplitud; por lo tanto no era posible que contuvieran habitaciones o pasillos, o en efecto nada substancioso. Ella no se había preguntado qué función tenían por sí mismas. Ahora, sin embargo, saltando a través de oleadas de aire caliente, ondulado, se le ocurrió que los muros parecían los sistemas de ingeniería añadidos a algunos componentes de los ordenadores para aumentar el área de superficie expuesto al aire. Cuanto mayor fuera el área, mayor el efecto refrigerante. Sumideros de calor, se llamaban.

¿Y si la isla no era el cerebro coordinado de los hexes en sí misma, si no un sumidero de calor masivo para el cerebro?

Eso significaría que los equipos de asalto estaban atacando completamente la cosa equivocada.

Había tenido el tiempo justo para preguntarse si el transporte cayendo sería diferente cuando cayera en la distancia, iluminando el cielo con un flash azul brillante. El sonido llegó un segundo después; tanto la explosión sónica de su paso por la atmósfera como la conmoción titánica de su impacto y detonación. El suelo se sacudía bajo sus pies, y ella erró su aterrizaje en el muro del siguiente desfiladero. Tambaleándose por equilibrio, se sintió agarrada por el brazo izquierdo y tirada hacia abajo.

La Maestra Satele la equilibró en el suelo del desfiladero conforme una emanación de gases sobrecalentados rugía por arriba. El suelo se sacudía y sacudía bajo ellas. Ax miró abajo y vio grietas esparciéndose por sus pies. No era una buena señal.

Un trueno creciente ahogó el retorno repentino de los comunicadores; no como para que pudiera averiguar nada de la masa de advertencias y órdenes contradictorias. Una corriente de aire se deslizó junto a ellas. La Maestra Satele inclinó su cabeza y tiró de Ax por el desfiladero, lejos de la fuente del viento.

En su despertar vino una inundación de lava al rojo.

—¡Salta! —gritó Ax, torciendo hacia arriba a la Gran Maestra para sacarla del desfiladero.

El muro se derrumbaba bajo su peso combinado, y saltaron de nuevo. El laberinto estaba colapsando a su alrededor, seguido por una corriente roja que se diseminaba del sitio de la colisión. El borde de la inundación se movía con una velocidad asombrosa, consumiendo a los soldados y a los hexes en franjas amplias, burbujeantes. Ax imaginaba que los volcanes no eran nada en comparación con este calado silencioso, veloz. La sección del laberinto que había explorado ya estaba subsumida.

Demasiado de repente la inundación tipo tsunami estaba sobre ellas. Dos lenguas carmesís gruesas se acercaban en frente de Ax y la Maestra Satele, cortando sus mejores rutas hacia tierra segura.

La Maestra Satele se giró, tirando de Ax tras ella. Estaba claro que ella podía haber corrido más rápido por su cuenta, pero no abandonó a Ax a su suerte. Ax no cuestionó el por qué. Ella sólo aceptó el gesto, incluso aunque se volvió claro que eso las condenaría a ambas.

El camino de tierra estable que ocupaban se estaba reduciendo rápidamente.

—Un salto más bastará —dijo la Maestra Satele—. ¿Estás preparada?

Ax no lo estaba, pero no había forma de que lo admitiera. El hueco rojo hirviendo entre ellas y la seguridad era ya demasiado grande, y estaba creciendo cada segundo.

—Preparada —dijo ella.

Corrieron y saltaron juntas. Por un momento, estaba en lo alto del laberinto ahogándose, detenidas en lo alto por la Fuerza y el impulso, y nada podía tocarlas. Ax deseaba que pudiera quedarse ahí para siempre, en ese lugar pacífico donde las fuerzas contradictorias se cancelaban y todo estaba tranquilo.

Pero la gravedad lo conquistó todo. La tierra se acercó demasiado rápido, y ella gritó conforme la lava roja brillante se alzaba para atraparlas.



Tras una hora de batalla, Ula se dio cuenta de que traicionar a la República iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado, incluso desde su posición privilegiada en lo alto del campo de batalla. El problema residía en la cantidad de datos que llegaba desde el campo de batalla hacia el Fuego de Auriga. Era imposible rastrearla toda, dejándole solo para decidir qué parte aislada podía ser mejor manipulada para beneficiar a sus maestros. Él apenas podía continuar con el torrente que había.

Los misiles llenos de hexes habían restaurado las defensas orbitales, y las habían provisto de nuevas armas con las que golpear a las flotas combinadas, haciendo difícil dar apoyo de tierra a los equipos de debajo. El objetivo de la IC estaba ardiendo, y el polo estaba oculto bajo el humo. Las comunicaciones eran como mucho erráticas. Ula no tenía forma de saber qué estaba pasando ahí abajo, y la situación en la luna era un poco diferente. Los hexes habían sido ametrallados repetidamente, pero sin mandar soldado para encararlos cara a cara, era imposible decir si la infección había sido contenida. Cada vez que la alianza hacía un progreso, las tenaces creaciones de Lema Xandret se recuperaban de una forma nueva y sorprendente.

—Tengo fijados los tres objetivos subespaciales —informó Stryver—. Son relés, dispersos por el globo.

Esas eran buenas noticias.

—Manda las coordenadas a Kalisch y Pipalidi. Diles que eliminen los tres.

—Deberíamos dejar uno intacto —dijo Jet—. ¿Cómo vamos a infiltrar sus comunicaciones si no les queda ninguna comunicación?

—¿Qué cerca estamos de crackear su cifrado?

—No lo sé. Chatarra ha averiguado los protocolos de transmisión, permitiéndonos pretender que somos la IC, pero no estamos cerca de averiguar el lenguaje que en realidad está usando.

—Entonces no puedo permitirme correr el riesgo. Sabemos que construirán nuevos relés de cualquier forma. De esta forma ganamos una ventaja momentánea. Necesitamos cada una de esas que podamos conseguir.

Jet apagó el comunicador de la nave por un momento.

—Hay algo más de lo que preocuparse. ¿Y si Stryver se está quedando fuera de la lucha sólo para conseguir esos cifrados? Con ellos, podría volver a los hexes contra nosotros.

Ula no lo había pensado.

—Tienes razón, y no podemos dejar que ocurra. Cuando Chatarra crackee el código, lo mantendremos para nosotros mismos.

—Eso nos haría imparables. No me pareces del tipo de dominar la galaxia, pero no estoy seguro de tus maestros.

Ula no tenía ningún deseo en absoluto de dominar nada. No habría ningún escondite en las sombras del todo mientras estuviera sentado en un trono. Y no iba a decir nada de sus maestros, cierto o falso.

—¿Qué hay de ti?

La pregunta era una cargada, y Ula tenía su mano en el bláster oculto mientras le preguntaba.

Jet se rió.

—¿Qué, abandonar mi vida sin preocupaciones? No lo creo, colega. Demasiado papeleo por medio.

Una nueva luz roja se unió a las muchas resplandeciendo en el panel de instrumentos. Una alarma se unió a ella.

—Múltiples lanzamientos —dijo Jet, olvidando la risa—, desde el planeta y de la luna, también, esta vez. —Se detuvo y echó un vistazo de cerca desde las pantallas de visualización—. Algo se dirige hacia nosotros. La IC debe haberse dado cuenta de que estamos aquí sentados, manteniendo un perfil demasiado bajo. Hora de moverse.

Ula notificó a los líderes de la flota combinada que él era ahora un objetivo y que cambiaría de órbita. El Commenor aceptó inmediatamente pero no ofreció ningún tipo de apoyo táctico. El Primordial no dijo nada en absoluto, sólo mandó un escuadrón de interceptores.

—Negativo, negativo —dijo Jet al líder del escuadrón—. Volved al vuelo. Estaremos bien, y ya gritaremos si eso cambia.

—Las órdenes del coronel fueron muy específicas —llegó la respuesta—. No os dejaremos fuera de nuestra vista.

La frase tenía connotaciones amenazantes que Ula estaba seguro de que eran intencionadas.

—Kalisch, aparta esas naves de nuestro rastro —dijo Jet al Primordial—. Tengo cosas más importantes de las que preocuparte que de tus ases de gatillo fácil.

—Ponme con el director —llegó la respuesta.

Sin nombre, pensó Ula. Sólo un título.

—Coronel —dijo él—, soy el Director Vii. Tus recursos son necesitados en otra parte. Tenemos que golpear a través de esa coraza defensiva para ganar el acceso a las regiones polares…

—Darth Chratis explicó tu situación —dijo Kalisch sobre él—. De verdad que debo insistir.

Ula cerró los ojos. Esa era una línea abierta. Si él asentía ante los deseos del coronel, sería equivalente a admitir que favorecía; o que al menos podía estar influenciado por ellos; a los Imperiales. El momento no era el adecuado para hacer eso.

—Negativo, Coronel. Te he aconsejado que mandes tus cazas a otra parte. Vuelve a llamarlas o me veré forzado a interpretar tus intenciones como hostiles y solicito asistencia de la Capitana Pipalidi.

De nuevo, el Primordial no dijo nada, pero las naves al menos cambiaron de ruta.

Ula se limpió la frente. No sólo estaba fracasando en traicionar a la República, si no que ahora estaba siendo forzado a desafiar a un oficial del ejército Imperial.

—¿Por qué estamos haciendo esto, de nuevo?

—Eso me golpea —dijo Jet—. Oficialmente aún espero encontrar un beneficio, pero eso parece menos y menos probable cada minuto.

—¿Es de verdad eso todo en lo que estás interesado? —preguntó Ula, de repente irritado por la pretensión del contrabandista.

—¿No puede serlo? —devolvió Jet.

—Creo que te estás haciendo daño a ti mismo. Si la gente supiera lo que tú y tu nave podéis hacer realmente…

—Nadie me dejaría jamás amarrar en ninguna parte. Si creen que soy un holgazán sin remedio, eso me da una oportunidad. Me mantiene a salvo. Como Tassaa Bareesh. Si hubiera sabido que podía haber retomado mi nave en cualquier momento, no me habría dejado suelto para ver lo que ocurría. Y si yo no hubiera estado suelto, no estaría aquí. Está garantizado, que esto de aquí no parece tan cómodo en este momento, pero eso puede cambiar. La vida es sorprendente. Creo que sacaremos algo del sombrero.

—Eso tan solo parece deshonesto.

Jet dijo:

—Deberías hablar.

Ula se enojó.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, colega. Sé lo que eres. Lo he sabido desde el primer segundo en que te vi. ¿Por qué crees que te pedí quedar para beber?

Ula sacó el bláster oculto y lo apuntó a Jet.

—Dime lo que crees que soy.

—Creo que eres un hombre más valiente de lo que dejas ver —dijo Jet sin encogerse—. Para tus superiores sólo eres una marioneta. Para tus enemigos eres peor que el mal. Estás atrapado entre querer hacer tu trabajo y tratar de mantener tu trabajo oculto. Te vuelve loco, pero no puedes confiárselo a nadie. Tienes que tenerlo bien cerrado, y nadie ni siquiera aprecia lo difícil que es. Se espera que nosotros sólo continuemos hacia delante, tipos como nosotros, porque si tropezamos, no hay una red de seguridad.

Ula se enojó.

—No soy nada como tú.

—Somos más parecidos de lo que crees. He sido una marioneta, y recientemente, también. ¿Por qué crees que estuve trabajando como soldado? No fue por los buenos tiempos, déjame que te diga.

—No tienes principios, eres amoral.

—Me alegro de que lo pienses. Eso significa que la cobertura funciona.

—¡Estás diciendo cosas sin sentido! ¿Por qué me cuentas esto? ¿Quieres que te dispare o no?

—Quiero que trabajemos juntos exactamente como lo hemos hecho.

—¿Cómo es posible que lo hagamos ahora?

—Estás hablando como uno de ellos —dijo Jet, señalando al holoproyector—. No eres humano, pero a mí me pareces humano. ¿Qué importa quienes somos realmente? Eso es lo que importa.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Puedes bajar el bláster, para empezar, antes de que le pida a Chatarra que te lo quite.

Ula le miró un largo momento, torturado. Tenían una batalla por coordinar, ¿y qué había cambiado realmente? Jet podía haber revelado el secreto de Ula en cualquier momento; al igual que Ula podía haber revelado el de Jet, haciéndolos visibles. Nada estaba provocando la confrontación entre ellos excepto su propia inseguridad y dudas. Si Jet pensaba que él era valiente, quizás era el momento de serlo.

—Está bien —dijo él, bajando el bláster. Chatarra, quien se había aproximado de alguna forma sin que Ula se diera cuenta, se alejó.

—Gracias —dijo Jet con una sonrisa vaga—. ¿Sabes qué es lo raro? No puedo decir para quién estás trabajando. Quiero decir, sé cómo se supone que estás actuando, pero a nivel práctico me derrotas. Hasta donde puedo ver, sólo estás intentando hacer lo correcto.

Una serie de alarmas empezó a sonar.

—Uh-oh. —El humor despreocupado del contrabandista se evaporó—. Esto es lo que pasa cuando no prestas atención.

Ula apresuradamente escaneó la telemetría. Más lanzamientos. Más aglomeraciones formándose para apuntar a las flotas combinadas. Todavía no había buenas noticias de tierra, y ni una palabra del todo de Larin y su pelotón. Un escuadrón mixto de cazas de la República e Imperiales había sufrido un desacuerdo interno, llevándoles a un intercambio de fuego, y una nave de carga Turbodyne 1220 había colisionado con una NR2 de la República durante un asalto. Recriminaciones feroces eran intercambiadas entre ambos lados, y ni la Capitana Pipalidi ni el Coronel Kalisch respondían a sus contactos.

—¿Ahora qué? —preguntó Ula.

—Bien, si no vamos a correr —dijo Jet—, sugiero que pongamos a la capacidad máxima nuestras mentes confabulantes para averiguar una forma de sobrevivir…

—Espera un minuto. ¿Dónde está Stryver?

—No puedo verle. Podría estar alrededor de la parte trasera de la luna, o…

Un bip urgente se unió a las llamadas de alarma ya estridentes. El mapa de Sebaddon se volvió rojo en el polo sur. Ula miró asombrado conforme la coraza defensiva de hexes empezaba a apartarse, creando una apertura.

—¿Nos están dejando entrar?

—No apuestes por eso —dijo Jet.

A través de la apertura en las defensas orbitales voló la familiar luna creciente plateada de la nave de Stryver, alzándose en una línea perfectamente vertical.

—¿Qué está haciendo ahí?

—Corriendo, creo.

Cerca del movimiento de Stryver llegó un monstruo emergiendo del corazón del planeta.



CAPÍTULO 38

Larin ignoró el alarido de las alarmas y las luces parpadeantes rojas que llenaban el casco de su traje. El disparo desafortunado parecía no haber dañado la línea de combustible de su jet-paracaídas, pero sus giros estaban completamente destruidos. Si su perfil aerodinámico hubiera estado intacto, eso le habría permitido al menos haber tenido un efecto estabilizador, pero ahora no eran si no harapos. Pateando y derrapando salvajemente por el cielo, estaba completamente fuera de control.

Ella rechazó rendirse. Tenía que haber una manera de hacer bajar su jet-paracaídas con seguridad y a ella con él.

Lo primero: tener el control manual del jet. Estaba detrás de ella, pero soltando los agarres se retorcería alrededor de modo que hizo que le propulsara desde el pecho. El ruido era atronador. Ella oscureció su visor para que los flashes no le cegaran.

Al menos todavía tenía sus instrumentos. Era difícil tener una lectura sensata de altímetro, así que no sabía exactamente cuánto tiempo tenía, pero la temperatura en el exterior estaba clara: bien bajo la línea. Cualquier carne expuesta se congelaría sólida en unos momentos. Era mejor trabajar rápido, entonces.

Quitándose su guante izquierdo, usó los dígitos artificiales de su prostético para tirar de la envoltura del propulsor. Cayó por detrás de ella; si arriba o abajo no podía decirlo. El horizonte se giraba salvajemente a su alrededor. Tan sólo con mirar le hacía sentirse mareada.

Se concentró en el cableado del interior de la envoltura del jet-paracaídas en su lugar. El vapor siseaba en el escaso aire, frío. Afortunadamente, sus dedos no se veían afectados por el calor, tampoco. El jet-paracaídas era una máquina sencilla, diseñada para ser robusta más que versátil. Habría todo tipo de seguridades y anulaciones, pero no las necesitaba. Ella sólo quería el botón que encendía y apagaba el propulsor.

Un golpe agudo en un componente en particular tuvo el último de los efectos. De repente todo estaba en calma y ella estaba ingrávida. El mundo de debajo todavía giraba, pero al menos no cambiaba de dirección tres veces por segundo. Ahora que tenía que mirarlo, podía ver lo cerca que había llegado. Peligrosamente cerca.

Eso no era lo que importaba. En el momento, ella tuvo que corregir su giro. Contó furiosamente bajo su aliento, juzgando la aceleración correcta por instinto más que por un cálculo consciente. Enterró sus dedos artificiales en los interiores calientes y volvió a encender los propulsores, sólo por un segundo.

Se sacudió por el cielo, torciéndose locamente. Demasiado, por demasiado tiempo. Tenía que ser más precisa. Contando de nuevo, intentó una segunda vez, con más éxito. Todavía rodaba hacia delante, pero no tan mal como para que el escaso aire no pudiera

hacer un agarre estabilizador en ella. Extendió sus extremidades en forma de estrella hasta que estuvo cayendo tranquilamente de cara hacia delante.

El complejo en el polo sur del planeta se estaba acercando hacia ella con una velocidad terrorífica. Activó el jet-paracaídas y lo mantuvo al máximo, luchando con él a cada momento para mantenerlo apuntando directamente hacia abajo. Era como tratar de equilibrar una aguja: el más mínimo tambaleo amenazaba con volcarla y ponerla de vuelta donde empezó. Ella apretó sus dientes y lo mantuvo.

Lentamente, tranquilamente, su caída hacia abajo empezó a aligerarse.

Tuvo tiempo de examinar dónde estaba aterrizando. Era una llanura amplia, plana, entrecruzada con grietas profundas que parecían demasiado rectas para ser naturales. Una puerta fue su primer pensamiento, que llevaba a algo subterráneo. Alrededor había un número de posiciones de cañones, todos apuntando a objetivos en otras partes, afortunadamente. Ya era suficientemente difícil sólo bajar recta, aún más esquivando. Quería mirar tras ella, para ver dónde estaban los otros, pero el mero intento de hacerlo amenazaba con perturbar su delicado equilibrio.

Más lentamente y más lentamente cayó, hasta que estaba viajando a una velocidad apenas mayor que la de correr. El suelo estaba justo a una docena de metros de distancia. Ella empezó a sentir alivio, contra toda rareza, ¡iba a conseguirlo!

Con una tos vulgar, el jet-paracaídas se quedó sin combustible.

—¡No! —gritó ella.

Pero las palabras no fueron suficientes. Estaba cayendo de nuevo, y rápidamente ganando velocidad. Sólo quedaban unos segundos entre ella y ser aplastada como un insecto contra la cara dura de Sebaddon. Nada podía salvarla ahora.

Fuertes extremidades la envolvieron por el pecho. Con un jadeo, se sintió apretada y tirada hacia atrás. No podía ver lo que había pasado, pero reconoció los guantes que la agarraban enfrente de ella. Eran del personal estándar de la República. El jet-paracaídas que pertenecía al dueño de esos guantes se colapsaba y gemía, frenándoles hasta que aterrizaron con un golpe, no con un salpicar.

Larin no podía creer su suerte. Trepando sobre sus pies, ayudó a su salvador a liberarse de su jet-paracaídas y su arnés del perfil aerodinámico. Su placa facial se aclaró y ella reconoció a Hetchkee.

—No te podía dejar ir así —dijo él de forma casual—. El fallo del equipo es inexcusable.

—Gracias —dijo ella, dando significado a ambas sílabas con todo su corazón—. ¿Qué le pasó a Jopp?

—Me llamó por ayuda. ¿No lo escuchaste?

Larin no lo había hecho, pero no lo dijo. Había estado un poco ocupada en ese momento. Lo importante era que había sobrevivido. Mientras que Jopp permaneciera fuera de su camino, no necesitaban volver a hablar sobre cómo su duda casi le había costado la vida.

—Cierto —dijo ella, deslizando su guante de vuelta a su mano ennegrecida por el hielo; y el calor—. Tenemos un reagrupamiento por hacer y hexes que matar. ¿Alguna idea de dónde descendieron nuestros escuadrones?

Corrieron juntos hacia el punto de encuentro, saltando sobre dos de las profundas grietas por el camino. Estaban construidas de forma definida en una superficie similar al ferrocreto, con algún tipo de sellante negro en la base. Si no eran los bordes de una puerta gigantesca, entonces podían haber sido canales. ¿Pero para qué? Cualquier agua que pasara alrededor se congelaría en sólida. Podía ser concebible que hubieran sido caminos para los hexes, sólo que ninguno estaba a la vista.

El punto de encuentro era un desastre de fuego de armas. Los soldados de la República e Imperiales habían cavado allí y estaban colocando cargas o descargando fuego de cobertura, esperando abatir los cañones al alcance. El Comandante Cha ladraba órdenes sobre los comunicadores irregulares conforme el bombardeo llovía desde arriba. Los droides de combate Imperiales se movían con pesadez en perfectas líneas rectas sobre el campo de batalla, escupiendo fuego a los objetivos distantes. Larin no había comprendido lo grande que la fábrica maestra era en realidad. Estando en la cima de ella, no podía ver los bordes.

—¡Moxla! Coge un escuadrón y pon la torre número cinco fuera de servicio. Mandaré a alguien tras vosotros una vez que caigáis dentro.

—Sí, señor. —No había una forma fácil de distinguir un escuadrón de otro, así que escogió a un sargento al azar y le asigno la misión. Era un Imperial, pero eso no importaba. En tierra, bajo el fuego enemigo, los soldados eran todos lo mismo.

Varios trineos de suministros habían descendido cerca, y ella se ayudó con todos los lanzadores y cargas que podía cargar. Con el sargento y su escuadrón a rastras, ella trepó sobre la cúpula plana, cuidadosamente observando la orientación de la posición del cañón. En algún punto, se darían cuenta de ellos.

Ella cruzó por otra grieta y se dejó caer dentro. Era lo suficientemente profunda para agacharse fuera de la vista. Ella siguió la grieta hasta que estaban tan cerca como lo necesitaban estar, y ahí ordenó al escuadrón que se detuviera.

—Cargad esos lanzadores y preparaos para disparar. Sargento, quiero a tres de tus mejores tiradores delante para proveer de un fuego de distracción, otros tres detrás y que hagan lo mismo. Dispersaos, y espaciad las rondas. Mantened esta posición ocupada.

—Sí, señora.

Los lanzadores eran ligeros y fáciles de ensamblar. Estuvieron preparados en un momento. Conforme un amplio campo de fuego convergía en la torre, más golpes potentes atacaban a intervalos regulares, envolviendo sus alcances más altos con un humo espeso, negro.

Todavía disparaba, aún así.

—Tú y tú —dijo Larin, señalando a dos soldados al azar—, conmigo.

Ella cogió un cinturón de cargas explosivas y saltó fuera de la trinchera. Los soldados la siguieron, corriendo fuertemente por la base de la torre. La posición ya estaba ocupada rastreando a múltiples objetivos. Esperanzadamente tres más pasarían desapercibidos.

A mitad de camino, fueron apuntados. El soldado a su derecha cayó, disparado por la mitad por pulsos de fuego morado. Larin y su único compañero esquivaron a la izquierda, y la siguiente oleada se perdió. Entonces estaba apuntando a los lanzagranadas de nuevo, y ellos alcanzaron la base sin daños.

Era de diez metros de extensión y tan sólida como una montaña.

Le dio la mitad de las cargas al soldado.

—Una cada dos metros, fijas para explotar a mi orden.

Él asintió y se alejó, moviéndose alrededor de la base en una dirección opuesta a la de ella. Cuando se encontraron, se retiraron todo lo lejos que se atrevieron y cayeron al suelo. La posición no parecía haberse dado cuenta de ellos. Estaba disparando hacia arriba, a algo que ella no podía ver.

Ella apretó el botón de detonación remota, y los escombros explotaron sobre sus cabezas. La cima de la torre inclinada, empezó a caer.

Entonces un flash mucho más brillante vino de detrás de ella, y el suelo de ferrocreto se sacudió. Larin miró atrás y vio una enorme nube en forma de hongo elevándose desde el punto de encuentro. Había sido golpeada por municiones más pesadas de las que había visto en juego por los hexes antes. O los droides de Xandret habían evolucionado de nuevo, o habían golpeado con algo desde arriba fuera de la ruta. Quizás, pensó ella, era eso a lo que la posición había estado disparando antes de que ella la destruyera: bombardeo, reflejado justo lo suficiente para golpear a las fuerzas invasoras.

Iba a llevarle años al polvo asentarse, pero al menos las comunicaciones se habían despejado. Ella se levantó y puso una llamada a todos los oficiales para que informaran.

Hetchkee habló desde el otro lado de la cúpula, y un teniente Imperial. No hubo otros. No el Comandante Cha.

Una forma plateada resplandeció a través de las nubes de arriba, reflejando el sol.

—¿Eres tú, Stryver? —llamó ella—. Dime lo que ves ahí arriba.

—Una de las fuentes subespaciales principales está justo bajo tus pies —contestó el Mandaloriano—. ¿Por qué ponerla tan lejos de la IC?

Ella no sabía la respuesta a esa pregunta, y el comunicador se disolvió en una estática de nuevo antes de que pudiera preguntarle nada más.

Ella señaló a su soldado que la siguiera de vuelta a la trinchera. El resto del escuadrón se había reunido y estaban empaquetando los lanzadores, preparándose para moverse a otro lugar. Larin no sabía cuál debía ser su próximo objetivo. ¿Seguir derribando las torres? ¿Tratar de encontrar a los otros? Sin el Comandante Cha, iba a ser difícil coordinar a todos los que quedaban.

Conforme ella difícilmente consideraba sus opciones, la superficie negra al fondo de la trinchera se elevó. Ella miró abajo a sus pies y vio una onda pasando a través del material negro plástico. Se elevó de nuevo, y un gruñido subterráneo profundo la rodeó.

—Moveos —dijo al escuadrón—. Si toda esta cosa es una puerta, entonces…

El mundo cayó debajo de ella antes de que pudiera acabar la frase. Ella se lanzó y apenas pudo atrapar el borde más cercano de la trinchera. La superficie negra se había disuelto como si su estructura molecular hubiera cambiado de repente de sólida a líquida. Dos soldados cayeron en la negrura, disparando a la nada. Sus disparos cesaron en menos de un segundo.

Larin se alzó fuera de la trinchera repentinamente sin fondo. Otro gruñido agitó el aire. Las paredes opuestas se sacudieron al apartarse. Diez metros, veinte metros. Ella estaba en pie con la mitad del escuadrón al borde de una trinchera que no paraba de ampliarse. Al otro lado, el resto de sus tropas se desvanecían en la distancia.

La cúpula se estaba desplegando, segmentos como dedos del tejado se deslizaban en recesos profundos en sus bordes y liberaban una vasta bocanada de aire caliente. Los zarcillos de niebla surgieron, mezclándose con el humo y creando extrañas formas a su alrededor. Ella miró abajo, y vio algo enorme e indistintamente emocionante. Lo que fuera que fuera, los hexes debían haberlo estado construyendo sin detenerse, utilizando todos los recursos prodigiosos del mundo rico en metales; y energía.

—¿Qué es esa cosa? —uno de sus soldados preguntó, suficientemente alto para ser escuchado sin un comunicador.

—No lo sé —dijo ella—, pero eso parecen propulsores; ahí, cerca de su borde.

—¿Es una nave, con esa forma? ¿Dónde están sus motores?

Un loco pensamiento se le ocurrió.

—Quizás no los hay.

Los soldados la miraron como si ella hubiera estado hablando tonterías.

El segmento de la cúpula donde estaban se acercaba al borde del tejado.

—No podemos quedarnos aquí mucho más —le dijo a lo que quedaba del escuadrón—. Os aconsejo que os preparéis para saltar.

—¿Dónde, abajo? —preguntó uno, señalando al objeto alzándose hacia ellos.

—Creo que es un gancho celestial —dijo ella, preparándose—, así que no iremos hacia abajo por mucho tiempo.



Shigar se libró del arnés de su jet-paracaídas y miró con horror al lago burbujeante rojo brillante donde había estado su pretendido punto de aterrizaje. Había observado el descenso furioso del ecuador del transporte mientras conducía su bajada. Su impacto había mandado una onda de choque a través del laberinto del complejo, el cual se sacudió y entonces subsidió hacia el fluido de debajo. Todos en ese laberinto habían sido tragados. Sólo quedaban unos pocos que llegaron tarde, quedándose alrededor del cráter como él, mirando abajo hacia la muerte de todas sus esperanzas.

La Maestra Satele había estado en el laberinto, en alguna parte, con Eldon Ax. Shigar había tratado de llamar a su Maestra tanto por el traje como con la Fuerza, pero no recibió respuesta de ninguna. Todo lo que podía ver moverse eran hexes meciéndose y nadando a través de la marea roja, aparentemente sin daños. Tres posiciones de cañones supervivientes disparaban a cualquiera al alcance, con poco efecto.

Darth Chratis había descendido con él y había aterrizado no muy lejos.

—No sólo debo buscar un nuevo aprendiz —dijo el Lord Sith, con el sable láser rojo sobresaliendo en su lateral como de manera estándar—, si no que parece que tú ahora necesitas un nuevo Maestro.

La aflicción y frustración de Shigar encontraron un objetivo.

—Tú hiciste que pasara esto —dijo él, girándose desde las horribles vistas para confrontar al antiguo enemigo de la Orden Jedi.

—No yo, chico.

—El Emperador, entonces, con todos sus sueños de asesinato y dominación, masacrando a su camino a través de la galaxia.

—Yo no veo al Emperador aquí, ¿lo ves tú?

—Te estás burlando de mí.

—Porque mereces que se burlen de ti, chico. Eres inocente y protegido, gracias al sinsentido con el que tus Maestros te han alimentado. La verdadera cara del universo te aterra, y recaes en ese sin sentido para explicar tu miedo. Sólo un niño cierra los ojos cuando está asustado. Mira a tu alrededor y crece.

Shigar sintió su cólera creciendo, aunque sabía que Darth Chratis estaba tratando de obtener exactamente esta reacción de él.

—No puedes negar que los Sith robaron a Cinzia Xandret de su madre. Eso nos llevó aquí.

—Lema Xandret era brillante y estaba loca. Ella es a la que hay que culpar, Shigar. O a Stryver, por no dejar descansar el asunto. O a ti.

—¿Yo? ¿Qué hice yo?

—Fuiste tú el que trajiste el asunto a la atención de tu Maestra.

—Retrocede. —Shigar activó su sable láser. Darth Chratis estaba acercándose completamente demasiado cerca. El rojo de su espada igualaba al de la lava y al del cielo de arriba. A Shigar le parecía que el mundo entero se estaba tiñendo de sangre.

Darth Chratis se detuvo a cinco pasos de distancia, una expresión desdeñosamente entretenida en su blanca cara.

—Culpa al Emperador por todos tus problemas, si debes hacerlo —dijo él—. Culpa al Imperio por completo. Dado el caso, ¿les explicarías a todos ellos cuán equivocados estaban? ¿Te dirigirías a los Sith, a los ministros, y los soldados, y a los espías? Me temo que no te escucharían, ni siquiera la gente que debes imaginar que está de tu parte: los reprimidos, los privados de derechos, los disidentes. Son unos pocos más de los que imaginas, ya sabes. Y para el resto tú eres el enemigo; tú y tus Jedi y tu Senado. Ellos maldicen tu nombre justo como tú maldices el nuestro, por los seres queridos que han perdido en vuestras manos, por los bienes robados por vuestros corsarios, por las muchas adversidades que han resistido. Nunca les ganarás con tus palabras, con tu sin sentido, así que te verás forzado a matarlos a todos. ¿Cómo te suena eso, Padawan? ¿Te imaginas a ti mismo como el mayor asesino de masas en la historia de la galaxia? Si no lo haces, quizás deberías, porque ese es el camino por el que estás descendiendo. Tú y el Emperador; no muy distintos.

—Mientes. —Shigar retrocedió, aunque Darth Chratis no había hecho ningún movimiento físico. El peso de sus palabras era amenaza suficiente.

—Esa pequeña letanía no te protegerá ahora, chico. No de ti mismo.

—Luchamos porque sois malvados. Porque sois esclavos del lados oscuro.

—¿Y todos esos billones y billones? De aquellos de los que lo Sith son tan plenos.

—Los habéis seducido, retorcido sus pensamientos. Os obedecen porque os temen.

—¿Es la República tan diferente?

—Tenemos leyes, salvaguardias contra los abusos de poder…

—Nosotros tenemos leyes también, aunque unas diferentes, y el Emperador es la salvaguardia definitiva. No puede haber fallo de la justicia bajo su control, porque su palabra es la ley. ¿Dónde está vuestra preciosa justicia en Coruscant? ¿Cómo se ha beneficiado la República de los balbuceos ineptos de vuestros líderes?

Algo floreció en la mente de Shigar como una flor: una flor de certeza, creciendo fuerte y segura en la oscuridad del momento. Sintió como si los años de historia se hubieran condensado en ese momento: la reaparición del Imperio y los Mandalorianos; el saqueo de Coruscant y el frágil tratado que la había restaurado en una disminuida República; la Anexión de Kiffu y la subyugación de su gente.

Hervía hacia él y Darth Chratis.

—Sois la fuente de cada cosa mala que le ha ocurrido a la galaxia —dijo él—. Es por eso que tenemos que luchar contra vosotros. La guerra es inevitable, como la gente dice que es. No puede quedar paz con la gente como vosotros.

—Eres más como nosotros de lo que te preocupas en admitir —gruñó Darth Chratis—. Te estoy ofreciendo salvar tu vida, chico. Únete a mí como mi aprendiz, y te

abriré los ojos por tu bien. No puede haber paz porque la paz es la mentira. La fuerza llega sólo del conflicto, y para que haya un conflicto debe haber un enemigo. Esa es la verdad que yace tras las enseñanzas de tus Maestros. Acéptala, abrázala, y entenderás por qué nunca puedes servirles.

Shigar afirmó su sable láser en un agarre fuerte, a dos manos.

Los ojos profundos de Darth Chratis brillaban. La punta de su sable láser no se movió ni un milímetro.

Shigar le observó de cerca, esperando para que cayera el primer golpe.

El Lord Sith rió, un sonido terrible de carcajada del todo extraño en sus circunstancias.

—¿Crees que intento matarte ahora, chico? Te olvidas: tenemos una tregua. A no ser que planees atacarme, y esté forzado a defenderme a mí mismo…

—Debería atacarte. Cualquier tipo de alianza con los Sith tiene fallos en su corazón. La Maestra Shan nunca debería haber accedido.

—Fue su sugerencia, recuerda; ¿y ves cómo te ha atrapado? Obedéceme y la tregua aguantará. Atácame y la tregua se rompe. —Darth Chratis se rió entre dientes—. ¿Cuál será?

Shigar se tambaleó al límite de actuar. Podía sentir la necesidad de ello estallando en cada músculo, cada nervio. La Fuerza estaba preparada. Llenaba sus venas como lava, ardiendo caliente.

Pensó en lo que decía Larin, Piensas demasiado.

Su sable láser se movió como por sí mismo, balanceándose hacia delante al alcance de Darth Chratis con un zumbido casi delicioso. Sus espadas chocaron juntas una, dos, tres veces, y el Sith dio un paso atrás.

—Sí, excelente…

Shigar no le dejó hablar, presionándole con otra combinación de movimientos, quedándose ligero sobre sus pies por las inevitables respuestas, sintiendo con cada instinto, cada aliento, que debía hacerse. Bailaron juntos sobre el borde del cráter, con una vista completa de los miembros supervivientes de las fuerzas de ataque. No llegó ninguna señal; ninguna palabra para desbandar la alianza; las comunicaciones habían caído, así que el asalto combinado de Sebaddon continuaba.

Darth Chratis corrió con una serie de golpes atrevidos, despiadados que le costaron a Shigar el terreno que había ganado, y más. Él golpeó de vuelta sólo con su espada, sabiendo que perdería si el duelo descendía hacia un todo vale de telequinesis y otros poderes de la Fuerza. Era inevitable. Su única esperanza recaía en que Darth Chratis hiciera un primer error, dándole a Shigar la ventaja. Incluso entonces, iba a ser difícil. Los Sith no morían fácilmente.

Ni tampoco los Jedi, se dijo a sí mismo, incluso mientras el sudor goteaba en sus ojos y él se quitaba su casco, era mejor luchar sin obstáculos.

—Te estás agotando —dijo el Lord Sith—. Tu resolución se está debilitando. Puedo sentirlo. Sabes que nunca me derrotarás así. Tu única esperanza es buscar en tu corazón la rabia que ambos sabemos que está ahí.

—La rabia nunca me dominará.

—Piensa en la Gran Maestra. Piensa en tu mundo de origen y todos los que murieron allí. Dite a ti mismo que yo los maté, y busca la fuerza que ese conocimiento te trae.

—No tuviste nada que ver con Kiffu.

—¿No?

Shigar continuó luchando, igualando a Darth Chratis golpe a golpe. La espada roja se llevó tres centímetros de su trenza. Él trazó una línea sobre el hombro derecho del Sith.

—No puedes luchar sin el lado oscuro.

Shigar silenció sus pensamientos y sentimientos. Él sólo era la espada. Él sólo era la Fuerza.

—No puedes ganar sin el lado oscuro.

Darth Chratis mandó una oleada de rayos por el hueco entre ellos. Shigar trató de atraparlo con su sable láser. El shock reptó por la espada, hacia la empuñadura, y desde ahí hacia su brazo derecho. Quemaba como ácido, mucho más poderoso e insidioso que el golpe que Eldon Ax le había dado en Hutta. No sólo dolía. Se comía su resolución, diciéndole que luchara el fuego con fuego, que usara las propias armas del Lord Sith contra él en desafío del consejo de su propia Maestra. Si no lo hacía, con seguridad moriría.

Shigar cayó de rodillas, el inicio de un grito silbando a través de sus dientes apretados.

¿Por qué ella no te advirtió? El susurro de la duda en su mente tenía ahora voz. Tu Maestra es famosa por ver el futuro, ¿así que por qué no te dijo que esto estaba delante de ti?

Porque no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Ese es el por qué. Sus enseñanzas son más débiles que las de los Sith, y ella lo sabe. Sabe que los Jedi perderán la guerra que inevitablemente llegará. Sabe que el Emperador ganará. Manteniendo esto en secreto de ti, te ha matado.

Ella te mintió, al igual que el Alto Consejo te ha mentido. No les importa la justicia. Son corruptos y débiles.

Todo lo que tienes que hacer es darles la espalda, y vivirás.

El rayo de Darth Chratis pasó a través del cuerpo de Shigar y bajó por su brazo izquierdo. Ahí se concentró en una bola, cegadoramente brillante. Esperando a ser liberada.

Golpéame, dijo la voz, y se alzó de nuevo, más fuerte que nunca.

—Muere —dijo Shigar en una voz que no sonaba como la suya. ¡Muere!

Cuando alzó su mano, Darth Chratis ni siquiera estaba mirándole. La atención del Lord Sith había sido captada por una sombra que había caído tras ellos. La cosa que la

había ejercido era una enorme y bulbosa, como un puño tan grande como una ciudad alzándose lentamente fuera del lago. La lava goteaba como agua.

Tal fue su shock que el rayo Sith concentrado en la mano izquierda de Shigar se apagó progresivamente. El resto se fue con él, junto con el dolor. Shigar entendió entonces, con una claridad perforante, que él había sido la fuente de todo aquello, desde el golpe de rayo inicial de Darth Chratis. La voz susurrando en su mente; y las dudas que había expresado; no habían sido las suyas propias.

Su sable láser yacía en trozos ennegrecidos a sus pies. Su traje apestaba a humo.

Él se levantó. La cosa del lago se alzaba sobre ellos, ya no elevándose, solo surgiendo, bloqueando el cielo. El ruido que hacía era profundo y resonante, como la canción de un mamífero del mar profundo. Sonaba como invocaciones, ofrecidas en el lenguaje de los mundos.

Un pequeño punto plateado se movía por el cielo: la exploradora de Stryver. Tras eso colgaban las brillantes constelaciones de las flotas combinadas. Flashes de luz bailaban entre ellas, indicando que estaban devolviendo el fuego. Shigar no podía decir si estaban disparando a los hexes o si se disparaban las unas a las otras.

Él miró abajo a sus manos. Sus guantes estaban abrasados, pero sus dedos y palmas no tenían daños.

Este es el camino trazado para ti, dijo la Maestra Satele en su mente. Eran las mismas palabras que había usado en Coruscant.

Shigar casi lloró con una mezcla de triunfo y desesperación. Ella estaba viva, ¿pero dónde le dejaba eso a él? ¿Fue tentado por el lado oscuro incluso aunque no había golpeado realmente a Darth Chratis? ¿Había sabido realmente la Maestra Satele todo el tiempo que llegaría a esto, y nunca se lo había advertido?

De nuevo pensó en Larin, diciéndole que tenía suerte por haber sido sacado de la oscuridad para entrenar con la Orden Jedi. Él incluso la había creído, y encontró fuerza en saber que su Maestra y el Alto Consejo resistirían. Lo que sea que pase hoy, volverás a la vida que conoces.

Ya no.

La galaxia está pintada de blanco y negro, se dio cuenta él, sintiendo la verdad y la certeza de ello profundamente en cada hueso. Pero desde lo suficientemente lejos, todo parece gris.



Corrientes densas rojas tiraban de Ax irresistiblemente hacia abajo, haciéndola caer como un glóbulo rojo en un ataque al corazón. La Maestra Satele la agarró de la muñeca tan firmemente que temía que sus huesos se rompieran, y ella agarró a la Jedi igual de fuerte. No podía ver nada salvo su presentación visual de encabezamiento y no escuchaba nada salvo alarmas. Las especificaciones precisas del traje de armadura ambiental de la República le eran desconocidas, pero imaginó sus sistemas refrigerantes gritando conforme trataban de radiar el exceso de calor, sólo para ser sobrepasados y fracasar.

Ella esperó, pero eso no pasó. Estaban cayendo tan violentamente como antes, pero no estaba pasando más calor.

En su lugar, un extraño sentimiento la inundó, un sentimiento que no era ni enteramente físico ni enteramente psíquico. Pese a todas las palizas y golpes, no estaba en ningún peligro inmediato de ser aplastada o quemada. El fluido sólo parecía lava. No estaba siendo ahogada. ¿Saboreada, quizás? ¿O abrazada…?

Una ponderosa urgencia de nadar la inundó, pero no para alcanzar la superficie. Era algo en el lago con ellas, algo que quería que se acercara más. Ella empezó a patear y luchar contra la corriente. La Maestra Satele fue un lastre hasta que adivinó las intenciones de Ax y se unió a sus esfuerzos. Ellas se retorcieron a través de la masa densa, roja, brazada a brazada dolorosa, ocasionalmente golpeando objetos sólidos que eran barridos con el flujo. Algunos se aferraban a ella, pero Ax no podía decir si eran gente o hexes, o una nueva manifestación por completo del fenómeno de Sebaddon. En lugar de detenerse, continuó nadando, siguiendo la única brújula que tenía: su interior.

Sus dedos investigadores encontraron algo duro y estable sumergido en el líquido similar a la lava. Era liso y ligeramente curvado, como el lateral de un submarino. Ella y la Maestra Shan lo exploraron, buscando una forma de entrar. Encontraron extrusiones que debían haber sido antenas, cañones, y motores de subluz.

Una nave. A eso era a lo que se suponía que iba. Algo de dentro la había traído allí.

Satele Shan tiró de ella acercándola, tocando las placas faciales. El líquido rojo se apartó lo suficiente para que Ax mirar el universo privado de la Gran Maestra. Su cara estaba ojerosa pero compuesta.

—Escotilla de aire —dijo ella—. Por ahí.

—¿Crees que funcionará en esta cosa?

—Sólo hay una manera de averiguarlo.

Ellas se separaron, y la Maestra Satele guió su mano al panel que había encontrado. Los controles fueron instantáneamente reconocibles. Ax los había visto en miles de naves. Miles de naves Imperiales.

Ella apretó el botón de arriba: ABRIR. Una corriente repentina barrió con ellas más cerca conforme la cámara vacía absorbía el fluido. Cuando la puerta estuvo completamente abierta, nadaron hacia el interior y fueron a trompicones hacia los controles interiores.

La puerta se deslizó al cerrarse silenciosamente, dejando la incesante turbulencia del fluido del exterior tras ellas. Ax flotó en silencio por un momento, agradecida por el respiro, la oportunidad de pensar. ¿Dónde estaban? ¿Qué estaba haciendo ella? ¿Qué la había traído aquí? Debería estar nadando hacia la superficie, no explorando artefactos hundidos mientras el resto de la misión luchaba a su alrededor.

—¿Vas a abrir la puerta interior? —preguntó la Maestra Satele, presionando de cerca de nuevo.

Por supuesto que lo iba a hacer. Había llegado demasiado lejos como para dar la vuelta. Sus instintos tiraban de ella, pese a sus recelos.

Cuando tocó el botón de CICLO, bombas en las paredes se esforzaban en drenar el fluido. El peso volvió, junto con la luz y el aire. Finalmente dejaron ir la una a la otra. Ax se limpió su placa facial para aclararla, y ella vio a la Maestra Satele haciendo lo mismo. En medio de esa extrañeza, parecía tan pequeña como la propia Ax. Ella se alegraba de no estar sola.

La puerta interior se abrió, revelando un pasillo de una nave estándar en existencias, rasguñada y polvorienta con los años. Ax caminó fuera del charco que quedaba en la escotilla de aire y puso su pie goteante agradecida en una superficie seca. Ella comprobó su PVE. El aire estaba bien. Chasqueando el sello de su casco, balanceó su placa facial para abrirla.

Todo lo que olía era sangre.

La Maestra Satele caminó a su lado con su placa facial abierta, también.

—¿Alguna idea de quién es esta nave?

Ax mantuvo sus pensamientos para ella misma de momento. Ella caminó por el pasillo hasta la primera intersección, mentalmente trazando el plano. Si este era un crucero ligero, decidió ella, la plataforma de comando estaría a la derecha, los contenedores a la izquierda, los cuartos de la tripulación bajo la primera escalera, y la ingeniería delante. Escogió ir a la derecha, y fue recompensada con éxito. La plataforma de comando era pequeña, pero se sentía espaciosa al estar tan vacía. No brillaba ningún panel de instrumentos. No había proyecciones de holoproyector. Las únicas señales de vida eran las luces brillando desde arriba.

—El generador es claramente funcional —dijo la Maestra Satele—, pero los sistemas de control han sido desconectados. Si estás pensando en salir de Sebaddon en esta cosa, puedes olvidarte.

El suelo se agitó bajo ellas, y Ax recordó que, pese a que el fluido que les envolvía no era lava, todavía estaban en la cima de un gigantesco sitio de perforación geotérmica, en un mundo cuya piel era tan estable como la de un globo de agua.

La nave se agitó y chirrió bajo ellas. El eco de sus muchas quejas sonaba como una voz, gradualmente desvaneciéndose en el silencio.

—Las comunicaciones están siendo bloqueadas por el casco —continuó la Maestra Satele—. Eso no habría sido parte del diseño original de la nave.

—Nunca tuvieron intención de ir a ninguna parte —dijo Ax—, ni de hablar con nadie. Apostaría que esta es la nave de Lema Xandret.

La Maestra Satele miró alrededor.

—No hay obras de arte, ningún toque personal, sin señales de un hogar. ¿Cómo podrías decirlo?

—Hay una escotilla de aire de carga en popa —dijo Ax, evitando la pregunta. Se dirigieron de vuelta por el camino por el que habían llegado—. Veamos qué hay por ahí.

En el camino pasaron tanda tras tanda de habitaciones vacías, confirmando el sentimiento de Ax de que la nave había sido abandonada. Xandret y los otros fugitivos habían arrancado todo lo útil o personal y lo habían trasladado a otra parte. Quizás la nave les recordaba demasiado a lo que habían dejado atrás; quizás habían construido cuartos más cómodos en otra parte. Quizás la habían guardado como memento mori, un símbolo de su aislamiento y abandono, y nunca tuvieron intención de usarla de nuevo. Cuando volvieron a la galaxia, utilizaron una nave diferente por completo, una que habían construido ellos mismos.

En ninguna parte de los registros Imperiales, se dio cuenta Ax, estaba el nombre de esta nave grabado. A no ser que encontrara un superviviente, o algún tipo de grabación, nunca lo sabría. Ese agujero en la historia de su madre le molestaba conforme caminaban y trepaban a través de la nave. Ella sabía que no significaba nada, realmente, y que apegarse a ese punto era algún tipo de autodefensa contra los agujeros mucho más grandes que pronto serían llenados. Pero ella no podía evitar preguntarse cómo habría sido vivir con el recuerdo sólido como una roca de tu traición constantemente a mano. Enloquecedor, probablemente.

La escotilla de aire de carga de popa era dos veces más grande que por la que habían entrado en babor. Estaba abierta, un tubo umbilical que llegaba a espacios desconocidos. El tubo se balanceaba y se impulsaba inseguro bajo la influencia del fluido a su alrededor.

Ax presionó hacia delante, diciéndose a sí misma que no había nada que temer. Ella estaba de acuerdo con Stryver. Lema Xandret ya estaba muerta. Lo había estado por un tiempo. No había vida ahí dentro. La colonia había sobrevivido lo suficiente como para construir los hexes, pero entonces había fracasado. O los hexes los habían matado, reconociendo que los humanos habían vivido más de su utilidad, o se habían matado a sí mismos. Toda la evidencia que Ax esperaba encontrar de ellos eran sus cuerpos.

No estaba preparada, por lo tanto, para los cuartos íntimamente decorados que habían dejado atrás: los cuadros, diarios, ropas, móviles, comidas, y mucho más que yacía desperdigado a través de los sinuosos pasillos de la colonia, perfectamente preservados en el frío aire, seco, conforme habían sido dejados de lado sólo hacía una hora. Había habido niños viviendo ahí. Había homenajes a los muertos, y a aquellos que dejaron atrás.

Retratos de los colonos le miraban desde cada ángulo. Ella reconoció la cara de su madre en alguno de los cuadros. Lema Xandret había envejecido allí. Su cara estaba arrugada, y su pelo se había vuelto gris. Su mirada era aguda.

—Tenías razón —dijo la Maestra Satele con algo parecido a la admiración en su voz. Preocupación también, si los oídos de Ax no la engañaban.

Ella se apresuró en un silencio determinado. La colonia vacía era testimonio de muchas cosas: esperanzas y miedos, valentía y cobardía, el día a día y la intensidad. Ax no estaba interesada en nada de eso. Ella no había ido a Sebaddon en busca de un museo. Había ido porque el Consejo Oscuro se lo ordenó, porque el destino lo demandaba, y por Dao Stryver. El sentimentalismo sensiblero era irrelevante para ella.

Todavía, el paso de Ax se incrementaba hasta que estaba casi corriendo de habitación en habitación, buscando algo a lo que no podía ponerle nombre. La Maestra Satele la siguió, moviéndose ligeramente y silenciosamente tras ella. Los pasillos ahondaban más y más profundo, conectándose con espacios más grandes y estructuras más de tipo negocios, incluyendo purificadores de aire y agua y plantas de energía. La presión incrementó regularmente a su alrededor. En varios sitios vieron fugas lentas goteando de rojo en los charcos crecientes.

Ellas llegaron al final a una gran habitación cuadrada que parecía más como un almacén que un laboratorio, aunque claramente una vez había sido lo último. Partes de droide yacían desparramadas en varios estados de reparación junto a herramientas de todas las formas y tamaños e instrumentos arcanos de medida. Los holoproyectores mostraban diseños rotantes, revelando varias variantes de hex que Ax no había visto antes: versiones con diez piernas o más, múltiples cuerpos, extremidades especialistas, y aglomerados en máquinas más grandes capaces de viajar por el espacio o de la destrucción en masa. Algunos de ellos cambiaban conforme caminaba hacia ellos, indicando que los algoritmos evolucionarios responsables de ellos todavía funcionaban. Cables gruesos corrían por todas partes a través de una capa roja de varios centímetros de profundidad. Algunos de ellos llevaban a un tanque de cristal tubular, cinco veces más grande que un tanque de bacta, el cual permanecía en una esquina de la habitación. Estaba lleno de un fluido rojo opaco, aparentemente idéntico a la sustancia de fuera.

La Maestra Satele se aproximó al tanque, pero Ax se quedó atrás. Percibía que eso era lo que la había atraído aquí, pero ahora que estaba en pie enfrente de ello, estaba nerviosa. ¿Realmente quería saber cuál había sido el destino de su madre?

—Está cálido —dijo la Maestra Satele. Se había quitado un guante y presionaba contra el cristal—. A la temperatura corporal, o similar.

—Esa cosa roja —dijo Ax—. Está en todos los hexes. Parece lava, pero no lo es. Es el componente biológico que detectaron los Hutts.

—¿Es sangre?

—No lo sé. —Ella se encogió de hombros—. Espero que no.

La Gran Maestra estaba todavía en pie con su mano tocando el cristal. Observaba a Ax de cerca.

—Esto es lo que palpo cuando contengo a los hexes. Está vivo, pero al mismo tiempo no está vivo. Está incompleto, como un cuerpo sin mente.

—¿Podría ser la IC su mente?

—Podría ser, pero no hemos visto señales de la IC ni de lejos. Si está en esta sección del planeta, está manteniendo un perfil muy bajo.

El fluido del tanque se revolvió, y la Maestra Satele se apartó agudamente.

—Hay algo más ahí dentro —dijo ella—, lo percibo.

Ax se abrazó a sí misma sin darse cuenta. Quería correr pero no podía moverse. Sus pies estaban congelados en el suelo. Sus ojos no podían apartar la mirada.

Dentro del tanque, algo blanco barrió contra el cristal. Se desvaneció casi al instante, de vuelta a la oscuridad roja, pero entonces volvió un momento después, presionando fuerte.

Ax jadeó. Era una mano humana. Otra apareció a su lado, con los dedos extendidos. El fluido rojo se revolvió conforme el cuerpo al que las manos estaban unidas se estabilizó en el fluido.

Algo zumbó en el laboratorio. Una cámara se giró para mirar a la Maestra Satele, entonces rastreó para llegar a Ax.

—Te reconozco.

La voz venía de todo su alrededor. Femenina, sin aliento, sorprendida.

—Te conozco.

Una cara surgió cerca de la pared de cristal del tanque, surgiendo lentamente a la vista.

—Yo soy tú.

Ax sintió que su interior se volvía agua. La cara era la suya propia.



Ula observó la plataforma propulsora alzándose desde el polo sur del planeta con algo que se aproximaba al asombro. El gancho celestial era enorme y estaba bien defendido, y los hexes lo habían construido casi en nada de tiempo. Si Stryver todavía necesitaba convencer a alguien de la realidad de su teoría del crecimiento geométrico, la prueba estaba justo ahí delante de él.

—¿Qué está haciendo un gancho celestial en el polo? —preguntó Jet—. Sería inútil, flotando ahí.

—¿Por qué?

—Por que el mejor lugar para llegar a órbitas superiores está en el ecuador, y eso es lo que quieren hacer. ¿No?

Ula sólo se encogió de hombres. Los ganchos celestiales tenían varios usos, no sólo como punto de parada para la órbita, como solían ser empleados, colgando sin movimiento sobre puntos en la superficie de un planeta. Podían proveer de defensa o actuar como despliegue de riqueza. ¿Quién sabía lo que querían los hexes? Él todavía estaba aprendiendo lo que podían hacer.

—Apuntad a esa cosa —ordenó a la flota combinada, sólo para asegurarse—. ¡Hacedla caer!

El Primordial mandó un bombardeo poco entusiasta en dirección al gancho celestial, pero estaba claro que Kalisch estaba manteniendo un poder de fuego significante en reserva. El Commenor no mandó nada en absoluto.

—¿No me has escuchado, Capitana Pipalidi? Necesitamos detener esa cosa de que alcance la atmósfera superior.

—Y yo necesito asegurar la seguridad de las naves que me quedan —dijo la líder del contingente de la República—. Si el Primordial vuelve sus armas contra nosotros mientras miramos a otra parte, estaremos indefensos.

—Si los hexes escapan, estamos todos perdidos.

—En la cabeza de Kalisch así es.

Él golpeó el panel de instrumentos en frustración.

Jet le miró con reproche.

—Hey, tómatelo con calma.

—¡Es tan… tan sinsentido! ¿Qué sentido tiene luchar los unos contra los otros? Todo lo que tienen que hacer es cooperar un poco más y tendremos una oportunidad.

—Son demasiado parecidos. Ese es el problema. Lo ves en las culturas primitivas cuando los cismas dividen las religiones en sectas similares pero no idénticas. Se odian los unos a los otros más que al enemigo.

—¿De qué estás hablando? El Imperio no es una cultura primitiva.

—No, pero el principio es el mismo. Jerarquías similares, con un linaje dominante de altos sacerdotes; creencias similares pero prácticas diferentes; competiendo por el mismo territorio…

—Para —dijo Ula—. No ayudas.

—Sólo trato de señalar por qué nunca iba a funcionar.

—¿Por eso no deberíamos siquiera haberlo intentado?

—Todo merece ser probado una vez. Y sé que me he equivocado en varias ocasiones. Desafortunadamente, esta no parece ser una de ellas.

—¿Entonces cómo le damos la vuelta? ¿Qué podemos hacer para evitar que los hexes salgan?

—Siempre hay un Plan B.

—¿Cuál es?

—Esperaba que tuvieras uno.

Stryver se dirigía al norte, lejos del polo sur. Ula proyectó la trayectoria del Mandaloriano a través de un mapa de la superficie del planeta y encontró la probable localización de la IC al final de ella. Esa porción del mapa era un desastre de actividad. Ula utilizó el satélite y los datos ajustados para ampliar más de cerca.

Algo se alzaba de un lago de lava, labrando el cráter donde el sitio de aterrizaje había estado.

—¿Otro gancho celestial? —dijo él, señalando a la imagen.

—Está en el punto correcto —dijo Jet—, pero no lo creo. El diseño no es correcto, y no parece tener la capacidad propulsora que necesitaría para despegar de tierra.

Una escotilla circular se irisó al abrirse en la cima de la cosa, como un enorme iris. Otro espacio se abrió arriba con los hexes directamente encima.

Ula esperó, pero nada salió de la escotilla.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo él.

—Ahí está Stryver de nuevo —dijo Jet, señalando a una señal luminosa solitaria rodeando al recién llegado.

—Imagino que está cazando esos focos subespaciales —dijo Ula—. Ese debe ser uno de los grandes.

—Como el del gancho celestial. —Jet señaló al sur del planeta—. El cual se está moviendo, en cualquier caso.

Él tenía razón. El gancho celestial se había elevado desde el polo y estaba acelerando ponderosamente hacia el norte.

Ula pensó rápido. Si el gancho celestial se mantenía acelerando a esa tasa y permanecía en esa dirección…

—Son dos mitades de una cosa —gritó él—. El gancho celestial estaba en el polo porque era donde la fábrica maestra lo construyó. Ahora está yendo a coger a la IC y llevársela del mundo. Apostaría a que los motores se están construyendo en la luna, mientras hablamos. Están preparándose para liberarse. ¡Tenemos que detenerlos!

—Creo que tienes razón —dijo Jet—, y estoy de acuerdo en que esto es serio. Intenta con Kalisch y Pipalidi una vez más. Quizás cambien de opinión.

Ula sabía que no tenía sentido. La flota se estaba rompiendo. Los tiros se disparaban por los cazas pasando peligrosamente cerca de los navíos capitales del bando contrario. Estaba claro que las líneas se habían trazado y las cuentas tomadas. Todo lo que llevaría era un error para que entrara en erupción la guerra abierta.

—Si sólo hubiera una forma de hacerles hacer lo que se necesita —dijo él.

—Sabía que tenías la talla de un emperador.

—¿Cómo puedes bromear en un momento como este?

—¿Quién está bromeando? —Jet giró su asiento y le dijo a Chatarra—. Hora del Plan B.

El droide inclinó su cabeza maltrecha. Una serie de nuevas pantallas parpadearon dentro y fuera del holoproyector principal conforme el droide mandaba una serie de comandos a través de los ordenadores principales del Fuego de Auriga.

—No me digas —dijo Ula—. Craqueaste el código de los hexes pero te has quedado sentado, esperando para que el resto de nosotros lo averigüemos por nosotros mismos.

—Créeme, no habría esperado. Además, no hay nada que pudiera ganar haciéndolo. Una vez que el código sea craqueado, los hexes están muertos, y yo me quedo sin blanca.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Algo noble y probablemente bastante estúpido. A cambio, necesito que hagas algo por mí.

—Sólo pídelo.

—Necesito que pretendas que nunca ocurrió.

Ula le miró.

—Mira a las pantallas —dijo Jet.

La flota combinada se estaba rompiendo, pero no en las líneas de la Facción. El Primordial estaba llevando a un contingente mixto a una órbita más baja, ahí para apuntar a la IC con mayor precisión. El Commenor se dirigía a la luna con una comitiva más pequeña y dos escuadrones de cazas. Todas las luchas internas cesaron abruptamente.

Las comunicaciones no habían caído, pero estaban sospechosamente en silencio. Nadie estaba dando órdenes para coordinar los movimientos de la flota. Sólo estaba pasando.

—Tú estás haciendo esto —dijo Ula, en shock.

—Lo está haciendo Chatarra. Tiene una buena cabeza sobre sus hombros.

—Me has utilizado para infiltrarte en las redes Imperiales y de la República. Craqueaste sus códigos. ¡Ahora te has quedado con ellas!

—El fin justifica los medios, ¿cierto?

—Eso es lo que dijo Stryver. No estoy seguro de estar de acuerdo.

—Estar vivo es siempre mejor que estar muerto. Esa es mi regla de oro.

—¿Pero qué viene después?

—Las flotas cambian sus códigos. Los asuntos vuelven a la normalidad.

—Si les dejas ir.

—¿Por qué no lo haría? No estoy loco por el poder como tú. Debe haber dinero para construir un imperio, pero nunca en la cima. Sólo acabas en el lado equivocado de un golpe de estado, o una invasión, o el rifle de un francotirador. Tu Emperador lo aprenderá finalmente, a las malas.

Ula estaba atrapado. Había traicionado a la República, después de todo, pero había traicionado al Imperio junto a ella. Y ahora estaba del todo sin poder. Todo lo que podía hacer era sentarse y observar; y preguntarse si intervendría si la oportunidad surgía. Jet estaba, después de todo, haciendo el trabajo que él había fracasado en hacer. ¿Quién era él para meterse en su camino?

Quizás Jet, también, estaba desafiando sus instintos básicos y tratando de hacer lo correcto.

Una voz crujió desde el planeta en una frecuencia de la República. Ula la reconoció al instante.

—… más altos ahora así que la interferencia no será tan efectiva. Soy la Teniente Moxla llamando al Director Vii. He subido a un elevador en la parte trasera del gancho celestial y estoy colocando transpondedores en los puntos vulnerables. Golpeadlos como podáis. Por favor responde. Hazme saber que está llegando. Estamos más altos ahora así que la interferencia no será tan efectiva. Soy la Teniente Moxla llamando al Director…

—Es una grabación. —Jet redujo el volumen—. Veo los transpondedores. Si ha hecho bien su trabajo, podemos golpear al gancho celestial con todo lo que tenga el Primordial y sacarla del trabajo antes de que alcance el ecuador.

—¿Qué hay de Larin?

—Quizás ya está fuera.

—No lo sabemos, ¿podemos?

—No. ¿Así que qué quieres hacer?

—¿Realmente me estás dando opción?

—No realmente, sólo viendo si puedes salir con un argumento decente.

Puntos diminutos de luz brillaban en el holoproyector conforme el Primordial lanzaba cada misil que tenía de camino.



Larin corrió ligera sobre la cúpula más superior del gancho celestial, manteniéndose agachada para evitar los ocasionales disparos aleatorios. La estructura estaba hecha por completo de cuerpos de hex enlazados. Algunos de ellos retenían una módica individualidad y alzaban una extremidad para disparar conforme ella pasaba. No podía mirar a todas partes a la vez, pero se las había manejado para evitar alguna herida seria hasta ahí.

Eso cambiaría en el momento en que su mensaje se recibiera, o la flota abriera fuego igualmente. No había forma de bajar del gancho celestial ahora que estaba en vuelo. Si caía, lo mismo haría ella y sus compañeros de escuadrón. No todos ellos habían saltado a bordo con ella, pero aquellos que lo hicieron sabían en qué se estaban metiendo. Había quizás dos docenas de soldados como ella dispersos por el gancho celestial en movimiento, todos operando independientemente.

Las comunicaciones iban y venían; ella había puesto su transceptor para comunicarse a la mínima oportunidad y lo dejó rebobinándose sin que ella lo escuchara. Cada transpondedor que colocaba apuntaba a un conducto de ventilación o a un surtido de sensores, o cualquier otra cosa que pudiera sufrir por un golpe precisamente colocado. No había perdido el tiempo intentando colarse dentro del gancho celestial. Habría habido poco beneficio en matarse de esa forma.

Era irónico, pensó ella. La telemetría le decía que el gancho celestial la estaba llevando más cerca de donde Shigar debía haber aterrizado, pero probablemente no lo haría, y tampoco él lo habría hecho, lo más probable. Su transporte había caído en llamas. Ella debía compartir el mismo destino que él y nunca lo sabría.

Luz azul resplandeció a su derecha. Un soldado había sido sujetado por tres hexes ampliamente espaciados, todos disparando simultáneamente. Él devolvió el fuego, agachándose para presentar un objetivo más pequeño, pero no podía disparar a todos, y él no tenía dónde retirarse. Conforme ella observaba, tomando la medida de su aprieto, un disparo soltó el sello del cuello de su casco, activando un surtidor de precioso aire. Él cayó, luchando por alcanzar la fuga, pero sus juntas del hombro no se flexionaban tanto.

Ella fue en bajo y rápido, disparando al hex más cercano primero, antes de ajustar cuentas con los otros. Ellos deslizaron su mirada hacia ella, pero ella ya tenía práctica luchando con los hexes. Apuntó hacia los receptáculos sensoriales primero porque eran más fáciles de golpear. Sin ojos, ¿cómo le iban a disparar de vuelta?

Otros dos hexes se unieron antes de que alcanzara al soldado caído. Ella le alzó en brazos con una mano bajo su antebrazo izquierdo y se mantuvo en movimiento, disparando conforme iba. Usando la gravedad y su propio impulso, ella le llevó bajo la cúpula como si estuvieran corriendo bajando una colina.

Cuando estuvieron fuera de alcance, ella les hizo derrapar para detenerse. El borde estaba a la vista. Más allá de ese punto, no había nada salvo Sebaddon, abajo a lo lejos.

Él todavía estaba luchando. Ella alcanzó el kit de reparación en su bolsillo del muslo y le urgió a que se calmara. Él obedeció. Conforme aplicó el sellante de actuación rápida a su junta del cuello dañada, se reconocieron el uno al otro.

El soldado mirando arriba hacia ella, era Ses Jopp.

Su voz viajaba clara a través del material de sus trajes.

—Eres la última persona que esperaba ver.

Ella no quería decir que el sentimiento era mutuo.

—No podía simplemente dejarte ahí.

—Y estoy agradecido, créeme. Gracias, Teniente.

Ella no podía decir si era sincero o no, pero era algo.

—Ahí —dijo ella, alisando lo último del sellante—. Vivirás para luchar otro día.

Sus ojos miraron a su derecha, sobre su hombro.

—Probablemente no —dijo él—. Mira.

Ella se giró y miró al cielo. Claramente visibles estaban los rastros blancos de la artillería Imperial llegando de camino. Parecía como si la tripulación del Primordial estuviera dando todo lo que tenían; precisamente como debían hacer, pensó ella.

En lugar de alzar la cabeza de forma extraña hacia los misiles aproximándose, se giró y se sentó junto a Jopp.

—Los mejores asientos de la casa, ¿eh? —dijo ella.

Él rió.

—Sí. La gente mataría por ellos.

Ella pensó en sus antiguos compañeros de los Estrellasnegras, en la bravuconería y el afecto y el sentimiento de pertenecer a ellos que había echado de menos tan profundamente.

—Los soldados como nosotros nunca aprenden. Los fuegos artificiales sólo son hermosos desde la distancia.

Jopp asintió sobriamente.

—Es un cambio placentero tener a una oficial aquí abajo con nosotros.

Él se giró para mirarla.

—Imagino que no eres tan mala después de todo, Moxla Tóxica.

Ella sonrió. Eso era lo más cerca de una disculpa que iba a recibir, pero en el servicio se convertía en un voto de lealtad que duraría hasta su muerte. Era una pena, pensó ella, que no fuera a durar demasiado.



Rastros exhaustos trazaban complejos jeroglíficos por el cielo. No menos de quince misiles convergían en el objeto que se había elevado fuera del lago. El radio de explosión iba a ser tan enorme, que no tenía sentido correr.

Shigar se preparó para la explosión. Había una pequeña oportunidad de que pudiera escudarse de la peor parte, pero lo que pasara después era lo más desconocido. No debía haber ninguna isla después de todo. No podía flotar para siempre en un mar de lava.

Al borde de la muerte, captó una mirada de cómo su vida habría sido, si hubiera vivido. Sabía, intelectualmente y visceralmente, que se había ganado el rango de Caballero Jedi. El Maestro Nobil no podía negarle eso ahora. Había luchado y hecho tratos con sus enemigos. Había luchado contra el lado oscuro. Había conquistado la única debilidad que le quedaba. Y, lo más importante, tenía la voluntad de luchar.

—Eres producto de tu tiempo, —escuchó decir a su antigua Maestra—. Debes enfrentar a los tiempos que llegan con gran cuidado. Los Sith son el enemigo, pero no debemos volvernos como ellos para derrotarles. Debemos permanecer fieles a todo por lo que luchamos.

Él no podía decir si su voz era en el presente, o un eco del futuro que nunca sería. Similarmente, no podía decir si le estaba reprochando o si le estaba ofreciendo coraje.

—No puedo quedarme parado mientras los políticos juegan sus juegos, —dijo en respuesta—. Fue un acto de robo lo que nos llevó aquí; un acto cometido en nombre de la República. Incluso en esta esquina del universo, los corsarios y los tratados falsos han puesto en peligro billones de vidas. Cuando toda la galaxia está en juego, ¿quién puede quedarse tranquilo?

—Tú no, Shigar Konshi. Tú no.

—No lo entiendo. ¿Me estás diciendo que estoy equivocado, o que tengo razón?

—Quizás ambas. La respuesta está más allá de mi visión.

Él volvió de golpe a la realidad.

Un rugido poderoso llenaba el aire. Las líneas en el cielo convergían en un punto. El jeroglífico estaba completo.

Darth Chratis se desvaneció detrás de un brillante escudo de Fuerza.

Shigar se mantuvo desprotegido, junto con los otros soldados mirando arriba hacia sus muertes. No tenía miedo de morir.

Hubo un flash brillante, entonces otro, entonces tantos que se convirtieron en un solo asalto simultáneo.

Shigar escudó sus ojos con su mano.

Que todavía tuviera una mano y ojos le sorprendió.

Él entornó los ojos a través de sus dedos.

La estructura masiva había generado un amplio escudo de electroespejo, y estaba reflejando la fuerza completa de las explosiones de vuelta hacia el espacio.

El alivio le inundó, luego la consternación. Todavía estaba vivo, pero el plan había fracasado. ¿Ahora qué?

Darth Chratis emergió de su escudo conforme las nubes supercalientes radiaban sobre ellos. Él parecía tan sorprendido como se sentía Shigar.

—Inaceptable —dijo él.

Una segunda serie de flashes vino desde el sur, donde algo más estaba siendo bombardeado desde arriba. Se giraron para ver otro trabajo de megaingeniería de los hexes flotando por el cielo, dejando corrientes explosivas a su paso. Un escudo de electroespejo idéntico lo protegía, también.

Un gancho celestial, se dio cuenta Shigar. La otra mitad de la cosa que se alzaba sobre él, sin dañar por todo lo que el Imperio y la República podían lanzarle.

Él casi se rió.

—Todo ha sido para nada —le dijo a Darth Chratis—. Tú, yo, Larin… todo.

—¿Lo encuentras entretenido, chico?

Él no lo hacía, pero el momento tenía un borde histérico similar. Podía agonizar lo que quisiera sobre las elecciones que había hecho y las que haría, sobre el rol de la Orden Jedi en los planes del Emperador, y sobre los pies de barro de la República cuando se trataba de tomar acción decisiva; pero si nada detenía a los hexes, no habría una guerra del todo. El futuro de la galaxia terminaba aquí.

Tú ganas, Lema Xandret, pensó él, donde sea que estés.



Cinzia Xandret miraba fuera de su tanque a la chica que debía haber sido.

—No la mires —susurraba su madre.

—¿Por qué no?

—No es real.

—Parece lo suficientemente real.

—Pero ella no eres tú.

—Ella soy yo como debería haber sido.

—Tú no eres ella. Tú nunca serás ella. Ella es una mentira y ella es malvada. Ella es…

—Cállate, Madre.

El susurro cesó. La atención de Cinzia volvió a las dos personas de fuera del tanque, una mujer madura con el pelo marrón con mechones grises y su más joven compañera, ambas vestidas con trajes de armadura manchados de sangre, ambas extrañas, al menos para el complejo. A una la reconoció. Ella había visto su cara toda su vida. Era la suya propia.

—¿Quién eres? —La mujer más mayor de las dos parecía aturdida y sorprendida—. ¿Eres Cinzia?

—Soy su clon —dijo ella. No había nada por ganar ocultando la verdad, y no había daño sólo por hablar—. Mi madre cogió una muestra de tejido de mí antes de que me llevaran. Ella me volvió a hacer otra vez. La misma hija, pero mejor, más pura.

—Eso explica por qué pareces más joven —dijo la mujer. Ella miró a su compañera, que parecía incapaz de hablar—. Me llamo Satele Shan. ¿A qué te refieres con… más pura?

—El fluido que respiro suprime mi habilidad con la Fuerza. Hay algo en él… un metal, creo, o un extracto de algo que se alimenta de metal. Me mantiene a salvo.

—¿A salvo? —Ahora habló la otra Cinzia—. Muerta, más bien.

El desdén en su propia cara; hermosa, estaba contenta de verla, con la adición de un par de años más; era simplemente horrible de soportar.

—¿Ves? —su madre susurró—. Ella cree que eres un monstruo. Llama a los droides, ahora. ¡Debe ser detenida!

—No —dijo Cinzia—. Déjame hablar con ella antes. Quiero saber lo que le pasó. Quiero saber por qué está aquí.

—Ella ha venido a destruirlo todo. Eso es lo que hacen. Toman y destruyen. No te mostrarán ninguna amabilidad, justo como no le mostraron ninguna a ella.

—Te he dicho que te calles, Madre. Además, ya no confío en los droides. Tú sabes por qué.

Eso hizo efecto. Las espirales arremolinándose del fluido a su alrededor se silenciaron.

—¿Has vivido aquí toda tu vida? —la mujer llamada Satele Shan preguntó.

—Sí. Puedo acceder a todas las cámaras del complejo. Muchas están automatizadas, ya sabes. Los droides son mis ojos y oídos.

—¿Tú los controlas?

—Si quiero hacerlo —dijo ella, aunque estaba menos segura de eso ahora de lo que lo había estado.

—¿Entonces tú eres responsable por lo que está pasando ahí fuera? —preguntó la otra Cinzia.

—Para ser sincera —dijo ella—, no sé lo que está pasando ahí fuera. Parecen bastante ocupados, aún así. Están diseñados para protegerme, y la definición de proteger es un poco vaga. Imagino que en este momento eso significa no contarme las cosas. En lo que sea que estén, estoy segura de que su intención es buena.

—Deberías echar un vistazo, Cinzia —dijo Satele Shan—. Los hexes están matando gente.

—¿Estás segura?

—Positiva.

—Ellos sólo harían eso si fueran atacados. ¿Por qué los atacasteis?

—Son una amenaza para la galaxia entera.

—No te creo —dijo ella. El pensamiento era por completo demasiado absurdo—. Sólo estás tratando de distraerme. Este es un día crucial. ¡Las dos Cinzias finalmente se encuentran! He estado esperando esto, bueno, desde que nací. ¡Al fin estamos juntas! Quiero escucharlo todo de tu vida. Quiero saber si nos gustan las mismas cosas, pensamos lo mismo…

—Yo no soy tú —dijo la versión más vieja de sí misma—. Me llamo Eldon Ax.

—No digas eso.

—Diré lo que quiera. Eres un monstruo, un error. Debería matarte ahora, sólo por existir.

La otra Cinzia produjo una espada roja brillante y la alzó entre ellas.

—¿Ves? —siseó su madre—. Ella te hará un gran daño si le dejas, ¡quizás incluso te mate!

—No seas cruel —dijo Cinzia a ambas a su madre y a su gemela—. No tiene por qué ser así.

—Tiene razón —dijo Satele Shan, poniendo una mano sobre el brazo de la otra Cinzia—. No actúes precipitadamente.

—Sí. —La espada roja bajó—. Necesitamos lo que sabe… sobre los hexes, sobre Lema Xandret.

—¿Cómo murió tu madre? —preguntó Satele Shan.

—Los droides la mataron —dijo Cinzia—, y a los otros también, pero no está realmente muerta.

—No se lo digas —susurró la voz en su oído—. ¡No se lo digas!

—¿Por qué la mataron los hexes?

—No querían firmar un tratado con nadie. Cuando la nave se fue…

—¿La nave que se llamaba como tú?

—Sí… Madre la construyó antes de hacerme a mí, y a ella nunca le salió otro nombre. Los droides no querían que la gente viniera aquí, nunca. No era seguro para mí. —Ella casi se alejó avergonzada por el pensamiento de lo que había pasado después, pero se forzó a sí misma a no hacerlo. La revelación era importante, si ella y ella misma iban a volverse una—. Los droides mataron a mi madre para evitar que mandara más naves. Los otros trataron de detenerlos, así que los droides les mataron también. Fue todo muy estúpido, en realidad. Madre debía haber sabido cómo se sentirían los droides.

Satele Shan asintió lentamente.

—¿Así que ella no estaba en la nave?

—No esos eran Kenev y Marg Sar.

—¿Por qué no fue con ellos, si era su líder?

—Ellos no tenían líderes. No querían vivir como lo habían hecho antes. Querían un cambio.

—Está bien, pero Kenev y Marg Sar nunca volvieron, ¿no? Se mataron a sí mismos cuando la nave fue interceptada por un corsario. Volaron la nave.

Eso era un shock. El fluido se onduló sobre su piel, y ella se abrazó a sí misma fuertemente.

—Habrán querido mantener la carga en secreto —dijo ella, pensándolo.

—¿La fábrica de droides?

—La planta. Así es como las llamamos.

—Algo interfirió con la explosión —dijo Satele Shan—. La planta no fue destruida.

—Debe haber sido uno de los droides. No querrían morir, incluso aunque tuvieran que hacerlo.

—Eso es lo que nos ha traído aquí, Cinzia. Vinimos para encontrar a tu madre, para preguntarle lo que quería decir al mundo exterior. Eso es todo.

Cinzia esperó a que su madre dijera algo. Por una vez, aún así, estaba en silencio.

—No creo que quiera hablar con vosotras —dijo Cinzia.

—Dijiste que estaba muerta.

—Lo está, mayormente. Los droides se llevaron su cuerpo, probablemente para reciclarlo. Pero todavía está aquí, hablándome.

—¡No se lo digas!

—Ella no quiere que hable con vosotras tampoco.

Las dos mujeres del exterior del tanque intercambiaron una mirada de preocupación.

—No estoy loca —dijo Cinzia, sintiéndose insultada.

—No veo cómo podrías no estarlo.

—Sólo es que no lo entendemos —dijo Satele Shan, silenciando a la otra Cinzia.

—No, no lo hacéis. Mi madre me protege. Eso es por lo que los hexes son como son. Ella se puso a sí misma dentro de ellos, también.

—Averiguamos eso. Tanto su carne como su filosofía. Son flexibles y decididos al mismo tiempo, combinando las mejores cualidades de las máquinas y los orgánicos en una criatura. Tu madre debió haber sido bastante brillante para pensar en hacer eso.

—Todavía lo soy —susurró Lema Xandret.

—Dice que todavía lo es.

—¿No ves cómo los hexes podrían ser una amenaza? —dijo Satele Shan, ignorando su comentario—. Ellos no reconocen ningún líder y quieren que les dejen solos. No quieren morir y quieren protegerte. ¿Qué mejor forma de mantenerte a salvo que destruir a todos los demás, incluyendo a tu madre?

—Tiene lógica —admitió ella, recordando cómo le habían desobedecido también. Cinzia les había rogado que dejaran sola a la Lema Xandret original, pero no había habido forma de hacerles retroceder, no una vez que su creadora les traicionó. La madre de Cinzia les había programado demasiado bien.

—Es demente —musitó la otra Cinzia.

—Tenéis que entenderles —insistió ella—. Si lo que decís es cierto, entonces tiene sentido. Seré dura para decirles que dejen de atacar a vuestros amigos.

—¿Crees que puedes hacerlo? —preguntó Satele Shan.

—Puedo intentarlo. Pero tenéis que prometer que os iréis y nunca volveréis.

—No creo que eso sea posible.

—¿Por qué no?

—Tu mundo es demasiado valioso. Demasiada gente sabe que existe ahora.

—¿Y? No tienen por qué venir aquí. Tenéis la galaxia entera. Sólo quiero un mundo. ¿Es demasiado pedir?

—Para algunos lo es.

—Bien, entonces. Estamos en un punto muerto.

—Sí. Eso me temo.

A Cinzia no le gustaba la forma en que la otra yo le miraba. Había tal furia y dolor en esas características familiares. Ella nunca podría imaginarse viéndose así, con ese asombroso pelo.

—¿Por qué los hexes te protegen a ti —preguntó la otra Cinzia—, y no a mí?

—Porque no te conocen. No pareces exactamente como yo, ni vives como yo, aquí dentro. Pareces como una de la gente que te llevó.

—Soy una de la gente que se me llevó.

—Pero tú eres yo, también, aunque trates de negarlo. No tienes por qué ser de la forma que eres ahora.

—¿De qué otra forma puedo ser? No recuerdo nada más.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. ¿Y qué sentido tiene intentarlo? Los droides me matarán de todos modos.

Quizás si les damos a probar tu código genético. Quizás entonces no te matarían.

—Entonces sólo seríamos yo y tú en una galaxia llena de hexes. ¿Es eso lo que quieres?

Ella agitó su cabeza.

—Yo sólo quiero que todo el mundo se vaya. Todos los demás, quiero decir. No tú. Tenemos demasiado de lo que ponernos al día.

—No tengo nada que contarte.

—¡Pero lo tienes! Dónde vives, lo que hacer. No sé nada de ninguna parte. Todo lo que conozco es Sebaddon, donde fui clonada. Puedes contarme sobre donde nací.

—No recuerdo nada de eso —dijo la otra Cinzia—. Todo lo que conozco es el Imperio.

—¿El qué?

Satele Shan la miró con una sorpresa franca.

—¿Nunca has escuchado sobre el Imperio?

—No. ¿Debería?

—¿Qué hay de los Sith? ¿La República? ¿Los Mandalorianos?

Cinzia agitó su cabeza irritada.

—Deja de alardear. Me haces sentir estúpida.

—No estoy alardeando. Sólo estoy asombrada de que hayas estado tan aislada aquí. No me parece justo que tu madre te hiciera eso.

—Está tratando de volverte contra mí —susurró la voz—. Ten cuidado con esa.

—Madre dice que debo tener cuidado contigo. ¿Por qué es eso?

—Quizás tiene miedo de que te aleje de ella. Te prometo que no intentaré hacerlo, Cinzia. —La cara de Satele Shan era tan inexpresiva como la de alguien tratando de esforzarse en no tener una expresión—. ¿Está tu madre contigo ahora? ¿En el tanque?

—Sí.

—¿Es ella otro clon?

—No exactamente.

El fluido se arremolinó a su alrededor, agitado y salvaje. Cinzia fue alejada de un tirón del cristal, hacia el centro del tanque.

—¡He dicho, que no hables con ellas! ¿Por qué nunca me escuchas?

—Yo siempre te escucho, Madre.

—Pero nunca hacer lo que te digo. ¡Te dije que no les dijeras sobre mí!

—Lo habrían adivinado de todos modos. ¿Por qué ponérselo más difícil?

—No lo entenderán, Cinzia. Tienes que decir a los droides que se las lleven. Ellos te obedecerán esta vez. Sabes que lo harán. Cuando hay una amenaza claramente definida, tienen que actuar contra ella.

—Justo como actuaron contra ti.

—¡Sí! ¡Incluso yo! La lógica era impecable. Fui estúpida por tratar de luchar contra ellos.

Cinzia recordó los días que llevaron a ese terrible momento demasiado bien. No los había suprimido por completo.

—Creo que lo veías venir, Madre. Tenías miedo de los droides. Me diste las anulaciones con la esperanza de que ellos me escucharan, pero no los utilicé. —Ella recordó su pasividad con una intensidad dolorosa. A veces se sentía mal por no intervenir—. Los droides son mis protectores. Tú eres mi protectora. Todavía os tengo a ambos. ¿Estuvo mal no hacer nada?

—Todavía estoy aquí, Cinzia. Eso es cierto. Todos te protegeremos, juntos.

—¿Pero, y si tenías razón Madre? ¿Y si los droides se habían vuelto demasiado poderosos? Eso significaría que estás de acuerdo con Satele Shan y que no debería discutir con ella. Debería escucharla también. Quizás debería usar las anulaciones para detener a los droides ahora, antes de que sea demasiado tarde.

—¡No, Cinzia, no debes!

El fluido la envolvió más fuerte que nunca. Incluso aunque ella luchaba, no podía agarrar el cristal.

—¡Madre, déjame ir!

—¡No!

—No puedo quedarme parada y dejar que hieran a gente inocente. Tú no lo habrías querido.

—¡Debo mantenerte a salvo!

—Pero yo tengo que… tú tienes que…

Densas corrientes se cerraron alrededor de su garganta y llenaron su boca, silenciando las palabras. Ella se atragantó y tosió, incapaz de llenar sus pulmones.

—¡Cinzia!

El grito vino de fuera del tanque.

Ayúdame, trató de gritar. ¡Sálvame!

Con un destrozar de cristal y una gran avalancha, el tanque explotó. Cinzia fue arrastrada y lanzada en una ola de líquido retorciéndose. Su madre estaba gritando. Ella estaba gritando, también. Algo duro abofeteaba contra su carne bajando por su espalda y piernas. Por primera vez en su vida, se sintió con todo su peso. No podía moverse. No podía respirar. La presión alrededor de su garganta se aligeró, sólo para ser reemplazada por otra.

—No puede conseguir el suficiente oxígeno —dijo alguien. El sonido estaba mal. Así como la luz—. No está acostumbrada a respirar aire.

—¿Qué hacemos? —Esa era la otra Cinzia—. Tenemos que mantenerla con vida.

Cinzia agitó levemente una mano.

—Muestreo… de genes… —ella señaló a la máquina que alimentaría con el patrón genético de la otra Cinzia hacia la memoria colectiva de los hexes—. Prometed… salvad…

—Hacemos todo lo que podemos por ti —dijo Satele.

Ella agitó su cabeza.

—Salvad… a Madre…

—Ella está en la sangre, ¿cierto? —dijo la otra Cinzia—. Creí que estaba matándote. Creí que te estabas ahogando.

—¡Prometedlo!

—Está bien, está bien. Lo prometo.

Cinzia no podía alzarse, pero todavía podía agarrar.

—Su hija… su hija…

La otra Cinzia se acercó, arrastrada hacia el foco por las últimas de sus fuerzas.

—Dímelo… todo.

* * *

El cuerpo de la chica sin pelo, macilento se quedó tranquilo. La Maestra Satele agitó su cabeza. Aparte del chorrear y gotear del fluido carmesí, el laboratorio estaba en silencio.

Ax cayó sobre sus caderas y puso sus manos sobre su cara. ¿Qué acababa de pasar? ¿Había estado tratando de matar a la chica o de salvarla? No una chica cualquiera, por supuesto: su propio clon. ¿Eso lo convertía en asesinato, suicidio, o fratricidio?

Ella sospechaba que nunca lo sabría.

—Lo siento —dijo la Maestra Satele, tocándole ligeramente en el hombro—. El shock la mató. Con el equipo adecuado, podríamos haber…

Ax se encogió de hombros y se puso en pie demasiado rápido. Su cabeza flotaba. Imaginaba que escuchaba una voz desde las profundidades de su memoria, llorando y demandando su atención. Ella la ignoró.

El muestreo de genes estaba exactamente donde Cinzia había señalado que estaría. Ax cruzó hacia él y metió su mano en su conducto de diagnóstico. La fría máquina le picó, bebió su sangre, zumbó para sí misma, y entonces bipeó inquisitivamente.

Ax sintió un breve momento de pánico. La máquina quería confirmación de algo. ¿Una contraseña? ¿Una frase de comando? ¿Un código?

Ella recordó todo lo que Cinzia había dicho en sus últimos momentos. Ella le había hecho prometer a Ax que salvaría lo que quedaba de Lema Xandret. ¿Había algo más en lo que hubiera enfatizado? ¿Algo en absoluto?

—«Su hija» —dijo Ax.

—La máquina bipeó en confirmación.

—¿Qué significa eso? —preguntó a la habitación en general—. ¿Los hexes creen ahora que yo soy ella? ¿Soy inmune a ellos? ¿Obedecerán mis órdenes ahora?

La Maestra Satele no tenía respuestas, y tampoco nadie más. La forma en la que el fluido del tanque tiraba de sus tobillos no le decía nada que quisiera saber. Había nutrido y suavizado a Cinzia al mismo tiempo; justo como Darth Chratis lo había hecho con la propia Ax. Cinzia se había liberado por la única vía abierta para ella. Ax esperaba tener más opciones.

Sólo había una forma de averiguar cómo reaccionarían los hexes a ella.

—Cojamos uno y veamos lo que ocurre.



Larin estaba más allá de sorprendida. Tras escapar de la lluvia de artillería del Primordial y cabalgar en el gancho celestial de camino al ecuador, estaba sólo con un leve sentimiento de preocupación porque sentía la estructura debajo de ella empezando a caer. ¿Ahora qué?

Jopp se hizo eco de su confusión.

—Creía que esta cosa estaba despegando, y ahora va a aterrizar. Desearía que los hexes se miraran la mente.

El gancho celestial se sacudió por debajo de ellos, y ellos se agarraron el uno al otro por apoyo.

—Esto no parece aterrizar —dijo ella—. Algo más…

No acabó ese pensamiento. Cada hex en la estructura escogió ese momento para dejar ir a su vecino, provocando que toda la estructura se desplomara y se hundiera hacia abajo. Estaba de repente montada en una oleada acelerando de hexes individuales, no una estructura sólida. Era como surfear, pero sin una tabla, y con un mar de lava fundida en lugar de una playa al otro extremo.

—¡Aguanta! —gritó conforme la ola de hexes les llevaba hacia abajo.

Jopp se aferró a su brazo lo que pudo, pero la corriente inevitablemente les separó. Larin se agachó y agarró el borde guía de un único hex con toda la fuerza de su mano izquierda prostética, esperando sobrevivir a la ola sin caerse o ser aplastada. El hex no objetó. Parecía totalmente pasivo. Eso la sorprendió, pero no se quejó. Era sólo otra sorpresa en los talones de muchas más.

El torrente de hexes era suficiente para llenar el cráter que era todo lo que quedaba del antiguo sitio de la IC. Ella se encogió conforme una masa de fluido rojo se alzaba para encontrarse con ella, pero no era del todo lava. El fluido sanguinolento llegó hasta sus rodillas, entonces paró de elevarse. Ella dejó ir al hex y encontró que podía ponerse en pie.

Sintiendo como que caminaba en un sueño, caminó de hex a hex hacia el muro del cráter más cercano. No había señales de Jopp, pero averiguó una figura observando su progreso al borde del lago, moviendo las manos en ánimo. Conforme se acercó, reconoció la imponente forma negra de Darth Chratis. No era él el que movía las manos. Era la figura alta, esbelta que se erguía junto a él.

Su corazón dio un vuelco. Era Shigar.

Ella aumentó el paso. Sueño o no sueño, iba a tomar ventaja de este desarrollo mientras durara.

* * *

Shigar observó la figura de casco verde cruzando la masa humeante de hexes en el lago. No podía estar seguro de que fuera ella, y se dijo a sí mismo de no tener esperanzas. Pero en su interior estaba seguro. Había algo en la forma en la que se movía, la leve firmeza de la mano izquierda de la figura conforme la movía con ánimo en respuesta.

Darth Chratis acechó lejos, todavía tratando de alcanzar el Primordial en su comunicador. Hasta ahí, no había habido respuesta de la flota de arriba, aunque los comunicadores finalmente empezaban a despejarse.

Shigar caminó con cuidado bajando de la orilla conforme la figura vadeante se aproximaba. Él alzó su mano, y finalmente captó una mirada de la cara del interior del casco. Ciertamente era Larin, y estaba radiante. Con un golpe poderoso, tiró de ella hacia la orilla.

Ella se alzó el visor, y él hizo lo mismo.

—Que placer encontrarte aquí —dijo ella.

—¿Estás llorando?

—¿Qué? No. Tengo alergias. ¿Y qué si lo estoy? Ha sido un día muy largo.

Él la abrazó.

—Seguro que lo ha sido.

Ella le devolvió el abrazo, pero no por demasiado.

—¿Qué pasa con los hexes? —preguntó conforme se apartaron.

—No lo sé —dijo él. La cosa en el lago se desintegró conforme el gancho celestial llegó. Ni siquiera sabía que estaba hecho de hexes hasta entonces. Parecían confusos. Ahora no están haciendo nada en absoluto.

Él habló demasiado pronto. El centro del lago hervía y burbujeaba. Los hexes se retorcían conforme la tecnología punta de algo grande y gris emergía de las profundidades. Shigar puso su brazo izquierdo alrededor de Larin, preparado para protegerla tras un escudo si eso resultaba ser un nuevo tipo de ataque, pero ella lo apartó.

—Es una nave —dijo ella, apresurándose de nuevo hacia abajo al borde del lago—. ¡Mira!

Él entornó los ojos. El objeto parecía una nave estelar. Un modelo antiguo, de fabricación Imperial, quizás.

La nave rodó, presentando un amplio lateral hacia el cielo. Una escotilla se abrió y dos figuras saltaron fuera. Un sonido extraño barrió sobre la superficie del lago; un cliqueo de extremidades de metal moviéndose a través del denso fluido. Los hexes estaban excitados, formando una nueva aglomeración.

Todo lo que hicieron fue un puente conectando a la nave con la orilla. El puente estaba dirigido directamente hacia Darth Chratis. Él miró hacia arriba conforme dos figuras empezaban a caminar hacia él.

Shigar y Larin subieron para unirse a él. Un puñado de otras figuras dispersas por el borde del cráter hizo lo mismo. Shigar cogió velocidad cuando reconoció a la Maestra

Satele como una del par que había emergido de la nave. Sintió un resurgimiento de optimismo. Primero Larin, y ahora ella. ¡Quizás el desastre había sido evitado después de todo!

Acompañando a la Maestra Satele estaba la aprendiz de Sith, Eldon Ax. Su casco estaba quitado, exponiendo el pelo rojo salvaje y los ojos de bordes oscuros. Shigar estaba lo suficientemente cerca para escuchar lo que dijo conforme se aproximaba a su Maestra.

—Me libero de tu servicio, Darth Chratis.

—No tiene sentido —dijo él con una mirada de airado asombro—. Tú eres mi aprendiz, y así lo serás hasta que yo juzgue que encajas con lo que se llama una Sith.

—Tú me liberarás —dijo ella, llegando a un alto a dos pasos de él— o sufrirás las consecuencias.

Él rió.

—¿Con qué posibles consecuencias puedes amenazarme? No me digas que esta patética Jedi te ha convertido. —Él alzó su sable láser y adoptó una pose preparada—. Os mataré a ambas antes de que puedas dar un solo paso hacia mí.

La Maestra Satele empuñó su espada en respuesta y Shigar deseó que no hubiera perdido la suya.

Pero Eldon Ax no se movió.

—No he sido convertida —dijo ella—. Simplemente me he dado cuenta de cómo he sido utilizada. Mi rabia estaba constantemente dirigida hacia fuera, hacia mi madre y Dao Stryver, o hacia dentro, hacia mí misma. La persona con la que debía haber estado más enfadada estaba justo a mi lado. Mi profesor. Mi Maestro. Tú.

Darth Chratis sonrió como una calavera.

—La rabia lleva al odio —dijo él—. El odio lleva al poder. ¿Ves lo bien que te he enseñado?

—En efecto me has enseñado bien. Y por eso me libero a mí misma de tu servicio, mi lord, sabiendo que tú nunca lo harías.

Un sonido creciente desde detrás de ella captó la atención de Darth Chratis. Los hexes se estaban alzando en un incremento enorme y fluyendo fuera del lago. Goteando fluido similar a la sangre, ellos llegaban en masa hacia la piña en el borde del cráter. Larin agarró el brazo de Shigar y tiró de él fuera del camino. La Maestra Satele se unió a ellos. Sólo Ax y su Maestro permanecieron ante la horrible marea.

Los rayos resplandecieron. El sable láser de Darth Chratis apuñalaba y cortaba. Pero había demasiados de ellos para que un hombre, incluso para que un Lord Sith, los hiciera retroceder. Ax no hizo nada conforme la oleada los envolvió a ambos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Larin.

Sobre el ruido de los hexes, la Maestra Satele contestó.

—Creo que nuestra joven amiga ha descubierto quién quiere ser realmente.

—¿Y quién es esa? —preguntó Shigar.

Con un gemido de tono agudo, una lanzadera se abalanzaba en bajo por encima de sus cabezas. La Maestra Satele miró arriba conforme el navío se acercaba para aterrizar. Mostraba una insignia de la República, e iba seguida de cerca por una equivalente Imperial. Tocaron suelo a cada lado del tentáculo de hexes que se alargaba fuera del lago.

Un oficial junior de la República trotó fuera del navío que había aterrizado cerca de ellos y saludó a Larin. Manteniendo un ojo cerca del enjambre de hexes que había envuelto a Ax y Darth Chratis, el adariano habló sin aliento:

—Hemos atrapado los límites de una transmisión Imperial llamando para una evacuación de emergencia y la hemos seguido hasta abajo. ¿Están todos bien?

—De momento —dijo la Maestra Satele, guiándole lejos—. ¿Cuál es la situación en la órbita?

—Es difícil de explicar. Nuestras comunicaciones fueron caóticas por un momento, y ahora todos nuestros bancos de datos han sido barridos.

—¿Por quién?

—No lo sé, señora. La Capitana Pipalidi os informará a usted y al Director Vii cuando les vuelva a llevar a la órbita.

—¿Ula lo hizo también? —preguntó Larin.

—Le tenemos a bordo ahora mismo —dijo él—. Lo encontramos a la deriva en una cápsula gritando por ayuda, y le cogimos de camino abajo. No explicará cómo llegó ahí, pero parece estar lo suficientemente bien.

—Eso está bien —dijo Larin—. Me alegro de que esté bien.

Shigar miró a la lanzadera. ¿Era la cara que podía ver la del enviado, echando un vistazo a través del puerto de vistas? No podría decirlo.

—En cuanto a los hexes —se aventuró en joven oficial, mirando hacia atrás sobre su hombro—. Quiero decir, ¿se ha acabado?

—No lo creo —dijo la Maestra Satele—. No del todo.

* * *

Ula observaba desde la seguridad de la lanzadera. No había nada que le detuviera de dejar su asiento. No estaba bajo guardia, o siquiera bajo sospecha. Podía haber caminado hacia fuera en cualquier momento, y lanzarse a sí mismo a los hexes si hubiera querido.

La traición de Jet hacia él todavía picaba, aún así, por lo tanto se quedó justo donde estaba.

Empezó a ir mal antes de que el gancho celestial colapsara. Tras la reflexión de los misiles del Primordial, Jet consideró lanzar el Primordial mismo sobre el objetivo, en un intento desesperado de frustrar los planes de los hexes. Ula había discutido en contra de ello, incapaz de cargar con tal pérdida de vidas humanas.

—Mil o así para salvar trillones —había dicho Jet—. ¿No es un intercambio justo?

—¡Ni siquiera sabemos si podría funcionar! Y si no lo hace, estaremos incluso peor de lo que estamos ahora.

—Si estás preocupado por destruir una nave Imperial…

—¿De verdad crees que dejaría que eso se interpusiera en el camino de hacer lo correcto?

Sólo cuando dijo las palabras se dio cuenta de que quería decir eso.

El asunto se volvió irrelevante por completo cuando el gancho celestial cayó.

—Parece como que alguien ha encontrado una forma de hacer lo que nosotros no podemos —dijo Jet—. En cuyo caso ya no somos necesarios. Fuera del asiento, Director Vii. Es hora de que vayamos por caminos separados.

El anuncio había cogido a Ula completamente por sorpresa.

—¿De qué estás hablando? Me quedo contigo.

—No, no lo harás. —Jet había sacado un bláster y lo había cubierto mientras Chatarra le arrastraba fuera de la cabina de mandos. La fuerza del droide era demasiado grande para resistirla—. Tenemos asuntos en otra parte.

—¡Espera! —Ula se aferró al borde de la escotilla de aire—. ¡Llévame contigo, por favor!

Jet había agitado su cabeza, pero no sin compasión.

—Tienes que encontrar tu propio lugar, colega, y no creo que vaya a ser conmigo. Dile hola a esa encantadora mujer; y deja de fingir, si alguna vez tienes esperanzas de tener una oportunidad con ella.

La escotilla de aire había siseado al cerrarse, se encendieron rayos explosivos, y Ula fue expulsado al vacío. Si no le hubiera encontrado la lanzadera que pasaba, habría caído al planeta de debajo; o incluso al agujero negro; pero Ula no suponía que Jet hubiera dejado algo así a las probabilidades.

Ahora estaba a una distancia de un saludo de Larin, y no sabía qué hacer.

La masa de hexes que había abrumado a Darth Chratis se retiró al lago, dejando sólo a la joven Sith detrás. Ella se giró para encarar el lago, alzó sus brazos sobre su cabeza, y les habló. Los hexes respondieron, formando nuevas aglomeraciones, cambiando su mente colectiva hacia nuevas tareas. Algunos descendieron de vuelta al lago; otros se enjambraron hacia varios lugares diferentes en la pared del cráter y combinaron sus pulsos en láseres poderosos cortantes. Las vibraciones le alcanzaron incluso a través de las paredes y el suelo de la lanzadera. Vio a Larin y a los otros elevarse sobre sus pies, como si el suelo estuviera golpeando bajo ellos, también.

La Maestra Satele se aproximó a la joven Sith. Intercambiaron unas pocas palabras, entonces partieron. La Gran Maestra volvió con Larin y Shigar y el oficial que había corrido para encontrarse con ellos. Juntos, se apresuraron hacia la lanzadera.

—Llama al resto —estaba diciendo ella conforme montó la rampa y entraba en la carga de pasajeros principal—. Si no pueden llegar aquí a tiempo, manda otra lanzadera.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ula—. ¿Qué está pasando ahí fuera?

La Maestra Satele ya se había ido hacia la cabina de mandos.

—No lo sé —dijo Larin, sonriéndole. Los motores gimieron—. Pero parece que nos vamos.

Shigar le saludó con un asentimiento, el cual devolvió Ula profundamente. El Padawan parecía no menos maltrecho que Larin y la Maestra Satele. El terreno de guerra había sido justo tan extenuante como la lucha en el aire.

Los elevadores propulsores de la lanzadera presionaron a Ula contra su asiento. Él dio una última mirada a través de la ventana y vio las paredes del cráter colapsando alrededor del lago sanguinolento. Lava feroz del mar fundido del exterior se estrellaba, ardiendo y destruyendo conforme caía. Las nubes de humo se engrosaban y arremolinaban, ocultando a la joven Sith de la vista.

* * *

—Vas a destruirlos —dijo la Maestra Satele.

Ax no respondió. No era una pregunta, pero demandaba una respuesta, y ella era cuidadosa para mantenerla para sí misma. Los hexes estaban fluyendo hacia abajo para destruir el hábitat inundado en pedazos. Cuando acabaran, romperían hacia los pozos geotérmicos y se mantendrían perforando hasta que el magma crudo fluyera desde debajo. Lo que la lava real no hiciera arder, el calor del núcleo lo fundiría y lo convertiría en escoria.

—¿Qué hay de Lema Xandret? —presionó la Maestra Satele—. No hay mucho de ese fluido amniótico, pero puede ser salvada.

—¿Crees que debería serlo? —preguntó Ax, pensando en la vida de su clon en el tanque, cortada de la Fuerza, tan aislada del universo a su alrededor que ni siquiera sabía qué era el Imperio. Cinzia podría haber detenido a los hexes en cualquier momento, pero no lo hizo. La hija renacida de Lema Xandret, y ella misma, mutadas en un horrible eco de maternidad, eran más responsables por el daño que los propios hexes.

Todo era sobre el control, se dio cuenta ahora. Xandret había tratado de controlar a la Cinzia clonada, y perdió el control de los hexes. Darth Chratis había tratado de controlar a Ax, pero ella se había vuelto contra él. La rabia no era suficiente por sí sola.

Ella todavía podía escuchar a su madre gritar.

—No es mi deber decidir si la deberías salvar o no —dijo la Maestra Satele—, pero se lo prometiste a Cinzia.

Ax había prometido muchas cosas, a sí misma, a Darth Chratis, al Consejo Oscuro, y finalmente al Emperador.

Pero eso había sido antes. Antes de que entendiera que tenía elección.

No puedes esperar misericordia de mí, Maestro, el día que nuestras posiciones se inviertan.

—Mentí —dijo ella.

La Gran Maestra asintió. Ax no sabía si lo había entendido o no. Que dejara de hablar era suficiente.

Ax se irguió y observó a los hexes trabajar mientras los otros huían. El olor a la sangre ardiendo era dulce en sus fosas nasales. Las cenizas que suavemente llovían sobre

ella se sentían suaves y cálidas, como plumas. Lentamente, la voz se desvaneció de su mente. Ella respiró profundamente, sintiéndose en paz. Sólo el constante balido del piloto de la lanzadera perturbaba su tranquilidad.

Ella se quedó tanto como pudo. Cuando el suelo amenazó con disolverse bajo ella y el cielo se encendió con estrellas fugaces; hexes orbitales, cayendo a su condena; ella se giró para abandonar el hogar que su madre había construido, para siempre.



PREPARATIVOS PARA LA GUERRA



Larin nunca había conocido al Comandante Supremo Stantorrs antes, y apenas sentía que lo había conocido ahora, incluso después de media hora de informes en su oficina. Había tantos auxiliares apresurándose, llevando mensajes y crisis repentinas que necesitaban una decisión instantánea que raramente tenía su atención por más de unos pocos segundos en un rato. Incluso cuando lo hacía, le encontraba muy difícil de leer. En lugar de observar su severa cara de duro, se concentró en sus largos dedos. Toqueteaban, se rizaban, se plegaban, y descansaban de formas que, esperaba, le daba una vista de lo que estaba pensando.

—¿Dices que fuisteis seguidos allí?

—Sí, señor —dijo ella—. Los Hutts emplazaron una baliza localizadora en el Fuego de Auriga.

—Sabías de eso antes de dejar Hutta. Creo recordar haber leído de eso en alguna parte.

—Es correcto, señor. —Todo eso había estado en su informe, y no había duda en los otros numerosos informes sobre el incidente, que no dejó que ninguna señal de impaciencia se colara por su guardia. Si quería escucharlo de ella cara a cara, así sería. Él era el Comandante Supremo, después de todo—. Creímos que la baliza estaba con Jet Nebula, pero luego apareció en la cápsula que utilizó para expulsar al Enviado Vii.

—Este «Jet Nebula». ¿Es una persona real?

—Sí, señor. Sus padres tuvieron un extraño sentido del humor, dice él.

—¿Qué, sí? —un auxiliar le había presentado un panel de datos enfrente de él. Su índice izquierdo apuñaló a algo en la pantalla—. Este, por supuesto. ¿Estaba Tassaa Bareesh en persona presente en su expedición a Sebaddon?

—No, señor. Puso a alguien más al cargo, un sustituto llamado Sagrillo.

—Él es quien clamó ser el dueño del planeta y declaró intrusos a las fuerzas unidas restantes.

—Sí, señor. En el momento, él estaba mejor armado que nosotros. Su señora no iba a correr riesgos.

Las puntas de los dedos del Comandante Supremos se juntaron para formar un triángulo enfrente de él.

—Puedo imaginar su sorpresa cuando vuestros refuerzos aparecieron.

No sólo nuestros refuerzos, quería decir, si no los de los Imperiales también. Había sido sólo una cuestión de tiempo antes de que todos los demás llegaran. El extraño sentido del humor del universo se aseguró de que todos llegaran más o menos de forma simultánea.

Ella recordó esas horas estresantes muy bien, incluso aunque no hubiera estado en el puente con los oficiales sénior y los negociadores. Había estado abajo en la carga de la

tripulación, intercambiando historias con Hetchkee y Jopp y los otros que habían sobrevivido al asalto por tierra. Se detuvieron para observar a través de los puertos de vistas conforme las naves destellaron dentro y fuera del hiperespacio alrededor del agujero negro. Había habido varias colisiones, dejando restos girando desamparados en la imposibilidad de caminar por el pozo de gravedad, y varias naves exteriores habían caído a malas hacia los surtidores mismos. Habían esperado con las mentes y cuerpos envenenados por el cansancio de la llamada a las armas, que con seguridad tenía que llegar. Las naves de la República que quedaron de la misión original serían arrastradas finalmente, y cada soldado disponible sería desesperadamente necesario.

Entonces de repente todo estuvo detrás de ella. El Commenor había saltado al hiperespacio, dejando que las naves recientes y sus comandantes sortearan el desastre. Y eso fue lo último que ella había visto de Sebaddon y sus hexes. Cada pedazo de datos de la campaña había sido borrado; por algún tipo de exótico pulso electromagnético, le habían dicho. Todo lo que quedaba era recolecciones confusas e informes como el que ella rellenó al volver.

Muy pocos de ellos mencionaban a Dao Stryver. Durante la confusión el Mandaloriano había desaparecido como si lo hubiera hecho en las profundidades del propio agujero negro, para no volver a ser visto desde entonces.

—¿Crees que la Capitana Pipalidi actuó responsablemente en la subsiguiente confrontación? —le preguntó Stantorrs.

Larin escogió sus palabras con cuidado. El asunto de su realistamiento y ascenso todavía estaba muy indeciso, y ella no quería poner en peligro ninguna oportunidad que pudiera quedar.

—Creo que hizo lo que pudo en una situación difícil, señor. Nadie podría culparla por eso.

—El servicio no requiere lo mejor que uno pueda, si no lo mejor posible. ¿Es eso lo que la Capitana Pipalidi ofreció?

Era la misma pregunta con palabras diferentes, y Stantorrs no le parecía a Larin como alguien que se repitiera a sí mismo muy a menudo.

—Eso creo, señor. Cada instalación del planeta estaba en llamas. Todas nuestras tropas habían sido evacuadas. La misión ya le había costado a la República más recursos de los que se podía permitir, y quedarse allí habría derrochado incluso más. La retirada fue por lo tanto la acción más sensata a tomar.

Las manos del Comandante Supremo fueron a descansar bocabajo en el escritorio enfrente de él.

—Es bueno escucharlo, Moxla, porque estoy pensando en ascender a Pipalidi a coronel sobre una oposición bastante firme; el tipo de gente que cree que le debemos todo a los Jedi, si puedes imaginarlo; y está bien ser respaldado por la opinión de alguien en quien pueda confiar. No me equivoco al pensar que puedo confiar en ti, ¿no es así, Moxla?

Él indudablemente conocía su historia con los Estrellasnegras, así que no tenía sentido prevaricar ahora.

—Señor, siempre puede confiar en mí para que hable si creo que un oficial superior no está dando la talla.

—Eso es lo que pensé. Y eso es exactamente lo que necesito. Hay… ¿qué? ¿No puede esperar?

Otro auxiliar, esta vez susurrando en el oído del Comandante Supremo.

—Está bien. —Sus manos descansaron impotentemente en su regazo—. Bien, lo haré breve, Moxla. Los OSS con los que luchaste en Sebaddon; era un grupo desastroso, pero mostraron un montón de agallas. Vamos a necesitar formar un nuevo escuadrón de Fuerzas Especiales con ellos, y queremos que seas parte de él. No podemos borrar tu registro, pero podemos añadir una recomendación o dos, post factum, para acicalarlo un poco, y cambiar alguna de las palabras. Mantendrás el rango que se te dio, con un ascenso nominal por supuesto, y tendrás la primera elección de las tropas. ¿Qué dices a eso?

La sorpresa sacó lo mejor de su lengua.

—Uh, sí, señor.

—No pareces particularmente entusiasmada, Teniente Moxla.

No le llevó mucho romper consigo misma. Cualquier cosa era mejor que estar sentada alrededor de Coruscant sobre su tripa, esperando a que cayera el hacha. O la debida guerra con el Imperio surgiría algún día, o la habilidad de la República para mantener la paz en sus propios mundos fracasaría. De esta forma, estaría justo en lo grueso, donde podía hacer algún bien. Ella estaría trabajando; y si tenía suerte, sería capaz de llevar a alguna gente, en la que confiaba absolutamente, con ella. Ses Jopp, por ejemplo. Ella chasqueó por atención y saludó con un entusiasmo apropiado.

—No podía haber escogido a nadie mejor —dijo ella—. Deme un mes, y su escuadrón estará tan pulido como su escritorio.

—No me hagas empezar con eso, Moxla —dijo él con un repentino golpeteo de sus puños en la superficie de madera greel—. Nada está tan limpio como parece. —Otro auxiliar se aproximó y el Supremo Comandante la despachó con la mano—. Ve a ello, Moxla. Tienes mi absoluta confianza.

Larin saludó de nuevo y se marchó hacia la puerta. Los auxiliares partieron ante ella, observando con ojos que no daban nada.

—¿Cómo fue? —preguntó Ula, encontrándose con ella en la antecámara del exterior e igualándola paso por paso por el pasillo.

—Muy bien, considerándolo —dijo ella—. ¿Tuviste algo que ver con eso?

—Improbable —dijo él—. He hecho turno de portafolio en la recolección de datos.

Así que no estaba siendo modesto esta vez.

—Lo siento, Ula.

—No, está bien. Encontraba mi antiguo trabajo un poco demasiado… estimulante.

Él sonrió, y ella se encontró sonriendo con él. Ula, todavía actuando como enviado entonces, había cuidado de ella al volver a Coruscant, engrasando el camino hacia la atención del Comandante Supremo asegurándose de que los oficiales sénior no la despachaban, o se quedaban con el mérito de sus acciones. La Capitana Pipalidi debía haber jugado un rol en eso, también. Que la capitana fuera ascendida sugería que tenía el oído de Stantorrs en muchas cosas que tenían que ver con Sebaddon, y Larin había ayudado con seguridad a que todo el asunto no se convirtiera en un completo hurgar.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Ula.

Ella no contestó de inmediato, recordando cómo Ula había limpiado su mano herida en el Fuego de Auriga, y lo contento que había estado de verla cuando la lanzadera les había recogido del mundo en llamas. Ella flexionó sus nuevos dedos; un prostético apropiado al fin, quirúrgicamente agarrado a ella, indistinguible de una mano real; y se preguntó quién cuidaría de él en su nuevo rol.

—Tengo que ver a alguien ahora mismo —dijo ella—, y luego parece que estaré en movimiento por un tiempo. Pero me gustaría ponerme al día contigo cuando vuelva.

Su sonrisa se volvió más amplia.

—Puedo esperar.

—Eso suponiendo que todavía estés por aquí, por supuesto.

—La probabilidad de que me vaya a alguna parte es muy pequeña, ahora.

—Genial. Podemos beber Núcleos de Reactor y hablar de los viejos tiempos.

—Estoy seguro que tendremos muchas más cosas de lo que hablar por entonces.

—¿De qué, de las estadísticas de natalidad y mortalidad del Sector Cuatro?

—Para empezar.

A la salida del edificio, se detuvieron y se miraron el uno al otro. ¿Era su imaginación, o él parecía más joven, más ligero, de lo que lo hacía antes? Era probablemente la sonrisa, decidió ella. Ella quería que se quedara así cuando estaba a su alrededor.

Ella extendió el brazo y cogió su mano izquierda con la suya. Sus dedos artificiales apretaron ligeramente. Cuando ella se alejó caminando, sabía que él la estaba mirando, de camino abajo por las escaleras hacia la plaza de abajo.

* * *

Shigar la estaba esperando en el Cenotafio de los Inocentes, caminando hacia atrás y adelante enfrente del primer grupo de árboles asaari. El aspecto perturbado de su frente encajaba perfectamente con los cielos gris oscuro de arriba. Estaba de vuelta en los marrones Jedi, con un nuevo sable láser balanceándose en sus caderas, pero parecía una persona completamente diferente de la que ella había encontrado en los distritos antiguos no hace demasiado tiempo. Él se movió con rigidez, todavía cuidando de una herida en su lateral. Su pelo, más corto cortado por Darth Chratis en Sebaddon, colgaba lacio sobre su cara. Observándole, Larin casi se arrepintió de ir.

Él alzó la mirada conforme ella se aproximó. Las marcas azules del clan en sus mejillas parecían desvanecidas y gastadas.

—Todavía estás en tu uniforme. Esa es una buena señal.

—¿Crees que me arrancarían la ropa y me lanzarían desnuda a la calle? —Ella se detuvo enfrente de él.

—Y ahora estás sonriendo. Las cosas deben haber ido bien.

—Lo hicieron.

—Me alegro, Larin.

—Bueno, igualmente. Hola, de todos modos.

—Hola. Vayamos por ahí.

Él la llevó a un grupo de árboles plantados como un homenaje a la gente que había muerto durante el saqueo del Imperio al Templo Jedi. Un sapling por cada víctima había crecido en un pequeño bosque, con grutas y bancos para que la gente pasara un momento en contemplación. Se sentaron lado a lado, cerca pero sin tocarse, y pareció por un largo momento que Shigar no iba a decir nada en absoluto. Las ramas susurraban sin descanso sobre ellos, moviéndose hacia atrás y delante de formas que no tenían nada que ver con el viento.

—Quiero preguntarte algo —dijo él finalmente.

—Y yo quiero decirte algo, así que estamos en lo mismo. ¿Quieres ir primero?

—No particularmente, pero lo haré si quieres que lo haga.

—Dispara.

—¿Hice bien, al llevarte conmigo?

Eso la sorprendió. Había temido que fuera sobre la revelación de que había cambiado de opinión y que quería reconsiderar la posibilidad de un romance entre ellos. Si él hubiera dicho eso, se habría visto forzada a encontrar palabras que explicaran la forma en que se había sentido en ese frente, y dudaba que existieran tales palabras. Sabía exactamente de dónde habían venido esos sentimientos, pero no había averiguado del todo lo que eran ahora. Y entonces estaba Ula, a quien definitivamente tenía intención de buscar cuando volviera.

—Supongo —dijo ella—, depende de lo que quieras decir con «hacer bien».

Él hizo una mueca.

—Eso no ayuda realmente.

—Bien, déjame decirte lo que iba a decir, y quizás eso ayude. Es esto: Gracias.

—¿Por qué?

—Sólo gracias.

—¿Por qué?

Ella puso los ojos en blanco.

—Vas a hacer que te explique, ¿verdad?

—Si no es demasiado problema. —Él hizo un gesto con sus labios que debía haber sido una sonrisa.

—Es bastante simple, en realidad. Viniste por mí cuando las cosas eran lo más oscuras que podían ser. No tenía seguridad, ni familia, ni propósito… ni vida, en realidad. Me ofreciste todas esas cosas. Hablando relativamente, por supuesto. Nunca me he enfrentado a nada como los hexes antes, y siempre me he enorgullecido de mantener la mayoría de mis extremidades intactas. Pero la esencia estaba ahí. Teníamos la misión; teníamos roles que jugar. Y te tenía a ti.

Ella alzó una mano para detenerle de que hablara sobre ella.

—Sé que no te tenía, en ningún sentido posesivo, pero representabas más para mí que sólo un tío con el que me topé. Eres kiffar como yo, y no hay muchos de nosotros por ahí ahora, así que eso te hace familia. Y cubriste mis espaldas cuando las cosas se pusieron duras, así que eso te hace; te hace como de mi escuadrón, supongo. Eras todo lo que echaba de menos, sin siquiera ser capaz de decirlo.

—Estoy halagado —dijo él.

—No lo estés —dijo ella—. No fue nada que tuviera que ver contigo. Cualquier otro kiffar atractivo, bien armado habría hecho el papel. —Ella sonrió para quitar peso a sus palabras, y él sonrió en respuesta.

—Me alegro —dijo él—. Eso me hace sentir como que hice lo correcto.

—Bueno, piensa eso ahora, pero el día que esté en la mira del Imperio y sin munición, que sepas que serás el primero al que culpe. Al menos tendré un escuadrón apropiado conmigo entonces, así que eso es una cosa hecha.

Ella estaba sorprendida por la avalancha repentina de emoción. Realmente estaba agradecida, pero no sabía cómo expresarlo, excepto con una broma.

—¿De verdad pensabas que desearía no haber ido? ¿No recuerdas cómo solía oler?

—Todavía me da pesadillas.

—Además, reconozco que tú tienes mucho más de lo que preocuparte ahora.

Él se puso serio.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, el hecho de que estés preguntándote sobre lo que hiciste me dice que has entrado en un mundo nuevo por completo de inseguridad. Hacer lo correcto no siempre es tan fácil en el mundo real, ¿no?

Él estudió la hierba en sus pies.

—No.

—Así que aprendiste esa lección, lo que quiere decir que probablemente te convertirás en un apropiado Caballero Jedi ahora, pero en el proceso has llegado a la chocante realidad de que nunca nada será blanco y negro de nuevo. Todo es gris.

—No del todo —dijo él. Todavía hay algo de negro.

—Pero el blanco es difícil de encontrar, ¿verdad? —Ella puso su mano prostética sobre su hombro—. Eres un guerrero ahora. Finalmente sólo verás en dos colores: negro y rojo. Mejor acostumbrarse a eso, si vas a quedarte en la línea del frente.

—¿Tengo elección?

—Seguro que la tienes. Con la vida que has tenido, siempre has tenido elección.

—¿Todavía crees que lo he tenido fácil?

—No, amigo mío. No. —El destello de rabia en sus ojos verdes profundos había llegado demasiado rápido. Ella se preocupó por eso. Pero ella sabía que había dicho suficiente. No era su trabajo poner su cabeza en forma a golpes—. Todos saben que el Clan Konshi tuvo un trato injusto cuando lo mirabas de cerca.

Eso puso la rabia de vuelta a su sitio, donde podía cocerse hasta que encontrara otra salida. Ella compadecía a la siguiente persona que se encontrara con él en el extremo equivocado de su sable láser.

—Debería irme —dijo él. El Consejo seguro que debe haber acabado de deliberar ahora mismo.

—Esta es la vida en los tiempos de guerra —dijo ella—. Un buen montón de esperar entre nuestros episodios de ser disparados.

—No te olvides de esquivar, Larin.

Ellos se irguieron y se miraron a la cara el uno al otro.

—No te olvides de mantenerte buscando el blanco —dijo ella, poniendo sus brazos alrededor de él y dándole un apretón rápido—. Está en alguna parte ahí fuera. Sólo debes encontrarlo.

Él asintió.

Dejaron el Cenotafio de los Inocentes por caminos separados. Ella no miró atrás.



—Hola, Madre. Siento haber estado incomunicado por tanto tiempo. El trabajo me ha tenido muy ocupado, pero te hablaré sobre eso en otro momento. Llámame a Coruscant en cuanto tengas ocasión.

Ula cerró la línea y se puso cómodo a esperar. No pensaba que tardara mucho. Después de la pérdida de Darth Chratis, el fracaso del Cinzia no significaría nada, y el borrado de los bancos de datos de la flota, estaba seguro que alguien querría escuchar su lado de la historia.

Lo que sería de él le había dado un buen trato de pensamiento.

Su comunicador pitó, advirtiéndole de que la llamada era inminente. Eso fue impresionantemente rápido; tan rápido, de hecho, que le hizo preguntarse. Normalmente alguien en Panatha notaría el mensaje, entonces pasaría la petición codificada a través de las líneas de comandos al Observador Tres, que entonces expediría las órdenes que se filtrarían de nuevo abajo por las líneas de comando, resultando en un simple pitido. Normalmente, este proceso tardaría horas. Ocasionalmente decenas de minutos. Nunca segundos.

Ula miró alrededor en su apartamento. Parecía más pequeño de lo que recordaba, y ahora tenía una sombra hostil también. Conduciría un barrido después de esa tarde esperando encontrar el bicho que ahora estaba seguro que estaba ahí. Si destruiría al bicho o no, quedaba como una cuestión abierta.

El holoproyector parpadeó. Se alzó enfrente de él y dejó su cara inexpresiva. Una de las primeras cosas que había aprendido sobre el espionaje era que una aparente carencia de emoción mejoraba tanto la credibilidad de los informes de uno como la ilusión de autoridad. Eso, sospechaba él, es por lo que nunca había visto la cara del Observador Tres en más que un contorno sombrío.

Ese contorno apareció ante él ahora, parpadeando y tensándose, como si viniera del otro lado del universo. En cuanto a lo que Ula sabía, aún así, el Observador Tres estaba en Coruscant también, quizás al otro lado de la carretera. Cualquier cosa era posible. Conocía al menos a otros dos operativos de inteligencia que vivían en su bloque, buscando un equilibrio similar entre el acceso rápido al Senado y a una ruta de escape rápida.

—Informa —dijo el Observador Tres.

Ula necesitaba ir atrás hasta su llegada a Hutta para contarle la historia apropiadamente. No mintió ni una vez, pero le contó menos de la verdad al completo. Como en todo trabajo de inteligencia, mucho se decía por implicación. Dejó que el Observador Tres dedujera que su rápida mejora desde enviado a comandante de la flota

unida tenía poco que ver con sus propias habilidades más que por la necesidad de una marioneta en ambas posiciones. Él también dejó que el Observador Tres decidiera que Darth Chratis era la persona tras el segundo puesto. ¿Quién mejor, después de todo, para culpar que a alguien que no podía defenderse a sí mismo?

—El último informe que recibió Stantorrs que vi antes de ser transferido —Ula concluyó—, sugería que la órbita de Sebaddon había sido perturbada, llevándole a su inminente destrucción por el agujero negro. Algunas pequeñas cantidades de metales raros han sido recogidas por la República, pero los ataques Imperiales lo han mantenido a un mínimo. No se han recogido restos de ninguno de los sitios establecidos por Lema Xandret y sus compañeros fugitivos.

Observador Tres no divulgó si estaba de acuerdo o no con los informes hechos por el Coronel Kalisch. Tampoco mencionó la misteriosa toma de las naves de Kalisch o el asunto del borrado de los bancos de datos. Un virus de ordenador propagado por las naves infectadas era suficiente para explicar lo último, y la aversión natural del coronel para admitir que sus naves habían estado fuera de su control arreglaba lo primero. Mejor tener una misión ligeramente pifiada en el registro de uno que un completo fracaso de comando.

Eso no sorprendió a Ula del todo. Jet Nebula había anticipado exactamente este resultado. Había hecho que la flota hiciera lo que tenía que hacer, sabiendo del todo bien que su rol en los eventos nunca sería registrado. El único punto débil en su plan salvaje había sido el propio Ula. Cualquiera menos confiado, menos seguro de sí mismo, habría matado a Ula sin pensarlo dos veces, por miedo a que saliera su secreto. Pero Jet le había dejado con vida. Y ahora Ula devolvería el favor de la única manera que podía, asegurándose de que ambos bandos creyeran la versión falsa de cómo habían ocurrido las cosas en Sebaddon.

No era un lavado de cara completo, por supuesto. Los soldados contarían historias salvajes sobre Sebaddon por años, como siempre hacían los soldados, cuando las historias salvajes se requerían. Nadie les creería, aún así. Y ahí descansaría finalmente el asunto.

—¿Qué hay del Mandaloriano? —preguntó el Observador Tres.

—Se ha ido. Se fue mucho antes de que llegaran los refuerzos. Una vez que los hexes estaban huyendo, supuestamente no tenía interés en el resultado de la batalla.

—¿Por qué invertir tanto en rastrear el Cinzia hasta su fuente y luego no jugar ningún rol en lo que ocurre? Eso no tiene sentido.

—Solo era un Mandaloriano el que estaba personalmente involucrado, recuerde. Un explorador operando en poco más que en su propia iniciativa. Xandret debía haber esperado algún tipo de alianza con Mandalore, pero está claro que no estaba más que perezosamente interesado. Si hubiera creído que los hexes son realmente destacables, habría mandado más que a Stryver para tratar con ellos.

—¿Y no eran destacables?

—Dejo eso a gente más cualificada que yo para que lo decida —dijo Ula, seguro de saber que Observador Tres tenía una inteligencia marcadamente vaga en ese aspecto. De nuevo, el Coronel Kalisch no querría ser recordado por ser mandado por una pandilla de droides. Mejor en su lugar pintar las pérdidas tempranas como resultado de una emboscada de la República, y minimizar toda la involucración de los hexes, como lo había hecho la Capitana Pipalidi. Ninguno de los registros supervivientes contradecirían ninguna historia, gracias a Jet.

En ocasiones la brillantez del contrabandista sobrepasaba a Ula, junto con su completa bilis. ¿Dónde estaba ahora? Ula habría dado su mano izquierda por saberlo.

—La ministra está descontenta por tu degradación —dijo Observador Tres—. Debes hacer cada esfuerzo que puedas para recuperar tu antiguo puesto.

Ahora, eso era interesante. No sólo era una demanda completamente irrazonable, que Ula debía haber traicionado a la República mientras al mismo tiempo mantuviera su posición bajo el Comandante Supremo, si no, la urgencia con la que esperaban que él volviera a los buenos libros de Stantorrs sugería que no había otros operativos en ese departamento. Ula llevaría eso en mente en sus futuros tratos con ambas partes.

—Sí, señor. Le mantendré informado de mi progreso.

—Despachado.

El holoproyector se vació.

Ula no se movió.

Antes de que pudiera contar hasta diez, una nueva cara apareció ante él.

—Hola, Ula —dijo Shullis Khamarr, Ministra de Logística—. Ha pasado mucho tiempo. Estaba empezando a preocuparme.

Una vez, Ula se habría quedado atónito por esta apertura inesperada. En sus previos tratos, había sido invariablemente el solicitante. Que ella le llamara por el diseño azul era una considerable alteración de su dinámica.

—Mis disculpas, Ministra, en muchos aspectos. La búsqueda del mundo del que le hablé no ha ido bien, y los recursos que esperaba proveer al Imperio no se hicieron realidad. Sólo puedo asegurarle que el enemigo no consiguió lo mejor de nosotros.

—Bueno, eso es algo. Espero que no estés demasiado decepcionado.

—No, Ministra. Mi rol aquí estará muy reducido, pero estoy seguro de que otros se alzarán para ocupar mi puesto.

—Habrá otros, sí. Ninguno como tú, sin embargo. —Ella sonrió—. Siempre he admirado tu pasión y encontrado en nuestras conversaciones pensamientos provocativos.

—Ministra, en ese aspecto, me temo…

—¿Sí, Ula?

—Me temo que debe haber habido un error en mis antiguas opiniones.

Su sonrisa se fue con un desliz.

—¿Cómo es eso?

Esta fue la única mentira que se permitió decir.

—Durante el curso de mi misión, trabajé de cerca con Darth Chratis y su aprendiz, y sus acciones me persuadieron de reconsiderar los prejuicios que tenía respecto a ellos. Ahora veo lo imbécil que fui por despacharles tan rápidamente. Son cruciales para los esfuerzos de guerra, e integrales para el apropiado funcionamiento del Imperio.

La sombra en guardia de su cara se aligeró.

—Debo confesar que estoy aliviada, Ula. Era una herejía peligrosa la que abrazabas. Bienintencionada, naturalmente, pero no una que pueda ser tolerada en ningún nivel del gobierno.

—Veo eso ahora. Fue muy indulgente, Ministra.

—No tiene sentido, Ula. Somos amigos, y los amigos perdonan mucho.

Él se preguntó si parte de ella estaba decepcionada. Debía haber habido alguna ventaja; incluso aunque meramente psicológica; para tener un intento de informante privado en mantener su propia mejora. Si era así, lo ocultó bien.

Estoy cansado de seducirte a mi forma de pensar, Shullis Khamarr, se dijo a sí mismo, pensando en Larin y Shigar, que le habían rescatado ambos de terribles destinos, y el estoicismo calmado de la Gran Maestra, Satele Shan. Los supervivientes de Sebaddon cambiarían para siempre por lo que les había pasado allí, y él no era diferente. He sido persuadido de que hay más en el gobierno que sólo las normas, leyes, y disciplina. Una cultura debe tener un corazón, también. Un corazón fuerte que nunca flaquea.

—Gracias, Ministra —dijo él, y le ofreció una reverencia respetuosa.

Ella concluyó su conversación con un montón de clichés, y desconectó. Ula se preguntó si volvería a hablar con ella alguna vez. Probablemente no. Las amistades de cualquier tipo eran difíciles de mantener en los negocios de inteligencia, más aún cuando uno había sido degradado.

En las siguientes semanas consideraría los beneficios de poner a ambos bandos el uno contra el otro, intentando hacer malabares con la interacción entre ellos como lo había hecho Jet. No tenía acceso a un ejército de hexes imparables o a un droide que podía tomar flotas enteras, pero estaba empezando a creer que quizás el fin justificaba los medios, en ocasiones. Si podía guiar al Imperio y a la República lejos de la guerra, o al menos ahorrar a sus ciudadanos lo peor de sus excesos, entonces eso sería algo bueno; y algo real, no fingido como todo lo que había intentado antes. Estaría de su propio lado, al fin, como lo había estado Larin cuando fue expulsada de las fuerzas especiales; del lado de trillones de personas corrientes atrapados en una galaxia en guerra.

Él se puso en pie en su diminuto apartamento y consideró su siguiente movimiento. ¿Buscar a ese bicho? ¿Redactar un mensaje codificado para la ithoriana con la que había hablado en los Sistemas de Información Estratégica? ¿Dormir?

Ula no lo sabía todavía, lo cual por sí mismo era algo placentero.

Los muros debían estar cerrándose a su alrededor, pero sus horizontes eran más amplios ahora que nunca. Incluso Coruscant no parecía tan maldito como lo había parecido una vez. Larin estaba de vuelta en las fuerzas especiales. La satisfacción brillaba

justamente en su cara cuando hablaba del futuro. Podemos beber Núcleos de Reactor y hablar de los viejos tiempos. Sin mencionar a Shigar, ni a nadie de los otros supervivientes de Sebaddon.

Eso, al menos, le daba algo por lo que estar ansioso.



Tras horas de espera, el momento de Shigar había llegado.

—Te encontramos preparado para las pruebas, Shigar Konshi —dijo el Maestro Nobil—. No estarás sorprendido, creo, de saque que perfeccionar tus poderes psicométricos era sólo la parte más pequeña de tu viaje.

Shigar no estaba sorprendido, pero al mismo tiempo no podía ocultar su alivio. Él hizo una profunda reverencia ante las imágenes holográficas de los miembros del Alto Consejo, muchos de los cuales todavía tenía que conocer en persona: el taciturno Wens Aleusis, la brillante Giffis Fane, el joven Oric Traless, el miembro más nuevo del Consejo…

—Gracias, Maestros —dijo él—. Estoy seguro de que no les decepcionaré.

—Dime cómo resolviste tu acuerdo con Tassaa Bareesh —dijo el Maestro Nobil—. No fue mencionado en tu sesión de informe.

—Me temo que queda sin resolver —dijo él—. El acuerdo fue expedido en su momento, pero siempre había sido probable que se volviera una carga. Utilizó una baliza rastreadora para encontrar el mundo ella misma, así que no tengo aprensión sobre permitir que la República llegara antes. Ella no puede reclamar ninguna desventaja, ya que el mundo en sí no ha caído en manos de nadie.

—Están los daños a su palacio en Hutta —dijo la Maestra Fane—, y las muchas pérdidas de imagen pública. Suudaa Nem’ro debe estar frotando sus manos con regocijo.

—Y habrá ramificaciones por deshonrarla, sin duda.

—Sí, Maestro Nobil. Creo que hay un precio por mi cabeza.

—Todos hemos tenido uno de esos, en un momento u otro —dijo el Maestro Traless con una sonrisa irónica—. No pierdas el sueño por eso, pero mantén un ojo abierto.

—Gracias, Maestro. Lo haré.

Shigar sabía lo que trataban de decir. No esperes jugar a este juego sin romper las normas. Ya lo has hecho una vez, y lo harás de nuevo. Acostúmbrate a eso. Era lo de Larin una vez más.

Las riñas de los señores del crimen Hutt no le preocupaban ni lo más mínimo. Tenía mayores preocupaciones.

—¿Puedo dirigirme al Consejo libremente? —preguntó él.

—Creo que deberías —dijo la Gran Maestra Shan, la primera vez que había hablado durante la discusión. Casi había olvidado que estaba ahí, en pie en silencio en la esquina de la cámara de audiencias que habían solicitado—. Ha habido algo en tu mente desde Sebaddon.

—Es cierto, Maestra. No estoy seguro de por dónde empezar.

—Empieza por lo que te duele más.

Él nunca había pensado en su nuevo entendimiento del dolor, pero vio que era verdad. Ardía en su pecho como el fuego.

—Tanta gente ha muerto —dijo él—, para nada. No me digáis que es lo que hay en tiempos de guerra, porque oficialmente no estamos en guerra. Xandret y sus hexes no eran nuestro enemigo; Darth Chratis fue de hecho nuestro aliado por un momento. Aún así están todos muertos. No le veo sentido.

—Continúa —dijo el Maestro Nobil.

Trató de explicarse con claridad.

—Todo este asunto es endémico a la crisis actual. Los Sith se están alzando. Nosotros estamos en declive. Los Mandalorianos y los Hutts se encuentran entre nosotros, causando confusión y empujando por conseguir la ventaja. Nuestras opciones son limitadas. Si no hacemos nada, millones de personas morirán. Si contraatacamos, nos pondremos a su mismo nivel.

—Dinos tu solución, Shigar —dijo el Maestro Traless.

—Atacar ahora. La guerra se acerca; todos lo sabemos; ¿así que por qué quedarnos de brazos cruzados a esperar a que el Emperador haga su movimiento? Anticipémonos a él antes de que tenga ocasión de consolidar su poder aún más. Utilicemos el elemento sorpresa mientras lo tengamos. No malgastemos vidas por nada.

—Los dueños de aquellas vidas cuestionarían la necesidad de ello —dijo el Maestro Nobil—. Se habla mucho de cómo causamos la actual desgracia al hacernos enemigos de los Sith en primer lugar. Empezar una guerra ahora no aligeraría esas dudas.

—Cuando ganemos la guerra, la gente verá la necesidad de ella.

—¿Y si perdemos? —preguntó la Maestra Fane.

—No debemos —dijo Shigar—. No podemos. Y no lo haremos si actuamos lo suficientemente rápido. Con cada día el Emperador se hace más fuerte y nosotros nos volvemos más débiles. ¿Cuántos espías y traidores deterioran las fortalezas que hemos construido a nuestro alrededor? ¿Cuántas batallas sin frutos debemos luchar antes de que todos en la República nos abandonen? ¿Cuántos otros Sebaddon hay ahí fuera, esperándonos? El siguiente debe ser el que acabe con nosotros.

—Nuestra misión es promover la paz —dijo el Maestro Nobil—. ¿Lo has olvidado?

—Nunca, Maestro. Pero hay grados de guerra, justo como hay grados de paz. Un golpe temprano ahorraría a la galaxia la guerra total.

—¿Pero a qué coste? ¿Recuerdas, Shigar, cuando solías discutir por la justicia por billones de personas corrientes, atrapado entre los dos lados de este conflicto? Si actuamos ahora, sus muertes serán expuestas al aire libre. ¿Quieres eso en tu consciencia, mi joven belicista?

—No, Maestro. Es que, yo no… yo sólo… —Él miró abajo a sus manos, tan asombrosamente sin quemar tras cargar tanto poder en Sebaddon. Si él podría hacerlo, ¿por qué no el Consejo Jedi? Esa era la única lección que Darth Chratis le había enseñado—. Sólo creo que merece la pena considerarlo.

—Lo hemos considerado —dijo la Maestra Fane—. Y continuaremos considerándolo hasta que la solución apropiada se presente.

—No eres el único que se siente así —dijo el Maestro Traless, inclinándose hacia delante—. Tenemos a miles de jóvenes Jedi sólo esperando…

Él debía haber dicho más, pero una mirada del Maestro Nobil calmó su lengua.

—Tu pasión no ha disminuido, joven Shigar. Debes tener cuidado de que nunca gobierne tu cabeza. Gracias por tus opiniones. Ven a Tython y termina lo que empezaste. Cuando estés completamente instalado como un Caballero Jedi, entonces jugarás tu parte más completamente en los tiempos que vendrán.

¿Pero cuál es mi parte?

Él dejó que esas palabras se quedaran sentadas en silencio en su lengua conforme, una por una, las imágenes de los Altos Consejeros Jedi parpadeaban y desaparecían.

—Iremos juntos —le dijo la Gran Maestra Shan—. Las pruebas son difíciles. Muchos lo intentan y fracasan, así que te advierto que no seas complaciente.

Su cara era ilegible.

—Lo siento si la he disgustado, Maestra —dijo él.

—No me has disgustado del todo, Shigar. Simplemente estoy cansada. Como tú, deseo una rápida resolución a estos tiempos.

—Pero no a través de la guerra.

—No si puede ser evitada, no. Entiendo que no lo veas así, aún así. Eres producto de tu tiempo.

Él se sobresaltó, reconociendo sus palabras de la visión que había tenido en Sebaddon.

—Sé lo que vas a decir —dijo él—. Lo he visto. Vas a decirme que debo enfrentarme a los tiempos que vienen con gran cuidado. Pero ya he dicho eso, así que ahora quizás no lo hagas.

Ella sonrió.

—Es desconcertante cuando lo que has visto no termina de la manera que se suponía.

Eso era verdad. La conversación ya se había dirigido a una dirección diferente, gracias a su intervención. Lo siguiente que ella se suponía que iba a advertirle era que los Sith eran el enemigo y que él no debía convertirse como ellos para derrotarles.

—¿Entonces el futuro no siempre está grabado en piedra?

—No, y me alegro de eso a veces, Shigar. —Ella puso una mano sobre su hombro y le guió hacia la puerta—. Aprenderás lo mismo, también, creo.

Ella parecía cansada. Él deseó que hubiera algo que pudiera hacer para hacerla sentir mejor. ¿Pero cómo podía él, un inferior Padawan, entender o incluso empezar a cargar con la pesada carga bajo la que estaba ella?

De nuevo, una chispa de predestinación le dijo que estaba rozando de cerca contra algo visto en el pasado.

Sé amable, Shigar.

¿Se había estado refiriendo a sí misma todo el tiempo? ¿Había sido toda su agonía sobre Larin por nada?

Entonces otro pensamiento se le ocurrió.

Algunos caminos son más difíciles que en el que tú has estado.

¿Eran las palabras tanto tiempo sin ser dichas para que las considerara ahora?

Ella estaba hablando de él.

Conforme dejaron la cámara de audiencias, decidió que estaba bien sentirse indeciso. De hecho, debería acostumbrarse a ello. Había desafíos serios por llegar, tanto si los Altos Consejeros tenían éxito con sus esfuerzos diplomáticos como si no. En un universo que requería blanco y negro, él se asentaría en el gris.

Y cuando pasara sus pruebas, hablaría con el Maestro Traless en privado. Si miles de Caballeros Jedi realmente se sentían como él, habría esperanza cuando la diplomacia fracasara.



Darth Howl, Lord Oscuro de los Sith, era menos imponente en el segundo encuentro de lo que lo había sido la primera vez. Llevaba un uniforme negro sin insignias ni trofeos, y Ax interpretó que eso significaba que no tenía intención de impresionar. El que hubiera pedido encontrarse con ella en privado, en su coto de caza personal en Dromund Kaas, lo tomó como una señal mezclada.

—Coge un rifle —dijo él, señalando a una extensa colección alineada en la pared de su estudio—. Sígueme hacia la plataforma.

Ax seleccionó un arma antigua con una culata hecha de hueso. Su carga estaba llena y a la vista, perfectamente alineada. Ella se apostó que Darth Howl las mantenía todas así, y no sólo para mostrarlas.

Tenía razón. La «plataforma» era una extensa plataforma de vistas que miraba al terreno denso, tropical que había sido despejado en parches, permitiendo una línea de visión sin obstáculos hacia lo de debajo. El sol estaba en su cénit sobre las nubes. Las condiciones eran tan buenas como jamás serían en la capital Imperial.

Darth Howl hizo sonar una campana. El alguna parte en los árboles, la puerta de una jaula repiqueteó al abrirse.

—Te he traído aquí, Eldon Ax —dijo él conforme alzaba su propio rifle para mirar el alcance—, para que puedas explicarme cómo mataste a Darth Chratis.

Ella se quedó helada. ¿Cómo lo sabía? No se lo había dicho a nadie, y estaba segura de que ninguno de los soldados de Sebaddon había entendido lo que pasó ese día. Los hexes habían matado a tanta gente. Darth Chratis había sido sólo uno de ellos.

El rifle de Darth Howl emitió un chasquido agudo, de alta frecuencia, haciéndola saltar. Algo gritó en los árboles de debajo.

El Lord Oscuro la miró y le ofreció una sonrisa espeluznante, de dientes afilados.

—No te preocupes —dijo él—. Mientras estés aquí arriba, estarás bien.

Ella se preguntó cuánto duraría esa buena fortuna.

—¿Qué le hace pensar que le maté, mi lord?

—Siempre que un antiguo aprendiz vuelve sin su Maestro, la pregunta se hace sola. Es algo así como una tradición, aunque no una de la que oigas hablar mucho. Primero sobrevives a la Academia; entonces tienes que sobrevivir a tu Maestro. Así es como me gané mi reputación, y supongo que es como planeas hacerlo tú, también. La pregunta es: ¿Cómo?

El rifle chasqueó de nuevo.

—Si no disparas pronto, joven Ax, estaré forzado a asumir que has perdido tu nervio.

Ax hizo lo que le decía, alzando el rifle y sosteniéndolo regularmente contra la bola de su hombro. Ella no podía recordar la última vez que había disparado un bláster de cualquier tipo. Con seguridad no desde que construyó su primer sable láser.

Ella escaneó el follaje a través de la mira. Cuando una cabeza acolchada, de ojos oscuros miró alerta desde la cobertura, ella le dio un disparo. El rifle produjo un extraño tañido chirriante pero lanzó un impresionante rayo de energía brillante verde en la dirección correcta. La criatura aterrorizada explotó en una bola de pelos en llamas.

—Utilicé a los hexes —le dijo a Howl, apropiadamente satisfecha, conforme alineaba para otro disparo.

—¿Cómo hiciste que hicieran lo que querías?

—Es, uh, difícil de explicar.

—No te he traído aquí para hacerte la vida más fácil. —Otro disparo de su rifle; otro graznido abajo—. Ya nos has contado sobre los restos de Lema Xandret presentes en todos los droides. ¿Cómo le llamaste, de nuevo?

—El amnioide.

—Sí. Mencionaste en tu informe que tú y la Gran Maestra Jedi fuisteis ambas capaces de influenciar a los hexes, gracias al amnioide. No me di cuenta de que eras capaz de hacer eso en un grado tan abrumador.

—No fue así como lo hice.

Su segundo disparo falló. Él la estaba ganando por tres muertes a una.

—Estate segura, joven Ax, de que lo tendré de ti de una forma o de otra.

No hubo negación de la amenaza ahora. Ella buscó la misma fuerza calmada que Satele Shan había demostrado en Sebaddon.

—Hay algo que omití en el informe, mi lord —dijo ella—. El amnioide no existía únicamente para controlar a los hexes. Fue diseñado también; principalmente, quizás; para sostener a una niña en un tanque de bacta sin Fuerza. Ella era la hija de Xandret. Un clon.

—¿Tuyo?

Ax no usaría la palabra yo. Se negaba.

—Su nombre ella Cinzia. Ella creía que yo era ella.

—¿Hablaste con ella?

—Sí.

—¿Entonces la mataste?

—No, pero debería. La Gran Maestra la liberó cuando el amnioide trataba de asfixiarla. Ella murió por la exposición al aire.

Ambos dispararon. Al mismo tiempo un rayo de relámpago destrozó el cielo encapotado en miles de trozos dentados. La sincronía no fue intencionada pero fue impresionante.

—Cuando los hexes no estaban operando independientemente —continuó ella—, obedecían a Cinzia, no al amnioide. Porque poseíamos códigos genéticos idénticos, también me obedecían. Fue fácil hacerles volverse contra Darth Chratis.

—Y por supuesto eso era necesario. No podrías haberlo matado por ti misma.

—No. —Le hacía arder admitirlo, pero era la verdad, y este parecía un momento donde sólo la verdad bastaría. El juego de Darth Howl era del todo distinto a cualquiera al que Darth Chratis habría jugado. Estaba aprendiendo las reglas conforme continuaba.

—La omisión del clon de tu informe —dijo él—, fue premeditada, deliberada, y peligrosa. El Consejo Oscuro desaprueba cualquier cosa que abofetea la deslealtad; o la unión emocional a otra cosa distinta al propio Consejo.

—No sentí ninguna afinidad con el clon, mi lord —dijo ella.

—¿Ninguna en absoluto?

Ella luchó para encontrar las palabras para las emociones que todavía se revolvían en ella cuando pensaba en la patética criatura en el tanque.

—Lema Xandret rechazó dejar ir a su hija, así que creó una nueva, a la cual aprisionó. Ella rechazó ser controlada, aún así ella misma era posesiva y controladora. ¿Qué prisión habría diseñado para mí si no hubiera sido rescatada de ella por Darth Chratis? ¿Fue por eso por lo que mis recuerdos de ella fueron tan fáciles de suprimir? La única cosa desatada en todo el asunto fue una recolección de sus gritos. Creo, en resumen —concluyó ella—, que tuve un escape afortunado. Y el clon, también, al final.

—¿Ordenaste a los hexes que cometieran suicidio?

—Eso no lo hice —dijo ella—, pero probablemente podría haberles ordenado no hacerlo.

Él asintió.

—Fue el amnioide, entonces.

—Esta vez, sí. Lema Xandret perdió a su hija dos veces. No había nada más por lo que vivir. Ni siquiera la venganza.

—Así que en lugar de volverte su maestro, les dejaste morir. —Darth Howl bajó su rifle y la apuntó a ella con una mirada de obsidiana—. Algunos encontrarían confuso que no utilizaras los hexes para completar tu vendetta contra Dao Stryver, y entonces fueras a conquistar la galaxia.

—Sí. —¡Podría haber sido la Emperadora!— El pensamiento se me ocurrió. Pero el Mandaloriano ya había escapado para entonces, y yo sigo siendo leal al Consejo Oscuro.

—Algunos dirían que tu exposición a la Gran Maestra de los Jedi confundió tus pensamientos. Algunos utilizarían esto como argumento para no volver a confiar en ti.

—No me importa lo que diga la gente.

—Sólo necesitas preocuparte por lo que el Consejo Oscuro decida hacer contigo.

—Me encontré con ellos ayer. Ellos… vosotros dijisteis…

—Muchas cosas se dicen, Ax, y muchas cosas se hacen. No siempre son lo mismo.

Ella lo sabía.

—¿Entonces vais a hacer que me maten?

Él se rió ante ella, y alzó su rifle. Otro disparo; otro grito de dolor.

—Eso depende enteramente de cómo lo hagas rodar —dijo él—. ¿Fueron castigados los fugitivos?

El destino de su madre y el clon no le dejaban ninguna duda en ese aspecto.

—Indudablemente.

—¿Cayó el planeta en manos de la República?

—No.

—Así que sobreviviste donde tu Maestro no lo hizo, y volviste con información valiosa. Eres fuerte y determinada, como tu madre. No mereces otra cosa que admiración y que no te quiten ojo.

—Si alguien sabe el secreto de los hexes, la explicación es simple. Vuestra lealtad al Emperador es tal que nunca intentaríais derrocarle. Percibe que dije «Emperador» no Consejo Oscuro. Es el trabajo de un Sith derrocarnos. Es por lo que no tenemos que quitarte el ojo. Dispara el arma.

Ax cerró un ojo y calmó su corazón amartillando. Quizás sobreviviría después de todo.

La criatura a su vista no sobrevivió, ni tampoco lo hicieron dos más que fueron a investigar.

Ella no iba a contarle a Darth Howl que la única razón por la que no había salvado a los hexes era porque al tratar de controlarles le habría salido el tiro por la culata sin duda. Acribillados por el espíritu retorcido de su madre, los hexes se habrían vuelto contra ella finalmente, y ella habría acabado tan atrapada como su clon. Lejos de ser Emperadora, habría sido una pequeña princesa en una jaula, gritando por ayuda hacia una galaxia vacía.

Mejor que todo desapareciera en un agujero negro, literal y metafóricamente, y ella continuara con su vida. Su vida. Sin embargo mucho de ello lo había dejado.

—¿Por qué me invitó aquí? —preguntó ella—. No fue por interrogarme por mi informe o por ofrecerme consejo.

—Cierto. Eres joven e inexperta, pero eres observadora, y sobreviviste a esta crisis indemne. Quizás estás escondiendo bien tus verdaderos sentimientos, o eres más resistente de lo que pareces. En cualquier caso, puedes serme útil. Te traje aquí para ofrecerte una alianza.

Ax ni siquiera veía lo que había bajo su vista.

—¿Qué tipo de alianza?

—Una considerablemente más ventajosa que la última. Darth Chratis merecía lo que le pasó. Sus métodos eran desconfiables, sus filosofías peligrosas, y su ambición desenfrenada. Era por lo tanto inevitable que cayera. La única pregunta era: ¿Cómo de lejos caerías con él?

Ella no contestó.

Los dientes de Darth Howl brillaban ligeramente en la noche.

—Darth Chratis te falló, justo como mi última aprendiz me falló. Es hora de mirar más allá del fracaso y ver los éxitos esperándonos a ti y a mí. Con mi poder y tu potencial, ¿puedes imaginar lo que podemos cumplir juntos? ¡Podemos sacudir al

Canciller Supremo de su asiento, y ganar recompensas más allá de nuestros sueños más salvajes!

Ella no estaba pensando tan lejos. Todo lo que tenía en mente era cómo de útil sería tener un Maestro realmente en el Consejo Oscuro, no sólo soñando con él.

—¿Qué le pasó a tu última aprendiz?

—A ella le gustaba tener mascotas —dijo él, apuntando y despachando otra desafortunada bola de pelo abajo—. Y ahora la tengo en el domo de observación directamente sobre nuestras cabezas. Le encanta cuando entretengo a los invitados.

Su sonrisa era fría y despiadada, y algo en ella emocionaba a Ax hasta su núcleo. Darth Howl la necesitaba, y ella le necesitaba a él. No había vergüenza en admitirlo. Había juegos más grandes a los que jugar ahora.

Dao Stryver podía esperar. Cuando ella necesitara sentir rabia en su forma más pura, él estaría ahí, preparado para inspirarla. No importaba dónde estuviera o lo que estuviera haciendo. Cuanto más tiempo permaneciera su promesa sin cumplir, mayor se volvería su rabia. El fin justifica los medios, como él mismo había dicho.

—Estaré honrada, mi lord.

—Bien. Y te aceptaré como mi estudiante. Pondrás el asunto desastroso de tu madre tras nosotros y ambos miraremos hacia delante para masacrar a la escoria Jedi en sus camas. Y, más importante…

Él guiñó un ojo como el tajo de una guillotina.

—Lo más importante de todo, mi joven aprendiz, ambos vigilaremos nuestras espaldas.



TATTOINE

No había escasez de cantinas en Tatooine, ni de peleas de cantina. Akshae Shanka había llegado a tiempo para otro torneo de combates, y las emociones estaban corriendo altas. Había habido disturbios alrededor de la arena, y varios tiroteos a gran escala habían rivalizado con los del propio concurso.

Dao Stryver no estaba ahí para luchar, sin embargo.

Desde las profundidades sombrías del Ala y Vagabundo, el Mandaloriano observaba la llegada del humano que se llamaba a sí mismo «Jet Nebula» con un ojo agudo.

El contrabandista tenía un aire arenoso, como muchos lo tenían en el planeta disecado. Su pelo gris era tan salvaje y su uniforme tan gastado del espacio como siempre. El droide que le seguía había ganado un par de muescas extras en sus viajes desde Sebaddon. Pero parecían más de las que Stryver había esperado. Estaban observantes de una forma en que los soldados antiguos aprendieron a estarlo.

Jet Nebula miró alrededor del bar, vio al impasible gektl sentándose solo, y ejecutó una sutil segunda mirada.

Entonces alzó dos dedos al camarero, que habló en confirmación, y él y el droide se presionaron a través de la multitud polvorienta.

—Curioso encontrarte aquí.

—¿Me reconoces?

—Dao Stryver, en persona. Te ves mejor con el casco puesto.

Stryver mostró los dientes de una forma que podría haber sido confundida con una sonrisa.

—En mi cultura, esta expresión es considerada un desafío.

—Vamos. Sé que puedes aceptar una broma. —Él tiró de una silla—. Además estás obviamente esperándome. Reconozco que estoy a salvo al menos hasta que me digas lo que quieres.

—He venido a por el droide.

Nebula alzó una ceja.

—Él no está a la venta.

—No te estoy ofreciendo dinero.

Dos pequeños vasos tintinearon hacia abajo entre ellos. Stryver no hizo ningún movimiento para pagar, y él tampoco lo hizo. Él obviamente tenía una cuenta.

—Buena suerte en la batalla —brindó Nebula—. Que todos tus huevos se críen como soldados.

—¿Sabes sobre eso, también?

—Tengo un buen sentido del olfato. Y transporté algunas pinturas de vida desde Hoszh Iszhir una vez. Tienes un bonito planeta, allí, si respiras gas venenoso.

Stryver alzó el otro vaso y hundió el feroz líquido bajo su garganta.

—Estaba equivocada al date por sentado —dijo ella.

—No es tu culpa. Salgo de mi camino para dar cierta impresión.

—No me estoy disculpando. Te estoy ofreciendo un cumplido. Pocos me engañan.

—Ambos tenemos nuestras máscaras. ¿Te recortas la cola para caber en esa armadura o la tienes permanentemente cortada?

Ella agitó su cabeza, sin querer desviar la atención.

—Te he estado buscando desde el asunto de Sebaddon.

—Estoy satisfecho con que te haya llevado tanto encontrarme.

—La palabra en la vid es que has estado comerciando con datos técnicos con el mercado negro. ¿Qué tipo de datos?

Él se encogió de hombros.

—Todo lo que tenía sobre los hexes, lo cual no era demasiado. Análisis químicos, metraje de vídeo, una muestra de su código subespacial. Lo vendí como trabajo a un personaje llamado Shavak. No te preocupes: no está en ningún lugar lo suficientemente cerca para que él ni nade más los reconstruya.

Ella le dejó creer que era eso lo que le preocupaba, si él de hecho lo creía. Era un hombre de muchas máscaras. En el palacio de Tassaa Bareesh había sido cuidadoso de no jugar las cosas demasiado astuto como para que se le considerara una amenaza, mientras al mismo tiempo estaba reforzando su valor como el hombre que encontró el Cinzia, y quien podría encontrar otras recompensas como ella, para evitar desaparecer convenientemente. Mientras los Hutts habían estado observando a los enviados, el contrabandista en medio de ellos había mantenido sus ojos y oídos cuidadosamente abiertos.

De la misma forma, él había tirado de los hilos del enviado marioneta de la República, haciéndole asegurarse de que el asunto de Xandret acababa en ventaja para él. Él debía estar haciendo lo mismo justo ahora.

—Tú sabes, sería un excelente Mandaloriano —dijo Nebula—, si estuviera inclinado a esas cosas.

Stryver se puso rígida en su silla, resistiendo la urgencia de alcanzarle a través de la mesa y arrancarle su diminuta cabeza.

—Explica —gruñó ella.

—Ambos tenemos sentido de la ironía. —Él señaló al camarero por otra ronda de bebidas—. Y nuestras metas son las mismas. Quiero decir, en serio. Tú ingeniaste toda la cosa de Sebaddon desde el principio, ¿verdad? Tú le diste a Xandret las coordenadas para un encuentro que la llevaría a través del espacio infestado de corsarios. Sabías donde acabaría la nave una vez que fuera capturada, y lo que los Hutts harían probablemente con ella. Entonces saltaste alrededor del Imperio y la República, escalando la situación.

Querías que la gente pensara que estabas cazando al Cinzia para evitar que cayera en las manos de alguien más, pero de hecho estabas haciendo exactamente lo contrario. Eso es por lo que no mataste a ninguno de los jugadores que trajiste. Querías una batalla sobre los hexes tanto como querías borrar tu propia involucración en ella.

Las bebidas llegaron. Stryver dejó la suya sin tocar sobre la mesa conforme Nebula continuaba.

—Estabas probando las respuestas del Imperio y de la República a los hexes. Querías ver quién tenía la ventaja, estos días. ¿Se había recuperado la República de la casi derrota que les disteis hace una década? ¿Se había vuelto el Imperio lo suficientemente fuerte para ser considerado un serio oponente en vuestra próxima campaña? Diría que los resultados estaban enlazados, lo cual me viene bien. ¿Qué crees? ¿Contra quién va a luchar a continuación Mandalore, cuando se canse de trabajar para cualquier otro? Esa es la pregunta que me apuesto a que cada Jedi y Sith quieren que sea respondida ahora mismo.

Él abocó el contenido de su vaso sin quitar sus ojos de ella.

Ella fue cuidadosa de no darle una respuesta.

—¿Dónde encaja la ironía en eso?

—No tenemos líder. ¿Lo recuerdas? Estoy seguro que sí, y estoy seguro de que tocó una fibra sensible. Tu gente es de una corrupción limpia individualista, como la mía. Simpatizamos con el deseo de Lema Xandret de seguir su propio camino, incluso si no compartimos su metodología. Después de todo, no tenemos el ejército de droides que permitió su indulgencia política; un ejército que era probablemente más de construir y terraformar originalmente que de luchar con nadie, hasta que nos mostramos. Y ahí es donde está la ironía.

—El Emperador con seguridad no respaldaba las aspiraciones igualitarias de Xandret, y estoy seguro de que el Canciller Supremo las habría desaprobado también. A los Imperios y Repúblicas no les gustan aquellos con la capacidad de anular sus regímenes. En ese sentido, nuestros dos amigos contenciosos son más parecidos de lo que prefieren pensar; y el comunicado político de Xandret debía hacer sido incluso más peligroso que sus hexes, si hubieran escapado.

Stryver asintió, pensando en las jerarquías estratificadas, burocracias, y clases inferiores de las que había sido testigo tanto en el Imperio como en la República, todos echando espuma por la boca con descontento, no todo traído por la guerra fría que había existido desde hacía ya más de una década. No era imposible imaginar a cada régimen siendo anulado por una rebelión desde dentro.

Igual de peligrosa, sin embargo; y mucho más importante; era la posibilidad de que dos facciones rivales deban algún día unirse contra un enemigo común, como lo habían hecho contra los hexes. Mantener a los dos hacia la garganta el uno del otro era por lo tanto vital, desde una perspectiva Mandaloriana.

—¿Estás cabeceando —preguntó Jet—, o estás de acuerdo conmigo?

Stryver centró sus pensamientos.

—Estoy pensando que la cosa más peligrosa de la galaxia es un siervo ambicioso.

—Como cada régimen explotador descubre a su precio, cuando aquellos que hacen el trabajo deciden que quieren quedarse los beneficios para ellos mismos.

—¿Qué pasaría si los droides alguna vez llegaran a la misma decisión?

—Significaría el fin de la civilización tal y como la conocemos. Afortunadamente, los hexes no eran ambiciosos per se; sólo estaban mal programados.

—No estoy hablando de los hexes. Estoy hablando de Chatarra.

Nebula mostró suficientes dientes para sugerir que su sonrisa debía ser una amenaza, también.

—¿No crees que ya habríamos sido sus esclavos, si fuera lo que él quiere?

—Tú me dices lo que él quiere. ¿Qué motiva a una máquina que puede tomar las naves Imperiales y de la República a su voluntad, y entonces sólo salir corriendo?

—No el poder o la gloria, obviamente. Ni el provecho, de otro modo sería trillonario. A veces hace lo que le pido que haga, y a veces no lo hace, así que no es sobre obedecerme. Para ser honesto, he tratado de averiguar sobre él durante años y quizás no esté más cerca de la respuesta de lo que lo estaba cuando empecé.

—¿Tú no lo hiciste así?

—Ni por asomo. Él fue un error, algún tipo de error de fábrica, y fue programado para fundir cuando lo encontré. Su cerebro tenía un problema de reseteado, aparentemente. Cada pocos minutos, se apagaba y perdía su memoria. Un droide sin capacidad de almacenar evidencias incriminatorias me atraía, así que lo renombré y lo parcheé lo mejor que pude. Estos días, puede estar días sin morir, pero todavía le pasa. Las únicas cosas que recuerda soy yo y la nave, imagino que es porque somos donde su vida realmente comenzó.

Stryver echó un vistazo al droide estacionario.

—¿Así que no recordará Sebaddon y lo que ocurrió allí?

—No. Se ha reseteado cuatro veces desde entonces. He llegado a pensar que todo está conectado; como que sus pensamientos se volvieron demasiado grandes como para que los manejara su cerebro, así que se desconecta periódicamente para evitar que se vuelva loco. Después de todo, ¿qué podría ser peor que un droide con ambición, como tú has dicho? Has visto lo que hace la gente cuando tiene ideas.

—Y con buena razón, cuando se trata de los hexes.

—Chatarra no es un hex. Es sólo un droide dañado luchando por encajar en un enorme universo, malvado.

—Entonces quizás ha llegado la hora de liberarlo de su carga.

—Te aconsejo que no lo intentes.

—Yo te aconsejo que no te resistas, Jeke Kerron. —Algo se endureció en sus ojos. Stryver se puso en pie y alcanzó su carbonizador.

Ella nunca estuvo del todo segura de lo que pasaría después.

Chatarra se movió. Eso era esperable. Ella lo había planeado. Pero el ataque no llegó desde su dirección. Vino desde otros cuatro ángulos simultáneos y ella fue arrojada de

vuelta a su asiento por pulsos de energía convergentes. Su traje chisporroteaba y humeaba; sus extremidades se agitaban. Durante un momento potencialmente fatal, su visión se volvió gris hacia la nada.

Entonces se recuperó, y la cantina abarrotada estaba exactamente como había estado; excepto que el contrabandista y su droide se habían ido.

—Será mejor que bebas —embarulló el camarero, señalando al vaso todavía asentado ante ella—. Él nos pidió que no te echáramos inmediatamente, pero hay un límite para mi generosidad.

—¿Él os pidió…? —Ella chasqueó su boca al cerrarla conforme su cerebro lo pillaba. Había estado yendo allí durante días. Así fue como ella le había encontrado. Había pensado que él gastaba su dinero con compañeros corredores de apuestas y seres inferiores, cuando en realidad de hecho había estado preparando una trampa. Para ella.

La multitud evitó estudiosamente su mirada desafiante.

Stryver rió en su interior, profundamente contenta por dos cosas.

Una: todavía estaba viva.

Dos: era bueno tener un adversario digno.

Dao Stryver había pasado por un largo camino desde sus días de lucha en el pozo, cuando la vida de una joven gektl era barata y no se esperaba que durara ni una sola semana. Ella había devengado una considerable gloria desde entonces, y consideró por sí misma vivir en la personificación del credo Mandaloriano. La guerra era luchada por individuos, no por Emperadores y políticos. Las batallas eran decididas por gente cuyos nombres nunca serían grabados en la historia. Pero lo importante no era la historia, ni siquiera quién ganó. Cualquiera que se esforzara lo suficientemente duro podía convertirse en un héroe. Eso era lo que importaba.

Su enemigo lo entendía. Era importante para ella que lo hiciera. Ella había rastreado su historia hacia atrás desde capitán hasta primer oficial de un navío muy diferente, donde el rastro había acabado. Pero el capitán de esa nave, Jeke Kerron, había tenido una reputación de ser del todo demasiado inteligente para su propio bien. Él se había hecho enemigos entre varios cárteles y definitivamente desapareció. Fue un simple salto preguntarse si el uno había tomado el puesto del otro.

Nunca volverían a estar en el mismo bando, pensó Stryver, pero al menos de ahora en adelante estarían jugando al mismo juego.

Ella bajó el licor y se abrió paso con los hombros fuera del Ala y Vagabundo, hacia la seca mirada de Tatooine. Con su casco de nuevo en su sitio, ella sólo era otro Mandaloriano, uno entre varios del mundo gladiatorial. Ella buscaría en cada espaciopuerto del mundo como rutina, aunque sospechaba que el Fuego de Auriga se le escaparía entre los dedos una vez más. Entonces informaría a Mandalore. Si se le requería hacerlo, cazaría a cada enemigo hasta el fin de la galaxia, y estaría preparada para él cuando se volvieran a encontrar. Si no, volvería de nuevo a estudiar al Imperio y a la República, segura con el conocimiento de que habría pronto gloria suficiente para todos.

Se acercaba la guerra. La seguridad de ello calentó su alma de guerrera.

Ella alzó sus ojos para mirar al sol y deseó al hombre que se llamaba a sí mismo «Jet Nebula» buena fortuna en la batalla.